

Heberto Padilla

LA MALA MEMORIA



Prólogo de Neri Guzmán y Fermín



editorial principes



ESPA
PDF

Annotation

En 1959 triunfaba la revolución cubana, Fulgencio Batista, se exiliaba de la Isla antillana y Fidel Castro ejercía un poder omnímodo en Cuba. Heberto Padilla, fue uno de los jóvenes que acudieron desde el exterior del país para prestar su apoyo y colaboración al nuevo régimen, soñando con un Estado humano, democrático y con un brillante futuro, por costoso que resultase conseguirlo. A partir de ese momento, Padilla, poeta, intelectual comprometido, conocería las vicisitudes propias de todo hombre de pensamiento

en un proceso en que la acción y la 'razón de Estado' delimitan la frontera de las libertades. En Cuba, en plena 'Dictadura del Proletariado', y con las mismas características en cuanto a métodos e intransigencias que las de la URSS durante el estalinismo. Padilla, fue el primero que pasó por el calvario de acusaciones, torturas y marginación con que el régimen castrista castiga a los desafectos. Este libro es, en definitiva, un vivo reflejo de la Historia de ese apasionante país que es Cuba. Así como, una profunda reflexión acerca del desarrollo de una revolución de permanentes resonancias, sobre todo en América Latina.

La mala memoria

Heberto Padilla

pliegos de testimonio

*Por las esquinas
amarillentas de la hoja de
papel,
se les ve caminar,*

*desaparecer al doblar la
página*

*Habitan una isla en el
trópico de la guerra,
una isla donde todos los
vasos están rotos,
una isla a caballo.*

*Entran en los suburbios de
la tarde*

*y en los hoteles de paso,
navegan en una cama de
velas blancas,
mientras él canta y ella es
un ruido más,
una ola debajo de la cama.*

*Mejor callarse y dejarlos
que duerman*

*y dejarlos que
vivan*

*y dejarlos que
mueran.*

*Al pie de la foto unas
cuantas líneas
atestiguan el hecho:
ninguno está seguro del
otro,
pero navegan,
navegan con la isla por
todos los mares del mundo.*

BELKIS CUZA MALÉ

RECORDAR CON PADILLA

NATI GONZÁLEZ FREIRE

Es inevitable para el cubano en el exilio leer *La mala memoria* de su compatriota Heberto Padilla, y no caer en el recuerdo de la propia vida cuando creyó en la justicia y la bondad del proceso que se iniciaba en su país en el año 1959, a él entregó sus fuerzas y, pasando los años, entre la ficción de su líder que lo proclamaba reivindicador y la realidad que lo mostraba tiránico perdía la confianza en su eficacia, quedando convencido para su

consternación que el sistema que defendía era una dictadura. Y si resulta así para la generación exiliada que en parte integra “su caso”, como gustan denominar al poeta los agentes de la seguridad castrista en el afán de reducir su descontento a un hombre, él mismo, qué no será a los lectores que siguieron su poesía, recibieron con asombro la fiereza que provocó en el régimen y aguardan ansiosos por conocer la verdad de los hechos a través de su protagonista.

El otro interés se produce a causa de que junto al suceso aparece su análisis. El poeta no deja de consultar ideas y opiniones con escritores diversos. Insiste en constatar las experiencias de

los demás con las suyas. Indaga, pregunta, comprueba. En cuanta ciudad habita o visita busca la relación intelectual. Moscú, París, Londres, Praga, Madrid, Nueva York y por supuesto La Habana fueron ciudades propicias al trato con poetas amigos y escritores tan opuestos como Sartre y Camus. Supo de la rebeldía de poetas moscovitas contra el estalinismo que denunció Kruschov. Asistió a la locura de un poeta español de militancia comunista. Fue enterado en la capital checa de los disidentes confinados a provincia. No ignoraba la sorda protesta de los intelectuales húngaros contra este tratamiento. A no dudar, su posición no era la de un solitario. Nadie más

acompañado ni apoyado en los conceptos que expresaba y defendía. Pudo comprobar repetidamente que su modo de enjuiciar el totalitarismo era común entre los narradores y poetas con quienes conversó. Ellos como él se sobrecogían ante el peligro de que la más grande de las islas antillanas evolucionara hacia un estado dictatorial.

En estas indagaciones del pensamiento europeo obtuvo la convicción de sus ideas. Fue en Moscú donde concibió y estructuró su libro de poemas *Fuera del juego*. Índice de que allí tuvo experiencias definitivas, consolidó su actitud y decidió una táctica: oponerse, desenmascarar, con la única arma que le fuera dada, la poesía.

Esta resolución no era ajena a la amistad que sostuvo con dos poetas mayores del marxismo cubano, Juan Marinello y Manuel Navarro Luna. Ambos se destacaban por su honestidad y por saber insinuar los reveses de un orden que consideraban extraviado. Creo que Padilla asimiló las voces que le llegaban de varias direcciones y a la par, con la que le quemaba por dentro, sintió necesidad de tomar posición en nombre de sí mismo y de los demás.

Esto motivó que mandara su poemario al premio de la Unión de Escritores. Y el revuelo que el régimen formó cuando fue premiado sin poderlo evitar confirmó los temores del poeta. Más de una vez oí decir los versos de este libro

en susurro durante situaciones de consigna: Un paso al frente, y/dos o tres atrás:/pero siempre aplaudiendo. El poeta estaría confinado pero su poesía seguía actuante, redimiendo.

Todo esto constituye *La mala memoria* y lo que sigue más tarde. El desplante de la Seguridad que se atrevió a encarcelar y someter a interrogatorio al poeta inventando acusaciones que justificaran torturas y golpizas. La autocrítica obligada como una suerte de humillante prueba que sirviera de ejemplo al resto de los escritores. La persecución abierta a su persona acrecentada con la condena de vivir marginado y bajo opresión. Los capítulos dedicados a los cubanos José

Lezama Lima y Virgilio Piñera, los dos de obra sobresaliente y antagónica, poseen la elocuencia del desamaparo frente al terror. Los avatares de un permiso de salida que no obstante el escándalo internacional se negaban a conceder. Demostración de que el poder totalitario prefiere hundirse en el error antes de aceptar la disidencia. Pero al fin el poeta lo logró. Obtuvo su salida y escribió. Aquí está el libro que al igual que otros similares testimonia para la Historia no obstante los recursos del poder cubano empleados en engañar y comprar que la verdad no podrá ser burlada. Incluido el fallo del Mariel que se quiso presentar como una condescendencia del sistema y resultó

una posibilidad de escape multitudinario.

Si algo fascina en este memorizar es la poesía que lo transita. Aparece en cualquier lugar de la narración uniendo el paisaje al suceso, lo emotivo a la circunstancia, la reflexión al acto. Se escurre en la situación con el sentimiento de un haber sufrido y no conseguir olvidarlo.

Está en el desgarramiento que provoca un recuerdo doloroso, la amargura que destila y la ofensa que contiene. Transcribir lo vivido es aquí despedazarse. Una sensación de tragedia que insulta y apena. El poeta no sabe narrar por fortuna sin poesía. A ello contribuye el uso del tiempo yuxtapuesto

y no lineal. Pasado, presente, futuro se trasponen y confunden. No se emplean cronológicamente. Concurren de modo indistinto para ampliar y sustanciar el asunto que se trata. Por ocasiones no había estado de más precisar el año de hechos que pierden significado por este motivo.

Es de celebrar que esta biografía singular se haya escrito y publicado. Estos son los libros indispensables para el historiador que deba documentarse sobre la supuesta bondad de un sistema que no admite la opinión que se le oponga y menos que sea expresada.

Periódico, *El Independiente*,
Madrid, sábado 12 de agosto de 1989

En la noche del 31 de diciembre de 1958, regresé temprano a mi apartamento de Nueva York. Mi amiga Florence cenaría con su familia y apenas si pudimos vernos unos instantes porque eran rigurosamente puntuales en sus reuniones de fin de año. A las nueve la dejé frente a su casa en el entonces apacible Washington Heights y rehice el camino de vuelta con gran prisa. En verdad me sentía extranjero en la enorme ciudad donde tantos se disponían a estar alegres, pero no le propuse a nadie que me invitara a despedir el año. Lejos de los míos

desde hacía seis meses, no era yo, sin embargo, el clásico desdichado del Nueva York de 1958: Florence tenía los ojos húmedos cuando nos despedimos.

Yo era un experto en sus reacciones, sobre todo en sus ojos desmesurados y con frecuencia neutros. No es fácil apreciar el valor de ciertas relaciones, y en la juventud, si se trata de una mujer, se dan por sentadas. Sólo al comienzo de los treinta años descubre uno el pavor de convivir con una criatura igual y diferente. En los ojos de Florence, en sus gestos y en sus juicios que parecían coincidir enteramente con los míos, había un ser expectante, casi a la defensiva. Toda mujer inteligente observa al hombre con terror.

Yo no podría convivir hoy con el que fui. Mi adolescencia fue un largo trecho de ingenuidad crispada que apenas se disipó en la juventud. Una muchacha inglesa con quien atravesaba cierta vez una de las avenidas de Hyde Park, se sorprendió porque amonesté a un taxista que hizo un giro imprevisto: «Esto es inmadurez, Heberto, hay que ser justo»; y tuve la impresión, después de ese reproche, que se había vuelto más cautelosa frente a mí.

Mirando por la ventana caer la nieve, comencé a recitar como un idiota, hechizado, el poema de Robert Lowell «Man and Wife» que junto a otros de *Life Studies* eran mi tóxico adorable de aquellos días: «*Oh my Petite, / clearest*

of all God's creatures...». Me dormí con la facilidad con que siempre lo he hecho, hasta en la cárcel,' lo cual significa, me decía un ex preso, «que no has tenido sufrimiento real».

Esa noche echaba de menos a Florence, y cuando sentí el timbre del teléfono que atronaba mi pequeño apartamento, lo incluí en el sueño como otras veces. ¿Quién podía llamarme esa noche? Como el timbre continuaba soñando, decidí en el sueño que alguien llamaba. Respondí quedamente y era una Florence quejumbrosa que decía que en mi país había ocurrido algo; y como nada podía ocurrir en mi país, opté por seguir durmiendo. Había cortado amarras con las cosas y todo mi ser se

iba llenando de una calma creciente; pero Florence aparecía ante mí con visibles huellas de fatiga; se apretaba a mi lado, mojada, tiritando, «has bebido, despierta...».

Y no era un sueño, mis amigos subían la escalera, entraban en mi casa. Batista había huido, la revolución había triunfado. Me levanté de un salto, me eché toda el agua que pude en la cabeza y me encontré con Florence temblando aún ante mí. Abrí las ventanas, el aire helado llenó la habitación y de repente me sentí despejado. Nos abrazamos estrenando una alegría inédita y corrimos a despertar a otros.

Casi todos vivían en Washington Heights o en los alrededores. Ibamos de

una casa a otra, ligeros, dichosos; pero de todo esto no era consciente entonces. El recuerdo de aquella madrugada lo reconstruyo ahora. Comencé a recordarlo verdaderamente hace ocho años, cuando aterricé en el aeropuerto de Montreal y me reuní luego con los viejos amigos de Nueva York, y cuando en mi cubículo del «Wilson Center», en Washington, Mario Vargas Llosa me hacía repetir lo vivido. Y lo seguí recordando en Princeton mientras caía la nieve y el reverbero del sol lejano me acercaba su estampa de sueño y pesadilla.

Ese primero de enero fue realmente festivo. Al día siguiente mis compañeros maestros de la «Berlitz», donde

enseñaba español, me recibieron con entusiasmo. Sólo el director, Vargas, y el subdirector, Manso, me hablaron con inquietante franqueza. Eran españoles que habían vivido el franquismo. Vargas abrió el periódico donde aparecía la foto de Castro y dijo: «A mí la gente que no se afeita a tiempo no me merece ningún respeto.» No lo entendí. A él le preocupaban mis planes. Me había propuesto dirigir una escuela, participar económicamente de las ganancias de la institución, y hasta preparé para ellos la impugnación de ciertas críticas hechas a nuestros métodos de enseñanza que juzgaron acertada.

Semanas después apareció el escritor Humberto Arenal para proponerme

trabajo en la primera oficina que abriría en Nueva York la recién creada agencia de noticias *Prensa Latina*, el jefe era él. Acepté; pero mi único anhelo era volver a Cuba.

A finales de los tranquilos años cincuenta» de que hablara Robert Lowell, estaba yo traduciendo *Anábasis* de Saint-John Perse, y debía ir a Washington para mostrarle nuevos fragmentos de mi versión. Me sorprendió una llamada suya preguntándome si pensaba estar allí *realmente* dos días después, pues Mac Leish estaba ansioso por conocer detalles de aquella súbita insurgencia en Cuba sobre la que había versiones confusas y contradictorias.

Perse apenas se interesó por la traducción. Yo había concluido el poema

que más me gustaba, *Imágenes para Crusoe*, y los contenidos en *Eloges*, sobre todo los escritos para celebrar a una Reina. Me sentía más atraído por el ambicioso castillo de mil puertas que por *Anábasis*.

Me preguntó sobre Castro. Dijo que algo estaba ocurriendo en el mundo colonial y aquello me sonó prehistórico. ¿Qué relación tenía Cuba con el mundo colonial que, al menos en lo que respecta a la América hispana, había terminado en el siglo XIX? Pero el rostro de Saint-John Perse, apergaminado, apenas tocado por los años, con el bigote inalterable de siempre, estaba contraído en un solo gesto de inquietud.

Amers era su último poema, pero él no ocultaba su interés por *Exiles*. Trabajaba y prefería las grandes estructuras poemáticas lo mismo que Paul Claudel; pero en el mundo de Saint-John Perse todos los dioses estaban muertos. Las *tareas* humanas eran su héroe, y su técnica, una infinita acumulación de enumeraciones permutables, aptas para describir con igual intensidad la paz o la guerra. Su casa de Georgetown era un arsenal de objetos insólitos que hubiesen podido formar parte de sus largos poemas arbitrarios que André Breton consideró precursores del surrealismo.

Creo que siguen apreciándose en Francia los poemas que menos me

interesaban de él. Yo vivía enamorado de sus primeros libros surgidos del mundo antillano en que nació. Poemas de gran encanto y frescura que no he vuelto a leer; pero que conservo intactos en la memoria y los valoro con el mismo fervor de adolescente.

Perse me invitó a un café de la Calle M del que era parroquiano habitual, y allí estuvimos largo rato conversando. El no pensaba en el regreso a Francia, se sentía bien en la Biblioteca del Congreso, trabajaba en otro poema, sí, también largo, un largo poema de amor; pero de amor concreto, físico, carnal. Recuerdo la precisión con que habló del proyecto; pero sobre todo lo recuerdo a él: la camisa que sobresalía del

cardigan, el sombrero, su dicción profunda y al mismo tiempo reposada.

Lo conocí en la primavera de 1958. Busqué su nombre en la guía telefónica y lo llamé. Me dijo que me recibiría con mucho gusto, que le diera mis señas en Washington; él saldría de viaje por unos días y me enviaría un telegrama al regreso diciéndome dónde y cuándo podríamos encontrarnos. Esto coincidió con la salida de Ezra Pound del sanatorio de dementes donde había estado recluido desde 1945. Vi a Pound de cerca, seguido por fotógrafos, rodeado de un público que lo observaba con curiosidad sin saber quién era. En la fría primavera, Pound llevaba un sombrero oscuro de fieltro y una capa

negra, y su barba característica. Miraba sin mirar, sonreía como por obediencia. Anduvo a pie toda la ciudad y los periódicos publicaron su foto. Pensé en hablarle, pero no tuve fuerzas para acercarme a aquel hombre vencido por sus contradicciones y sus penas.

Lo comenté con Perse que, junto con MacLeish, Robert Frost y Hemingway, era un esforzado partidario de que se le dejase en libertad. El confinamiento de Pound en el hospital «Elizabeth» en las afueras de Washington fue la única opción que encontraron los norteamericanos para no juzgar más severamente al viejo poeta antisemita cuyo amor por los *valores* de Europa lo convirtió en un militante del fascismo. A

Perse le interesaba un Ezra Pound libre, que fuese el responsable moral de su arbitrio, juez de sí mismo. En aquel momento yo sabía más de Ezra Pound que de Fidel Castro; pero Perse estaba interesado en el cubano. ¿Quién era aquel joven audaz? ¿Cuál había sido su vida, su pasado?

Fidel Castro no había hecho explícita ninguna ideología política. Saint-John Perse, que había vivido en carne propia la persecución fascista en la Francia de Petain (había sido secretario de relaciones exteriores en el gobierno de Arístides Briand, y la Gestapo allanó su casa y le incautaron sus bienes, incluidos, según él, sus mejores poemas) me hacía una y otra vez las mismas

preguntas: ¿qué fuerzas internas apoyan a Castro? ¿Era el suyo un alzamiento nacional o una revolución a fondo? ¿Era un cambio de instituciones lo que propugnaba el Movimiento 26 de Julio?

Yo no sabía responder a tales preguntas. Le daba mi respaldo incondicional al rechazo a Batista, a quien culpaba de haber interrumpido el proceso democrático que los presidentes Ramón Grau y Carlos Prío habían respetado. En los ocho años en que gobernaron estos dos presidentes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) terminó mi niñez y comenzó mi adolescencia. Fueron gobiernos corruptos, pero de ellos se desprendió el ala socialdemócrata en que se

destacaron los dirigentes de mayor popularidad de la historia política cubana: Eduardo R Chibás y José Pardo Liada.

Pardo era un joven periodista cuyos comentarios radiales se escuchaban todos los días a la una de la tarde. En 1950 fue elegido representante a la Cámara (el que tuviera veinticuatro años y no treinta y cinco, como establecía la Constitución, impidió que fuese elegido senador) con la más alta votación que obtuviera candidato alguno en cuarenta y ocho años de vida republicana. Chibás era senador de la república y fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en el que Pardo ingresó de inmediato. Los dos eran constantes

arietes contra la corrupción administrativa y contra los grupos gangsteriles que medraban a la sombra del poder. No eran los únicos; pero sí los que se destacaban más, apoyados por numeroso electorado y un amplio reconocimiento popular.

Fidel Castro también pertenecía al Partido Ortodoxo (como solía llamarse habitualmente al partido que fundara Chibás), pero su participación carecía de importancia. Ni siquiera como líder estudiantil consiguió la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) que entonces ejercía gran influencia en la vida política cubana y que pretendía representar, si no regir, al estudiantado desde la colina donde

estaba situada la Universidad. Fidel participaba de todas las actividades de la Federación, pero los líderes del estudiantado eran otros. Algunos murieron en enfrentamientos con la Policía durante las manifestaciones callejeras; otros, más polémicos, fueron muertos por organizaciones gangsteriles rivales que también tenían sus cuarteles en la Universidad.

Las más importantes de estas organizaciones, entre los años cuarenta y cuatro y cincuenta y dos, fueron el Movimiento Socialista Revolucionario que dirigía Manolo Castro —ex combatiente de la Guerra Civil española y Director Nacional de Deportes en el gobierno de Grau, y Rolando Masferrer,

un político temerario y hábil, también ex combatiente de la guerra de España y ex comunista— y la Unión Insurreccional Revolucionaria, dirigida por Emilio Tró, veterano de la Segunda Guerra Mundial del Ejército norteamericano. A esta última se incorporó Fidel Castro.

Los dirigentes de estas organizaciones murieron en acciones de enfrentamiento, y durante años el asesinato de Manolo Castro le fue atribuido a Fidel. Aunque esta acusación no se pudo probar, pasó desde entonces a formar parte de su leyenda: a partir de ese tiempo se destacó menos como un joven que luchaba contra la corrupción que minaba la vida pública cubana que como *el Gallego*, capaz de enfrentarse a tiros a

sus rivales más audaces. Sin embargo, los votos de los estudiantes eran para Enrique Ovarés, Justo Fuentes, Enrique Huertas, Alvaro Barba, en quienes reconocían a sus portavoces naturales. Fidel no conseguía más que exhibir su eros desenfrenado por la violencia, su temeridad, encarnada en un corpachón de más de seis pies que contrastaba con una voz de niño ronco, casi idéntica a la del presidente Prío.

En uno de los actos en que la FEU conmemoraba el 27 de noviembre — fecha en que el poder colonial había ejecutado a ocho estudiantes de Medicina en 1871— Fidel logró que lo dejaran hablar: «De altar ha de tomarse a la patria para ofrendarle nuestra vida y

no de pedestal para levantarnos sobre ella...» Aunque el orador, alto y lampiño, pugnaba por remedar el tono y el estilo de Pardo Liada, su fracaso estuvo compensado por la calidad literaria de aquellos parlamentos que demostraban una capacidad extraordinaria para improvisar sin titubeos; pero tan pronto avanzó en su discurso advertí su inconfundible origen. Lo comenté con Carlos Miguel Díaz, un compañero de estudios que se encontraba junto a mí en el auditorio.

—Es un nuevo Pierre Mennard, me dijo sonriente. (En esos días él estaba haciendo una lectura casi fanática de Borges, y Mennard es ese personaje borgiano que se propone escribir

nuevamente el Quijote en páginas idénticas al original.) Fidel Castro estaba repitiendo palabra por palabra todo un discurso de José Martí y, desde luego, resultó el más aplaudido y elogiado de la noche por aquellos estudiantes que, para fortuna del orador, no conocían o no recordaban el texto martiano.

Ahora pienso que a Castro no le habría importado que se conociera este plagio, que estaba dispuesto a meterse en la historia como fuese. El componente de audacia que lo impulsó a apropiarse de un texto de Martí, demostraba una insólita capacidad *instrumental* para la lucha política; acaso la misma que llevó a Mirabeau,

desde la soledad de la prisión, a escribir aquellas cartas a su amante en las que intercalaba como suyos artículos de la Prensa francesa que juzgaba valiosos.

Esa tendencia a la usurpación del discurso ajeno llevaría a Fidel Castro a apropiarse de ideas, frases o consignas de personajes que no tenían el prestigio moral e intelectual de Martí, tales como Benito Mussolini y Adolfo Hitler. Ambos políticos se encontraban entre los autores favoritos de Castro mucho después de terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando los crímenes del fascismo y del nazismo eran poco menos que lugares comunes y sus respectivos caudillos ya habían sido condenados

unánimemente por la humanidad.

Fidel contaba entre sus libros más preciados los doce tomos de *Discursos y escritos* de Mussolini que dejó en su testamento a Pardo Liada cuando, a muchos ruegos, consiguió que lo admitieran de soldado raso en el proyecto de cuerpo expedicionario que se organizó en 1948 en Cayo Confite — un islote del litoral cubano— para invadir la República Dominicana y derrocar al dictador Rafael L. Trujillo; y se sabe que el *Mein Kampf* de Hitler también se encontraba entre sus lecturas predilectas de entonces.

Recientemente pude oír viejas grabaciones de Mussolini atacando al «imperialismo británico» y tuve la

impresión de que oía a Fidel Castro atacando al «imperialismo yanqui» ante la aprobación ruidosa de sus enardecidos partidarios. A esta admiración Castro ha sido fiel a lo largo de los años: «venceremos» la muletilla con que siempre termina sus discursos, fue un lema de Mussolini. El remedo textual de Hitler es más dramático: Fidel terminó su famoso alegato en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada con una frase que el líder nazi había usado ante un tribunal de Munich: «Condenadme..., la Historia me absolverá.» Esa desfachatez para burlarse de la memoria histórica es uno de los rasgos más recurrentes de su personalidad. A la avidez por leer todo

cuanto cayera en sus manos, unía él un deseo de utilizarlo, de hacer que actuara en su favor.

La primera vez que tuve la oportunidad de hablar largamente con él fue en 1951. Nos encontramos en el hermoso piso de estilo colonial que ocupaban el político matancero Yuyo del Valle y su mujer, Mañica, una muchacha tan bella que nadie se atrevía a mirarla a la cara. Fue casi al amanecer. Yo acompañaba a Juan Amador Rodríguez, periodista y aspirante a senador por la provincia de Pinar del Río. Alrededor de las ocho de la mañana nos reunimos allí Mario Rivadulla, Omar Borges, Juan Amador y yo. Al poco rato llegó Fidel Castro. Vestía un pantalón y una

camisa muy ajados y era obvio que acababa de levantarse. Maruca nos ofreció café, y cuando le alcanzaba la taza a Fidel no pudo dejar de preguntarle si había dormido con la ropa puesta. «Además, te pusiste un calcetín de un color y otro de otro.» Nos echamos a reír y Fidel miró sus calcetines con alarma, pero luego se unió a la risa general.

—El pueblo no se viste mejor —
repuso.

—El pueblo es más cuidadoso de lo que tú piensas —intervino Maruca—, y lo observa todo. Y no entenderá que tengas puestos dos calcetines diferentes. Les parecerá una extravagancia.

—Eso sí que no. De extravagante

nada.

—Te daré un par de calcetines de Yuyo —dijo ella.

Fidel prometió que los devolvería después del viaje y preguntó si no podían prestarle también una camisa.

—¿Cómo diablos piensas meter ese corpachón en una de mis camisas? — Yuyo era de mediana estatura con tendencia a la obesidad.

Creo que alguien decidió planchar la camisa y, al rato, formábamos una pequeña caravana a lo largo del malecón habanero, partíamos de campaña electoral a la provincia de Matanzas. Fue una larga travesía: íbamos deteniéndonos en los pueblos de mayor importancia política y era

evidente que en cada uno de ellos nos esperaban porque, tan pronto llegábamos al lugar previsto, divisábamos la tribuna desde la cual se dirigían al público Omar Borges, Mario Rivadulla, Juan Amador y Fidel. Todos hacían el panegírico del «próximo e indiscutible senador Yuyo del Valle, el candidato de los matanceros». Yuyo intervenía al final. Su estilo y argumentos eran idénticos a los de los otros: el mal era el partido del Gobierno; y el bien, el partido de la oposición al cual representábamos.

Aquel viaje fue una extraña jornada. Fidel Castro aspiraba a representante a la Cámara por La Habana, Juan Amador a senador por Pinar del Río, y solamente

Yuyo por Matanzas. Mario Rivadulla y Omar Borges eran dirigentes nacionales del Partido del Pueblo Cubano. Un hombre, enigmático por su silencio y tocado con gran sombrero de fieltro que no se quitó en todo el trayecto, sonreía y pagaba los gastos de comidas y bebidas dando muestras de estar satisfecho. Era José Manuel Gutiérrez, jefe provincial del Partido.

En la ciudad de Amarillas Juan Amador me pidió que «hiciera uso de la palabra». Esa fue la primera ocasión en que hablé en público. Tenía 18 años, aún sin derecho al voto, pero con la misma inquietud moral de mis acompañantes. Me sentía de su parte. Aspiraba como ellos a una libertad donde la corrupción

no fuese el precio que el país debía pagar por disfrutarla. Ibamos de un pueblo a otro; en medio del calor sofocante éramos como actores repitiendo los libretos de una acción política que se iba consumiendo con las horas.

Finalmente llegamos a Varadero, al viejo hotel «San Carlos» donde José Manuel Gutiérrez nos había reservado habitaciones para pasar la noche. Nos fuimos a la playa y nadamos durante casi una hora hasta quedar exhaustos. Después de cenar, Rivadulla, Fidel y yo nos sentamos a conversar en un pequeño muelle abandonado. Mi vocación era la literatura, pero Fidel, Borges y Rivadulla, que me llevaban unos pocos

años, representaban a la juventud cubana en aquellas campañas políticas en favor de la decencia pública. Yo quería comprenderlos, sacar de sus experiencias nociones que me sirvieran para definir aquella entidad huidiza, inexplicable y múltiple que era la realidad cubana, una mezcla de historia y geografía desafortunadas que no podía descifrar ni reflejar en mis trabajos. Me ocurría como a nuestros pintores con el paisaje tropical, se les hacía un agolpamiento de luz en la retina, se les tomaba negrura o esplendor sin matices.

—A mí el escritor que más me gusta es Romain Rolland —dijo de pronto Castro.

—Cuidado, que este hombre escribe

—apuntó Rivadulla.

—¿Es verdad? —me preguntó Fidel.

—No le hagas caso. En Cuba todo el mundo escribe.

—¿Te gusta Romain Rolland?

—Lo leí hace tiempo.

—Bueno, yo no lo leo todos los días.

—Tenía una gran preocupación moral, eso es verdad. —Fidel me miró con alegría.

—Es lo que me gusta de él. No escribe por escribir. Los problemas sociales le preocupan.

—También a Víctor Hugo le importaron.

—Pero Hugo se ha ido quedando atrás. Es de otra época.

—Rolland fue un luchador de la

Primera Guerra Mundial —le dije— Se quedó allá. La guerra que quiso detener lo anuló de algún modo. ¿Tú puedes leer todavía el *Juan Cristóbal*?

—Tal vez sí; pero ahora estoy leyendo otras cosas. Me gusta *Kaputt* y la *Técnica del golpe de estado* de Malaparte.

Mario Rivadulla asintió con vehemencia. Malaparte era el que más le gustaba. Más que Rolland.

Entonces Fidel habló de Dostoievski y lo hizo con un conocimiento de su obra que me sorprendió. Sin embargo, ¿cómo podía admirar del mismo modo a un simple filántropo que a un buceador de los conflictos más hondos de la naturaleza humana? ¿Qué vasos

comunicantes establecía este joven político entre Rolland y Dostoievski? En aquellos tiempos yo no concebía emoción sin inteligencia.

El francés fue mi segunda lengua; me lo impuse como correctivo a la pereza emocional de la adolescencia. Las clases diarias comenzaban a las ocho de la mañana. Al concluir las lecciones del método, mi viejo profesor Robert Rest, que aún vestía a la usanza de principios de siglo, abrió los brazos como quien se despide de una larga faena: «*Eh bien, nous avons fini, cher ami. C'est a vous le travail de continuer.*» Pero decidí que mis primeras lecturas francesas fuesen guiadas por él. El primer libro

fue *Noces (Bodas)* de Albert Camus. Tuve la suerte de que Rest simpatizara con el libro, pero no creo que participase de mi admiración por aquel poderío verbal que alzaba ante mis ojos retazos de mar y de la tierra centelleante de Argelia, del que surgían reflexiones sobre la vida, el amor y la muerte y, desde luego, sobre la historia.

Aquella lucidez atemperada por su culto camal a la Naturaleza eran mi única patria. Me sentía como el feroz portaestandarte de un elitismo que sólo admitía mis exclusivas afinidades. Mis héroes debían saber por qué amaban u odiaban o se exaltaban y se escarnecían. Era capaz de conmoverme hasta las lágrimas ante la inteligencia. Los poetas

o los pintores a secas me parecían gente bárbara; pensaba que su genio era una especie de secreción primaria, animal. Hubiera yo cambiado la más bella metáfora del siglo por la formulación que más cerca estuviese de lo exacto. Mi novelista preferido era Kafka, precisamente por las razones que algunos estilistas hispanos lo desdeñan: no extrae su idioma de la literatura, sino de los manuales de ingeniería, de física y de botánica. Como decía Nabokov, Kafka era un hermano de Flaubert, y cuántos han querido explicarse la desesperación del novelista francés por *le mot juste* no tienen la más ligera noción de aquella asepsia por escapar de lo vago o lo aproximativo.

La vida cultural cubana de los años 50 era pura indigencia. Alejo Carpentier había huido de Cuba hacia Venezuela tratando de ganarse la vida como fuera; Lino Novás Calvo, autor de una excelente obra de ficción, rumiaba un desencanto patético en la redacción de la revista *Bohemia* y se dedicaba a traducir cuentos policíacos norteamericanos por los que la revista no pagaba derechos de autor; Enrique Serpa escribía largos reportajes políticos; tal como hadan también Jorge Mañach y Francisco Ichazo, dos ensayistas talentosos de los años veinte. José Lezama Lima, errático y tenaz, proclamaba una insularidad paradisíaca: afirmaba que lo cubano era sólo una

categoría del espíritu al margen de la Historia. «Un país frustrado en lo esencial político tiene que hallar su expresión en otros cotos de mayor realeza.»

En 1948 estalló entre Jorge Mañach y José Lezama Lima una polémica a la que ni siquiera los fieles admiradores internacionales de Lezama han prestado atención. La inició Mañach desde las páginas de *Bohemia* a propósito de dos libros de poemas que Lezama y Cintio Vitier le habían enviado. Les reprochaba Mañach que insistieran en un hermetismo poético pasado de moda, y les pedía que pusieran su talento en experiencias distintas que no excluyeran la comunicación. Lezama Lima hizo

prevalecer como virtud su entrega a la literatura en contra de quienes habían cambiado la *fede por la sede*, el rigor del trabajo literario por la ganga fácil de la política inmediata. De modo que hasta en los más abnegados sacerdotes de la cultura entraba la política como sinónimo de corrupción y lucro.

No obstante, todos los partidos repetían la misma estructura en que eran imprescindibles un intelectual y un negro. Las mujeres no eran factores decisivos. Hegel había establecido en su *Filosofía del Derecho* que la mujer debía obediencia al hombre, y para un cubano, Hegel era una autoridad indiscutible. Así estaban las cosas al comienzo de esta mitad de siglo. Cuba

era un país venal y paródico.

En 1902, fue electo el primer presidente de la República, un viejo profesor independentista que todo el mundo aseguraba que había sido impuesto por el Gobierno norteamericano. De don Tomás Estrada Palma sólo se recuerda su honradez administrativa. Los Gobiernos que vinieron después fueron corruptos, y el encabezado por Gerardo Machado dio nacimiento a la actividad política más original de nuestro país, la de los estudiantes universitarios. Hubo tentativas de crear un movimiento obrero marxista-leninista, pero la pequeña burguesía estudiantil llevaba la voz cantante. Los héroes canonizados

por la izquierda, Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, eran todos estudiantes universitarios. No sería hasta muchos años después, con la muerte a tiros del comunista Jesús Menéndez, un auténtico dirigente sindical, que el «proletariado» pudo contar también con un mártir y un símbolo.

El Movimiento 26 de Julio, fundado por Fidel Castro, no estuvo integrado por líderes sindicales ni su núcleo fundamental compuesto por la llamada clase obrera. Más bien por estudiantes, por jóvenes de la clase media y por esos marginales en quienes Herbert Marcuse veía encarnar las tareas que el movimiento obrero clásico estuvo

dispuesto a ejercer.

Aquel anochecer de 1951 ninguno de los tres jóvenes que estábamos sentados en el muelle abandonado de Varadero pudo imaginar que al año siguiente el general Batista cancelaría el proceso democrático cubano con un golpe de estado.

Los proyectos de adecentamiento nacional que soñábamos realizar medio siglo después de la independencia, quedaron convertidos en nada. Ocho años significan mucho en la historia de una generación. La nuestra alcanzó su fisonomía durante el gobierno de Prío Socarrás. Los años cincuenta habían borrado la memoria funesta de las

primeras tiranías de la República, e incluso el Batista de 1944 fue un político apto que no vaciló en entregar el poder al profesor Ramón Grau San Martín, su adversario electoral. Para nosotros la democracia era incommovible.

Los libros de que hablábamos esa noche, por muy disímiles que fueran, representaban el mismo interés en ciertas dimensiones de la existencia, sobre todo en el aspecto moral; porque la admiración de Fidel Castro por Romain Rolland se basaba en lo mejor del escritor que creyó frenar la guerra de 1914 con aleluyas apasionadas a los que se sumaron muchos intelectuales de su tiempo. No importa que la

advertencia desesperada de Rolland, Barbusse y Stefan Zweig careciera de fuerza para atajar el estallido de la Primera Guerra Mundial, ni importa que el testimonio de Malaparte, que tanto nos gustaba en aquel momento, apareciese ante nuestros ojos como *texto*, pues en Cuba no había referencias de lo vivido en un teatro de operaciones tan distante de nuestras costas.

De los amigos de aquella noche en Varadero dejé de ver para siempre a Yuyo del Valle y a José Manuel Gutiérrez. Poco antes de mi salida de Cuba, me tropecé varias veces con el ex dirigente de la Juventud Ortodoxa Omar Borges. De Mario Rivadulla supe que sufrió prisión y ahora vive en Santo

Domingo, pero no he visto ni siquiera una foto del Rivadulla de hoy. Lo imagino como hace treinta años: alto, delgado y rubio, con los ojos vivos y la voz vibrante que a ratos recordaba la de Eduardo Chibás. A Juan Amador Rodríguez lo he vuelto a ver en Miami y es el mismo de siempre: jovial y sorprendentemente joven, vuelve hacia los recuerdos con una asombrosa precisión.

Amador era uno de los periodistas más populares de Cuba, electo senador con el respaldo masivo de su provincia. Diariamente se despedía de los oyentes de su programa radiofónico, «La entrevista policíaca», con intervalos lentos entre su nombre y apellidos:

Juan... Amador... Rodríguez. Así lo fijó en la atención de su auditorio.

Yo andaba dando tumbos por La Habana, buscando el modo de estudiar y trabajar. El novelista Enrique Labrador Ruiz había logrado que me permitieran dormir en la redacción de *Crónica*, una revista literaria de corta duración. Todas las noches, cuando ya no había nadie en la redacción, tenía que armar un catre de lona que colocaba entre los escritorios; pero no hubo modo de evitar que un perrito blanco, propiedad de dos ancianas solteras que ocupaban las habitaciones traseras del piso, entrara por el cristal roto de las altas puertas interiores y me husmeara constantemente. Terminé por

incorporarlo a mi cama y así dormimos juntos durante varios meses.

Y yo era más dichoso que otros: mi amigo Rolando Escardó dormía entre delincuentes en la Plaza del Vapor, que ya no existe, y Fayad Jamís en un ático desvencijado. Salvo dos excepciones que ni siquiera recuerdo, así creció, se desarrolló y se hizo homogénea, y más tarde añicos, la generación a la que pertenezco. En lo único que soñábamos aquellos muchachos era en agarrar los gordos barcos que anclaban en la bahía habanera y escapar a cualquier sitio. Nuestro ámbito natural fue la miseria, pero también la pasión por el arte y el odio por aquellos personajes vociferantes de la vida pública cubana

que eran la única imagen de nuestro país.

Juan Amador venía también de la pobreza y se abría camino a brazo partido, como periodista, en las circunstancias más adversas. En mis momentos de mayor desesperación acudía a visitarle a la oficina de *Radio Progreso*, siempre con la inquietud de que no estuviera; pero un objeto casi arqueológico denunciaba su presencia: la gigantesca *grabadora* con la que iba de un sitio a otro haciendo sus entrevistas a delincuentes que estaban provisionalmente reclusos en las cárceles o en los hospitales. Juan Amador tenía especial interés en los hospitales; porque en ellos se mezclaban

casos distintos: los sobrevivientes de riñas pasionales, las víctimas de intentos de asesinato, los sorprendidos por la Policía en los momentos de cometer sus crímenes. Eran los exponentes de una delincuencia imprevista que Juan Amador colocaba en su justo sitio. Tenía especial talento para desplazar el aspecto dramático de los incidentes y convertirlos en anécdotas simpáticas. Esto humanizaba los *casos* y daba una dimensión sana al periodista. Juan Amador decidió ayudarme y me propuso que seleccionara las entrevistas más humanas y las transcribiera con una breve introducción para ofrecérselas a *Bohemia*. Los cincuenta dólares casi

semanales que *Bohemia* le pagaba por ellas me los entregaba íntegramente.

En 1951, ¿qué hacía yo discutiendo con Fidel Castro y Mario Rivadulla, militantes del partido político más importante de la oposición? Es verdad que hablamos de literatura, pero nuestro viaje era de campaña política y yo estaba ronco de hablar como ellos, empleando argumentos similares, y lo cierto es que disfrutaba más de su compañía que de los melancólicos y desesperados amigos que hacían de la cultura un culto casi religioso.

Me gustaba la fascinante acción de Juan Amador, Fidel, Borges y Rivadulla. Ellos no estaban empeñados en el «cambiar la vida» de que nos hablaba

Rimbaud, sino en transformar la realidad política y económica de Cuba, sin la cual no era posible obtener resultados en «otros cotos de mayor realeza».

De todos ellos Fidel era el menos atractivo para mí. Su importancia provenía de su arrojo o de su estampa de arrojo, y de algunas acciones audaces que lo confirmaban. Me interesaba más la gravedad inteligente de Rivadulla, cuyo talento oratorio no he olvidado, además de Pardo Liada y Chibás. Eran accesibles, cordiales. Fidel denotaba una falta permanente de concentración, un inexplicable abandono de sí mismo. Dialogaba sin mirar directamente a la cara de su interlocutor, algo que

atribuíamos a una miopía que no se resignaba a aceptar; en fin, había una carencia de atractivo en él que trataba de ocultar con una petulancia insólita y agresiva.

De Enrique José Varona —acaso el último de nuestros grandes pensadores y el único cubano que no se interesaba en los adjetivos— me dijo Fidel esa noche: «Me desagrada su inconsecuencia. Luchó contra España y después escribió un largo poema de arrepentimiento, *La hija pródiga*, que haría reír hasta a un uruguayo, y su filosofía positivista no dice nada. Es detestable porque es demasiado realista. La política tiene que manejar cierta dosis de improvisación y de delirio. Si yo tuviera el poder,

descartaría a Varona, y trataría de que nadie lo recordara; pero tuvo razón en algo más importante, más feo, menos atractivo para las multitudes, y es que nunca creyó en la democracia ni en el voto, ni en la razón de las mayorías. Los cambios políticos de verdad los hacen las vanguardias y el político que más votos obtiene es el peor. El asentimiento mayoritario siempre es espúreo. En el aplauso hay transacción. Las ideas nuevas se imponen a puñetazos.»

—¡Que no te oiga Chibás! —exclamó Rivadulla.

Fidel lanzó una carcajada. En Cuba una risotada puede cancelar el debate más serio. Quisiera recordar exactamente sus palabras y, desde luego,

la vehemencia con que las dijo; pero creo que he sido fiel a ellas.

Chibás tenía un programa radiofónico los domingos a las ocho de la noche por «CMQ», la emisora que más se oía en el país y la tribuna política más importante de la historia de la República. Chibás y Pardo Liada eran monstruos de popularidad. El joven Fidel Castro era entonces la sombra de nadie.

La lucha que Chibás animaba se hizo demasiado egocéntrica, y cuando acusó al ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, de haber adquirido con dinero público propiedades en Centroamérica y no pudo probarlo (recuerdo la noche en que golpeaba el maletín donde afirmaba que estaban los

documentos probatorios de la inmoralidad del ministro) sufrió un derrumbe moral del que no pudo recuperarse. En su programa dominical, donde habló Pardo Liada de la corrupción política reinante, Chibás tomó el micrófono para hacer una breve e impresionante alocución: una llamada a la conciencia del pueblo cubano para que no se dejara engañar. «Este —dijo— es mi último aldabonazo», y se pegó un tiro en presencia de sus colaboradores más cercanos.

Marginado, gris, pero eficiente, Fidel Castro esperaba junto a la puerta de «CMQ» con un automóvil listo para trasladar a Chibás a un centro médico. Aquel disparo de la noche del 10 de

agosto de 1951 cambió la faz de Cuba. Once días después, las fuerzas del Partido del Pueblo Cubano contaban con el carácter de su líder cuya popularidad sólo podía ser igualada con la de Pardo Liada, cuya edad distaba mucho aún de los cuarenta y cuatro años que exigía la Constitución para poder aspirar a la presidencia en las elecciones que habrían de celebrarse en pocos meses. El Partido no tuvo más alternativa que elegir como candidato a Roberto Agramonte, un profesor de Sociología carente de carisma y dueño de un vocabulario crepuscular, que al referirse al difunto Chibás lo llamaba «nuestro adalid».

La muerte de «nuestro adalid» dio

nacimiento a las ilusiones de reconquista de Fulgencio Batista. En la madrugada del 10 de marzo de 1952, el general y sus secuaces entraron en su antiguo bastión de operaciones: el campamento militar de Columbia. Fue un golpe de estado sin resistencia alguna. El presidente Prío y las más importantes figuras de su Gobierno tomaron, como era tradición, el camino del exilio.

De ese 10 de marzo no he olvidado el largo silencio de las emisoras de Radio y Televisión. Alrededor de las diez de la mañana una voz anunciaba escuetamente que el general Batista se había hecho cargo del Gobierno. Era la voz del periodista Ernesto de la Fe, recién

nombrado titular de una cartera hasta entonces desconocida: el Ministerio de Información.

En aquellos días vi dos o tres veces a Juan Amador y Alvaro Barba, que vivía en la calle Neptuno, frente a mi casa. Una tensa expectativa lo gobernaba todo. Los políticos, los artistas y los escritores se mantenían a una distancia prudente de los riesgos. La gente recordaba los tiempos duros de la primera dictadura de Batista. Nada indicaba que éstos serían mejores. Dos semanas después, estando en la redacción de *Radio Progreso*, donde Juan Amador proseguía sus entrevistas policiales con todas las cautelas que exigía el momento, nos llegaron noticias

de Fidel Castro.

El 24 de marzo de 1952, Castro acudió al Tribunal Supremo de Justicia con un documento que empezaba diciendo:

«Yo, Fidel Castro Ruz, en mi carácter de abogado con bufete en Tejadillo 57, acuso a Fulgencio Batista Zaldívar de la comisión de 16 delitos constitucionales... y pido para el presidente usurpador una sanción de CIEN AÑOS DE CÁRCEL.»

El documento en que se enumeraban todos y cada uno de los delitos que el general Batista de los años treinta hubiera considerado un libelo infamante, circuló libremente en la Universidad y en las redacciones de periódicos como

«una locura más de Fidel», pero a Batista le sirvió para indicar a la gente que su *vuelta* al poder no excluía el juego político, aunque dentro de ciertos límites. Lo único que no estaba dispuesto a tolerar era una oposición armada.

Ignoro si Fidel Castro se percató de que su denuncia —descalificada por el propio tribunal ante el que había acudido por la evidencia jurídica de que un golpe de estado anula automáticamente la Constitución vigente — contribuyó a que Batista mostrara sus cartas sin intentar ninguna represalia contra el cuñado de Rafael Díaz Balart, uno de sus más íntimos amigos y colaboradores. Creo que parte de la

estrategia de Fidel fue asegurar a Batista su condición de opositor que sólo buscaba la oportunidad de tomar parte en el juego político del país.

Pardo Liada recuerda que poco antes de que Fidel se decidiera a sumarse a las filas de los ortodoxos, se había entrevistado con el entonces senador Batista para discutir, junto con su cuñado Rafael Díaz Balart, la posibilidad de formar parte del PAU, el partido que lideraba el ex general.

Los Díaz Balart constituían la protección de Fidel Castro. Aunque su objetivo era la toma del poder a cualquier precio, esta familia le servía de instrumento. Le admitían sus ansias de poder siempre que no entrasen en

conflictos con el general; pero se equivocaban, el recién graduado de la Escuela de Derecho tenía las mismas ambiciones de Batista: el poder absoluto sobre la isla mayor de las Antillas, a la cual, «por un acto de voluntad histórica», el profesor italo-español Gustavo Pitaluga le asignaba una jerarquía hemisférica que entonces me pareció desmesurada. En 1950 apareció su libro *Diálogos sobre el destino*, y yo escribí una crítica para *Pueblo* en que expuse la profunda impresión que me produjo. Curioso que un gran profesor de Biología, exiliado en nuestra patria, le imaginara a Cuba un destino de hegemonía política precisamente en las áreas en que hoy ejerce tal influencia, y

todo ello logrado mediante un acto de voluntad histórica.

A la astucia de Batista, Fidel opuso la suya. Dejó a los políticos tradicionales el juego electoral que nunca le dio resultados satisfactorios. Ahora no le importaba un acta de representante o senador «salida de las urnas», sino el poder para llevar a cabo su proyecto político.

¿Cuál era ese proyecto político? No creo que entonces lo tuviera pero estaba seguro de que para elaborarlo necesitaba anular los métodos electorales y valerse de «cierta dosis de improvisación y delirio». Creo que ya entonces sentía que encarnaba la vanguardia destinada a llevar a cabo los

cambios políticos radicales, es decir, las «nuevas ideas» que exigirían la fuerza, los «puñetazos», para imponerse.

El 26 de julio de 1953 nadie tuvo dudas de cuál era el camino que Fidel se había trazado. Si Batista «utilizó» la denuncia del abogado con bufete en Tejadillo, el abogado la convirtió en un componente de su «voluntad histórica». Con su audacia cohonestaba actos anteriores y se apropiaba de la imagen moral que Eduardo Chibás ostentó en la política cubana.

Con el asalto al Moncada, Fidel logró imponer su método: el *carisma* podía surgir también de una violación abrupta de la realidad, de manera que el rostro que hasta entonces no había logrado el

reconocimiento público que ambicionaba, apareció de repente en las primeras páginas de todos los periódicos.

El Partido Socialista Popular (Comunista) condenó el asalto al cuartel Moncada de Santiago de Cuba. La acción no se inscribía en los métodos de la ortodoxia marxista— leninista; pero como el partido contaba solamente con diez mil afiliados, sus objeciones fueron consideradas como una suerte de irritación estética: la historia cubana se apartaba groseramente de los modelos clásicos.

El asalto al cuartel Moncada en medio del estruendo del carnaval santiaguero, pudo ser la tumba de Fidel Castro. No lo

fue. Tampoco rehuyó el peligro, sino que lo afrontó disfrazado de oficial del Ejército, convencido de que haría valer ante la posta su alto rango. Haydée Santamaría contaba la escena en que Fidel, vestido de general, como un actor, se miraba al espejo y preguntaba a sus colaboradores más cercanos: «¿Parezco o no parezco un general?» Lo parecía sin duda: un general debe tener talante idóneo, mirada firme y una boca siempre dispuesta a dar la orden.

Fidel y sus seguidores entraron en el Moncada, se batieron a tiros, murió un crecido número de ellos, y cuando el Ejército estaba por ganar, burlaron el cerco de fuego y lograron refugiarse en la desbordante espesura de los bosques

cubanos hecha de interminables murallas vegetales. Durante la guerra contra el ejército colonial español, aquella vegetación fue un aliado eficaz de los *mambises*. Los campesinos la consideran amenazante y aseguran que hay que talar, talar infatigablemente, si no se quiere amanecer un día con el monte dentro de la casa; porque toda Cuba es fronda perpetua y sol doce meses al año.

Con el asalto al Moncada, Fidel reivindicaba el carácter de su militancia en una organización terrorista, le confería, superándola, la moral de un proyecto político revolucionario. Nunca más sería visto como «hombre de gatillo alegre», sino como integrante de esos

grupos marginados que constituyen el celo ético, casi siempre desmesurado, de una sociedad.

Del campo donde se ocultó lo salvaron la sensibilidad del teniente Pedro Sarria, que condujo su arresto, y la intervención de monseñor Enrique Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba. Automáticamente, quedaba él a salvo, y la resonancia de su caso lo convertía en una forma extrema del discurso de oposición política a Batista. Para Fidel, la obligación primordial del político era sobrevivir.

El sobreviviente contó con una cárcel amable. La celda que ocupó en Isla de Pinos se muestra hoy a los visitantes como una cámara de horror (sería bueno

que mostrasen las de ahora, las asfixiantes celdas sin luz y los pabellones sombríos donde se confina sistemáticamente a los presos).

Antes de que cumpliera dos años de condena, las presiones familiares y de políticos *realistas* lograron la amnistía del jefe de los asaltantes al Moncada. Por ahí andan las fotos donde se ve al grupo saliendo de la cárcel, saludando a los fotógrafos con las manos en alto.

A los pocos días me encontré con Fidel por casualidad. Subía la escalera de la emisora de radio «C.O.C.O.» para visitar a Pardo Liada y a Juan Amador Rodríguez. Me saludó con efusión. Estaba pálido y delgado, con el pelo muy corto y el bigote estricto, recién

afeitado: «Me voy para México. Es difícil seguir aquí ahora. Vengo a despedirme de Pardo y de Juan.» No añadió nada más; sus palabras sugerían que había renunciado a la lucha. «Sabrás de mí pronto.»

Poco más de un año después todo el mundo supo de él. «Antes del 31 de diciembre (de 1956) seremos héroes o mártires.» Estas declaraciones, hechas desde México las publicó en Cuba el periódico *Alerta* y lo cierto es que desembarcó con ochenta y dos hombres por la costa sur de la provincia de Oriente.

No volví a verlo hasta que vino a Estados Unidos, líder ya de la revolución triunfante, y respondió en

inglés a los periodistas en el *Press Club* de Nueva York. Asistí a esa conferencia de Prensa en que Fidel parecía decidido a imponer otra imagen. El reluciente uniforme de comandante no era inferior al de general apócrifo que vistió durante el ataque al cuartel Moncada. Todo su esfuerzo lo dedicó a borrar aquel «Doctor Castro» con que la Prensa se refería a él. No, en adelante él sería Fidel a secas.

Por entonces un hecho me inquietó durante muchos días y lo comenté más de una vez con Alberto Martínez Herrera. ¿Por qué Raúl Castro se había dejado fotografiar en el momento de dar el tiro de gracia a un famoso *traidor* de su grupo? ¿Por qué unían a la meta

democrática de la revolución aquel bronco expediente de sangre? ¿Por qué la violencia debía ser el distintivo de un combate de paz y justicia? Esas preguntas me angustiaban; pero no las comenté con Saint-John Perse. Me limité a contarle el pasado del comandante revolucionario cuyo nombre llenaba el país al que muchos jóvenes de mi generación nos disponíamos a regresar, dispuestos a poner nuestro entusiasmo y capacidad a su servicio.

En la oficina de *Prensa Latina* en Nueva York, sólo trabajábamos Humberto Arenal y yo. El *buró* principal de la agencia en Estados Unidos estaba en Washington. El jefe era Ángel Boan, con quien Arenal no había hecho buenas migas. Boan era un profesional sin ideología, un reportero hábil; bajo su aspecto fraternal y modesto se descubría la astucia.

Almorcé con él en Nueva York y le hablé de mi propósito de regresar a Cuba. En La Habana nos habíamos encontrado varias veces en distintas redacciones. Me dijo que yo era

necesario en Nueva York por mis conocimientos del inglés y del mundo norteamericano. Para abrirme paso como periodista el mejor sitio era *Prensa Latina*, una empresa independiente, hecha con capital cubano y venezolano. ¿Qué iba a hacer yo en la oficina central en La Habana donde la competencia era mayor?

Le respondí que probablemente cometería un error profesional; pero, como todo indicaba que en Cuba se había iniciado una espléndida transformación política hacia la decencia, yo quería participar en ella de cualquier modo. Había que arrasar con lo malo y empezar otra vez.

—¿Has leído los periódicos y los

cables?

—¿Por qué?

—Arrasar con lo malo como tú dices ya empieza a costarnos reacciones negativas.

—Pero todos nos apoyan.

—El apoyo no se ha perdido en absoluto.

—¿Entonces?

—En Cuba ha comenzado una revolución, Heberto.

Me eché a reír.

—Tú eres más joven que yo —agregó—. Ya hay problemas con el Gobierno de Estados Unidos. Quieren imponernos ciertas condiciones inaceptables.

—¿Cuáles?

—No me preguntes cuáles. Ahora

mismo acaba de ocurrir algo importante. Eisenhower no ha querido recibir a Fidel. Ha habido un diálogo tirante entre Fidel y Nixon. Fidel le dijo que había problemas que solamente podía discutir con el Presidente. Que ciertos asuntos no se tratan con los vicepresidentes. Nixon le dijo que lo lamentaba, pero el Presidente estaba en una partida de golf. Así están las cosas, ¿cuándo quieres irte?

—Cuanto antes —le respondí.

—Cuéntale esto a Mazetti (entonces Director General de la agencia), que te lo dije yo. Ve a verlo a las diez de la noche. Es la mejor hora.

No le di importancia a lo ocurrido. Fidel no era presidente de Cuba; desde

el punto de vista protocolar, Nixon tenía razón. El hecho, sin embargo, daba la medida del estilo personal del comandante: protocolos, mediaciones institucionales, estaban vacíos de contenido para él. Los jefes hablan con los jefes. Ahora que ni el general Eisenhower ni el vicepresidente Nixon deciden la política norteamericana, un cuarto de siglo después, resulta obvio que aquellos asuntos que el comandante cubano quería discutir con el veterano de la Segunda Guerra Mundial valían la pena de haber aplazado el juego de golf que, sin duda, estaba incluido en el orden del día del Presidente.

Cuando Boan aprobó mi decisión de regresar a Cuba, Nueva York alzó ante

mis ojos, en la naciente primavera de 1959, un espectáculo irreal que yo podía disfrutar como pocos de los apresurados transeúntes: la ciudad que había reconstruido el ánimo de los veteranos de la guerra de Corea y mitigado de algún modo el dolor de los huérfanos y las viudas. Las artes entraban abruptamente en una nueva fase. La aparición de *Life Studies* de Robert Lowell fue una revelación para mí. Este poeta de poco más de treinta años, nacido en Boston, recogía un vigor disuelto en la época, distante de Eliot, Auden, Stevens, Carlos Williams. Procedía de los medios universitarios, pero desatendía los juicios de Alien Tate o Yvor Winters. Se alejaba también

de los poetas de San Francisco —con Alien Ginsberg a la cabeza— que habían hecho de la experiencia personal una fórmula patética y estridente. Las enumeraciones caóticas del primer Ginsberg eran excesivamente lorquianas. Sin *Poeta en Nueva York* de García Lorca, sin su extraordinaria *Oda a Walt Whitman*, no serían imaginables muchos de los poemas norteamericanos más significativos de comienzos de los años cincuenta. Pero Robert Lowell superaba esa época.

Conjuntamente con *Life Studies* leí *The Hawk in the rain*, del poeta inglés Ted Hughes, que vivía entonces en América. Ambos me sirvieron para sostener mi idea de que la poesía no

debe estar fatalmente sometida a la abstracción y al encabalgamiento sistemático de metáforas que tiranizan la poética en lengua española. El gongorismo es *un discurso totalitario* impuesto por la llamada «generación del 27» que quiso dar, tardíamente, una respuesta hispánica al movimiento surrealista francés. Creo que las premisas de Góngora y los sucesivos gongorismos de que está plagada nuestra poesía constituyen un error que pagaremos caro.

Yo me sentía libre en Nueva York y gritaba todo esto con insolencia. Mi queridísimo Eugenio Florit, gran poeta en cualquier idioma, siempre me recibía con cariño en su despacho de «Barnard

College», me oponía su discrepancia sonriente y me daba a leer sus traducciones de poetas norteamericanos, entre quienes incluyó a Lowell. Traducciones espléndidas de esas que pueden disfrutarse como obras de nuestra lengua.

En aquel Nueva York, la vida era bulliciosa, pero sana. Jamás encontré en los cuartos de baño a jóvenes drogados, ni sentí olor a marihuana; el alcohol era patrimonio casi exclusivo de la gente madura; las calles estaban bien conservadas; los establecimientos, limpios y atendidos, y el que se atreviera a arrojar un papel a la calle era amonestado y multado por la Policía. De noche podíamos pasear por

el Parque Central, y en el verano veíamos obras de Shakespeare en teatros flotantes en los lagos del parque.

Por la mañana bajaba por los periódicos, siempre mantuve la costumbre de comprarlos todos, como hacíamos en las salas de redacción. Llevaba mis camisas blancas a una de las cadenas de tintorerías llamadas «Peter Prompt» de donde las recogía al día siguiente, inmaculadas y con la banda de papel con el logotipo de la empresa que era un chico sonriente de gorrita azul.

No me disgustaba mi trabajo de profesor de español en la «Berlitz» del Rockefeller Center. Conocí allí una amplia gama de artistas y escritores de

múltiples nacionalidades, jóvenes como yo, y en los cortos intervalos entre clases discutíamos incesantemente nuestros proyectos. Todos llevaban poco tiempo en Estados Unidos: franceses, alemanes, rusos, italianos, japoneses, chinos. En muchos casos no dominaban el inglés, mis íntimos amigos eran franceses.

Allí conocí a Florence, joven y vivaz. Hablaba varios idiomas, entre ellos el español. De acuerdo con las circunstancias nos hablábamos en uno u otro idioma; pero el éxito de nuestra amistad se debió a que ambos hablábamos el idioma del otro. Florence recitaba poemas muy poco divulgados de Antonio Machado y me hizo conocer

a una de las pocas grandes poetisas que ha dado Francia, Louise Labé... *Et si jamais mon pauvre âme amourese...* Florence exigía que pronunciara correctamente poemas de Ronsard, que ella amaba. Años después, en cualquiera de los tantos sitios del mundo donde he estado, recito poemas que aprendí de su voz: *Mignone, allons voir si la rose...* o *Quand tu serais bien vielle...* Ambos desdeñábamos la última poesía fatigada del surrealismo, pomposa, sabida, que nos llegaba de París. Rimbaud seguía siendo para nosotros novedoso; cuando buscábamos la música verbal que no había devorado «la prosa del periódico» recitábamos *La Chanson du mal aimé* o *Sous le pont Mirabeau*, de

Apollinaire.

Yo buscaba, no obstante, algo distinto en poesía. Como los novelistas que admiraba, no quería *describir* sino *construir*. Nueva York era el arquetipo mismo de la construcción: un volumen de hermosura precisa en donde nadie se sentía extranjero. Al cabo de cuarenta años en América, W. H. Auden dijo: «No sé si he llegado a ser norteamericano, pero estoy convencido de que soy neoyorquino.» Yo no lo era.

El verdadero ciudadano de una metrópoli necesita de una inevitable maduración, que sólo la da el tiempo. Nunca llegaría a interesarme verdaderamente por esa ciudad que veinte años después me pareció un sitio

ruinoso y maloliente, con calles y establecimientos como recién salidos de un bombardeo, donde podía repetir a Saint-John Perse: «Grasas, aspirados alientos, y el vaho de un pueblo contaminado, pues toda ciudad se ciñe de inmundicias.»

Me despedí de mis compañeros de trabajo. Florence quería consultarme un proyecto personal antes de que partiera. Nos fuimos a una cafetería europeizante adonde íbamos algunas veces al término de nuestras jornadas de trabajo. En esas ocasiones ella intentaba explicarme todas las posibilidades que sus padres tuvieron de abandonar París cuando se anunció que las tropas alemanas estaban

a pocos kilómetros de la capital. Tenía tres años y no había olvidado la desesperación y el pánico de la gente. Cuando le aseguraba que era imposible mantener un recuerdo tan nítido a esa edad, ella tomaba papel y lápiz e imitaba a su padre dibujando las rutas de acceso a lugares seguros en caso de que él desapareciera. Y como efectivamente murió asesinado por la Gestapo, yo le decía que tal vez repetía los cuentos que su madre le hiciera en la niñez.

—¿Qué proyectos me quieres consultar?

—En el caso de que estés de mi parte —me dijo sonriente. Le di mi asentimiento y prosiguió:

—Con cuatro idiomas bien aprendidos, mecanógrafa y dos dedos de frente, ¿no podría irme a trabajar a Cuba, a tu agencia de Prensa, o a cualquier otro sitio? Me gustaría salir de esta rutina por un tiempo.

Me pareció una magnífica idea y acordamos que tan pronto llegara a La Habana haría las primeras gestiones y le avisaría lo antes posible. «Estudia bien el terreno y, sobre todo, no me ocultes la verdad», me dijo. Pero a las dos semanas de estar en Cuba no sólo era incapaz de estudiar el terreno, sino que continuaba oscilando entre dos mundos y sin saber cuál era la verdad.

Empecé a encontrar a mis viejos amigos. Me entrevisté con Mazetti y le

transmití el recado de Boan, pero el argentino esbozó una sonrisa sin comentario alguno. Quedamos en que empezaría a trabajar al día siguiente.

Me despertó la luz que en Cuba empieza a centellear desde las seis de la mañana. Al dirigirme a *Prensa Latina* apenas podía moverme en medio del tumulto que llenaba las calles; pero más visible y tonante que aquella agitación colectiva se imponía la intemperie con que nunca había logrado reconciliarme: el clima de Cuba.

Salí de Nueva York a principios de junio, cuando aún sopla un aire frío al atardecer. Tomé el avión de medianoche que hacía escala en Miami, donde aterrizamos en plena madrugada. Era mi

primer encuentro, luego de tres años, con un clima idéntico al de Cuba. Me alojé en un hotel del centro, sin aire acondicionado, y no pude dormir. Por la mañana entré en todas las cafeterías climatizadas que encontré y bebí té frío de continuo esperando la hora de tomar el avión.

Saltar del nublado Nueva York del mes de junio a esta luminosidad avasalladora produce un impacto en que las cosas pierden perspectiva, se integran a un conjunto abigarrado donde los múltiples colores pugnan por dominar el campo visual. El intenso amarillo, el blanco, el azul.

Miami, como La Habana, es un derroche de estos últimos. Aumenta el

tamaño de esos objetos que el invierno elude o nubla, la gente parece más vieja, la indumentaria se revela sucia, grasienta, y al tomar un baño vemos rodar el cieno a nuestros pies. Hay que mudarse continuamente de ropa si no quiere asumirse la facha de indigente. Nuestro organismo sufre una transformación súbita, el ritmo del corazón aumenta, la respiración es agitada, se tiene la impresión de que los pulmones se van llenando de una sustancia oleaginosa en que el aire es tan sólo un residuo en la memoria de la asfixia.

Cuando cursaba el bachillerato, esta asfixia llegó a convertirse en neurosis de adolescencia. Andaba siempre a pie,

como mis compañeros, bajo aquel sol brutal, y al final de esas caminatas estaba exhausto. Como Pinar del Río no está junto al mar, tomaba un ómnibus que me llevaba en veinte minutos a Las Canas, una playita de la costa Sur, o a Santa Fe, un puerto despoblado de la costa Norte. Era agradable nadar allí al atardecer, cuando se iba disipando aquel portón llameante y hermosísimo, frontera de otro universo que imaginaba envuelto de una dulce penumbra, con los puntuales cambios de estaciones tan bien descritos por William Blake en sus primeros poemas. Pero estos remansos me resultaban contraproducentes: me hacían padecer luego de más calor en las sofocantes habitaciones de mi casa.

No tenía veinte años y ya podía gritar como Paul Nizan: «No permitiré a nadie que me diga que es la edad más hermosa.» Para mí no lo fue. Yo era pobre. Acudía al Instituto muy de mañana con el pantalón y la *guayabera* de mi padre, que iba a su bufete a las diez cuando yo estaba de vuelta de las dos primeras clases. Colocaba la ropa de mi padre en el sitio en que él la había dispuesto y volvía a ponerme la mía, la que todos veían con regularidad, la que en definitiva mejor me sentaba. El pantalón de mi padre era demasiado ancho, yo lo ceñía para ocultar la holgura y la *guayabera* se encargaba de corregir el defecto, o por lo menos así lo creía yo. Una de mis primas me dijo

una vez: «Tengo la impresión de que eres un transformista que amanece más grueso y anochece más delgado.» Ella lo atribuía a mis deseos de aparecer con más kilos de peso. Yo era entonces tan delgado como hoy lo son mis hijos Carlos y Ernesto. No creo, sin embargo, que la ambición y angustia de los adolescentes sean patrimonio de una clase social. Muchos de mis amigos ricos sufrían tanto como yo, pero con una intensidad más compleja y neurótica.

Yo sometía mis angustias a una irritada operación de transferencia: atribuía al clima todos los males del mundo.

Y fui tan fiel a estos excesos que llegué a convertirlos en dogma de fe. Si

hay un paisaje que me repugna es el que aparece en la portada de la primera edición española de mi novela *En mi jardín pastan los héroes*: la playa suculenta con las palmeras y su sol de lujo, paisajes de las tarjetas turísticas, estímulos dirigidos a una fascinación que detesto. Para mí es una trampa bajo el sol del castigo.

Conozco a escritores cubanos enamorados de ese paisaje y de ese clima caliginoso. Los poetas *siboneístas* se creyeron herederos de los primeros habitantes de la isla y pensaban que Cuba era un paraíso perdido que aún era posible reanimar. José Lezama Lima, que veía *jardines invisibles en la noche insular* y a quien mató el clima, jadeaba

de asma a toda hora en aquella casita de habitaciones húmedas de donde salió para morir; pero el poeta Julián del Casal abominaba del paisaje del trópico y sus descripciones del campo cubano son insuperables.

Otro enamorado del clima de Cuba, si bien de su ámbito urbano y específicamente de La Habana, es Guillermo Cabrera Infante. Guillermo llegó a La Habana en la adolescencia procedente de Gibara, en la provincia oriental, que es la antesala del infierno. La gente de allí no suda nunca. Ni a Cabrera Infante, ni a Pablo Armando Fernández, ni a César López, ni a Belkis Cuza, nacidos todos ellos en la provincial oriental, les he visto jamás

una gota de sudor. Pueden tiritar de frío entre las llamas, y en los inviernos cubanos solían abrigarse como si habitaran en el polo.

Una vez vino a verme un crítico literario inglés que preparaba un libro sobre las ciudades en la literatura contemporánea. Quería conocer La Habana de Guillermo Cabrera Infante, la ciudad personaje de sus libros. Le mostré a Martín Green —que así se llamaba el inglés— lo que aún quedaba de La Habana de Guillermo. Sus reacciones eran vivaces y sudaba hasta por los dientes; pero se mantuvo firme recorriendo escenarios decrepitos, atisbando por las puertas tapiadas los escombros de tabernas perdidas,

tratando de descubrir bajo los escenarios del cabaret «Tropicana» la imagen oculta, borrada ya, de la otra imagen. Cuando le pregunté su parecer me respondió: «*I adore these neglected cities.*»

No sé si escribió el ensayo sobre aquella ciudad abandonada, como una de las tantas aberraciones de la estética.

En *Prensa Latina* comencé a percatarme de que la algarabía popular no era unánime. Las organizaciones revolucionarias comenzaban a manifestar considerables discrepancias. Yo tenía amigos en todas ellas, pero los más íntimos eran Alberto Mora, en el Directorio Revolucionario; Carlos Franqui, en el «26 de Julio» y Juan Marinello entre los comunistas.

A Marinello lo conocí en mi más temprana adolescencia, en tiempos en que política y literatura eran inseparables para mí. Aún conservo la foto en que aparezco junto a él: joven y

muy delgado yo, entrecano y maduro él (año 1949) mientras lo entrevistaba para el periódico *Vocero Occidental* de Pinar del Río. Este buen hombre lo tuvo casi todo: sensibilidad, talento, prestigio. Procedía de una antigua familia cubana, propietaria de lo más alto que se puede alcanzar en Cuba y en parte alguna: un *rancio abolengo*. Fue reconocido desde que publicó sus primeros textos y empezó su carrera política. Sin embargo, no era realmente un escritor ni un político. He vuelto a leerlo para tener que preguntarme ¿por qué este portavoz enfático de lugares comunes de la izquierda pudo convertirse en dirigente político?

De adolescente me fue propuesto

como ejemplo de probidad y genio, pero en sus momentos más representativos escribía cosas como éstas: «Por dondequiera que le toquemos ese orbe firme y afiebrado de su papelería, le sentiremos la avidez erguida y trabajadora y el latido de las sienas desveladas.» Es su impresión de la lectura de Martí. Era realmente un inepto, que se movía entusiasta en ese estilo dominante de los años treinta. Gabriela Mistral lo adoraba. Lo creía hijo directo de José Martí, con quien compartía hasta las iniciales de su nombre. Marinello fue un esteta finisecular, una sensibilidad posmodernista que adoptó el silencio literario para entregarse a una militancia

política de manera casi sacerdotal. Lo traté mucho, se estaba horas enteras hablándome de literatura española. Se jactaba de un catalanismo que siempre vi trabado entre Castilla y su ignorancia. Le gustaba hablar catalán. Como muchos cubanos hijos de españoles, era el perfecto híbrido que las tropas de la colonia hubieran fusilado sin vacilar. Pero no quiero ser injusto, el hombre se impuso el apostolado de la justicia social. Lo acompañé en ocasiones a los actos políticos del Partido Socialista Popular que apenas reunía unos cientos de asistentes. Vestido de blanco, avanzaba con el público hacia la tribuna. La gente —negros, mestizos y marginados de toda clase— se sentían

felices con la presencia de aquel hombre tan delicado cuyos discursos entendían a medias.

Porque su oratoria era como su prosa, remedos del Martí finisecular. El mismo escribió que Martí era un *escritor estéril*, en el sentido de que no había creado discípulos; pero no podía evitar la torpe imitación de su maestro.

Como Martí, era Marinello un hombre grave, distante del carácter cubano. Martí carecía de humor, no le interesaba la sátira y mucho menos la parodia, estaba consumido por la pasión ética y no le satisfacía la idiosincrasia frívola del cubano: «Hay que sacarse de la sangre el Madrid cómico», escribió Martí.

Marinello podía estar horas enteras recitándolo. En 1930 reunió la obra poética martiana, casi desconocida, y la publicó y prologó en la colección de libros cubanos que dirigía el eminente etnólogo Fernando Ortiz.

Oí a Marinello explicar cierta vez a un grupo de académicos extranjeros los nuevos planes de enseñanza universitaria. En realidad se oía a sí mismo. Como rector de la Universidad de La Habana —suerte de canonjía que le fue concedida— era una figura honorable totalmente incapaz para el cargo. Cada vez que los visitantes intentaban forzarlo a precisiones, el viejo elocuente se les escapaba. Encarnaba la gracia moral del

magisterio. El resto, lo concreto, técnico, estaba en manos del vicerrector Atschuler, una de las inteligencias científicas más hábiles del país, el único cubano a quien vi llorar como un niño al saber la noticia de la muerte de Stalin.

Una noche, Marinello me dijo: «Lo mejor que puedes hacer es irte a la URSS con una beca. Estos son momentos muy confusos y peligrosos.» Lo comenté con Manuel Navarro Luna, poeta también comunista y gran amigo y admirador de Marinello. Era del mismo parecer: «Es que la única alternativa que este hombre nos deja es la contrarrevolución.» El hombre era Fidel Castro. Empezaban ya las fricciones que culminarían pronto en el proceso contra

Aníbal Escalante, otro viejo militante comunista, en 1962. Marinello no tenía poder alguno para influir en la dirección de su partido. Era el presidente; es decir, nadie, un figurón solemne.

Desde muy temprano se parapetó en su oficinita del Consejo Mundial de la Paz, aquel tinglado que montó la Unión Soviética durante la época de la guerra fría. Un lugar estratégico, en el *mezzanine* del «Habana Hilton», repentinamente convertido en «Habana Libre». Esto le daba oportunidad de cultivar sus relaciones internacionales y de mantener abierta la posibilidad de hacer viajes al exterior. Allí lo visité varias veces. Hacía gala de un entusiasmo que traicionaba su rostro

serio y sus ademanes entre tensos y amables.

No creo que esperase compensación alguna por su acendrado sacerdocio, pero sí un mínimo de reconocimiento, y ese reconocimiento tardaba en llegar. Marinello tenía demasiados enemigos, los más feroces eran un poco inexplicables; por ejemplo, la familia de Celia Sánchez no ocultaba el desdén que le merecía. El padre de los Sánchez, médico de Manzanillo, era uno de esos patriotas del interior que veneraban a José Martí y consideraban escarnio inadmisibile el solo hecho de que alguien cultivase una veneración demasiado exagerada hacia su figura. Orlando, hermano de Celia, preferido por sus

ideas liberales y por sus andanzas indisciplinadas que hacían públicas las secretas misas *espiritas* de la familia, era un feroz opositor de Marinello. Y Orlando es el tipo que tiene por oficio difundir las fobias y pasiones de la familia. «El pobre Juan tiene los peores enemigos de su vida —me comentó una vez Navarro Luna—; no son los burgueses, sino esa retahíla facinerosa de martianos de provincia.»

Los facinerosos, no obstante, estaban obligados a cierto género de reconocimiento, por ello fue nombrado Rector de la Universidad de La Habana, un cargo que había tenido cierto lustre en la antigua República, pero que luego del triunfo de la revolución, se convirtió

en mero puesto decorativo. Para los políticos, Marinello fue siempre un intelectual, y para los intelectuales un político. Sin embargo, al escribir ahora estas estas líneas puedo reconstruir su rostro, y de él dimana una sobria decencia inolvidable. Martí creía que la inteligencia no es lo mejor del hombre. Tal vez tenía razón.

Carlos Franqui es la víctima de la esperanza crónica. Había militado en el Partido Socialista Popular, tal vez su miembro de procedencia más humilde, un campesino de origen que llegó a la enseñanza secundaria a contrapelo de las miserias y que conoció desde niño la rudeza de la vida que siempre suele

acompañar al infortunio. Muy joven aún, las injusticias sociales de que era víctima y testigo le llevaron a identificarse con el marxismo. Tras mucho empeño obtuvo una beca para estudiar en Santa Clara, aunque ya para entonces era un lector voraz, y estudiaba arduamente sin dejar por ello de participar en las luchas sindicales, campesinas y populares. Cuando finalizó la segunda enseñanza, no pudo conseguir una beca para ingresar en la Universidad, debido a sus ideas políticas; pero de todos modos se fue a La Habana donde los comunistas, lejos de ayudarlo a estudiar lo enviaron de nuevo a Las Villas como activista del partido, donde realizó una intensa labor

propagandística entre obreros y campesinos.

Cuando regresó a La Habana obtuvo trabajo de corrector de pruebas en el diario *Hoy* el órgano oficial del partido, dirigido por Aníbal Escalante quien, según el propio Franqui, ya entonces se mostraba como un «déspota». Era lo que los comunistas llaman «un hombre de la base»: los que ninguna tentación burguesa puede corromper, los que han acumulado demasiado dolor y miseria, individuos con verdadera «conciencia de clase». En 1946, tras una discusión con Escalante, dejó el periódico y el partido y terminó enrolándose, un año después, en la fracasada expedición de Cayo Confite, organizada para derrocar

al dictador Trujillo, donde conoció a Fidel Castro y a muchos de los que luego lucharían junto a él contra la dictadura de Batista.

Franqui fue siempre un radical, y aunque la experiencia lo ha llevado a separarse de sus ejecutores políticos, la fe en esa «partera de la historia» no lo ha abandonado por completo.

Sin embargo, el Franqui que conocí en los años cincuenta tenía escasas posibilidades de convertirse en el revolucionario de varios años después. Entonces su pasión era el arte: la literatura, la pintura, la música. Formó parte de la sociedad cultural «Nuestro Tiempo» que el Partido Comunista llegó

a penetrar y a dominar, aunque era una institución abierta a todas las tendencias de vanguardia cultural.

«Nuestro Tiempo» organizaba conferencias, conciertos, recitales, exposiciones, y su presidente más notorio fue Harold Gramatges, compositor de talento, comunista militante, y más tarde embajador del Gobierno cubano en París. La sociedad cultural editaba una modesta revista literaria en la que muchos escritores colaboraron. Carlos Franqui entre ellos. Su primera colaboración fue un poema dedicado a la rosa. La rosa en Cuba es algo más que una flor: alude siempre a los famosos versos del José Martí revolucionario, que padeció la envidia

de sus compañeros durante la lucha contra la colonia española.

Franqui cree con Martí que lo ético está por encima de cualquier realismo político; por eso no podía aceptar la fría disciplina de los comunistas; pero tuvo además una experiencia que lo alejó definitivamente de ellos: quisieron obligarlo a que se hiciera responsable (en tanto que corrector de pruebas del diario *Hoy*) de ciertas alusiones de un artículo que no satisfizo al general Batista, con quien en ese momento habían pactado. Franqui no se avino a ello y buscó en otras organizaciones revolucionarias un camino para su vocación pública. El que más digno apareció a sus ojos fue el movimiento

«26 de Julio», que tomaba el nombre de la fecha del asalto al Moncada en 1953.

Oficialmente, Franqui era un periodista del Canal 2; pero de hecho organizaba la oposición urbana a Fulgencio Batista. Se hizo responsable del frente informativo, y en la clandestinidad creó *Revolución*, que después de la caída de Batista se convertiría en órgano oficial del «26 de Julio».

Tan pronto llegué a Cuba me incorporé a su periódico. Colaboraba en la página internacional y en el suplemento literario *Lunes de Revolución*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante, quien de inmediato me ofreció sus páginas. Nunca antes en Cuba hubo un suplemento

literario unido a un periódico de circulación masiva. Esto fue obra de Franqui. E igualmente suya fue la creación de «Ediciones R», que comenzó a editar, bajo la dirección de Virgilio Piñera, la obra de jóvenes escritores que no tenían acceso a otras editoriales. La activa participación de Virgilio, que procedía del grupo *Orígenes*, compuesto por artistas y escritores que no ocultaban su indiferencia política, fue también obra de Franqui.

En torno suyo coexistían también, bajo múltiples disfraces, los enemigos más feroces manipulados por la Policía. El mayor peligro de Franqui era la extravagante alianza de apasionado de la

literatura, la música y la pintura con el carácter de militante que había demostrado entereza y valor frente a la represión impuesta por el Gobierno de Batista. Fidel Castro fue el primero en advertir ese peligro. De él sin duda debió partir la orientación que mantuvo a Franqui a distancia de los actos culturales, sobre todo juveniles, que fueron puestos bajo la atención y vigilancia de los cuadros de mando de la vieja ortodoxia comunista. Para éstos el artista debía ser «el ingeniero de almas» propuesto por Stalin, sancionando el *realismo socialista* que se empeñó en dorar las letrinas de la represión política.

Cuando empezaban a organizarse los

nuevos Ministerios, Fidel preguntó a Franqui cuál de ellos prefería. «El de Cultura», respondió Carlos. Fidel le ofreció otras carteras de mayor responsabilidad, incluso la de Trabajo, pero no la de Cultura. Carlos rehusó y continuó de director de *Revolución*. Tal vez los enemigos de Franqui ignoren que si hubo un periódico polémico, al que fueron hostiles los más conspicuos dirigentes, ése fue *Revolución*. Fidel lo visitaba casi a diario, hasta dictaba sus grandes titulares; pero nunca llegó a considerarlo suyo, sino otro instrumento que podía utilizar.

Franqui era el portavoz del espíritu democrático, antisectario, que el mundo entero vio en la revolución cubana.

Frente a la sorda oposición de los «duros», de los prosovieticos, Franqui logró que Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir visitaran Cuba y se convirtieran en sus aliados más convincentes y activos. Sartre dijo y escribió sobre Cuba lo que quiso e imaginó, se sintió conmovido como artista y como filósofo al ver la historia en acto, haciéndose, transformándose, expresándose en una dialéctica que antes sólo había visto pasar por su escritorio. Franqui fue el *manager* personal del club democrático de Fidel Castro, así como Edith García Buchaca fue la promotora tenaz del club de los estalinistas.

Carlos Franqui, compañero de Fidel

Castro en la intentona de liberar la República Dominicana y en la insurrección contra Batista, procedía de una ética primordial de la cual Fidel no podía percatarse. Revolución y poesía eran términos afines para Franqui. No creo que lo fueran para Castro. Pero hay que reconocer a las ironías de la Historia el que ambos fueran compañeros en dos instantes cruciales de sus vidas. Tanto el campesino que conoció la miseria, como el rico estudiante de derecho, reaccionaron de la misma manera ante el panorama político de la vida cubana, ambos optaron por las vías extremas de la revolución.

El caso de Alberto Mora es distinto. Era más joven que yo y desde su adolescencia participó en actividades políticas. Su padre, Menealo Mora, fue representante a la Cámara hasta el golpe de estado de Batista y posteriormente se unió al grupo del Directorio Estudiantil Revolucionario en el asalto al Palacio Presidencial para dar muerte a Batista. Meses antes del asalto, Alberto fue arrestado y acusado de conspiración. En la cárcel supo la noticia de la muerte de su padre, y el Gobierno le permitió asistir al entierro. En las fotos tomadas por la Prensa en esa ocasión, aparece Alberto, joven, muy delgado, cabizbajo, junto a sus compañeros.

Volvimos a encontrarnos en Miami.

Repartíamos el *Diario de las Américas* de casa en casa. Al triunfo de la Revolución se apartó de casi todos sus amigos escritores. Se había radicalizado y consideraba que sus amigos no respondían correctamente a las exigencias del momento. En la rivalidad existente entre el «26 de Julio» y el Directorio Estudiantil se puso de parte del 26. Esto le produjo el rechazo y la censura de sus antiguos compañeros de lucha, sobre todo de Faure Chomón, jefe del Directorio. Ambos eran comandantes y ministros, de Transporte y Comercio Exterior respectivamente.

Alberto Mora era un genuino intelectual político. He conocido a pocos cubanos con su cultura literaria,

filosófica y musical. En los últimos años de su Ministerio, viajó a Europa con frecuencia y buscó un acercamiento con sus viejos amigos. Le preocupaba, sobre todo, Guillermo Cabrera Infante, con quien tuvo una amistad entrañable. Temía que Guillermo no aceptara la reconciliación, pero no fue así. En uno de sus viajes, coincidimos Guillermo, Pablo Armando y yo en París. Se sintió asombrosamente feliz entre nosotros. Hablamos, recitamos poemas, nos fuimos a las *boites* de jazz, y allí Guillermo le hizo una lista de los discos que debía comprar para ponerse al día.

Pablo fue el encargado de comprarlos en Londres, en donde desempeñaba el cargo de consejero cultural. En Londres

quedamos en reunimos de nuevo, pues todos teníamos allí trabajos pendientes; pero Guillermo tuvo que regresar urgentemente a Bruselas, donde se ocupaba de los asuntos culturales de nuestra Embajada.

En Londres pude hablar largamente con Alberto. Yo venía de Moscú y mis informaciones sobre Cuba estaban siempre purgadas por una mediación amable o maligna. Alberto me informó de todo, no mintió ni *editorializó* nada. Pablo Armando estuvo presente en aquella conversación en su casa. Alberto estaba emocionado y tenso. Bebió una y otra vez; a medida que aumentaba su monólogo, Pablo y yo advertíamos que los ojos se le iban

nublado de llanto. Esto ocurría en el año 1965, cuando aún los cubanos con cargos de importancia podíamos permitirnos este género de confesiones.

¿Quién era yo realmente? ¿Una suerte de esteta crepuscular que paseaba sus maltrechas esperanzas entre los aeropuertos del Este y del Oeste, entre mundos en pugna? Iba aumentando en mí un sentimiento de extrañeza, la «otredad que padece lo uno», de que habló Antonio Machado. En París me miraba al espejo preguntándome qué ocurriría. En Budapest me hacía la misma pregunta con una sola variante: ¿qué hacer cuando ya no se cree?, ¿qué hacer con la vieja esperanza?, ¿qué pensaban de mí los demás?, ¿qué pensaban los enemigos de

este transeúnte sarcástico y sensual? Sin embargo, la CIA nunca se acercó a mí, como sí hizo con tantos otros.

Aquella noche en Londres, Alberto estaba literalmente desgarrado. De repente se puso de pie y salió a la calle. Tuvimos que correr Pablo y yo detrás de él, trataba inútilmente de encontrar un taxi, hasta que al fin cayó rendido de fatiga y sollozando. Lo llevamos al hotel. Tumbado sobre la alfombra continuó llorando como un niño.

Era el ministro más joven del Gobierno y uno de los más capacitados. Hablaba inglés y francés. Su biblioteca era amplia y rigurosa, se hizo el propósito de obtener la más completa información sobre cuestiones

económicas. A los cuatro años en su cargo podía discutir con absoluta seguridad sobre todos los temas relacionados con la economía. Fue el primero en llamar la atención sobre el despilfarro de divisas que estaba produciéndose en todos los niveles. La alarma cundió en las más altas esferas y el Che Guevara fue nombrado presidente del Banco Nacional. El Che desempeñó el cargo con su habitual rigor: cada transferencia bancaria debía recibir su aprobación personal. Opuso un cerco militar a la fuga de divisas, y tanto la Junta Nacional de Planificación como el recién creado Ministerio de Comercio Exterior, puesto en manos de Alberto, iniciaron una labor de conjunto para

frenar el despilfarro.

En ese tiempo se sentía menos inquieto. Trabajaba hasta muy tarde. Yo iba a buscarlo al noveno piso del edificio de Infanta y 23 donde tenía su despacho de ministro. Le preocupaba la escasez de técnicos para el trabajo de representantes comerciales de la veintena de empresas que constituían Comercio Exterior y, para colmo, la Seguridad del Estado y la Contrainteligencia trataban de situar cada vez más agentes en sus oficinas. Al principio ocupaban cargos de clavistas; ahora pretendían ampliar su actividad al área económica. Alberto discutió el asunto varias veces con Ramiro Valdés, ministro del Interior, que insistía en la

necesidad de fortalecer la vigilancia de los cuadros técnicos, la mayoría sin formación ideológica, y por lo mismo expuestos al soborno del enemigo.

En cuanto a la falta de formación ideológica, tenía razón Valdés, pero no podía limitarla a los representantes comerciales. A una de las empresas de Comercio Exterior llegó una carta devuelta de Inglaterra en la cual uno de los agentes disciplinados de la inteligencia que desempeñaba su trabajo en Londres era informado de que los santeros¹ del pueblo de Regla que lo protegían habían hecho todos los trabajos esotéricos necesarios para garantizar su permanencia en Europa.

Yo leí la carta. Alberto reía a

carcajadas; pero luego callaba largo rato. También le inquietaban las *comisiones especiales* que iban haciendo compras por el mundo entero, en áreas de divisas convertibles al margen de su Ministerio, adquiriendo equipos costosísimos y productos múltiples que los planes de Fidel Castro necesitaban. Todo ello sin tener en cuenta la planificación de las áreas geográficas de acuerdo con las asignaciones económicas de la Junta Central de planificación. Los pagos de esas compras afectaban los marcos otorgados por Planificación a las empresas de Comercio Exterior; pero el despilfarro provenía de manos intocables: las manos de Fidel.

En 1959 el viejo Partido Comunista actuaba en la sombra. Mucha gente no había ocultado su sorpresa cuando en los últimos meses del año anterior y cuando el triunfo de la revolución parecía asegurado, Carlos Rafael Rodríguez, uno de los más prominentes hombres del partido y ex ministro sin cartera del primer Gobierno de Fulgencio Batista, fuera acogido en la Sierra Maestra para expresar la adhesión de los comunistas a la lucha armada, y acaso para tratar de borrar el efecto que produjo el ataque que los comunistas habían lanzado contra Fidel

Castro el 26 de julio de 1953, donde el calificativo más benigno que emplearon fue el de *putchista*.

En realidad el único contacto que ese partido tuvo con el marxismo fue el arsenal de improperios con que Marx enjuició a sus contemporáneos. Ni Juan Marinello ni Carlos Rafael Rodríguez han dejado un texto que pueda llamarse propiamente marxista. Ninguno de ellos sintió la exigencia de un análisis *científico* de la realidad cubana. Para ellos la política era un sucedáneo del impulso poético. Sus discursos son un compendio, manido de sufrimientos populares y cifras que ilustran la explotación ejercida por el *imperialismo* sobre nuestros países.

Proclaman todos la fe colectiva de redención, con símiles de montañas como la Sierra Maestra o el Ávila de Caracas, aludiendo siempre a un fondo de geografía ampulosa; pero los comunistas actuaban en la sombra. Fidel les dejaba que disfrutasen del morbo clandestino del que nunca lograron curarse. Todos los ministros eran miembros del «26 de Julio», pero en cada Ministerio había un asesor a quien el solo hecho de ser militante comunista otorgaba una condición de infalibilidad que ni sus mayores disparates hacían poner en duda. Uno de estos *brillantes* asesores fue León Torras, economista de afición que escribía comentarios para el periódico del Partido. Si este hombre no

llega a morir a tiempo hubiera convertido a Cuba en una sucursal de muebles chinos de Pekín. Los protocolos de intercambio comercial que suscribió fueron posteriormente estudiados en las escuelas de comercio Exterior como el ejemplo de la irracionalidad absoluta.

Nunca milité en el Partido Socialista Popular, pero contaba con la simpatía personal de algunos comunistas. Navarro Luna, poeta oficial del partido, llegó a pedirme que prologara la primera antología de sus versos. Así lo hice, y el libro fue editado por la Unión de Escritores. Las razones por qué tanto él como Marinello me trataran con simpatía y me hablaran con sinceridad siempre me parecieron misteriosas; ni

siquiera hoy puedo explicármelas. Descarto la admiración intelectual, tan secundaria en un complejo proceso político donde prevalecen valores que excluyen la literatura. Nicolás Guillén me hizo objeto de la misma deferencia en 1962, al mencionar mi nombre entre los tres poetas jóvenes más importantes de Cuba.

Navarro Luna publicó un hermoso ensayo sobre mi poesía en la revista *Verde Olivo*, órgano oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El viejo llegó a decir que yo era uno de los grandes poetas de nuestro tiempo. Su afirmación fue legitimada por el poderoso organismo que representaba la revista.

Me dijo Navarro que el propio comandante Guevara, verdadera fuerza rectora de *Verde Olivo* y *Prensa Latina*, había aprobado personalmente la publicación del ensayo, no sin el disgusto del director, Luis Pavón Tamayo, un versificador recién llegado de Holguín que se empeñaba en aumentar su figurita de pelele con ambiciones descomunales de poder. Lo tuvo algún tiempo, cuando Fidel accedió a conceder al Ejército la dirección de la cultura, como hicieron los dirigentes chinos en sus legendarias «brigadas rojas».

Después de haber hecho alarde de su resentimiento en los comentarios firmados con el pseudónimo de

Leopoldo Ávila, el enano de Holguín arremetió contra sus antiguos obstáculos literarios y publicó un librito de poemas que era más una guía sentimental de viajes por el mundo, que el testimonio apasionante de la revolución que se esperaba de él. Echado a puntapiés del cargo, se vio flotar a la deriva como el papanatas que era, hasta convertirse en un alcohólico. Hoy es la mala sombra del montón de canalladas impunes que cometió en nombre de la Revolución y de la clase obrera.

El papanatas tenía voz meliflua, un cultivado aspecto de orfandad campesina, y ese talante reverencial y abyecto que predomina en momentos en que el caudillo pide lealtad

incondicional. Pavón contó con la estrecha colaboración de la Seguridad del Estado, que le prestó el término con que justificó las tantas *depuraciones* llevadas a cabo en los sectores artísticos: *parámetro*. Se llenaban o no se llenaban los *parámetros*. El Consejo Nacional de Cultura creó equipos de comisarios políticos para juzgar (parametrar) a cada uno de los miembros de los grupos artísticos y aso— daciones culturales del país. Se hacía tomando en cuenta la información policial que se nutría de los testimonios de sus informantes.

La conducta sexual era factor determinante. De un *maricón* o una *lesbiana* lo primero que se esperaba era

desafección al régimen. El homosexual no era un problema de la nueva sociedad, sino al contrario, una lacra del antiguo régimen que tenía por objetivo principal socavar o negar el actual proceso social. Pavón creía agregarle pulgadas a su estatura cada vez que rebajaba con infundios a los pobres bailarines de ballet o a actores mal pagados. Dio más prebendas a poetastros y narradorcillos que en los peores años de la condenada corrupción del pasado; pero la dirección política pensaba que un determinado grado de venalidad era inevitable para llevar a cabo sus propósitos.

Muy altos dirigentes decían que no se actuaba aún con la audacia necesaria

para «golpear» a ciertos sectores del país demasiado *sensibles* y peligrosos porque suelen despertar la solidaridad internacional. Pavón fue el ensayo. Desde *Verde Olivo* él articulaba la ofensiva en colaboración con viejos profesores con ínfulas de literatos que ilustraban al pie de la letra aquel resentimiento en la moral de que hablaba Max Scheller.

El principal ingrediente de su celo revolucionario era la ineptitud, celo que exigía un arte consabido y mostrenco; es decir, accesible a las masas recién alfabetizadas. Originalidad o gracia eran desmanes. ¡Qué época! Grotesca y trágica a la vez. En una isla caribeña donde lo único notorio era Fidel Castro,

los que vivían a su alrededor se empeñaban en jugar a la Historia. En Cuba se hablaba en serio de las inevitables simetrías entre la revolución de octubre y la revolución cubana. Cada fase era una acción refleja. En tal sentido Roberto Fernández Retamar negaba que Nicolás Guillén fuera el poeta de la revolución; a lo más que podía aspirar era al papel de Block; el Maiacovski estaba a punto de nacer. Fidel, por supuesto, era Lenin; Pavón, Sdanov; pronto empezó a hablarse de la primera generación de la revolución, de la segunda y hasta hubo generaciones semanales. Un hábito que ha venido a repetirse en el exilio, donde se habla hasta de «la generación del Mariel», el

muestrario más diverso que ha producido Cuba; pero esto vino después.

Los años 59, 60, 61 y 62 fueron cruciales para todos. Se empezó a dividir el país aceleradamente. El exilio de los dos primeros años careció de importancia para nosotros. Constituía la fuga de intereses creados que daban como un hecho el próximo retorno. El Gobierno norteamericano se encargaría de ellos. La redacción de la revista *Bohemia* se trasladó casi en su totalidad a Estados Unidos para continuar orientando la oposición a quien había prohijado con celo paterno. HONOR Y GLORIA AL HÉROE NACIONAL fue la portada del primer número de su «edición de la libertad», ilustrada con

un dibujo del perfil de Fidel Castro. Así inauguró el director de *Bohemia*, Miguel Ángel Quevedo, el método que imitarían todas las publicaciones cubanas. Cada vez que el comandante anunciaba una comparecencia pública, el reclamo iba ilustrado con una fotografía. Celia Sánchez era la encargada de elegir la foto.

Al cabo de los años han venido a reunirse en un mismo exilio los cubanos que en un tiempo se aferraron a las ideologías más diversas. Fidel Castro borró discrepancias que parecían insuperables. Ninguna dictadura del pasado de Cuba le ha ganado en vesania y arbitrariedad; pero ninguna organización política ha logrado la

unidad necesaria para oponérsele, entre otras cosas porque el exilio está lleno de víctimas.

César López describe bien aquellos tiempos en su poema *Las playas de enero*. Efectivamente, todos nos reunimos en La Habana desde los exilios más remotos. Las playas de enero y de todos los meses subsiguientes se inundaron de jóvenes dispersos a quienes la revolución acogía sin reservas. Los viejos manuscritos de poetas y escritores comenzaron a publicarse.

En 1961 se convocó el I Congreso de Escritores y Artistas cubanos bajo el lema «Defender la Revolución es defender la cultura». Sus sesiones

terminaban con la aprobación incondicional al nuevo Gobierno, y cada vez que se daba lectura a los acuerdos de apoyo eran sancionados por un aplauso unánime. En el «Habana Libre» había millares de asistentes, pero al final quedó bien claro que el ingreso en la naciente Unión de Escritores estaba sometido a la aprobación del Consejo Nacional de Cultura.

Fidel Castro, renuente a crear un Ministerio de Cultura, puso la actividad artística y literaria bajo la orientación de un Consejo que dependía del Ministerio de Educación. A Fidel le preocupaba el *peligro* que representaba la cultura en el mundo comunista. El «caso Pasternak» se alzaba como una

amenaza que los dirigentes políticos no querían ver repetida en Cuba. La oportuna intervención de Stalin después del suicidio de Maiacovski (suicidio que dio lugar a una ola de ataques al poeta en los medios intelectuales soviéticos) transformó para siempre el carácter de su muerte. *Literaturnaya Gazetay* vocero oficial de la Unión de Escritores soviéticos, había dicho de Maiacovski:

«No es nuestro poeta»; pero pronto Stalin hizo público su mensaje lacónico y decisivo: «Maiacovski es el más grande poeta que produjo nuestra revolución.»

Boris Pasternak había compartido con el «más grande poeta» soviético la

misma generación y las mismas experiencias literarias renovadoras. Treinta años después sometió a los editores moscovitas la novela *El doctor Zivago*, el testimonio más apasionante del proceso político que alteró por completo la fisonomía de nuestra época. El suicidio de Maiacovski estaba implícito en las hermosas y conmovedoras páginas de Boris Pasternak. Sin embargo, para Pablo Neruda el gran poeta y novelista ruso no merecía el respeto intelectual que le otorgaban sus anfitriones en la URSS. Se queja en sus *Memorias* de que todos hablasen de Pasternak en secreto, pero con reverencia. Neruda prefería la figura del Maiacovski propuesto por

Stalin. No al suicida, sino al autor de los poemas de exaltación política que el chileno trataba de remedar inútilmente.

Neruda no era el único. Aragón tuvo el descaro de imitar las rimas maiacovskianas, las más primarias que puedan imaginarse, y quiso hacer de Elsa Triolet el equivalente de Lily Brick, la musa del joven Maiacovski. Ese amor a una sola mujer, musa dominante del perfecto militante comunista, se convirtió en consigna: Pablo Neruda y Delia del Carril *la Hormiga*, Rafael Alberti y María Teresa León, Juan Marinello y Pepilla Vidaurreta... Nicolás Guillén intentó convertir a Rosa, su mujer, en un *pareado* más, pero ambos eran lo

suficientemente antillanos para impugnar aquellas simetrías artificiales del partido.

La preocupación de Fidel surgía de un simple incidente que el viejo Partido Comunista se encargó de magnificar. Orlando Jiménez Leal y Sabá Cabrera Infante habían filmado un documental de apenas veinte minutos al que titularon P.M. Pretendían recoger aspectos de la noche habanera; por su cuenta, al margen del recién creado Instituto Nacional del Arte y la Industria Cinematográfica (ICAIC), que dirigía un antiguo e inteligente adversario político de Fidel Castro: Alfredo Guevara.

Alfredo era un político genuino. Un militante con auténtica formación

marxista que apenas ocultaba su homosexualismo y sus amantes, para que no constituyeran elementos de chantaje. Su ambición era dominar la cultura. Nada podía escapar a sus manos. Aquel documental intrascendente, simple ejercicio de *free cinema* (una cámara oculta tratando de captar la espontaneidad de las reacciones humanas) lo convirtió en pretexto para asegurar su predominio en el sector de la cultura. Adujo que el documental expresaba el típico despego político de sus realizadores. ¿Dónde aparecía la revolución en aquellos borrachos que se divertían a costa del trabajo de los obreros? No, la noche de los puertos habaneros merecía un tratamiento

diferente. No bastaba colocar una cámara oculta en un bar donde bailaban y cantaban aquellos elementos marginales. La observación era una forma de la política, y la realidad debía observarse en su desarrollo positivo. También el cine necesitaba artistas militantes.

El documental se exhibió ante cientos de artistas y escritores en uno de los salones de la «Casa de las Américas». Nosotros éramos demasiado inexpertos para descubrir los propósitos de Alfredo Guevara. El había organizado su tropa de choque radical frente a los *liberales* que se agrupaban bajo la égida de Carlos Franqui. El grupo de *Lunes de Revolución* representaba una

espontaneidad irracional, sinónimo de la derecha.

Mirta Aguirre, crítica literaria, lesbiana y comunista, llevó la voz cantante en el ataque al grupo de *Lunes*: «Así empezó todo en Hungría», exclamó. Nos quedamos perplejos al oírla responsabilizar a los intelectuales húngaros de la brutal intervención «a que se vio obligada la Unión Soviética».

En el largo debate no hubo aportes que superasen la afirmación de Mirta Aguirre, pero cuando llegué a *Revolución* y Franqui, que ya estaba enterado de todo, no hizo ni el más mínimo comentario.

—No hablen con nadie —me dijo— trata de que el debate no se extienda.

El debate no sólo se extendió, sino que dio lugar a la primera reunión del Gobierno Revolucionario con sus escritores. El «encuentro» se produjo en el salón de actos de la Biblioteca Nacional. Lo presidió Fidel, pero a su lado estaban los instigadores de la reunión: Alfredo Guevara, Edith García Buchaca y Carlos Rafael Rodríguez.

El joven poeta ruso Eugenio Evtushenko asistió a la reunión. Lo conocí días antes, cuando el corresponsal de *Pravda*, Vitali Borovski, me lo presentó en la redacción de *Revolución*. Nos hicimos amigos al momento. Con Vitali, sentados en el bar de «El Gato Tuerto», tratando de que sus poemas entrasen en el

español rudimentario del corresponsal del diario ruso, empecé a penetrar el universo de una poesía de la que estaba tan distante. Esa reunión de la Biblioteca, en la que estuvo presente Eugenio, y cuya importancia él intuía mucho más que sus protagonistas, era el inicio de una aventura con la Historia que no me producía interés alguno.

Mentiría si dijera que los debates entre el grupo de *Lunes* y sus adversarios me preocupaban. Todo se hacía con libertad y yo lo consideraba natural; pero los dirigentes no pensaban lo mismo y nos empujaban a situaciones conflictivas. En situaciones límites, como solía decirse entonces, la libertad era una figura retórica.

En la reunión de la Biblioteca, Evtushenko se sentó junto a mí. Borovski, al otro lado, iba traduciéndole todo. En las esquinas del salón colocaron gigantescos equipos de grabación Con sus respectivos técnicos. Los participantes debían desplazarse desde sus asientos hasta un micrófono situado en la parte inferior del escenario que ocupaban Fidel Castro, el presidente Dorticós, el ministro de Educación Armando Hart, Carlos Rafael Rodríguez, Alfredo Guevara, Vicentina Antuña, a la sazón presidente del Consejo Nacional de Cultura y Edith García Buchaca, que hacía de vicepresidenta de ese organismo, pero que en realidad estaba encargada de

ejecutar la política oficial que comenzaría a partir de estas reuniones. En nombre de la unidad de los escritores y artistas se cancelaría el suplemento *Lunes de Revolución* y se crearían dos publicaciones adscritas a la recién creada Unión de Escritores que agruparía a todos los artistas en distintas secciones: literatura, música, artes plásticas, cinematografía. El presidente de este engendro sería Nicolás Guillén.

La reunión era una respuesta al malestar provocado por los planteamientos de Mirta Aguirre en la Casa de las Américas, y que en nada diferían de los sustentados por la vicepresidenta del Consejo Nacional de Cultura en un folleto que era el

paradigma estético y político de la cultura en la revolución cubana. Los ejecutores de esta poli— tica eran todos miembros de la «vieja guardia» cuya ortodoxia aseguraba a Fidel el control de un área peligrosa, como se había demostrado en Hungría con el grupo Petöfi y en la Unión Soviética con el escandaloso «caso Pasternak».

El corto documental PM constituía la amenaza que Fidel advirtió de inmediato: un trabajo independiente, ajeno a un organismo fiscalizador. Fidel pidió a los presentes que dijeran todo cuanto quisieran decir. Virgilio Piñera —que meses antes había sido apresado por la Policía de la ciudad balneario de Guanabo durante la famosa «Operación

3P», en que la fuerza pública hizo recogidas de prostitutas, proxenetas y pederastas— dijo que él no podía ocultar que *sentía miedo*. Mario Parajón preguntó si era posible para un escritor católico coexistir con el proceso revolucionario con entera libertad.

Fueron en verdad dos largas reuniones, con cintas grabadas por el ICAIC. Carlos Rafael Rodríguez — entonces director del diario comunista *Hoy*— pidió rigor ideológico en la literatura que se difundía al pueblo recién alfabetizado. ¿Ezra Pound un poeta notable? Sí, pero fascista. T. S. Eliot era un reaccionario que *Hoy* jamás publicaría. Objeté que tal celo discriminatorio contra T. S. Eliot era

exagerado, y Rodríguez reaccionó con irritación.

Entonces le recordé que durante una visita que él había hecho a Pinar del Río tuvimos oportunidad de hablar largamente de literatura, a lo cual asintió con cierta complacencia.

—¿Y no recuerda usted que entre sus planes estaba el hacer un estudio comparativo entre T. S. Eliot y Pablo Neruda, señalando sus afinidades y discrepancias?

—Sí, pero ese estudio insistía en las diferencias, no en las coincidencias. Las notas aclaratorias de cada poema de Eliot ocupaban medio libro.

—Generoso que es Eliot con usted — le dije —, pero podemos disfrutar de sus

versos sin tomar en cuenta esas notas.

Rodríguez echó a un lado el micrófono mirándome con furia, pero el presidente Dorticós le dijo algo al oído y él lo retornó un momento después para decir:

—Quiero aclarar que no he continuado hablando porque dije todo lo que tenía que decir sobre este asunto.

En ese instante se hizo uno de los varios recesos que aprovechábamos para tomar agua o ir a los servicios. En uno de ellos coincidí con Fidel que comenzó a orinar a mi lado.

—Oye, parece que Carlos Rafael se encabronó.

Reía con ganas mientras se entretenía en trenzar círculos sucesivos de orina contra los urinarios verticales

empotrados a lo largo de la pared.

En los primeros tiempos, Fidel iba constantemente de un lado a otro rodeado por sus oficiales más íntimos. Casi todos los días hablaba por televisión y sus discursos duraban hasta nueve horas.

A finales de 1959 apareció una noche por el periódico *Revolución* donde solíamos reunimos hasta el amanecer. En la redacción estábamos Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández, Jaime Miller, José Álvarez Baragaño, Natividad González Freire, Walterio Carbonell y, por supuesto, Carlos Franqui, el último en abandonar el periódico. Fidel nos llamó a la

oficina de la dirección.

—Tengo una idea. Ahora que se están creando las milicias populares, ustedes deben crear una diferente, una que demuestre el apoyo de los intelectuales a la Revolución Y que lleve el nombre de un escritor.

—Que lleve el nombre de Rubén — dijo Walterio.

—Ese mismo. El nombre de Rubén Martínez Villena, que fue capaz de renunciar a la literatura y entregó su vida a la lucha revolucionaria.

En ese momento llegó Tirso, el fotógrafo de turno y tomó varias fotos. El día 31 de diciembre de 1959 *Revolución* publicó una foto en la que aparecemos Fidel, Walterio, Natividad,

Alvarez Baragaño, Jaime Miller y yo. «Creada la milicia de intelectuales revolucionarios Rubén Martínez Villena.» La nota de Prensa incluyó un número mayor de nombres. Siempre se empleaban los mismos sin consultar con nadie, se daba por sentado que todos estábamos de acuerdo.

A las tres de la mañana nos fuimos al restaurante «Pekín», abierto siempre. Mientras comíamos arroz frito, Fidel me dijo de pronto:

—¿Sabes lo que me pasó en una librería de México? Encontré un libro de Dostoievski titulado *El sepulcro de los vivos* y lo compré; pensé que era el único libro suyo que no había leído, y resultó que se trataba de *La casa de los*

muertos. Me estafaron. —Se echó a reír. Luego agregó—: Bueno, ahora no se pueden quejar. Existe ya la Imprenta Nacional para publicar cuanto escriban. Con toda libertad. Eso sí, como ya dije: dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución, nada. Y en esto todos tenemos que estar de acuerdo.

Y todo el mundo, por supuesto, asintió.

«Dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución nada.» Los límites del reconocimiento o del rechazo eran arbitrio exclusivo del comandante.

Creo que de verdad cabían en su criterio el gigantesco José Lezama Lima y el escuálido Virgilio Piñera. Sus literaturas no estorbaban. La obra de Lezama se adscribía al barroco que

España exportó a América como excelencia peninsular y la de Virgilio, demasiado directa, no encontraba acólitos en la Península. España era el barroco, el ruidoso y tonto homenaje al atuendo de la fiesta de toros. Hombres que mueren con su traje de luces. Los he visto saltar atravesados por cuernos, vistosos suicidas a quienes se les reprocha la falta de donaire para hacer caer de rodillas a un toro. Me decía un amigo: «No creáis que porque os entienden, porque habláis el mismo idioma, España es accesible. Es una asignatura difícilísima que no todos aprueban.»

Sí, literaturas que no estorban porque precisamente son brillantes variaciones

de la literatura. No cuestionan realidad alguna. Demostraciones ampulosas de un despliegue verbal que nadie atiende. Bueno, yo lo atendía; pero mi mayor interés era impugnarlo. De España prefería a San Juan de la Cruz, a Fray Luis de León, al Arcipreste... Mis modelos, entre los contemporáneos eran Pound, Eliot, Wallace Stevens, William Carlos Williams, Robert Lowell, Philip Larkin, Ted Hughes y, desde luego, Hemingway y Faulkner y, entre los nuestros, Borges.

La Cuba intelectual que encontré a mi regreso en 1959 no estaba gobernada por Nicolás Guillén, sino por José Lezama Lima, el poeta y el crítico que determinaba el valor de una obra

cualquiera: poesía, novela, teatro, ensayo.

Cuando una autoridad se planta de tal modo, no hay más que dos caminos: acatamiento o rebelión. Yo elegí el último. Dije a Cabrera Infante que quería dinamitar el bastión barroco de la casa de Trocadero donde jadeaba Lezama Lima. Mis desavenencias estéticas se hicieron tan extremas que escribí un artículo contra el poeta titulado *La poesía en su lugar* con algunas prudentes alteraciones de Pablo Armando Fernández. Se publicó en *Lunes de Revolución* y todos los cambios de tipografía que ostenta respondieron a los cortes que Pablo hizo en honor de la literatura, en un esfuerzo

por quitar resentimiento a mi enfoque.

Textos de Camus y Lezama habían aparecido por aquellos días en la *Revista Mexicana de Literatura* que dirigían Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo. En mi artículo comparaba yo la clara posición de Albert Camus en favor de una literatura que rechazara «las tiranías modernas que se han perfeccionado. Por ello es preciso estar a favor o en contra» de la noble defensa que hacía Lezama de la literatura. Para Lezama la realidad social sólo podía expresarse «por evaporación e imagen».

No hace tanto el ministro de Educación de Cuba me acusó de haber atacado a Lezama, poeta que la revolución cubana respetó y publicó.

Omitía el hecho de que *Paradiso*, la famosa novela de Lezama, fue condenada por los jerarcas de la cultura cubana, y que su editor, Fayad Jamís, que ilustró la portada, fue reprendido enérgicamente por la casi intolerable negligencia de no haber leído el manuscrito de «un monumento al maricón», un modo de referirse a la novela en los círculos oficiales.

El nombre de José Lezama Lima era considerado símbolo de una estética de evasión, hermética, elitista, yo mismo lo creía. Pero dejé muy claro que mi desacuerdo no me llevaba a atacar al hombre, al Lezama pobre, al Lezama consagrado a la literatura en medio de cuantiosas privaciones económicas.

Nuestras generaciones literarias siempre han sido caníbales. Antón Arrufat dice que cada libro que se edita en Cuba es «un libro pistola». Pero también José Lezama Lima fue muy exigente con sus contemporáneos.

«Estoy preocupado por estos debates de la Biblioteca Nacional —me dijo Evtushenko—, aunque no se han manejado órdenes de fusilamiento. En mi país, en época de Stalin, por menos hubieras muerto en un campo de concentración. Lezama Lima el primero.»

Evtushenko nos aconsejó estricta prudencia. Salvar la cabeza en una revolución era lo más importante. «Ustedes están borrachos de literatura,

pero yo sé que todos los días hay gentes a quienes le vuelan la tapa de los sesos. La verdadera cuestión es la violencia. Con menos años que muchos de ustedes soy su abuelo. He nacido dos veces. En Zima, Siberia, en 1933, y hace nueve, después de la muerte de Stalin. Esta revolución es como la infancia de la nuestra.»

Evtushenko era dueño de un ardor sin medida, hablaba con los labios, con los ojos azules y vivos y con el movimiento constante de la cabeza y las manos. Los viejos comunistas lo miraban con rabia, pero, como me dijo Vitali Borovski, «cuando un poeta joven publica en *Pravda* tiene la única credencial que vale la pena en la URSS».

Eugenio y Borovski me aconsejaron que tratara de lograr una beca en la URSS. ¿Cómo lograrla? Juan Arcocha, que era corresponsal de *Revolución* en Moscú, encontraría el medio. Había que intentarlo.

Juan Marinello y Navarro Luna me alertaban.

—Tienes que salir lo antes posible de esta olla de grillos —me dijo Navarro.

Y Marinello: «Sí, éste sigue siendo el país de la siguaraya», con lo que quería significar que el nuevo orden marxista no había logrado suplantar las intrigas y componendas que él consideraba exclusivas del «antiguo régimen».

Me despedí de Cuba con un recital en que tomaron parte todos los poetas de

mi generación. Al día siguiente, a principios de septiembre, habló Roger Garaudy de su *realismo sin riveras*. Todos nos apretujamos en el salón principal de la Unión de Escritores. El filósofo francés colmaba todo el ámbito con sus formulaciones. Estaba allí para traer un mensaje solidario de los comunistas franceses, para evitar que cundiera en nuestro país el revisionismo pernicioso que acechaba en todas partes.

Cuando aún Garaudy no había concluido su intervención, José Álvarez Baragaño me dijo que se sentía mal, y abandonó la sala. En el taxi que lo llevaba a su casa perdió el conocimiento y el taxista lo condujo a un hospital donde llegó muerto, víctima de la rotura

de un aneurisma cerebral. Su cadáver fue expuesto en la funeraria más céntrica e importante de La Habana. Baragaño era un partidario entusiasta de la Revolución, acababa de publicar un *Himno a las Milicias*, y Fidel le había tomado afecto. Todos los miembros de la Unión de Escritores asistieron a su entierro. El poeta era también dirigente de la *Unión*; sus posiciones políticas y literarias eran polémicas, y sus colaboraciones en *Lunes de Revolución*, fulminantes. Su poesía ha sido olvidada; pero yo creo que fue uno de los creadores cubanos de más talento de aquella época. Su primer libro tomó un verso de Rimbaud como título, *Cambiar la vida*. Surrealista genuino, amigo de

Bretón, de Peret y de Lam, llevó esa experiencia hasta sus límites y sólo tenía treinta años al morir.

Alejo Carpentier, que era objeto frecuente de sus ataques (Baragaño lo consideraba un desertor del surrealismo), se acercó al féretro silenciosamente, a mirar el rostro pálido del poeta que parecía gobernado por una gran mansedumbre. «Uno menos», dijo el novelista mirándonos a Cabrera Infante y a mí.

Nicolás Guillén se nos reunió poco después. Baragaño era también un adversario belicoso del poeta que estaba al frente de la Unión de Escritores. Mientras bebíamos café en una esquina se dedicó a comentar un

viejo libro que había leído años atrás, un libro en que se describía con pelos y señales lo que su autor llamaba *la fauna de la muerte*\ el inventario completo de cada uno de los gusanos que invaden el organismo del hombre desde el instante de su muerte.

Estuvimos hasta el amanecer junto al cadáver de José Alvarez Baragaño. Todos flotábamos un poco. También la muerte de *Lunes de Revolución* y de muchas de nuestras esperanzas se produjeron por aquellos días. En el Ministerio de Relaciones Exteriores comenzaron a barajarse ofertas de trabajo para los incómodos poetas y escritores. *Lunes* se convirtió en recuerdo. Nicolás Guillén se hizo cargo

de lo que fue un pobre sucedáneo: *La Gaceta de Cuba*, en cuyo primer número también colaboré.

—Todo va bien —me dijo Evtushenko a la hora de despedirme—. Yo tengo un compromiso de hacer en Cuba un guión cinematográfico, pero dentro de un mes nos veremos en Moscú.

Ni siquiera otros amigos rusos comprendieron la causa de que hubiese decidido trasladarme a Moscú. Les horrorizaba que me expusiera a un clima tan riguroso, de invierno perpetuo, con dos hijas de tres y dos años de edad. María, la más pequeña, había nacido en Londres en 1960, cuando era jefe de corresponsales de *Prensa Latina* en Gran Bretaña. Había vuelto a La Habana

antes del año siempre con la familia errante. Eran tiempos de cronologías ciclónicas, en que los hijos nacían casi sin advertirlos.

Me he propuesto muchas veces reconstruir la cronología de aquellos años, pero se desvanece. Una noche de finales de 1960 me llamó Carlos Franqui para decirme que había una invitación del Gobierno británico para visitar el país. ¿Estaba yo dispuesto a ir? Se trataba de llevar la imagen revolucionaria a un Gobierno conservador que nos podía ser útil.

De pronto me vi aterrizando en el anticuado aeropuerto de Heathrow. Conmigo iban José Aníbal Maestri, decano de la Prensa cubana; Enrique Labrador Ruiz, que representaba al

Diario Nacional; Enrique Grau Esteban, por el conservador *Diario de la Marina*. Nos encontramos con una Gran Bretaña austera. En las calles, sobre todo en la *City*, quedaban las huellas de los bombardeos. Nos recibió un esbelto ex alumno de Oxford, Sinclair, cuya tarea era demostrar la amabilidad del gran anfitrión de Inglaterra. En Coventry tuvimos noticias del primer acto significativo de sabotaje ocurrido en Cuba. Nos paseábamos Enrique Labrador Ruiz y yo en torno a *Lady Godiva*, bellamente desnuda en la estatua ecuestre que le rinde homenaje, cuando vimos un periódico que anunciaba en grandes titulares que algo había estallado en América. Era *La*

Couvre, el barco dinamitado en el puerto habanero.

Nuestro embajador en Londres estaba alarmado. Desde el día en que llegamos no nos ocultó su inquietud. ¿Qué pretendía el Gobierno cubano? En Londres reinaba la confusión tocante a lo ocurrido en Cuba, y él no podía aclarar nada. Procedía de las filas del «Movimiento 26 de Julio», del grupo de Venezuela, y se dolía de la falta de información oficial. En la mesa del comedor de nuestra sobria Embajada, sentada aparte, una hermosa institutriz inglesa orientaba a la hija del embajador en los pormenores de una educación británica que meses después carecería de sentido para la niña y sus padres.

La breve estancia en Gran Bretaña me convirtió en el primer Jefe de Corresponsales de *Prensa Latina* en una capital europea. Las noticias que envié desde Londres (Gran Bretaña compraría toronjas cubanas en grandes cantidades; no permitirían que la contrarrevolución utilizara cayos británicos para lanzar ataques contra la isla) fueron publicadas en las primeras páginas de los periódicos cubanos. En *Prensa Latina* estaban radiantes. Mazetti me dijo: «El Che Guevara autorizó treinta mil dólares para que abras la oficina de Londres. «Están puestos a tu nombre.»»

No tuve que hacer gran cosa en Londres. Cuando pasó una delegación de periodistas cubanos por París, me

pidieron que fuera a buscarlos. Guillermo Cabrera Infante estaba entre ellos. Me dijo: «Hay un tipejo en la delegación llamado Pastor Vega que afirma que has abierto la oficina de *Prensa Latina* en el mismo local de las agencias norteamericanas.» Lo que yo había hecho era abrir un pequeño despacho en Farringdon Street, cerca de la Prensa Asociada inglesa, que se dedicaba a la información interna de Gran Bretaña y de cuyos servicios me beneficié más de una vez.

Mazetti, asediado por los viejos militantes comunistas, que insistían en dar a la agencia un carácter oficial, un equivalente de «Tass» en Cuba, estaba inquieto. Rodolfo J.

Walsh, el jefe de servicios especiales, con quien yo mantenía relaciones muy cordiales, me llamó para decirme que la confusión suscitada por Pastor Vega aconsejaba mi regreso.

Dos hijas, la familia de nuevo a los aviones.

Moscú fue una experiencia diferente. La elegí a sabiendas. Tenía la certeza de que en aquella tierra distante, yo tocaba la forma del porvenir cubano, entonces vago e indefinido.

Cabrera Infante fue nombrado Consejero Cultural de la Embajada cubana en Bélgica, Pablo Armando Fernández ocupó el mismo cargo en Londres, y a mí se me ofrecía la

oportunidad de trabajar en las Embajadas de México o Londres, o aceptar la invitación hecha por la Unión Soviética como corrector de estilo en el semanario *Novedades de Moscú*, que ese año había empezado a publicarse en español.

No sentía entusiasmo alguno en trabajar de funcionario diplomático. Las Embajadas que conocí durante mi etapa de corresponsal en Gran Bretaña eran jaulas de gatos donde el embajador y el consejero comercial luchaban por el predominio de sus respectivas importancias, y como los funcionarios de cada centro eran nombrados por dos Ministerios diferentes, Relaciones Exteriores y Comercio Exterior, cada

jefe de misión recibía órdenes y orientaciones de una jefatura diferente también. Detrás de ambos estaba, desde luego, el omnipotente Ministerio del Interior, que disponía de un treinta por ciento de los empleados, tanto en la misión diplomática como en la comercial. Más de una vez —debido a mi supuesta imparcialidad de periodista— escuché las diatribas de embajadores y consejeros comerciales acuciados por sus esposas.

De manera que decidí viajar a Moscú. Llegué en un otoño lluvioso para no tardar en entrar en el invierno permanente de Rusia. Me gustaba Moscú, me dominaba el singular embrujo con que los países totalitarios

borran el fragor de las discrepancias públicas con el secreto de sus unanimidades aparentes. En estos países todas las sombras están vigiladas y *protegidas* y hasta el sitio y la mujer con quien fornicas tienen una posteridad asegurada en los archivos policiales; sobre todo si eres extranjero y tienes vínculos con la cultura.

La actividad cultural en la URSS es adjetiva de la acción política. El *aparato* identifica siempre a la cultura como el partido de la oposición, de modo que uno llega a sentirse ministro de un poder hipotético, y toda palabra que uno dice es escuchada y analizada como un decreto en ciernes. Y, desde luego, es imposible escapar a la

indirecta satisfacción de ser observado por el poder.

Es fácil detectar a los agentes y a los informantes por el modo impasible con que nos oyen suicidarnos en público y por la respiración anhelante, satisfecha, con que registran nuestros estados de ánimo, nuestros humores. Casi todos los informantes que conocí en Moscú eran de estatura muy baja y muy atildados y ceremoniosos. Casi todos hablaban español, un español tan memorable que una vez Juan Marinello no pudo reprimir un comentario simpático cuando su intérprete se despidió de él después de conducirlo hasta el hotel donde tomaríamos el desayuno: «Bueno, Usía, retornaré al atardecer.» Esto era

demasiado hasta para el retórico comunista cubano: «Tiene uno la impresión de habitar un capítulo de Cervantes», me dijo.

Otro de los encantos del totalitarismo es el poder con que acrecienta las relaciones de amistad. En Moscú, además, no había barras, el mundo social se desarrollaba en pequeños apartamentos familiares. Son como refugios en que el disfrute de la fraternidad no es nunca excesivo, pues está atemperado por el peligro exterior. Alguno de estos informantes se las ingeniaban para estar presentes en las reuniones, sobre todo cuando asistían extranjeros, y no dudo que fuesen invitados ex profeso por los anfitriones

para garantizar el orden familiar.

En estas reuniones bebíamos, comíamos y oíamos música norteamericana grabada en los discos más raros que he visto en mi vida: placas plásticas que se usan para radiografías; de suerte que nunca he podido separar de mi memoria el hueso de una cadera de las canciones de «Los Beatles». Las pobres víctimas de los accidentes de tráfico contribuían de ese modo a la difusión de la música más reverenciada por los jóvenes rusos de la década del sesenta.

Cuando el periodista Yuri Poporov me vio descender del avión con mi familia, en la que se incluían una niña de cinco años y otra de dos, exclamó: «Eres un

oso», no sé si alabando mi coraje o mi vieja afición por la nieve; pero no estaba nevando cuando llegué a Moscú en 1962, llovía y siguió lloviendo hasta que irrumpió el verdadero invierno.

Me alojaron en el «Hotel Moscú», situado a unos metros de la Plaza Roja. Era una habitación amplia, casi una *suite*, con comedor y un piano en el *foyer* de la entrada. El hotel estaba lleno de rusos que venían de las distintas repúblicas y vestían como en los años veinte, casi todos de azul prusia, trajes pasados de moda en 1962, pero que fueron los precursores de los pantalones de corte acampanado que se pusieron en boga unos años después. El edificio del hotel era enorme, típicamente ruso.

Alfombras, escaleras doradas, grandes lámparas colgantes, muebles rojos, de terciopelo, madera de abedul trabajada y pulida. Era otro mundo.

Después de dejar las maletas en la habitación y despedir a Yuri, bajé a la calle. Niebla, lluvia y frío, pero las estrellas de la torre Spaskaya, se abrían rojas en la penumbra sobre el arco de la puerta que daba acceso al Kremlin.

Este escenario pertenecía más a la literatura que a la vida. No tocaba allí ninguna realidad que no estuviese transfigurada por mis propias visiones literarias, que en nada diferían del escenario de mis viejos ensueños. La catedral de San Basilio con sus cúpulas bizantinas, las callejuelas del viejo

Moscú rodeándolas, y la tumba de Lenin y la tribuna, los únicos elementos que desentonaban por su falsa modernidad en medio de aquel conjunto coherente de arquitectura y época.

Viví en Moscú en un momento muy interesante de la historia soviética, cuando, hacia el final de la era de Jruschov pero antes de las crisis internacionales que aceleraron su deposición, parecía inaugurarse una nueva época en que la política de «la guerra fría» cedía el paso a un período de distensión entre las grandes potencias y la «coexistencia pacífica» se alzaba como un objetivo de auténtico equilibrio internacional.

En el aeropuerto de Moscú me habían

ido a recibir, además de Yuri Poporov, encargado de la dirección española del semanario *Novedades de Moscú*, un funcionario de la Embajada de Cuba y dos traductores hispanosoviéticos.

De uno de ellos, del malagueño Pedro Cepeda llegué a convertirme en verdadero amigo.

A Pedro se lo llevaron a la URSS como a miles de otros niños españoles durante la Guerra Civil; sólo tenía un vago recuerdo de su patria. Llegó a magnificarla de tal modo en la lejanía que entabló amistad con un funcionario de la Embajada argentina a quien propuso que lo mandara al extranjero oculto en un baúl; pero los giros del avión lo marearon de tal modo que

comenzó a quejarse y a vomitar a la hora de bajar la carga y fue nuevamente embarcado a Moscú. Con la boca destrozada a golpes por la Policía política, lo encarcelaron «como enemigo del pueblo» y lo enviaron a un campo de concentración donde habría de pasar más de diez años. El XX Congreso del Partido que reveló y condenó los crímenes de Stalin, redujo su condena a la mitad, fue rehabilitado y enviado al semanario como traductor. Tenía espléndidas dotes literarias y una magnífica voz para el canto. Los sufrimientos no menguaron en él la risa amplia y efusiva ni su propósito de regresar a la tierra de su nacimiento y de su amor.

Le dije que haría todo lo que estuviera a mi alcance para ayudarlo. En una de mis visitas a España conté a Carlos Barral el sueño de mi amigo, y Carlos logró que una importante figura —no precisamente política— se preocupara por gestionar el regreso de Pedro. Un día recibí una carta suya, escrita desde Madrid: «Espero que podamos vernos pronto. Estoy con toda mi familia en mi patria.» Finalmente, en 1981, nos encontramos. El estaba alegre, rejuvenecido. Nos fuimos a cenar acompañados de Svedana, su mujer, que ahora hablaba en perfecto español, y quedamos en reuniones para conocer a una hija que le había nacido en Madrid. Pero me recibió con su entusiasmo

habitual en una España donde la libertad era el principal atributo de orgullo. Los malos tiempos habían terminado para él. Pero en el lluvioso otoño de 1962 era una criatura escuálida que fumaba cigarrillos búlgaros, uno tras otro, con un viejo gabán y un sombrero gris hundido hasta las orejas.

Dejamos el aeropuerto en coches diferentes y me senté junto a Poporov mientras la negra limusina oficial se adentraba por las anchas avenidas en dirección al «Hotel Moscú». Tuve la impresión de que entraba en el Chicago de los años veinte.

—Tengo que decirte algo y tengo que decírtelo sin rodeos. Aníbal Escalante se encuentra en Moscú— dijo Yuri.

—Eso lo sé desde Cuba —le respondí—. Fue enviado por el mismo Fidel Castro cuando lo separaron de la Secretaría de la ORI y no tengo nada que ver con ese hombre.

—Pero trabajará en *Novedades de Moscú*, junto a ti —continuó Yuri sin mirarme—. Aquí se sabe que fue uno de los principales enemigos de tu periódico y de Carlos Franqui. De todos ustedes.

—¿Qué temes? ¿Piensas que sería capaz de armar un escándalo? Por mi parte puede trabajar donde quiera. Está aquí como estoy yo, aunque por distintas razones.

Yuri sonrió y me palmeó la espalda con afecto.

—Se decidió que era conveniente que

lo supieras antes de que visitaras el periódico. Queremos evitarte la sorpresa.

Ví al vencido ex dirigente comunista cubano en varias ocasiones. Como ocurre en presencia de gente discutida o controvertida, su aspecto me pareció insignificante. El ataque de Fidel Castro había operado el milagro de hacer de un tipo cualquiera una imagen casi furiosa de adversario.

Era innegable que Aníbal Escalante se hizo ilusión de ir controlando en Cuba, desde el secretariado de la organización, la estructura que José Stalin creó en el momento decisivo de tomar el poder a la muerte de Lenin. Cuando Fidel decidió crear su propia

estructura política, los encasilló a todos en lo que llamó el *primer partido comunista de Cuba*, la primera agrupación marxista-leninista de la que el comandante se separaba cronológicamente. El «verdadero» partido comunista nacería con Fidel Castro Ruz.

En medio del conjunto heterogéneo de integrantes de la redacción de *Novedades de Moscú* (hispanosoviéticos, rusos, gente que representaban con sus fisonomías las distintas repúblicas soviéticas, pero que hablaban el español correctamente) el viejo Escalante era un pez fuera del agua. Desde septiembre adoptó un atuendo invernal que contrastaba con el

del resto de los periodistas. Todos sonreían —de un modo que se quedaba a medias entre la sorna y la piedad— al verlo subir las escaleras, fatigado; pero el viejo llegaba y se integraba al grupo corrigiendo las traducciones que le ponían delante.

Al atardecer miraba con evidente melancolía a través de los gruesos cristales de la ventana por la que se veían los árboles desnudos de la Plaza de Pushkin. Era un hombre del sol que se iba consumiendo a medida que avanzaba el invierno, y cuando la nieve lo cubría todo parecía encogerse dentro de su abrigo negro, como una tortuga en su concha, mientras atravesaba la plaza en dirección al periódico *Itsvestia*,

donde un coche oficial lo llevaba a su casa. Llegué a pensar entonces que toda carrera política terminaba siempre de esa forma, a la que un hombre que tuvo poder ape— nas sobrevive. El cuerpo arrojado inclinándose para entrar en el auto cobraba un insólito aspecto entre el blanco sudario de la nieve y el color de luto del automóvil, su último vínculo con el poder. Fidel Castro había decretado su extinción, y nunca más pudo recuperarse.

Pedro Cepeda ordenaba diariamente un riguroso itinerario cultural, me preparaba las noticias más importantes de la Prensa soviética, me señalaba la dirección de la literatura en boga, las críticas que aparecían a los métodos de

Stalin, edulcorados por un tratamiento tan prudente que para Pedro constituían la prueba de que la llamada «desestalinización» había sido frenada por los mismos que la pusieron en marcha.

En esos días se publicó la primera novela de un rehabilitado político, un profesor de matemáticas sin antecedentes literarios profesionales. Jruschov en persona apoyó la autorización de que se editara en la revista *Novi Mir*, que dirigía Swardovski, poeta a quien respetaba casi todo el mundo. *Un día en la vida de Iván Denisovich* produjo un revuelo en Moscú. Pedro se entusiasmó con el hermoso, escueto y trágico testimonio de

quien había soportado la experiencia de los campos de trabajo forzado con que Stalin se obstinó en crear la industria soviética. A los opositores descarriados, a los que carecían de «conciencia de clase», a los «enemigos objetivos del pueblo» se les daba oportunidad de reivindicarse a través de la participación en tareas grandiosas, convirtiéndose en combustible generador de fuerzas para «el joven estado socialista».

Alexandre Solzhenitsin daba voz a esos *enemigos objetivos*. Pedro me leyó todo el libro; dos días después le mostré el artículo que acababa de enviar a Cuba, y le gustó: «Los cubanos merecen conocer que el pueblo soviético ha

sufrido esta experiencia política como ningún otro pueblo del mundo, y hay que evitar que esos errores se repitan.»

También se publicaban poemas críticos, ensayos, y en *Pravda* aparecían casi a diario los poemas entusiastas con que Eugenio Evtushenko celebraba el curso revolucionario de Cuba.

Había un pequeño café en la calle Arbat, cerca de Smolenskaya Navershna donde yo tenía mi apartamento, y allí nos sentábamos en las oscuras tardes de septiembre. Yo me tomaba una solianka, una sopa hecha con embutidos y carnes que era uno de los platos preferidos de los viejos contrabandistas y mercaderes.

—Oye —me dijo Pedro una de esas tardes—, el viejo cubano que está en la

redacción, ¿es realmente importante? Creo que aquí tiene cierto poder. Todos los días lo recoge un coche oficial frente a *Istvestia*. ¿Cuál fue el problema de Escalante?

Le conté la versión conocida. «Es una situación rara, tal vez grave.»

—¿Por qué?

—Porque si quiso adueñarse de la maquinaria del poder de la misma manera que Stalin, no es un tonto. ¿Hizo fusilar algún amigo de Fidel?

Me eché a reír.

—En el poder la gente se mata entre sí —insistía Pedro—. ¿No has visto lo que ha ocurrido aquí? Todo lo que ocurre en un lugar puede ocurrir en otro.

Esa tendencia a encontrar

paralelismos entre historias y países distintos era característica del análisis marxista. No le presté demasiada atención. Toda Moscú estaba inundada de tabaco cubano, sobre todo, de puros, que yo compraba en grandes cantidades en las tiendecitas de la calle Arbat, todas ellas de color canela, enanas y compactas. Arbat era una de las calles que más me gustaban del viejo Moscú: al centro había dos líneas blancas que formaban otra calle, cerrada al tránsito, por donde iban y venían los negros automóviles oficiales, las ventanillas cubiertas con visillos oscuros. Yo pensaba que cualquier día un funcionario de alto copete, como en un sueño, daría la orden al chofer de

detener abruptamente el coche para confiarme en secreto viejos antídotos contra el veneno del terror que en ciertas noches me invadía, cuando el análisis de la Historia empezó a transformarse para mí en pura pesadilla.

También comprábamos los habanos cerca del apartamento de Ilya Erhenburg. Le telefoneábamos desde el «Hotel Nacional», que estaba en los bajos de su edificio, y él, anhelante, nos abría la puerta. Recibía los tabacos con la emoción de un experto.

—Menos mal que todavía se encuentran —exclamaba—. Uno de estos días dejan de llegar. Moscú está lleno de curiosos que pueden arruinar la cuota de importación en unas horas.

Nos miraba con sus ojos azules y gastados, no menos gastados que su sonrisa: un rostro claro y expresivo sobre el que le chorreaba el cabello en desorden. Ehrenburg se jactaba de su destreza en trasladar al ruso los ritmos del verso castellano clásico. Hablábamos en francés, pero él me leía en ruso poemas muy conocidos de Antonio Machado, para que fuera descubriendo en su entonación los instantes precisos de los ritmos, del metro, sumergidos en lo hondo de su versión. A Ehrenburg lo que más le interesaba era la poesía. Toda ella. En prosa fue lacónico y sus libros de ficción no interesaban mucho a los críticos soviéticos, aunque sus ensayos y

artículos los deslumbraban. El viejo era dueño de un estilo que sólo Antón Chéjov e Isaac Babel —sus maestros— lograron dominar en ruso. En esos días estaba escribiendo sus memorias.

—Las memorias sólo pueden escribirlas los viejos —dijo—. Boris Pasternak escribió las suyas a los treinta años. ¿Qué edad es ésa? Su libro *Salvoconducto* no es un libro de memorias.

Para él los libros de memorias tenían que ser libros ríos, que fuesen creciendo con los años. Sólo en la vejez podía uno recordar perfiles, rasgos de personas, años, gente que antes no alcanza a cobrar una dimensión verdadera.

Pedro simpatizaba con Ilya Ehrenburg.

Lo consideraba uno de los intelectuales soviéticos que se había sometido menos y había logrado más; sólo la gran pericia de un auténtico fondo moral podía hacer posible casos como el suyo. «Quisiera escribir un libro de memorias algún día», me dijo pensativo mientras andábamos calle Gorki abajo.

—¿Por qué no lo haces? —le pregunté.

—Tal vez necesito la vejez, como dice Ehrenburg.

—Te sobran experiencias —le dije.

—¿Te gustaría hacer lo mismo?

—No lo sé.

—Haz un diario de todo lo que veas. Tienes el privilegio de estar presenciando una revolución en Cuba.

—Los libros sobre las revoluciones los escriben los extranjeros, los que apenas pueden recordarlas, ni lo quieren.

—Pero mi libro no podría ser tan preciso en su cronología como dice Ehrenburg —apuntó Pedro—. ¿Cómo empezarías tú?

—Tal vez como Pío Baroja, pero cambiando un tiempo verbal. En lugar de «Yo he nacido en el País Vasco», etc., escribiría: «Nací en Pinar del Río, Cuba...»

—¡Esas eran partidas de nacimiento! —protestaba Pedro. El suyo elegiría el verdadero momento en que se nace, el más crucial de la existencia, lo trataría de recordar bien y después haría como

en los tapices del Asia Central: paneles abigarrados donde se acumulan figuras, estaciones de trenes, caballos, árboles, caminos, casas y castillos, donde el verdadero discurso no es lineal sino cargado de múltiples bifurcaciones como la propia vida.

Sonreía melancólicamente, y toda su figura se hacía más tremante, y sus ojos daban la impresión de que perdían color detrás de las gafas anticuadas, calvo, con arrugas prematuras para sus años.

—Tú eres mucho más joven que yo — insistía en decirme—. Te aconsejo que pienses en términos de experiencia. La literatura es una evaluación de la experiencia.

Yo le argüía que esa evaluación no la

hacían los protagonistas, sino más bien los que presenciaban esa «experiencia» con alguna distancia:

—Toma el ejemplo de la Guerra Civil española. Baroja no pudo contar lo que vivió, ni Unamuno, ni los más jóvenes. No existe una novelística de la guerra civil; pero están los libros de André Malraux y de Ernest Hemingway.

—A mí Malraux no me interesa, pero me gustan las novelas de Hemingway. *Por quién doblan las campanas* no ha sido publicada en ruso porque el Partido Comunista español la considera un libelo contra los dirigentes; pero el manuscrito ruso está listo, esperando a que muera Dolores Ibárruri, que es quien se opone con mayor insistencia.

Excepto *Por quién doblan las campanas*, aquí se ha publicado toda la obra de Hemingway, que en verdad es muy popular entre los rusos. ¿Lo has conocido tú?

Pedro, que había vivido casi toda su vida en Moscú, le asombraba saber la cantidad de personajes que, en relativamente pocos años, me había tocado en suerte conocer. Sí, había conocido al viejo novelista que en los años cuarenta y cincuenta era una figura familiar en algunos bares de La Habana. Lo había visto por última vez a su regreso a Cuba, luego del triunfo de la revolución, acompañado por Antonio Ordóñez, el torero. Conservaba la foto de su llegada en la que estoy junto a él y

a Ordóñez. Venía entusiasmado por vivir la revolución. Besó la bandera cubana en el aeropuerto, y cuando el fotógrafo le pidió que repitiera la escena, se mostró ofendido de que alguien le propusiera repetir un gesto de sinceridad. Todo eso lo puse en la entrevista que le hice para *Prensa Latina*.

Pedro se entusiasmaba y me inquiría sobre otros personajes. Le hablaba de Neruda, que había estado varias veces en Cuba, pero a quien había conocido en París.

—Aquí está publicado todo Neruda, le ponen rima consonante a sus poemas.

Traté de imaginar, por un momento, como el cuadro más patético del mundo,

al afectado comunista chileno
esforzándose por rimar
consonánticamente su exultante poema a
Stalin *Que despierte el leñador* —acaso
la tarea que ahora le hayan
encomendado en el infierno—; pero mi
imaginación se resistía a ese absurdo.
Le pregunté a Pedro a qué sonaba la
poesía de Neruda en ruso.

—A Zorrilla; pero un Zorrilla mucho
más ampuloso.

A veces Pedro me invitaba a
adentrarnos más en Moscú, y
recorriamos barrios de extramuros,
recovecos, callejuelas apenas
iluminadas. Nunca he sentido más
intensamente la presencia de los seres
humanos como entre aquellos rusos que

deambulaban por calles de hielo, y se detenían frente a un pequeño mercado que llamaban «gastronom», y se hacían la señal de dividir en dos porciones la botella de vodka que comprarían en la sección de licores, donde la abrían y se la empinaban allí mismo. Camaradas en el pago y en el disfrute. Después se abrazaban y se alejaban dando tumbos.

Un día, al pasar por la Plaza Roja, me dijo Pedro: «Ahí tienes los verdaderos monumentos de la ciudad», y señaló hacia el mausoleo donde está preservado Lenin y hacia los viejos cuarteles de la cárcel Lubianka, donde la KGB practicaba con seres humanos el rigor de la verdadera educación comunista.

—Una de las últimas pirámides del mundo. Un faraón de la clase obrera y un templo donde se educa a sus guardianes. Ahí, en ese templo, nací yo realmente. No en Málaga. Ahí. Ese será el comienzo de mi libro.

Y tomó en serio el proyecto. Empezó a escribirlo, y me pregunto si Svetlana, su mujer, conserva aún aquellas páginas manuscritas que recogían, con dramática simultaneidad, el conjunto de múltiples instantes que llenaban el mundo, igual que en los tapices del Asia Central que él admiraba.

Juan Arocha me llamó de La Habana anunciándome su llegada inminente. Acudí a recibirlo y un momento después de saludarnos me espetó: «En Cuba la situación está que arde. Se afirma internacionalmente que hay instalaciones de cohetes nucleares soviéticos en Cuba. Se han publicado fotos hechas por aviones de Estados Unidos, pero en el periódico no nos hemos dado por enterados. Se niega sistemáticamente la acusación.»

Dos días después la radio moscovita difundía la noticia de que Estados Unidos había ordenado el bloqueo naval

de Cuba hasta que la URSS desmantelara los misiles. En aquellas horas de tensión para la ciudad, y para el mundo, la gente se detenía en las calles para escuchar el parte oficial soviético que era repetido frecuentemente por las emisoras radiales y de televisión. Al fin se anunció el acuerdo entre Kennedy y Jruschov. En la redacción de *Novedades de Moscú* Aníbal Escalante, que se había mantenido tan a la expectativa como el resto, alzó súbitamente la cabeza al oír la noticia: «Eso es política. La humillación no importa. Lo que importa es que Cuba está ahí.»

De la isla llegaban informes confusos. Nuestra Embajada ignoraba la respuesta

cubana, mucho más el tipo de acuerdo a que habían llegado Kennedy y Jruschov; pero la recepción de otro aniversario de la Revolución de Octubre no dejó de celebrarse. Juan Arcocha y yo asistimos junto con los amigos y periodistas italianos, Augusto Pancaldi y Paolo Pardo. Todos estábamos pendientes del brindis; pero Jruschov fue lacónico al referirse a los sucesos de Cuba:

«Los cubanos no quieren creer en la palabra del Presidente de los Estados Unidos; pero hay que creer en la palabra del Presidente.» Y la palabra se cumplió: Fidel Castro sigue en su puesto todavía hoy, cuando escribo esto, más de veinte años después.

A partir de la crisis de octubre empecé

a moverme a tientas. El comunicativo y cordial, Eddy Suñol, agregado militar cubano en la URSS que compartía conmigo hasta sus preocupaciones más íntimas, se sumió en un silencio inescrutable. La Embajada se convirtió en un caserón habitado por supervivientes; la sensación de naufragio que Ortega y Gasset colocaba en el centro de la existencia humana, el súbito pavor de que al abrir la puerta una mañana nos encontremos que *la calle no está*, ese descubrir paso a paso que en *épocas de gran pasión el intelectual honrado tiene que callarse o mentir*, la evidencia de que el espíritu servil se acentúa en los tiempos de las revoluciones. Curioso como se hacía

palmaria esta formulación tan discutible.

Al fin llegó Evtushenko. Traía noticias de Cuba, y muchos poemas de heroísmo. Me pidió que escribiera algo para ese fin de año. «Lo quiero traducir y publicar en *Pravda*.» Yo estaba en vísperas de ir a Helsinki a pasar la Navidad. Quería comentar con amigos cubanos en Occidente lo que estaba ocurriendo. Evtushenko intentaba calmarme: «No ha ocurrido nada. Cuba está ahí. Si fuera cubano escribiría un poema suscribiendo los cinco puntos del Gobierno de Cuba para cualquier negociación, son puntos que no ponen en duda la soberanía; escribiría: “Son cinco puntos, cinco puños en alto”», y recitaba como recitan los poetas rusos.

Hace ya tantos años que no lo veo, que no sé cómo es hoy físicamente aquel joven de veintiséis años, tan atacado desde entonces. Escribí el poema y decidí irme a Helsinki en tren. Eugenio tenía un pie tan grande que me rogó que le buscara por toda Finlandia un par de zapatos, de la talla más grande que existiera. Le compré un cuarenta, los más grandes que había en las tiendas de Helsinki. Eran dos afilados tiburones negros que ocuparon un espacio enorme en mi equipaje; pero no le sirvieron.

Mi poema se publicó un 31 de diciembre en *Pravda*, pero Evtushenko desapareció del ámbito moscovita. Como habíamos participado juntos en varios recitales, la gente me reconocía y

me preguntaba por él en cualquier sitio. Decidí ir hasta su apartamento. Subí las escaleras sin llamar. Lo encontré tumbado en una cama. Su esposa Gala me explicó que la publicación en Francia de su libro *Autobiografía precoz* había enfurecido a los burócratas. Fue convocado y atacado ferozmente en una reunión de la Asociación de Escritores.

De las muchas personas que conocí en la Unión Soviética, Eugenio Evtushenko me trató con una amistad que no puedo olvidar. Y cuando comenzaron las dificultades en Cuba, me envió un cablegrama felicitándome por el premio de la Unión de Escritores y obviando el escándalo: «Son verdades amargas, pero

las verdades amargas son también verdades. Te abraza tu hermano ruso, Eugenio Evtushenko.» Y cuando fui arrestado y se produjo la clásica, ceremonia de autodegradación que contentó durante algunas horas a Fidel Castro, fue él uno de los amigos que me apoyó moralmente, y me escribió una larga carta: «Ser herido no significa ser muerto. Muchos dicen que estás en una granja, o en una cooperativa; pero quiero decirte que siempre he admirado tu poesía, y quiero oír de nuevo los cascos de hierro de los caballos de tu poesía...». Y proseguía con cosas de este tono.

Me daba ejemplo de grandes poemas contemporáneos en lengua rusa, pero me

parecían demasiado anecdóticos y descriptivos. Las imágenes eran primarias, casi todos los poemas se apoyaban en símiles y analogías rudimentarias. La metáfora no existía. Pero aprendí de él a desconfiar de lo que él llamaba el *orientalismo*, de la abundancia de abstracciones que agotan la fuerza de un poema. Eugenio amaba la rima y creía que era un error occidental el no haber insistido en conservarla, la música, en su opinión, era un atributo consustancial a la poesía.

En el breve período de sus dificultades, tuvimos una experiencia que no puedo olvidar. Coincidió esa etapa con la visita de Fidel Castro a la URSS.

Una de las cosas de que se acusaba a Evtushenko era de jactarse de su amistad con el comandante cubano. Ambos — Eugenio y yo— creimos que un efusivo encuentro público con Fidel podía resolver sus dificultades. Los burócratas del Partido Comunista son instantáneas poleas de transmisión que ponen al corriente a sus jefes de todo cuanto ocurre.

Nos fuimos al hotel del Partido, situado en un ángulo de la calle Arbat, muy cerca de mi casa. Fidel estaba en un sofá, en medio del salón principal, rodeado de funcionarios cubanos y soviéticos. Nos acercamos al grupo. La voz de Fidel nos llegaba perfectamente, aunque sonaba más ronca que de

costumbre.

—¿Es verdad que aquí está hospedado Henry Winston?

Uno de los funcionarios se dirigió a la recepción y regresó en seguida.

—Sí, comandante; pero está durmiendo. Como está tan anciano y enfermo apenas sale de su habitación. Hasta come en ella con ayuda de una enfermera.

Henry Winston, el viejo militante del Partido Comunista norteamericano, casi ciego, se encontraba alojado en aquel hotel donde bastaba la autorización oficial para obtener gratis todos los servicios necesarios.

Fidel intentaba declinar con respeto un brindis a que lo conminaba un dirigente

armenio: el hombre decía que era un brindis por la salud del jefe cubano. Fidel le dijo que su salud se agravaría si aceptaba la invitación a tomarse aquella gigantesca copa de coñac, y volvió a preguntar por Henry Winston mientras el armenio no se daba por enterado de la negativa.

Minutos después, y luego de haber indagado por Winston una tercera vez, el comunista norteamericano bajaba andando a tientas y en pijama.

—Fidel, *It's a great honor, it's a great honor.*

Pero a los pocos minutos de haberle hecho las preguntas consabidas, y sin prestarle mucha atención a sus respuestas, Fidel Castro se desinteresó

del viejo militante en pijama que, sentado al borde de la butaca, trataba de volver la cabeza en dirección a su voz. Fidel lo había convertido en un oyente más, en un miembro incidental de su séquito. Se dedicó a bromear con el dirigente armenio que insistía en brindar por su salud. Lo obligaba a que bebiera la copa que le ofrecía y la suya propia, de suerte que al poco rato el intérprete trataba en vano de buscar la huella de un vocablo en lo que no era más que un balbuceo de alcohólico a punto de caerse.

La comitiva cubana no ocultaba su alegría. El armenio bebía una copa tras otra tratando de articular un brindis en honor del comandante. Fidel disfrutaba

de la escena sin prestarle la menor atención a Henry Winston. Las carcajadas aumentaban en el salón, los funcionarios e intérpretes se sumaban al coro como por disciplina. Henry Winston trataba de esbozar una sonrisa; pero se quedaba a medio camino entre el esfuerzo y la fatiga. Cuando bajó un poco el estruendo dijo en voz baja: «Estoy cansado, Fidel. Estoy viejo y enfermo. Permítame que me retire.»

El comandante continuaba riendo y dos funcionarios condujeron a Winston escaleras arriba. Fue en ese instante en que Fidel Castro levantó la mirada hacia donde nos encontrábamos nosotros. Un instante apenas perceptible, un simple parpadeo sin dirección. Y luego

dirigiéndose a Evtushenko no dijo más que esto: «Hola, poeta, ¿cómo estás?»

Creo que en ese momento debimos descubrir la clase de objeto que éramos: pequeños animales históricos que alguien superior a nosotros sabía cómo zarandear. Confío en que Eugenio recuerde que nuestras conclusiones no fueron insensatas. Los caminos de la política y de la poesía son siempre cruciales, sólo se encuentran en las encrucijadas y difícilmente pueden reconciliarse. El tirano es el enemigo natural del poeta, y no por ninguna superioridad. Uno y otro son pequeños facinerosos de la comedia humana.

Esa noche había dejado de nevar y toda la calle era blancura. Me recuerdo

caminando hacia un café cercano, tiritando de frío, junto al poeta que tenía por exponente de la nueva Unión Soviética. Ante mí no se alzaba todavía ningún peligro, o al menos yo no lo advertía. Estaba tan seguro de que jamás podría aparecer en mi camino que sentí una solidaridad superior hacia mi amigo. Quien sufría auténticamente era él.

Seguramente las poleas transmisoras, que estaban atentas a nuestra presencia en el hotel, habrían elevado esa noche a los más altos niveles la noticia del premeditado desdén con que el jefe cubano trató al joven y popular poeta soviético.

Mientras deambulábamos por la fría

noche moscovita, ninguno de los dos tomó en cuenta que aquel desaire no iba dirigido tanto al poeta como a la institución política del país. Fidel no veía a Evtushenko como un artista independiente, sino como un portavoz indirecto del Estado soviético. Esto tenía lugar después de la crisis de octubre, y el comandante empleaba con este portavoz de la «nueva» Unión Soviética el mismo tratamiento que había dado a Mikoyan. Al igual que el corresponsal de *Pravda* en La Habana, Fidel creía que publicar poemas en el órgano oficial del Partido Comunista no era una simple distinción artística, sino el reflejo de un compromiso mayor. Aun cuando esto no fuese cierto, era el modo

de pensar que había impuesto Stalin «objetivamente» era así.

Por esos días llegó a Moscú Robert Sheer vestido de escandinavo y con una carta que Pablo Armando Fernández me enviaba de Londres, pidiéndome que pusiera a Sheer en contacto con Evtushenko.

Sheer parecía mil años más joven de lo que era, envuelto en un atuendo que le daba aspecto de gnomo. Se asemejaba a uno de los siete enanitos de Blanca Nieves agitando el gorro rematado con una gran bola blanca.

Entre el pelo y la barba hirsuta y rojiza, me miraban los ojos acuciosos de un inteligente o un picaro.

Con él recorrí aquel Moscú barrido

por ráfagas heladas. Sheer se interesaba en la nueva situación de la cultura soviética y expresaba su interés en el marco de un cuestionario tan bien organizado que nunca he podido olvidarlo. Le di francamente mi opinión sobre el sistema político soviético. El me preguntó si lo decía con igual franqueza al director de mi periódico y le mostré algunas, de las cartas que escribí a Carlos Franqui al margen de mis colaboraciones periodísticas regulares, gesto que me valió que años después, en La Habana, un Sheer atildado como los *yuppies* de hoy me propusiera en un aparte la entrega de las cartas.

—¿Qué cartas?

—Aquellas que le enviaste a Carlos Franqui desde Moscú.

No imaginé que se acordara y además yo no conservaba copia de aquellas cartas; pero Sheer, que había dejado de ser el camarada bonachón que conocí en la URSS para transformarse en uno de los editores de la revista *Ramparts* — que tuvo la primicia exclusiva de publicar el Diario del Che en Estados Unidos—, las recordaba con esa memoria selectiva del que ha sabido aliar con pericia la curiosidad moral con la prudencia de un buen ejecutivo.

Pero en aquel invierno en Moscú Sheer no podría encontrar a Evtushenko, que se había marchado con Gala al mar Negro. Poco después yo me iría a París,

porque empezó a preocuparme el hecho de que no tuviera noticias de los artículos que enviaba regularmente a *Revolución*. Franqui estaba en Francia y quise averiguar personalmente lo que pasaba. Eugenio, antes de irse al Sur, me pidió algunos discos nuevos y un aparato de radio para su automóvil.

En París, K. S. Karol me esperaba con inquietud. Como polaco que había vivido en el mundo estaliniano no estaba nunca convencido del aparente cambio que se había producido en la URSS. Solíamos reunirnos en la redacción de *Le Nouvel Observateur*, donde generalmente me encontraba con Jean Daniel. Era la época en que la virulencia con que la izquierda francesa

atacaba las ideas políticas de Albert Camus no conocía límites.

Para Jean Daniel —que había sido un amigo— la obra de Camus equivalía a la de Moliere, que había desenmascarado la hipocresía de su tiempo. Debió ser muy joven entonces para que perdiera tanto tiempo conversando conmigo y planeando juntos el modo de apoyar a Camus. Yo estaba dispuesto a defenderlo públicamente y Jean Daniel me preguntaba: «¿A ver, cómo?» Le explicaba y él me iba interrumpiendo. No quedaba satisfecho. Había demasiada abstracción moral en mi alegato. Él quería hechos, hechos probatorios, más documentos que

legitimaran el canto desesperado y sensual de nuestro argelino. Nada pudimos hacer entonces. La izquierda sartriana y los comunistas tenían más recursos que nosotros.

A Camus se le caracterizaba como «el hombre que andaba con su propia estatua bajo el brazo». Este método rudimentario era suficiente hace un cuarto de siglo para anular una reputación cualquiera. También Merleau-Ponty lo sufrió y, por supuesto, Raymond Aron, a quien llegué a considerar sinónimo de lo más obtuso y negativo.

Nous ne voulons rien manquer de nôtre temps, escribió Jean-Paul Sartre. Puedo agregar otras citas en las que abunda el anhelo de no escapar a ninguna peripecia de su tiempo, que fue ambición de todos sus contemporáneos. La Segunda Guerra Mundial introdujo de súbito una filosofía que los franceses habían empezado a gestar mucho antes. La reacción apasionada de la extrañeza del mundo fue una característica de la posguerra, pero ya existía en la preguerra, y tanto, que la obra de Drieu La Rochelle, Montherland, Celine, Malraux, es inseparable de la que

produjeron las figuras centrales que llenarían el panorama intelectual de la posguerra: Sartre, Albert Camus, Merleau—Ponty, Simone de Beauvoir. Existen vínculos evidentes entre *La náusea* y *Viaje al fin de la noche*, entre *El extranjero* y *Fuego fatuo*. Dimana de todos esos libros una idéntica desesperación moral, aun cuando sea de signo contrario. Quizás a los franceses no les gusten estos paralelismos, pero yo me los he planteado en más de una ocasión. El mundo moral es la zona donde mejor se ha expresado el pensamiento francés de los últimos tiempos y ése ha sido, además su mayor atractivo. A la voluntad racionalista de Sartre, en ocasiones más aparente que

real, se une el moralismo de Camus, no tan abstracto como se ha dicho, en su análisis de la realidad política de su tiempo que lo llevó a rebelarse contra toda forma de totalitarismo, dándonos en ello, al mismo tiempo, su más brillante afirmación. Ninguno de estos escritores dejó de explayarse en demostraciones positivas o negativas y aún sigue siendo lo más valioso que ha producido Francia en lo que va de siglo.

Tuve la suerte de conocerlos personalmente. Al final de la década de los cincuenta no era fácil acercarse a alguno de ellos sin correr el riesgo de enemistarse con el otro y sobre todo con sus seguidores pues, aunque no lo desearan, los dos terminaron por contar

con partidarios celosos y constantes. Cada vez que dije a algún amigo en Francia que me gustaría conocer a alguno de ellos, encontré siempre la misma cautelosa reserva. Había que elegir entre ambos o se estaba expuesto a ser mirado con recelo. La tribu de Sartre la encabezaba su discípulo Jeanson, con un estruendo retórico que ahogaba la sobria lealtad de los seguidores de Camus, con Jean Daniel al frente.

Un día de 1959 pedí a Juan Goytisolo que me presentara a Camus, quien trabajaba como él en «Gallimard»; pero Juan declinó la oferta. No, él y Monique y Nathalie Sarraute eran amigos incondicionales de Sartre. Nathalie

Sarraute me dijo que después de *El extranjero* Camus había arruinado su obra como *La peste* y *La caída* de modo que tuve que valerme de unos amigos cubanos para acercarme a Camus. René Álvarez Ríos me presentó a un joven argelino quien, a su vez, me concertó la entrevista.

Desde el primer instante Camus se dirigió a mí en español. Como Montherland, tenía un profundo conocimiento de la cultura española, al punto que tradujo *La devoción de la cruz* de Calderón. Intenté hablarle de su obra, pero él apenas se interesó en el tema; prefirió hacerme preguntas sobre Cuba. En el año cincuenta y nueve, Cuba se alzaba deslumbrante en la Prensa

européa, era noticia diaria en los periódicos de París; pero él veía señales de la isla que intentaba descifrar. Lamentablemente estas señales parecían más visibles y alarmantes para él que para mí. Procedente de la resistencia francesa, toda su actividad política estaba volcada ahora en el diario *Combat*. Su novela *La caída* es una reflexión aguda y trágica sobre esa época que lo marcó profundamente. Con *La peste* intenta exponer sus alarmas de modo alegórico (un poco entre Kafka y Dostoievski) porque sentía venir los peligros de nuevas tiranías que habían perfeccionado sus métodos y ante las cuales era necesario estar a favor o en

contra. Frente al revolucionario opuso con una tenacidad conmovedora su «hombre rebelde» que le acarreó ataques tan virulentos que apenas le alcanzaba el tiempo para responderlos. En su tono, en sus juicios, en el más simple comentario, advertía a uno que era un hombre preso de su vocación moral, precisamente aquello que sus enemigos consideraban lo más vulnerable de su pensamiento. Su negación de la Historia no podía ser aceptada por Sartre, que había fundado su filosofía sobre el reinado de la Historia, y Sartre era «el filósofo». En Francia, sentí que incluso la burla lo acosaba. Cuando le comenté a Pierre Courtade mi simpatía por la obra de

Camus y por su estilo, comentó con ironía que una de las pocas veces en que Sartre había tenido razón fue cuando calificó de *pomposo* el estilo de Camus. En fin, que el hombre que tenía delante, todo sencillez y fraternidad, estaba a la defensiva. Tuve la impresión de que hasta el hecho de haber nacido en Argelia y rendir culto a la vitalidad, al sol y al mar, irritaba a los nacidos entre la lluvia y la penumbra parisinas; pero aquel hombre afable y vivaz atraía con la misma intensidad con que era rechazado. Físicamente se parecía un poco a Jean Daniel, a quien por cierto le publicó su primera y creo que única novela en la colección *Lespoir*, que era hermosísima.

Se le reprochaba a Camus que no fuese un filósofo profesional, que en esos años significaba no girar en la órbita del pensamiento marxista. Marx era la última apuesta. Nadie había ido más lejos. Se podía ser neohegeliano, pero incluso a Hegel, Camus lo consideraba un sancionador del crimen político. Se podía ser husserliano o heideggeriano, pero estos pensamientos eran para Camus lujosas abstracciones sin calor ni sangre. Él estaba en la línea de Nietzsche, y hermosa es la defensa que hace de él en *El hombre rebelde*. Fue uno de los pocos que apartaron a Nietzsche de la responsabilidad fascista que tantos le atribuyeron; pues si bien es cierto, como decía Merleau-Ponty, que

una filosofía es responsable hasta de sus errores, no puedo conciliar la pasión moral de Nietzsche con los campos de exterminio de Hitler.

De eso no hablamos aquel mediodía que tan lejano me parecía de la muerte. Lo recuerdo con el talante juvenil, delgado, el pelo corto, los ojos intensos y lúcidos, sin una sola línea de vejez en la figura ni en la voz, ni en su andar, ni en su ademán de encender el cigarrillo. Si algo me parecía que no lo alteraba de manera evidente era el peso que el premio Nobel había hecho recaer sobre su vida pública y privada. Quiso hacerlo valer en sus empeños de orientación política y social, y buscaba a sus iguales en cualquier parte, y los alentaba, como

hizo con el periodista Santos de Colombia o con sus amigos antifascistas de España. Los buscaba también en Cuba, pero allí no pudo encontrarlos.

Le pregunté si le gustaría visitar Cuba y mostró entusiasmo con el proyecto; pero cuando el embajador Manuel Grant lo supo y lo comunicó a su Ministerio en La Habana no obtuvo ninguna respuesta: ni él ni Camus significaban mucho para la Cuba de ese año. Grant era un célebre profesor de física de la Universidad de La Habana, cuyo prestigio político provenía del Partido Ortodoxo, y su gestión diplomática queda diluida en el primer gabinete cubano de Unidad Nacional. Imagino que el Gobierno ni siquiera llegó a enterarse de su informe

sobre la posible visita de Camus. Tanto el viejo embajador como el teórico de la rebeldía podían ofrecer muy poco a un gabinete en crisis y a un ejército *rebelde* que no tardaría en ser gobernado por las consabidas burocracias revolucionarias.

No vi nunca más a Camus. La última imagen que conservo de él es la telefoto que me entregaron en mi oficina de servicios especiales de *Prensa Latina* para que escribiera algunas palabras con motivo del accidente mortal que sufrió pocos meses después, en enero de 1960. Después leí el número que le dedicó, *La Nouvelle Revue Française*, donde aparecen fotos de distintos períodos de su vida, y sentí que todas ellas resumían, mejor que los ensayos sobre su obra y su

figura, la verdadera imagen de Camus. De esos trabajos, recuerdo especialmente las tres páginas escritas por William Faulkner, que expresaban brillantemente la evaluación más justa de sus obras, que no fueron muchas.

Todo Camus estaba en sus descripciones fulgurantes del ámbito argelino, en su celoso amor por la sensualidad del clima, de la mujer, del ser humano en general. También he vuelto sobre sus relatos, sobre sus crónicas de actualidad, sus entrevistas y notas, y estoy convencido de que en *El hombre rebelde* se expresan los valores de ese reconocimiento que él veía en el famoso poema de René Char.

Mi artículo sobre su muerte, fue

publicado en *México en la cultura* que dirigía Fernando Benítez. Recuerdo la simpatía con que Benítez me habló del artículo, cuando lo encontré en Londres en 1965. No conservo el texto, era sencillo y periodístico; pero sí conservo intacta la emoción que me produjo su muerte, y lo que me conmovió fue el breve ensayo que Sartre le dedicó en *Le Nouvel Observateur*. De hecho, estos dos hombres habían representado momentos cruciales de la cultura contemporánea, y para quienes salíamos entonces de los suburbios de la Historia su significación era aún mayor: representaban la conciencia de nuestro tiempo. Como siempre ha ocurrido con la maquinaria cultural y publicitaria

francesa, también ellos habían sido su producto inevitable, a pesar de sus posiciones con frecuencia hostiles al sistema que los integraba sin molerlos o diluirles la intención crítica o moral.

Después del almuerzo —no recuerdo en qué restaurante de la calle Sebastian Botin— Camus me invitó a fumar un tabaco cubano. Le gustaba el humo, pero no se atrevió a acompañarme hasta el final. Fumó el puro a medias. Hicimos una larga sobremesa y entonces accedió a que hablásemos de Argelia en relación con su literatura, y conversamos también de literatura norteamericana, de Faulkner y Hemingway sobre todo, y admitió que el método narrativo de *El extranjero* había sido empleado antes

por los norteamericanos. Le dije que cierta literatura secundaria norteamericana (James McCain, Dashiell Hammet) me parecía más influyente en su literatura que Faulkner o Hemingway. A Gide, a Malraux y a Montherland los admiraba mucho. Le mencioné a Drieu La Rochelle y a Celine. «Serán recordados», me dijo. Y hablamos de los nuevos escritores franceses y lo hizo con simpatía. Luego se refirió a los rusos, al «gran Pasternak», al «gran Dostoievski». Y finalmente me habló de Kafka y de la influencia que este escritor había ejercido en su generación y en su tiempo. Yo los iba mencionando y él aprobaba o callaba, pero casi siempre

sentí la fiebre de la aprobación hasta en su modo amable de no disentir con acritud; pero hubo nombres que no mencioné, y uno de ellos fue el de Jean-Paul Sartre.

Tuve la sensación de que esperaba que lo mencionase, porque recorrimos juntos las etapas de la resistencia, *Combat*, el ambiente de los mandarines, y él no se sorprendía de que yo supiera aquellas cosas, pues estaba seguro de que todo joven, como dijo Rubén Darío, tiene su mujer en España pero la amante en París.

Volví muchas veces a París, que en verdad me atraía, a sus barrios, sus callejuelas tan bien descritos por

Nathalie Sarraute en *Tropismos*; me gustaba sentarme por «Le Babel», el café situado frente a la ciudad universitaria; andar por Montparnasse, caminar desde Saint-Germain a Montparnasse, donde vi, ¿en qué cine?, el estreno de *Ocho y medio* de Fellini por expresa recomendación de Juan Goytisolo que quedó deslumbrado por la película. También sentí al verla que mi vida mental y emocional había cambiado. Me hacía dichoso saber que Fellini existía, y soñé con encontrarle y estrecharle la mano, lo cual pude hacer en Moscú dos años más tarde el día en que *Ocho y medio* recibió el premio al mejor filme del Festival de Moscú, sin que esto conllevara un compromiso de

compra por parte de los burócratas soviéticos que días después del festival lanzaban la película al cajón del olvido. Sí, amaba el París de la *nouvelle vague*, el París de las primeras novelas de Butor, de Robbe-Grillet; el París donde todavía vivía Merleau-Ponty. Lo mismo en primavera que en invierno, me gustaba París; pero siempre llegaba a mis oídos, como si me embriagara, la misma antigua proposición que oyó Shelley en el rumor de la abeja del sur:

*¿Me amas a mí?
y me decía, no a ti, no a ti.*

Pues siempre tiraba de mi espíritu,

desde la infancia, un sentimiento que no he logrado explicarme por completo: la fascinación por las antiguas palabras sajonas, por las literaturas germánicas, por las sagas escandinavas.

El primer país nórdico que conocí fue Finlandia. Recuerdo que hice el viaje desde Moscú en el mismo avión que viajaba, Ilya Ehrenbug. Yo me quedaría en Helsinki y él seguiría hasta Suecia para tratar algún asunto del Consejo Mundial de la Paz. Helsinki me cautivó. Su atmósfera acogedora fue como un reencuentro con algo anterior a mi existencia. Todo en Helsinki se convertía en un eco de mí mismo. No me ocurrió que reconociera en su ambiente la brillante descripción de Angel

Ganivet en sus *Cartas finlandesas*. Me tocaba descubrir otra Finlandia. Reinaba en el Helsinki de los tiempos de Kekonen un ambiente de libertades que costaba trabajo creer que existieran en ese país que bien podía tenerse como un estado intermedio entre la URSS y Occidente. Los políticos sabían coexistir con su vecino del Norte, «el gigante reflejado en el lago» de que hablaba Pennti Saaridovski, cuya presencia, juvenil entonces, advertí en más de una ocasión en la ciudad. Algunos de sus poemas, traducidos al español por Matti Rosi, otro poeta finés que dominaba perfectamente el español, me introdujo en su mundo y en su libro titulado *¿Qué pasa en realidad?* Había

poetas mayores excelentes, escritores que pocos países han visto producirse con tanto brío y maestría. Después de Saaridovski, conocí la obra de Paavo Haaviko. Su libro *Noches romanas* y sus poemas dedicados al castillo medieval y el texto operático, así como sus novelas, que leí más tarde, me lo revelaron como uno de los grandes poetas de nuestro tiempo. Veinticinco años después aún puedo recitar estos versos suyos que siento tan míos:

*Europa, mi patria, ¿por
qué no alabarte?*

*En las lindes del mundo
existen tierras blancas,*

*ciudades de colores que
nunca poseyeron nada.*

Fue tal el impacto que me produjo esta poesía, esta literatura, así como la música de Finlandia, que busqué el *Kalevala* y fue como si leyera un antiguo romancero de mi propia sangre. ¿Por qué me sobrecogió un paisaje de Laponia con tal intensidad? ¿Por qué creía descubrir mi propia naturaleza en una geografía tan remota, tan distinta de la que yo conocí al nacer? Y este sentimiento también lo experimenté en Noruega, en Dinamarca donde conocí personalmente a un grupo valiosísimo de poetas y escritores, y en Suecia, donde

estuve el tiempo necesario para que nada de lo esencial de aquel país haya desaparecido de mi memoria.

Comenté estas impresiones con Sartre en Moscú poco tiempo después.

—Lo entiendo perfectamente. Durante un largo período de la adolescencia nos educamos con estados de ánimo ajenos, impersonales. Yo viví muchos años enamorado de la idea, de escribir, una novela solar.

—¿Como *El extranjero*? —me atreví a preguntar.

—Sí. Yo hubiese querido, que *La Náusea* hubiese tropezado, con el ambiente solar de África del Norte. Pero, por lo visto, también ustedes los cubanos reaccionan contra el medio en

que viven. Tienen una nostalgia prenatal por la nieve. Alejo Carpentier casi no alude a lo más visible del país, al sol, que es el equivalente de la nieve de los novelistas rusos. Las tempestades tropicales son fascinantes, igual que las de nieve. ¿No lo cree así?

Me observó con una cierta ansiedad. Le respondí que estaba enteramente de acuerdo. Entonces continuó en un tono casi profesoral:

—Usted tiene que interiorizar ese mundo, que es el suyo, en el que usted nació y vivió. Ese embrujo que le produce Escandinavia es totalmente literario. Además, toda la infancia tiene un fondo de balada. La niñez es primaria, inmediata. Es la edad de los

grandes miedos y las grandes efusiones.

Sartre quería tomar un café fuerte y estaba convencido de que en el hotel «Metropole», donde se hospedaba, no eran capaces de lograrlo. Le propuse que fuéramos al hotel «Moscú», donde viví por algún tiempo y donde conocía a los empleados de la cafetería, que llegaron a conocer el modo de hacer café expreso en las relucientes cafeteras italianas que no llegaban a dominar del todo.

Estábamos en el Moscú de 1963. Tres años antes Sartre y Simón de Beauvoir habían visitado Cuba por primera vez, pero entonces yo estaba en Londres. Ahora, en Moscú, le llevaba un mensaje de mis amigos pintores que se

consideraban «abstractos» y cuyos cuadros habían sido descolgados de una exposición por el propio Nikita Jruschov como exponentes obscenos del «arte decadente occidental». El hotel «Moscú» no estaba lejos del suyo y decidió que anduviéramos un poco.

Le dije que su influencia personal era considerada decisiva por mis amigos. La reacción furiosa del líder soviético equivalía a la desaparición del grupo. Sartre ignoraba el suceso. Se detuvo en plena calle preguntándome reiteradamente si Jruschov mismo había descolgado los cuadros de la exposición.

—¿Pero él mismo —insistía— él mismo fue quien descolgó los cuadros?

¿Y todo ello delante de la gente y con visible furia?

—Sí, todo ello delante de la gente y con visible furia.

—Pero eso es increíble —exclamó abriendo aún más sus ojos desconectados y móviles.

—Ocurrió anoche. Lo llevaron a la exposición y creo que hasta rompió un óleo de tan furioso que estaba.

Sartre respondió con la más viva emoción, casi con júbilo.

—¿Se da usted cuenta? Es magnífico. Es la presencia, es la provocación de la cultura.

Era típico en él. Cada acontecimiento ingresaba en un aspecto de la totalidad, igual que para Lukacs. La furia de un

Jefe de Estado ante un cuadro de un pintor cualquiera era la respuesta intelectual a una determinada escala de valores estéticos. El *hecho* era más importante que sus consecuencias subalternas. Además, los pintores no estaban encarcelados.

—Sorprendente país —exclamó Sartre—. ¿Hace tiempo que vive aquí? Debe ser fascinante convivir con estos apasionados.

En el hotel «Moscú» nos prepararon un café *bien serré*, siguiendo la simple fórmula de reducir el agua a la mitad. Los empleados mostraron su contento por nuestras muestras de satisfacción. Sartre pidió dos tazas y encendió tres o cuatro cigarrillos con los primeros

encendedores desecha—bles, redondos, transparentes; se podía advertir el movimiento del gas que los llenaba.

—De Cuba me han llegado noticias raras —me dijo—. ¿Ve usted a Aníbal Escalante?

—Todos los días. Colaboro como corrector de estilo en un semanario en español donde él también trabaja.

Sartre se interesó por Escalante.

—Un típico profesional del Partido.

—¿Y no hay otra intención detrás del ataque de Castro a ese Aníbal Escalante y su grupo?

Yo en verdad no sabía, y así le dije; pero ya él proseguía:

—Enrique Oltuski es para mí un barómetro —me dijo—. Lo conocí

cuando era el ministro más joven de Cuba. Es judío, y los judíos no saben traicionarse cuando hablan. En 1960 lo encontré entusiasmado, pero la última vez que lo vi su entusiasmo era técnico. No era ya ministro ni era ya el mismo hombre. Perdóneme que le hable con tal franqueza. La Revolución es más importante de lo que ustedes puedan imaginar.

No he visto a nadie fumar tantos cigarrillos en tan poco tiempo. Tuve la impresión de que los encendía una y otra vez por el placer de utilizar aquel encendedor de color vino tinto que lanzaba una llama incontrolable frente a los ojos de ese hombre que recalcaba las palabras para que no perdiésemos ni

un ápice de su voluntad comunicativa.

—He oído también que hay problemas con los homosexuales. ¿Sabe usted algo?

—Sólo rumores, pero Arcocha está en Cuba y traerá información de lo que está pasando.

—Me dijo Oltuski que en Cuba no hay antisemitismo. Que hasta se ignora la palabra, ¿es verdad?

—Si Oltuski lo dice tiene que ser verdad.

—Es lo que dice Simone de Beauvoir: cuando quieras saber si una sociedad es machista, ve y pregúntale a una mujer. Yo creo a Oltuski, pero también estoy convencido de que una sociedad que no tenga sus judíos acabará por inventárselos. Tal vez los homosexuales

sean los judíos de Cuba.

Sartre quiso que caminásemos un poco más, dijo que no podían desperdiciarse las horas matinales en una ciudad como Moscú, habitualmente hosca y sombría.

—Hay que contradecir a Dostoievski —exclamó sonriente.

Del hotel «Moscú» nos dirigimos a la plaza de Pushkin, caminando por la avenida Gorki, y acabamos por detenernos en la plaza de Maiacovski. El poeta se alzaba en piedra, gobernando el ámbito con su figura juvenil y entusiasta.

—Menos mal que ustedes se han salvado de estas glorias patéticas. No me disgusta Maiacovski; de hecho, me resulta inquietante. Sus poemas apenas

lo expresan. Tengo la impresión de que es un poco operático. Imitó a Whitman, no tengo la menor duda, pero no es lo mismo el entusiasmo de América, que provenía de una historia reciente, que esta voluntad eslava que encontró en Lenin a su profeta y a su ejecutor. Y no hay racismo en esto —apuntó—. Aquí la palabra *eslava* es verdaderamente descriptiva. En fin...

Y dejó la explicación en el aire. Como yo tenía que dar una respuesta a mis amigos pintores, volví a mencionar el tema de la exposición.

—Hablaré con la señora Kurtseva; pero lo haré con tacto. Dígaselo a ellos, pero también con tacto. No podemos jactarnos de nada. A los políticos nada

les irrita tanto como ver a un artista jactándose de su importancia.

Meses después, efectivamente, nada les había ocurrido a mis amigos. Fui a París a encontrarme con Carlos Franqui, que inauguraba una exposición cubana en un gran salón situado cerca del café «Aux Deux Magots». Esa noche habló Sartre de la revolución cubana con el mismo entusiasmo de un niño. El local estaba atestado de jóvenes. Muchachos y muchachas se tendieron a sus pies, oyéndolo con veneración. Sartre estuvo elocuente. Cada una de sus formulaciones era deslumbrante, y no dejaba de acompañarse de aquel redondo encendedor de color vino que

hacía girar entre sus dedos lo mismo que un juguete.

Logré calmar la ansiedad de Karol. Le dije que Eugenio estaba en el mar Negro y que su ostracismo era circunstancial. No tendría consecuencias temibles. Karol me pidió que almorzáramos con Pierre Courtade, a quien yo había conocido en una inolvidable reunión en su piso. Vivía con su mujer, Nicole, una muchacha rubia y agradable con quien solía compartir el negro atuendo que había popularizado Juliette Greco en la posguerra. Courtade había publicado el libro que lo justificaba ante la literatura y el Partido Comunista francés, *Plaza Roja*, y creo que pocos lo recuerden hoy.

No obstante, tanto él como el grupo de corresponsales de *periódicos comunistas y obreros*, como eran designados en la URSS, formaban parte de la *nomenklatura* y disfrutaban de privilegios que tenían su precio: debían difundir en sus países la «verdad soviética».

La venganza de los corresponsales consistía en enviar los boletines que distribuía la sección de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores casi literalmente. Luego, en la intimidad, se explayaban con más hostilidad hacia la URSS que sus peores enemigos.

Asistí a muchas de esas reuniones, pues yo era *el cubano*, el periodista recién llegado que debía aprender en

seguida las reglas de un juego que ellos se encargarían de hacerme saber al pie de la letra. Courtade era el más pomposo, con su aire de cardenal de luto que exponía una verdad un poco atribulada, absolutamente convencido de que toda evidencia debe mostrar la huella de su oculto tormento.

Estaba Jruschov rompiendo cuadros de pintores abstractos, como un demente, en la primera exposición de artes plásticas libres, donde fueron autorizadas todas las tendencias, que tuvo lugar en Moscú en el invierno de 1963, y los corresponsales comunistas organizaron una gran fiesta en casa de Courtade. Su aire cardenalicio mostraba un leve temblor facial al recibirnos. Sin

soltar nuestras copas fue Max León —el decano por excelencia de la «Prensa comunista y obrera»— el que con más destreza expuso la teoría de lo que llamó «la presión extranjera para doblegar la sensibilidad de un país». Después de esta formulación solemne, exclamó: «Camaradas, aceptemos de una vez y para siempre que a los rusos no les gusta el arte occidental.» No era un problema de represión política sino de fruición estética. Un falso problema.

Courtade me preguntó con gravedad: —¿y qué puede decirnos el cubano?

El cubano podía decirles poco a quienes exportaban al mundo entero sus informaciones desde la URSS, la verdad política y estética del país. Y así se lo

dije. Pero el incidente no pasó de ahí. Estaban acostumbrados a que se les acusara de ser responsables de difundir diariamente los estereotipos color de rosa de una sociedad cada día más contradictoria y difícil.

—Esto no lo aguanto un día más — gritó Augusto Pancaldi, corresponsal del diario comunista italiano *L'Unitá*.

—Debemos calmarnos, camaradas, y estudiar científicamente la situación — exclamó Max León.

Fue una llamada al orden, porque el análisis científico sólo servía para recordar que el problema ruso es histórico y no ideológico. En Europa la historia planteaba otras exigencias. Problemas tan primitivos no podían

producirse allá.

La mayoría de los periodistas apenas escuchó; estaban demasiado ebrios para atenderlo. El alcohol los iba devorando de modo que apenas intervenían en lo que ya no era conversación, sino un conjunto deshilvanado de palabras. El cansancio les daba un aspecto entre ingenuo y diabólico. Es la impresión que siempre me han producido los seres que han perdido la fe en las grandes causas políticas.

Courtade había encontrado una fórmula, pensé, que lograba mantenerlo a flote. Era un hombre maduro que amaba a una joven hermosa y agradable en una ciudad bloqueada por la nieve. El cuerpo de aquella criatura se encargaba

de hacer más soportable la incesante vicisitud de la esperanza en el firmamento del futuro marxista.

Aquel almuerzo en el restaurante «Alexander» de los Campos Elíseos me permitió corroborar la afirmación del poeta alemán Hans Magnus Enzensberger en el sentido de que un comunista miente con la absoluta convicción de que sabe que miente. Estaba yo contándole a Courtade lo que había ocurrido en Moscú, noches antes, en mi presencia. Celebraba con Evtushenko y Dimitri Chostakovich, entre bambalinas, el estreno de la decimotercera sinfonía de este último, hermosa obra coral basada en poemas de Evtushenko, cuando se nos acercaron

asustados varios músicos que decían haber oído a un funcionario de cultura dar la orden de suspender el concierto. Después llegaron funcionarios del teatro y hablaron con Chostakovich en voz baja y turbada. Eugenio y yo permanecimos distantes. Al poco rato, Chostakovich se acercó a nosotros moviendo la cabeza y susurrando: «*Eto pravda*» («Es verdad»). Tenía lágrimas en los ojos.

Chostakovich había utilizado con mano maestra dos de los poemas de Evtushenko, *Baby Yar* y *El humorismo* (los movimientos de la música acentuaban con vigor la intensidad de *Baby Yar*, y el ligero y agudo poema sobre el humor se desarrollaba en ritmos ágiles como en los versos «quisieron

apresar al humorismo, pero él se escabulló»). Era demasiada audacia para los viejos estalinianos que no podían tolerar el más ligero intento de libertad. El pintor Yuri Vasiliev, miembro del Partido, fue castigado por sus veleidades liberales con Eugenio y conmigo, y enviado a un sanatorio.

Courtade me escuchaba indignado. Karol lo miraba fijamente tratando de seguir cada una de sus reacciones. El cardenal francés exclamaba: «*C'est beaucoup... cest beaucoup*. Sale uno de vacaciones y a los tres días lo echan a perder todo. ¿Hasta cuándo va a suceder todo esto? Nuestro Partido no puede soportarlo un minuto más. Tenemos que hablar con Aragón. Lo que me cuenta

usted es intolerable. ¿Cuándo regresa?» Se lo dije y me pidió que al día siguiente lo acompañara a la redacción de *Les Lettres Françaises*, aquello no se podía seguir soportando. Courtade respiraba con una turbación que lo iba enrojeciendo gradualmente: «Hay que contárselo a Aragón. Le espero mañana a la una en «Aux Deux Magots».»

—Yo en esta gente no confío —me dijo Farol cuando lo despedimos. Bajábamos por los Campos Elíseos hacia la redacción de *Le Nouvel Observateur*, que estaba muy cerca del restaurante.

Al día siguiente me encontré con Courtade en «Aux Deux». Estaba vestido como un francés común,

elegante, sin el atuendo sombrío de Moscú.

Mientras tomábamos un café me dijo con una tenue sonrisa:

—Karol es un amargado. Se asegura que trabaja para el Servicio de Inteligencia británico.

Lo miré asombrado. Me puso una mano en el hombro.

—Eso es lo que se dice. —Y añadió lentamente—: Bueno, es lo que en ciertos departamentos de nuestro Partido se da por seguro.

No me atreví a hacer ni el más ligero comentario. El continuó:

—En el mundo contemporáneo nadie opina delante de un tercero como lo hiciste tú en «Alexander». —En este

punto comenzó a tutearme—. El y yo somos testigos en tu contra. Por supuesto que esto es un ejemplo, pero te aconsejo que no des tu opinión sobre la URSS a gente como Karol. Es un polaco que huyó de la URSS y escribe en una publicación anticomunista. Las objeciones que nosotros podamos hacer a la URSS, y son muchas, no lo niego, no debemos compartirlas con el enemigo. Si este hombre mañana quisiera decir todo cuanto le contaste sobre la vida cultural soviética podría hacerlo porque yo, un miembro del Partido Comunista francés, estaba presente. Karol te ha tendido una trampa. No creo que quiera hacerte daño, pero si fuese necesario no le importaría. Es un renegado político.

Sin dejar de sonreír, con aquella dulcedumbre que parecía ofrecerme como un manto de protección, terminó diciendo que, por supuesto, no había que decir nada a Louis Aragón que ya él no supiera. Se puso de pie y me tendió la mano. París lo transformaba, le cambiaba el ánimo. Esperaba verme a su regreso a Moscú, para reunir— nos de nuevo en su apartamento o en el de Pancaldi. Había que reunirse con más frecuencia. Moscú lo exigía, hombre. Una ciudad tan fría.

Regresé temblando a mi hotel situado frente a la estación de Montparnasse. Recuerdo que de repente empezó a caer una llovizna helada. Yo iba con una de aquellas capi—tas azules de nylon que

llenaron los primeros otoños parisinos de los años sesenta. Entré de prisa en el hotel. La vieja de la recepción levantó la vista para saludarme. «*Bon soir, Monsieur, vous venez d'Afrique?*» Cuando le aclaré de dónde era y de dónde venía, comentó: «Es que aquí todos los huéspedes vienen huyendo de Africa del Norte. Todos son *pieds-noirs*», exclamó. No pude contenerme. Me fui al bar y telefoneé a Juan Goytisolo. Me contestó Monique Lange: «Ven para acá en seguida.»

En su apartamento de la rue Poissonnière volqué toda la carga agobiante que traía de Moscú. Les describí cómo era el mundo que hasta entonces apoyábamos.

—Lo que me preocupa es que todo esto solamente nos sirva para exacerbar la veta dostoievskiana —le dije—. Las cosas son complejas. Supongo que las cosas siempre han sido complejas, ¡coño!

Monique era realmente atractiva. En más de una ocasión soñé con robarle aquella foto de su adolescencia que estaba en uno de los estantes del estudio de Juan. Una Monique muy joven, de rostro mediterráneo y grandes ojos desolados.

Como Carlos Franqui no aparecía, decidí quedarme dos o tres días más en París. Juan y Monique prepararon una reunión de amigos íntimos. Una noche coincidí en su apartamento con Italo

Calvino y Chichita, Francisco Rabal y su esposa, Jean Daniel y Jorge Semprún. Y de nuevo el mundo soviético y los primeros años cubanos gobernaron la conversación. Nos movíamos entre la inquietud y el descontento, pero queríamos rehuir un moralismo abstracto que nos horrorizaba.

En aquel grupo sólo Jean Daniel y yo, aceptábamos las conclusiones de Albert Camus. Por las monstruosidades de la historia inmediata del comunismo soviético y de los demás países socialistas, resultaba imposible ser comunista; y por no aceptar la historia sombría del colonialismo occidental no se podía ser anticomunista. Mientras tanto, era nuestro deber impedir que la

revolución cubana repitiera los mismos errores de los soviéticos; pero nuestra crítica debía ser interior. Como se ve, no era un proyecto demasiado ambicioso.

En Cuba la Revolución —o los que gobernaban en su nombre— había hecho la Ley de Reforma Agraria había terminado con los poderosos latifundios azucareros, había realizado una gigantesca campaña de alfabetización, había convertido los cuarteles en escuelas, había creado hospitales en todos los rincones del país y había puesto fin al desempleo; y todo ello mientras luchaba contra enemigos internos y externos. Cuba jamás adoptaría el modelo soviético. El rango

más alto del Ejército Rebelde era el de comandante, no el de general o mariscal. Así pensábamos.

Estas conversaciones con amigos en tantos lugares diferentes terminaban por sumirme en largas depresiones. La toma del poder revolucionario encontraba resistencias, pero nos las explicábamos en términos *científicos*. Era lógico que un cambio radical en las instituciones despertase reacciones hostiles, era comprensible que la Reforma Agraria encontrara la oposición de los grandes terratenientes. A finales de 1959 ya el comandante militar de un distrito como Camagüey, Hubert Matos, se encontraba en la cárcel por disentir del autoritarismo de Fidel Castro; pero ¿en

qué revolución no se producen situaciones semejantes? La Iglesia católica no había tardado en manifestar su oposición a las medidas revolucionarias, pero ¿era posible esperar otra actitud?

Esto lo entendían mis amigos y se mostraban capaces de apoyar el proceso revolucionario frente a sus enemigos, pero el proceso mismo no debía perder su verdadera naturaleza de libertad. Jean-Paul Sartre llegó a decir que había que liquidar la Prensa burguesa para que la Prensa revolucionaria pudiese criticar y vigilar el proceso político creado y llevado adelante por las masas. Era el lenguaje de la época. Lo que importaba a mis amigos era que no se alterase el

proyecto democrático de la revolución, el resto no era más que anécdota.

Pero esa anécdota éramos los cubanos. Ellos podían apoyar o negar el apoyo a la revolución sin alterar su mundo; yo no. Mi apoyo sancionaba cada uno de los pasos del proceso, y mi rechazo equivalía a dar la espalda al más ambicioso desafío histórico de mi patria. En medio estaba la práctica concreta. Aceptarla era tragarse sapos vivos con la absoluta conciencia de que lo hacemos, para decirlo con palabras del poeta polaco Czeslaw Milosz. Es una imagen repugnante para cualquiera; pero en todo caso una imagen vivaz. Para los que un día tuvimos que tragar esos sapos vivos, toda la vida nos

acompañará una imborrable sensación de asco. Asco a las ilusiones, sobre todo, el peor de los vicios, porque desnaturaliza la verdadera esencia de la esperanza.

Moscú se abría ante mí como un escenario imponente construido a espaldas del proyecto inicial y, sin embargo, tenía su propia vida como si hubiese surgido espontáneamente y por necesidad. Eso era lo aterrador, y frente a eso me sentía irremediablemente solo. Era una amenaza que únicamente nos tocaba a quienes nos habíamos embarcado en el cambio revolucionario. Los demás eran ajenos, ignorantes por completo de lo que ello significaba.

En Francia me acogían con interés,

con simpatía. Una tarde Juan Goytisolo me invitó a una fiesta imposible de imaginar en la nueva Cuba. Tuvo lugar en la editorial «Gallimard» donde se daban la mano escritores de derecha e izquierda, gentes de todas las tendencias políticas que no concebían la existencia intelectual como un sangriento campo de batalla.

Desde un ángulo, Goytisolo y yo abarcábamos el gentío que se movía alegremente sobre un césped immaculado. «No saben nada», comenté en un susurro. «¿Qué dices?», me preguntó Juan. «No tienen la menor idea de nada.» Y al cabo de dos décadas de aquella visita Juan la recordó recientemente en un interesante ensayo

sobre ese tiempo.

Por fin llegó Franqui. En su ausencia de Cuba —que él había tratado de prolongar al máximo— Raúl Castro logró persuadir a Fidel de que lo remplazara en la dirección de *Revolución*. Lo que se insistía en llamar *radicalización del proceso cubano* era en la práctica la liquidación de los viejos militantes de las distintas organizaciones revolucionarias que pretendían controlar una tajada de poder. Para los cada vez más poderosos extremistas, Franqui era un «liberal». Aunque Franqui se tragaba más sapos vivos que cualquiera de nosotros, era el que más traducía la repugnancia y el

encono: su salud se había afectado para siempre y vivía sometido a una dieta rigurosa que lo había transformado en un ser tremante, delgadísimo, con un rostro donde el gran bigote y los ojos cansados eran como la tresna de un secreto infortunio.

Se había alojado en un pequeño apartamento de la *banlieue* y fui a visitarlo por la tarde, casi al anochecer. El trayecto fue largo, pero no tuve que cambiar de tren y no sé por qué apenas si iban pasajeros. Tan pronto fueron quedando atrás las calles de extramuros se hizo visible el comienzo del otoño, todo un drapeado de amarillo y rojo que embestía contra las ventanillas para a ratos dejarme ver las casitas escuetas y

blancas con chimeneas de piedra de donde se alzaba un humo azul y un olor animal que penetraba las rendijas del tren, o al menos yo podía imaginármelo.

Unido al aire frío, aquel espectáculo me llenaba de una intensa felicidad. Eran los paisajes de Europa, los que podían ser realmente observados, porque cobraban una genuina perspectiva, una distancia. Veía yo inscribirse en aquel atardecer, en una luz velada, irreal, el conjunto abigarrado que formaban los troncos, las ramas, los muros pétreos, los senderos que se perdían en el bosque; paisajes por el que, siglo tras siglo, habían corrido niños y animales, había sido escenario de desastres naturales e históricos, por

el que habían vuelto de sus combates, cantando tarantelas, guerreros de épocas muy diversas. Un paisaje que reflejaba la huella del hombre que lo había sojuzgado hasta el punto de que el arbusto más insignificante parecía reducido a la obediencia.

Creo que estuve viajando más de una hora entre la estación de Montparnasse y la boca del Metro más cercana al sitio donde Franqui se hospedaba. No recuerdo el nombre de la estación, pero recuerdo cómo era la tarde, y los cafés que ya empezaban a proteger con mamparas plegables las mesas redondas donde aún acudían los *habitués* del verano y no he podido olvidar esa tarde de otoño porque ella marcó un nuevo

hito en mi existencia.

Cuando aún me encontraba a más de cien metros del edificio donde Carlos vivía, divisé su figura recortada contra una enredadera ocre y rojiza que llenaba toda una pared del edificio. Carlos me esperaba en la puerta, con su típica indumentaria de los últimos años: el pantalón de pana color oro viejo, la chaqueta de cuero gastado, la bufanda y la gorra italiana.

Me invitó a un cafecito acogedor con casi todas las mesas ocupadas por obreros que hablaban en voz alta y discutían mientras miraban un encuentro de fútbol en un televisor. Eramos dos contrabandistas que nos disponíamos a traficar con la única sustancia en que se

nos iba la vida. El estaba informado de cuanto ocurría en Cuba. Por todas partes le llegaban noticias desalentadoras. Su destitución como director de *Revolución* era más un indicio alarmante que una condena. Fidel había cedido a su reemplazo en el periódico; y la dirección la había ocupado, aunque con carácter interino, Enrique de La Osa, que también mantenía la dirección de *Bohemia* desde que Miguel Ángel Quevedo se marchara al exilio.

En la decisión de Fidel, veía Carlos el resultado de una pugna creciente de la que Raúl Castro se beneficiaba de un modo u otro. Los fascinantes atisbos de la revolución cultural china lo deslumbraron. Quería poner en manos

de las Fuerzas Armadas la dirección ideológica del país, tal como había empezado a ocurrir en China. El mejor modo de impedir el liberalismo festivo de ciertos militantes era militarizando la cultura en sentido general.

El mandato de Fidel se iba haciendo cada vez más autoritario, y el proyecto de una dirección colectiva, donde cada militante pudiese expresarse sin temores, aparecía cada vez con menos probabilidades de realizarse; pero a pesar de las puntuales evidencias del carácter despótico que Fidel y sus colaboradores más cercanos le iban dando al proceso revolucionario, casi toda la izquierda internacional seguía apoyándolo e incluso justificándolo

debido a que la hostilidad del Gobierno norteamericano exigía una militancia disciplinada que no diese la más ligera tregua al enemigo. Y el enemigo — entrenado y apoyado por Estados Unidos — había aumentado el sabotaje y contaba con grupos armados que actuaban en las montañas del Escambray. Para nosotros, esos grupos representaban lo más reaccionario del país, y los creíamos compuestos en su mayoría por gente que la repulsa masiva del pueblo había anulado de la vida nacional. En última instancia la revolución era secuela de ellos. En tales circunstancias no era posible oponerse a Fidel Castro.

Franqui me aconsejó que no regresara

por el momento. Sus colaboradores más íntimos —Guillermo Cabrera Infante, Pablo Armando Fernández— estaban situados en cargos diplomáticos en Europa; lo más conveniente para mí sería refugiarme en un país socialista de estructura más democrática. Mencionó a Argelia —él tenía las mejores relaciones con Ben Bella— y la idea me entusiasmó. Desde las páginas de *Lunes de Revolución* yo había defendido constantemente la causa argelina, y había sido designado por *Revolución y Prensa Latina* como corresponsal en las zonas de combate. Carlos me dio una carta de presentación para Ben Bella y al otro día partí para Argel.

Me deslumbró la ciudad, con su clima

agradable, sus calles arboladas y sus construcciones sólidas y de buen gusto. La avenida Saint-Michel no tenía nada que envidiar a las de París. La ciudad había sido construida con amor por colonos que no pudieron imaginar nunca que aquellos árabes que habían perdido su patria en guerra con uno de los más poderosos imperios europeos serían capaces de reconquistar sus tierras a sangre y fuego.

En la embajada de Cuba en Argel me recibió el embajador *Papito* Serguera. Se alarmó cuando le dije que quería una entrevista con Ben Bella. «Todos los cubanos que pasan por aquí quieren entrevistarse con Ben Bella», me dijo; pero al mostrarle la carta de Franqui

mudó de ánimo. Me recomendó que la llevara personalmente. Era un Presidente sencillo, accesible, casi sin escolta, querido y respetado por todos. Así que fui a la casa, también modesta, donde el líder argelino vivía con su madre.

—El Presidente no está, pero tenga la seguridad de que recibirá su carta hoy mismo —me dijo un oficial sonriente que anotó mi teléfono sin dejar de sonreír.

Pero Ben Bella no tuvo tiempo de contestar mi carta. Ya Boumedienne actuaba en la sombra y días después tomaba las riendas del poder y ordenaba la reclusión del Presidente depuesto en un punto del desierto donde permaneció

hasta la muerte de su rival.

Dejé la ciudad con gran tristeza. La noche antes de la partida fui invitado por el corresponsal de *Prensa Latina* a un famoso restaurante situado en la colina más alta de la ciudad. Debíamos sentarnos en el suelo para beber y comer. Hacia la medianoche irrumpió un grupo de artistas vestidos a la usanza árabe que comenzaron a cantar acompañados por unas panderetas. Aquella música era idéntica a la del sur de España, sólo que cada vez que iba a culminar en los desarrollos melódicos previsibles se quebraba de pronto hacia otra variante musical.

La vida me daba ocasión de asistir a otra fisura en los movimientos

revolucionarios anticoloniales. El primero se había producido en el Congo, donde el separatismo de la provincia de Katanga —encabezado por Mobutu— puso fin al corto mandato de Patricio Lumumba.

Pude ver a Lumumba una noche de 1960, en la conferencia de Prensa que sostuvo en uno de los aeropuertos de Londres durante una escala, en la época en que yo era el jefe de corresponsales de *Prensa Latina* en Gran Bretaña. Meses después, en el cambiante mapa de África, como solían decir mis colegas ingleses, circuló por el mundo la foto en que aparecía maniatado encima de una tosca carreta, con los ojos ansiosos mirando hacia las cámaras. Mobutu

aparecía como la opción realista en contraste con el romanticismo revolucionario de Lumumba a quienes también llamaban, en tono de burla, «el nuevo Lincoln».

En el Argel de Boumedienne se esgrimían contra Ben Bella numerosos argumentos. Durante la guerra de liberación —decían— Ben Bella fue sólo un símbolo de lucha (un joven combatiente secuestrado y encarcelado por los franceses), mientras que Boumedienne había forjado en el campo de batalla su liderazgo militar y político al frente del Ejército de Liberación. Sus adversarios argüían que Ben Bella no era más que una víctima de la Historia. Lo acusaban de débil, demasiado sujeto

a los valores europeos; y a los musulmanes ortodoxos les irritaba que pronunciara sus discursos en árabe y francés. Hasta lo más novedoso de su mandato, permitir la coexistencia de opciones teóricas en lo económico y lo político (el agrarismo chino, la autogestión yugoslava, la participación estatal al estilo soviético) era considerado un programa confuso de gobierno. Incluso sus conocimientos de francés y español, su matrimonio con una periodista parisina, lo alejaban del pueblo árabe, afirmaban.

Castro lo defendió públicamente cuando fue derrocado. Atacó al que consideraba responsable de la insurgen — cia, el canciller Buterflika (a quien

intentó ridiculizar con el mote de *Butterfly*), pero los nuevos dirigentes argelinos reaccionaron con aplomo: respondieron que Castro ignoraba la situación interna de Argelia pues sus diplomáticos eran simples secuaces de Ben Bella. Estos secuaces eran el comandante *Papito Serguera*, y dos o tres improvisados entre quienes se contaba Angel Boan corresponsal de *Prensa Latina*, a quien Ben Bella regaló un «Peugeot» que lo condujo a la muerte en una de las carreteras de Argelia.

La capital norafricana no mostró entusiasmo ni alarma con el cambio. Lo que preocupaba era la fuga de capitales hacia Francia, el cierre de negocios, fábricas y talleres. La falta de técnicos

ocasionaba serios problemas. El hotel de la avenida Saint-Michele donde me hospedé, era atendido por antiguos empleados de limpieza que asumían las funciones de los propietarios vueltos a Francia. Tuve que hacer la liquidación en conserjería, pues el administrador resolvió que mis gastos de estancia no ascendían ni a cinco dólares. Cuando hice el cálculo y le entregué el equivalente de ciento cincuenta dólares, el hombre me dio un fuerte apretón de manos.

Sin embargo, los argelinos, casi desde el comienzo, creyeron en la dirección colectiva y encontraron soluciones a problemas que los cubanos no han resuelto aún.

Recuerdo un incidente que se produjo en el avión que me llevaba a Niza, en una escala de mi viaje de regreso a Moscú. Entre un oficial del ejército francés y yo iba sentado un viejo árabe que, cuando fue servido el almuerzo, no se decidía a probar bocado: miraba la carne atentamente, le daba vueltas, la olía; finalmente me preguntó en francés si era de res o de cerdo, y como yo no lograba encontrar la diferencia, agregó:

—Es muy serio. Es un problema religioso.

Viendo que yo no acertaba a responderle, se volvió hacia el oficial con turbación.

—No se preocupe —le respondió el francés—. No es cerdo, cómo mala.

El argelino, totalmente confiado, devoró la carne sin ninguna inquietud.

Me resultó increíble que después de la cruenta guerra entre franceses y argelinos, pudiera uno de éstos confiarse al juicio de un soldado francés; pero la guerra había terminado y al parecer los argelinos nunca identificaron verdaderamente a Francia con sus colonos. Aquel árabe y aquel francés poseían un lenguaje común por encima de una disputa de más de un siglo, un entendimiento resultante de la convivencia, igualmente secular, que sobrepasaba la distancia, la enemistad que siempre gusta de imponer el discurso político.

Lo primero que hice al llegar a Moscú fue llamar a Evtushenko y a Gala. En seguida nos fuimos a cenar al restaurante «Aragvic», donde Eugenio se empeñó en ofrecerme un plato singular y, según decía, exquisito. Cuando trajeron la enorme bandeja con raciones para los tres, lo único que vi fue un sólido blanco, cubierto con crema de almendras. Probé de aquellos trozos, no muy grandes, que llenaban mi plato, ante los rostros sonrientes de mis amigos; pero mientras más trataba de reconocer lo que comía menos me aproximaba a descubrirlo. Al fin me lo dijeron: «Son

crestas de gallos en salsa de almendras», y fue el instante en que la cresta medio partida que tenía en la boca se me atragantó como si fuese un sapo. En verdad, el sabor adjetivo de la almendra poco podía disimular la textura insípida y rugosa del cartílago reblandecido por el agua hirviente. El plato podría tener un nombre muy exótico y hasta el respaldo de una tradición milenaria; pero para mí era el testimonio de la miseria: la bazofia que alguna vez le tocara a los que mendigaban a la puerta de los señores feudales más avaros y que todas las almendras del mundo no llegarían a prestigiar.

Cada vez que regresaba a Moscú lo

hacía repleto de libros y discos occidentales que Eugenio me encargaba; era como volver a un sitio familiar donde cada conflicto era un dolor de todos. Eugenio y Gala vivían en un pequeño apartamento en las afueras de Moscú, situado en una enorme manzana residencial con un prado en el centro al que se llegaba a través de una gran arcada. La mayoría de los residentes eran artistas, poetas, novelistas. Por supuesto, había sitio para el representante de la Seguridad, un coronel que no escondía su identidad y cuya función era proteger el buen comportamiento de la cofradía. Era un hombre maduro, alto, rubicundo, a quien, todo el mundo trataba con cierta

deferencia, yo inclusive.

La noche de mi llegada, antes de subir al apartamento de los Evtushenko, el coronel se acercó a saludarme y me preguntó sobre mi viaje. Eugenio le mostró los discos de «Los Beatles» y de otros grupos musicales ingleses y franceses y, además, un receptor de radio para su pequeño automóvil. Le señaló la ranura donde debía colocarse el cassette.

—Pero, Genia, entonces podrás oír la música que quieras. Es formidable. —Y haciéndome un guiño agregó—: La verdad no se puede negar, allá también hay cosas buenas.

Esa noche, una de las últimas que pasé en Moscú, bebimos champaña

escuchando a «Los Beades». En el apartamento de los Evtushenko, bebíamos solamente el champaña ruso que costaba dos rublos el litro. El champaña era la única bebida que podía encontrarse en los *cafés de la juventud*, donde los chicos y chicas bailaban y tomaban helados y copas de champaña.

Gala apenas bebió. Oía la música con extrema concentración, y al cabo de un rato se quedó dormida en el sofá. A las cinco de la mañana Eugenio me llevó a mi apartamento junto al río Moscova, inmovilizado por el hielo. Mi familia había vuelto a Cuba y yo había empacado nuestras pertenencias con la ayuda de Pedro Cepeda y su mujer las había enviado a La Habana a través de

la oficina diplomática.

Durante el trayecto, un poco achispado, avanzando entre la nieve, tuve la convicción de que mi estancia en Moscú escindía para siempre mi vida. Algo parecido a lo que había sentido al regresar de Londres a La Habana poco después de que Cuba y Estados Unidos rompieran relaciones diplomáticas en 1961. En ese viaje hice una escoda de dos días en Nueva York. Mi estancia en Europa aunque breve, me reveló otra realidad. Era allí —no en América— donde se, oía el ruido del mundo: el desplome colonial africano y las tensiones de la guerra fría eran analizadas allí desde las más diversas perspectivas. No había país de Europa

occidental que no tuviese un periódico para cada partido político, y esta diversidad era enriquecedor. En Inglaterra, Francia, Italia o Alemania, en Escandinavia, la lectura de la realidad admitía todas las operaciones ideológicas. Liberales, conservadores, socialdemócratas, democristianos, comunistas, actuaban sin restricción alguna. La Norteamérica de principios de los años sesenta vivía todavía los regazos del macarthysmo y la prensa se hacía eco de una ingenua y peligrosa homogeneidad.

Llegué al atardecer y tomé un taxi para ir al hotel «Empire», donde me hospedaría; pero antes indiqué al chofer que pasara frente a la «Escuela Berlitz»,

en Rockefeller Center. Cuando estábamos a corta distancia, le pedí que condujera más despacio para echar un vistazo hacia el interior a través de los grandes ventanales. Allí estaban, como dos años antes, mis compañeros de trabajo, el libro azul del método en una mano, y en la otra la tarjeta amarilla donde cada profesor anotaba el punto de la lección en. que se había detenido, de modo que otro profesor, de la cincuentena que integraban el departamento, pudiera continuarlo. Yo había saltado a otra dimensión, fue mi primer pensamiento al observar al grupo de mis antiguos compañeros. Reconocí a dos estudiantes modorraos, fatigados, que la empresa «Anaconda» quería enviar a

Chile cuanto antes. Eran dos ingenieros desgarrados que tomaban asiento en el aula y que repetían una y otra vez, pacientes, melancólicos, el imperfecto de subjuntivo español que ningún anglosajón llega a dominar por completo.

Desde mi habitación podía ver el «Lincoln Center» y la parte de Broadway que ascendía hacia el apartamento de Florence. Me sentí tan extraño, tan distante de lo que había sido mi realidad anterior en esa ciudad, que temí, al telefonar a Florence, que pudiera tomarme por un desconocido. Florence no estaba, en el tono que adoptó su madre descubrí el rechazo, o, al menos, un oculto reproche. No estaba,

repitió. Había comenzado a trabajar en el Bronx y llegaría tarde; pero le daría mi mensaje. Nunca hablé más de dos veces con esa francesa reconcentrada cuyo único contacto conmigo era el hecho de ser la madre de Florence, y sus pocas palabras la hacían para mí aún más lejana.

Estaba nevando: el aire alzaba la nieve en fugaces remolinos. Broadway me pareció despoblado, sin vida, y las luces de las cafeterías y farmacias de la esquina daban al conjunto un lívido tinte de irrealidad. Quería y no quería hablar con Florence. Más de dos años sin verla, en medio de los cuales se habían producido los cambios más radicales y drásticos de la historia cubana, me

situaban al otro lado del orden, partidario de brutales asaltos, como un forajido.

A las dos de la mañana sonó el teléfono. Lo único que el tiempo no había alterado en Florence era su acento francés inconfundible; el resto fue un reproche crispado y estricto. ¿Verla? «Ese encuentro debió producirse dos años antes —me dijo—. Ahora tengo otra vida, y si quieres, saber la razón de mi llamada es por la simple curiosidad de comprobar que mi madre no se había equivocado.»

No oí más; aunque insistí durante casi tres horas, era obvio que había desconectado el teléfono hasta el amanecer, cuando su madre y ella salían.

Sí, Florence quedaba en la *orilla contraria* de que hablaba Hegel, esa orilla cuya nostalgia, a veces, inesperadamente, me turbaba. Lo más parecido a un mundo en revolución es el ciclo puntual de la esquizofrenia. Se viven dos vidas, cada cual más avasalladora, y tanto el pasado como el futuro se funden en un presente binario en que casi no estamos.

Anatole France decía que hay un momento en las despedidas en que ya no se está, porque se establece una duplicidad, un *aquí* y un *allá*, donde está situado otro, el discontinuo.

La gente me pregunta con frecuencia ¿qué pasa con tus memorias? ¿Cuándo vas a terminar de escribir tu

autobiografía? Lo preguntan por hábito, por el hecho de que siempre que a alguien le dan un palo en un país comunista lo está esperando un editor por aquello de que allá ocurre al revés y es bueno enterarse de cómo piensan los que regresan del futuro.

Si no fuese por la reiterada demostración de su artificio, habría comenzado este libro diciendo: «En la noche del 31 de diciembre de 1958 regresaste temprano a tu apartamento de Nueva York. Tu amiga Florence cenaría con su familia...», entre otras razones porque hoy puedo ser el padre de aquel joven que se habría dejado despedazar por un verso en cualquier rincón del mundo, como le decía Valéry a

Mallarmé.

Cuando salí de Nueva York, los periódicos más importantes destacaban con grandes titulares las nuevas nacionalizaciones revolucionarias y la certeza de que el Gobierno norteamericano había dado el primer paso para terminar con la enojosa dictadura de Castro.

En la oficina de la empresa «Cubana de aviación» en el aeropuerto, cundía un visible desasosiego; pero la tripulación y los pasajeros estaban listos para emprender el viaje. Aproveché los últimos minutos para mirar hacia las zonas de estacionamiento cubiertas de nieve. Hacía sol, un débil sol de invierno, pero lucía hermoso; después

de pasearme de un lado a otro, me senté frente a las grandes vidrieras del aeropuerto al que no volvería a ver otra vez en casi veinte años. *Nostalgia de la orilla contraria*, decía Hegel. Echar de menos los valores caducos, necesitarlos, de algún modo, después de haberlos condenado. Florence les daba realidad cada día, no sentía necesidad de ningún cambio. La enajenación del trabajo asalariado no la alteraba. La rutina equivalente al mundo de Sísifo le proporcionaba simples alegrías. Como Camus, ella se imaginaba a un Sísifo dichoso.

No yo. Yo veía el mundo a mi alrededor como un campo minado a punto de estallar y al que prefería

exponerme antes de retomar a la terca enfermedad de la rutina. Entre Florence y yo se abría la misma brecha que empezaba a dividir a los cubanos por razones nunca sospechosas: el mundo de Florence era otro, quería luchar y triunfar en Estados Unidos; era otra su peculiar fisonomía donde los grandes ojos claros eran inconfundibles; y ni siquiera el día que me llamaron urgentemente a una morgue de Cuba para identificar el cadáver de ahogada, extranjera, en cuya ropa encontraron una libreta donde estaban mis señas, ni siquiera entonces, pude imaginar que en aquella esquizofrenia donde cada uno de nosotros tenía su propia congoja, habría ella encontrado su parte y su final.

—Quiero hacerte una pequeña despedida —me dijo Eugenio—. Gala quiere que invitemos a algunos amigos a la *dacha* de Pavel Antokolski.

Pasamos cerca de la estación de Kiev, una de las más bellas de Moscú, y pronto estuvimos en mi apartamento de Smolenskaya Navershna. Por las ventanas de doble vidrio se insinuaba ya el turbio amanecer. Se podían ver las estrellas rojas del Kremlin. Preparamos té y Eugenio apuntó hacia la estrella.

—Cuando nos conocimos en Cuba, ¿imaginaste alguna vez cómo sería Moscú?

—Había leído muchas descripciones, había visto montones de fotos y

películas, pero jamás la pude imaginar así.

—Creo que la Unión Soviética te ha defraudado.

Se lo negué, pero él insistía. Dijo que podía decirme exactamente lo que me había defraudado: la falta de libertad, la prepotencia de la Policía política en todas partes, las jerarquías intocables de la burocracia, la hegemonía topoderosa del Partido, el estancamiento de la literatura, la presencia constante del censor y el cinismo de una gran parte de los escritores. ¿Era o no verdad? Eugenio solía ser vehemente en sus formulaciones, pero nunca antes le había oído aquel tono de exaltación furiosa.

—Además —continuó—, la escena

con Chostakovich debió parecerse monstruosa; vi cómo lo mirabas cuando se echó a llorar; también yo estuve a punto de llorar, pero con llanto no se resuelve nada. Jruschov no es Stalin, aunque el país está lleno de sus herederos que lucharán para bloquear la denuncia de sus crímenes. El XX Congreso está ahí, no se puede ignorar. Si bien debo decirte que los dirigentes cubanos no tienen mucho interés en conocer la verdad histórica. Cada vez que mencionaba el tema en La Habana o en cualquier ciudad del interior parecía que me oían con disgusto. ¿Por qué?

—Porque todo lo que dice Jruschov de Stalin es lo mismo que dicen los contrarrevolucionarios, lo mismo que

decía la revista *Selecciones*.

—Pero lo importante es que Cuba no repita esos errores —exclamó.

—Mucha gente piensa que el comunismo es el error.

—¿El comunismo?

—El sistema mismo. Lo piensa mucha más gente de lo que crees.

—Pero yo vi entusiasmo en Cuba.

—Por supuesto, lo hay; por ejemplo, yo soy un entusiasta. Se echó a reír.

—Había pensado que eras un pesimista crónico; pero es posible que seas un entusiasta.

—*La carretera de los entusiastas* es el título de tu primer libro.

—Hay un camino que lleva ese nombre, yo no inventé nada. Pero, ¿qué

piensas del sistema?

—Sólo conozco sus deformaciones. El discurso de Jruschov es un catálogo del horror.

—Pero él fue testigo de ese error y es admirable que esperara el momento necesario para denunciarlo.

—Pero mientras tanto los intelectuales orgánicos al sistema, como decía Gramsci, se pegaron un tiro o se cortaron las venas, acosados, o enfrentados a su propia tragedia moral.

Fedaiev se suicidó antes de que hubieran pasado dos meses de la celebración del XX Congreso y dejó tres cartas: a su mujer, a la Unión de Escritores y al Comité Central del Partido.

—Puedes agregar que no se ha revelado lo que dicen esas cartas. Es cierto, eso es parte de la historia de mi patria, mi historia —dijo casi a gritos.

—Es la historia de todos —le interrumpí—. La historia de la Unión Soviética es su principal producto de exportación.

—Creo que te has ido enfermando lentamente, y me preocupa —dijo, bajando repentinamente el tono.

—¿Por qué el XX Congreso no llegó hasta las últimas consecuencias?

—Un día se hará —dijo Eugenio—. Yo sé que un día se hará, no debemos ser pesimistas.

—Y el caso de Pasternak, acusado de cerdo por el Komsomol y por la Prensa

soviética toda, ¿cómo lo explicas?

—Pronto se hará justicia, se leerá el *Dr. Zhivago* en todas partes como sigue leyéndose su poesía.

—¿Pero cuándo? —le pregunté con desesperación.

—Durante muchos años la literatura oficial soviética ha sido una fanfarria dorada, pero hay otra que está saliendo de los cajones. El relato de Alexander Solzhenitsin, *Un día en la vida de Iván Denísovich*, es parte de ella. Recuerda estas palabras.

Se puso de pie, se envolvió la bufanda, se caló la *chapka* negra y se ajustó el abrigo. Era su modo ágil de retirarse.

—Está amaneciendo —dijo, mirando

hacia la calle.

—Ojalá —exclamé.

Me puso una mano en el hombro.

—Sí —me dijo—. En general, está amaneciendo. Nos hemos pasado la vida hablando de cambios y aperturas, y ahora que lo estamos viviendo no queremos creerlo.

Mientras avanzaba hacia la puerta de salida trataba de encontrar algo en el bolsillo del abrigo.

—Esta es una versión de mi último poema. Lo traduje yo mismo ayer. Se llama *El sordón*. Te la regalo; esta noche me dirás si te gusta. Y duerme un poco, chico, a ver si alimentas al entusiasta.

Leí el poema, escrito en la caligrafía de Eugenio. Las palabras eran letras

desconectadas y sueltas, y me gustó. Tiempo después lo volvería a leer en traducción inglesa, se llama *El Urogallo*.

Estuve largo rato sin poder conciliar el sueño. El champaña me había excitado, de modo que decidí beber algo fuerte y agarré una botella de coñac armenio y bebí hasta lograr el efecto de un ansiolítico. Sentí un gran sosiego, una gran mansedumbre. Me acosté y me eché una manta encima porque entraba una pequeña corriente de aire a través de la ranura de la ventana entreabierta de la cocina.

Pensé en Cuba largo rato. En la redacción de *Prensa Latina*, en Argel, había leído ejemplares recientes de

Bohemia y de *Revolución*. Más sabotajes, más juicios sumarios, más fusilamientos. Siempre buscaba la lista de los ejecutados y no olvido la vez en que tropecé con el nombre del comandante Plinio Prieto, un joven profesor de inglés que había obtenido su rango en el Ejército rebelde y trabajaba en el ICAIC. Fusilado por agente de la CIA. En cada acusación, que culminaba con la orden de fusilamiento, se responsabilizaba a la CIA. No hay duda de que la CIA estuvo detrás de la abierta insurgencia contra el régimen, pero hubo otra oposición a los métodos autoritarios de Fidel que nada tenían que ver con el organismo de inteligencia norteamericano. La ilegalidad y el

llamado «culto a la personalidad» de Stalin comenzaba a influir en los métodos del proceso revolucionario de Cuba. Stalin —con su eterno uniforme de mariscal— continuaba ejerciendo una fascinación en la isla. El XX Congreso abrió para la Unión Soviética una etapa de rectificaciones que el mundo entero aplaudía; pero los aplausos dados a Fidel legitimaban el estilo autoritario de Stalin con el pretexto de que el enemigo estaba a noventa millas y acechando la más mínima fisura en la unidad nacional. Y en estas circunstancias lo único que aumentaba era el espíritu de consigna y el poder omnímodo de la policía política. Sus fallos eran decisivos e inapelables.

El que se atreviera a reflexionar sobre la estructura institucional que debía darse al país, se convertía automáticamente en «contrarrevolucionario objetivo». Hasta la lectura de las conclusiones del XX Congreso era motivo de sospecha: «Los antiestalinistas de hoy son los anticomunistas de ayer», había dicho Carlos Rafael Rodríguez, y su consigna terminó por convertirse en advertencia autoritaria.

Desperté casi al mediodía. En el apartamento sólo quedaba mi equipaje y la cama que después recogería Pedro Cepeda. Se extendía una niebla muy densa que daba a la mañana un impresionante color de aluminio.

Preparé café fuerte, una gran taza en la que eché el coñac que aún quedaba y volví a disfrutar de la modorra del sueño. A un lado estaba la carpeta con los poemas de mi libro *Fuera del juego*. La mezcla de café con coñac — invención que se atribuye a Felipe II— me transmitía una oleada de calor por el cuerpo al tiempo que me llevaba a abandonarme en una deliciosa lasitud. El disfrute de esa molicie debió empujar a Alejandro Fadeiev a su alcoholismo, lo mismo que a Sholojov. Seguramente en uno de esos raptos urdió *La joven guardia* con la que obtuvo el premio Stalin en tiempos en que la represión se abatía con más fuerzas sobre la Unión Soviética.

Intenté revisar los poemas bajo el efecto de aquel llameante recorrido por mi cuerpo: con certeza, la forma en que Fadeiev habría tratado de eludir la terrible disciplina del Partido, la obligación de sancionar como presidente de la Unión de Escritores todas las órdenes de detención de artistas y creadores que luego terminarían en un campo de concentración o frente a un pelotón de fusilamiento. La angustia debió exigirle muchos litros de alcohol cuando Stalin decidió que el Ejército Rojo no se retirara desordenadamente de Ucrania, como se mostraba en la primera versión de su novela, ni que era cierto que entre los jóvenes comunistas hubiera podido

existir un traidor que pusiera en manos de los nazis a un grupo de camaradas para que fuesen torturados y asesinados. El propio Stalin redactó el ataque a Fadeiev. El libro debía ser reescrito a sus indicaciones.

Cuatro años dedicó Fadeiev a reescribir la novela, al final de los cuales Stalin la aprobó como texto ejemplar; sólo que el Fadeiev combatiente de 1917 se había convertido en ese autómata profesional que todo tirano quiere hacer del escritor. Feliz debe haberse sentido Stalin al saber que el novelista había declarado en una de sus giras por el extranjero: «*La joven guardia* se convirtió en una buena novela, y no me acusen de

presuntuoso si uso ese calificativo, tan sólo cuando reescribí mi libro bajo las indicaciones del Partido».

Conocí a la hija de Fadeiev, Masha, que trabajaba en la Biblioteca Internacional donde me habían invitado a dar un recital. Conocí también a su viuda, escritora también, autora de un famoso poema sobre una heroína de la resistencia antifascista. Ante ellas dos se pronunciaba respetuosamente el nombre de Fadeiev, pero todo el mundo aludía a sus crisis de dipsómano, a la desesperación que lo embargó las primeras semanas, después del discurso de Jruschov. Los crímenes de Stalin repercutían en él, lo convencieron de su complicidad.

Fadeiev había aceptado la represión, las purgas, las ejecuciones, era la única línea política adecuada para consolidar el Estado soviético. Con los «enemigos del pueblo», con los «contrarrevolucionarios objetivos» se debía ser implacable. Por otra parte, Lenin no había vacilado en decretar la muerte de toda la familia del zar, de modo que Rusia cortara de raíz con su pasado monárquico y no hubiera ni el más ligero empeño de restauración. Cuando Máximo Gorki, aterrado con tales excesos, se fue a la isla de Capri porque, según Lenin, su sensibilidad era demasiado débil para soportar el peso de los acontecimientos, el jefe de Estado le dijo al novelista: «Hay que agarrar al

alma por las alas» La maquinaria de la revolución no podía detenerse. Stalin le dio nuevas energías a su empeño de colectivizar la agricultura a sangre y fuego. Fadeiev no era remiso a este dictamen; pero no supo agarrar el alma por las alas y, colocándose un cojín sobre el pecho, se pegó un tiro que le destrozó el corazón.

Evtushenko lo enjuiciaba con benevolencia. Aunque tenía veintitrés años cuando se celebró el XX Congreso, y había sufrido en su propia familia la represión política estaliniana, no albergaba rencores; ninguno de sus poemas civiles alude a alguien en particular. Como es frecuente en la literatura rusa, el mal y el bien eran

vastas categorías que no se encarnaban en nadie, o acaso únicamente en los tiranos cuyos nombres podían designar una época: Iván *el Terrible*, Pedro *el Grande*, Stalin. Personajes tales como Fadeiev, Maldeshtan, Marina Svataieva, Isaac Babel, eran la grava anónima sobre la que se alzó *La carretera de los entusiastas* por donde fueron arrastrados luego Boris Pasternak y Anna Ajmátova, y por donde lograron escapar Stravinsky Chagal y Malevich. Por esa carretera seguía desfilando la historia soviética.

Historia es una palabra que me sedujo por un tiempo, la empleé frecuentemente en mi poesía y hoy la veo como el medio más perverso de usar una coartada o una

injustificación. Tal vez, Albert Camus no haya podido dejar a los filósofos profesionales una formulación «rigurosa» de su pensamiento; pero el que haya visto actuar a una revolución de nuestro tiempo coincidirá con él en que «el gran principio de las tiranías del siglo XX, fue establecido por Saint-Just cuando dijo: “Un patriota es aquel que sostiene a la república en masa; quien la combata en detalle es un traidor.”»

Al comienzo de la Revolución francesa el mismo hombre había exclamado que era «mil veces bienaventurado el país donde el castigo fuera perdón», aunque dos años después no vaciló en trocarse en verdugo armado de generalizaciones, y se unió a

Robespierre para fundar la maquinaria que condujo al terror. Los dos perecieron en su mecanismo, pero no ha habido revolución que no haya engendrado a sus Saint-Just y sus Robespierre.

Nada fascina tanto a un escritor como el dictamen de apariencia científica. Saint-Just debió sentir un morboso placer al descubrir que la práctica concreta de una revolución hacía añicos los postulados humanistas de su libro *El espíritu de la revolución*. Sus viejos planteamientos debieron parecerle un residuo inútil de la piedad cristiana. ¿Era el suplicio un crimen político y el juicio que provoca la pena, un parricidio de las leyes? Para

Robespierre tales principios se situaban junto a cualquier anacronismo de la Historia. «Quien la combate... es un traidor.»

Años después, cuando los poemas de *Fuera del juego*, que escribí en Moscú, en Budapest, en Praga, fueron considerados por los burócratas de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba «un combate en detalle» de la revolución, pude comprender hasta qué punto resultaba anonadante «el principio de las tiranías del siglo XX». Hasta mi amigo Julio Cortázar, que descifró el primero que una guillotina simbólica comenzaba a introducirse en nuestra revolución y que se apresuró a defenderme en *Le Nouvel Observateur*

de París en un artículo titulado «Ni traidor, ni mártir», escribiría en 1984, en un ensayo a propósito de la novela *1984* de Orwell, que «ningún argumento ideológico justifica poner el todo sobre las partes... pero en la medida en que la noción de individuo no escamotee la del pueblo, como es el caso en ese tipo de crítica siempre egocéntrica, que extrapola a los Sajarov o a los Padilla al conjunto de sus compatriotas y los convierte a todos en víctimas por lo menos potenciales».

«A los Sajarov, a los Padilla...», el perfecto dictamen de apariencia científica que habría fascinado al último Saint-Just. Ese plural «a los» transforma en una especie anónima a todo el que se

«extrapola al conjunto...». También Julio Cortazar debió sentir el morboso placer de destruir la acusación del pintor Matta de que «tú no entiendes nada de lo que pasa» y por ello su ensayo sobre Orwell lleva un título revelador *Discurso del idiota*. Pero no son discursos lo que prefieren los idiotas, sino el montón de aforismos encadenados sobre asuntos que ignoran, retahilas aptas para cualquier sermón, parodias de sentido.

Lo menos que puedo decir es que Sajarov ha sido más útil «al conjunto de sus compatriotas» que las bobas aleyunas revolucionarias de los que no entienden nada de lo que pasa, como decía el pintor Matta.

No, para mí el comunismo, o como

quieran llamarle, no podía ser ya el desafío de nuestro tiempo. El comunismo quedaba apresado para siempre en aquellas impresionantes revelaciones hechas por Jruschov en el XX Congreso. Yo mismo tocaba diariamente una realidad subvertida, enconada. La Unión Soviética que tuve la oportunidad de conocer a partir de 1962 era un país entregado al rito de enterrar y desenterrar cadáveres en medio de una angustia y una rabia y una exaltación esperanzada, y al mismo tiempo temeraria; pero aún prevalecían la reserva y el miedo. ¿Quién podía asegurar que aquella execración pública de Stalin y sus métodos encontraba el apoyo completo de quienes hasta el día

antes fueron sus cómplices?

Sin embargo, a Eugenio y Gala Evtushenko, a Andrei Vosneisenski, Yuri Yasakov, Vasili Aksionov, Baila Ajmadullina, Yuri Vasiliev y Ernst Nieviensni, que eran los artistas de quien más cerca me sentía, los animaba realmente el entusiasmo. En más de una ocasión, cada vez que iba a su apartamento a llevarle los puros de rigor, Ilya Ehrenburg me reiteraba que el cambio era decisivo e «irreversible». A nada había que temer. El país no daría marcha atrás.

El que temía era yo. Iba frecuentemente a la Embajada de Cuba. Armando Morales —el consejero

comercial— me mostraba recortes de Prensa cubana, y Eddy Suñol comandante de la Sierra Maestra y a la sazón agregado militar en Moscú, me invitaba a tomar café cubano en su despacho, donde además comentábamos el curso de los acontecimientos. Su preocupación era la suerte de sus compañeros de lucha, combatientes de la primera hornada que iban siendo destituidos y remplazados por desconocidos. No se quejaba de su propia suerte y continuaba confiando en Fidel y Raúl, al menos eso decía; pero la sombra de Hubert Matos lo acosaba. Cuando ponía dos o tres copas de coñac en su café, Eddy se tornaba sombrío: «Lo que le han hecho a Hubert es una

cabronada.»

Decían que, a causa de sus heridas de guerra, Eddy Suñol había enfermado; lo cierto es que aquel revolucionario de Holguín, en el Moscú de los años sesenta, bloqueado por nieve y pesadillas, encarnaba exactamente la imagen del gran desconcierto, de la gran confusión en que vivíamos. El entusiasmo de mis amigos rusos —no obstante ser gratuito— era más diáfano y seguro, pese a que ellos imaginaban lo contrario.

En la «isla de la libertad» donde estos rusos decían hallar «la juventud de la revolución de octubre» se debatía la misma lucha por el control del poder, el mismo autoritarismo que necesariamente

engendra las mismas injusticias y aberraciones que siempre han ido aparejadas al comunismo real, el único que hasta ahora se conoce.

Yo había nacido en un mundo que rendía culto a la libertad, y en mi adolescencia y juventud un tirano era el que la suprimía, en toda lucha política y social se planteaba la libertad como divisa. La pretenciosa formulación de Marx sobre las libertades reales y aparentes me parecía una superchería más. Entre morirme de hambre y poder decir lo que quisiera optaba por lo último. En definitiva, comer cualquier cosa era más fácil que ser libre.

Mis amigos se hartaban literalmente en las grandes *dachas* de Peredilkin, se

emborrachaban y fornicaban cuanto querían, pero el precio que pagaban por todo ello era sus *libertades aparentes*.

Cada época trae su discurso totalitario en política, en arte, en filosofía. El que intente oponerse a la deificación de la historia impuesta por Hegel y convertida en fetiche por los marxistas, tiene pocas probabilidades de éxito, especialmente en ciertos círculos académicos e intelectuales del mundo occidental. André Gide, que ingresó en el Partido Comunista a los 63 años de edad, decidió viajar a la Unión Soviética para ver en la práctica cómo se comportaban sus esperanzas. Al regreso escribió dos libros que, en pocos meses, alcanzaron tiradas de más de 100.000 ejemplares.

El primero, *Retour de l'URSS*, fue publicado en 1936, y el segundo, *Retouches a mon retour de l'URSS*, apareció en 1937. Las obras fueron ampliamente traducidas, sobre todo por la importancia de su autor; pero la maquinaria de los partidos comunistas se encargó de bloquear su influencia en todas partes. Para anular el impacto de su testimonio, se buscaron dos factores que lo descalificaban: era un homosexual y un viejo de formación burguesa. Bertolt Brecht fue el que lo atacó con mayor malicia: «El escritor francés André Gide ha enriquecido el gran libro de sus confesiones con un nuevo capítulo... A su regreso (de la URSS) no sólo había polvo en sus botas.

Ahora está desengañado; pero no porque no existe su tierra, sino porque este país no lo sea. Y él se disgusta con este país. Hay que comprenderlo: a su regreso no estuvo en condiciones de poder decir: ese país es así y así, sus gentes hacen eso y aquello, no lo comprendo del todo.»

Para Brecht cualquier objeción sobre la Unión Soviética, nada menos que en los años más crueles del estalinismo, quedaba anulada por el argumento de que «ese país es así y así» y por lo tanto no podemos «comprenderlo del todo». Con el tiempo, el propio Brecht llegó a las mismas conclusiones de Gide, sólo que no consideró *científico* exponerlas. Cada vez que intenté discutir con algún

colega extranjero residente en Moscú cualquier aspecto negad— vo de la realidad, recibía las mismas justificaciones que Gide enumeró en sus libros:

«1. Que los abusos que yo había señalado eran excepciones de los cuales no debían sacarse conclusiones (porque no se podía negar su existencia).

«2. Que, para admirar la situación actual, sólo había que compararla con la anterior, la situación antes de la conquista (quise decir: antes de la revolución).

«3. Que todo lo deplorado por mí tenía una profunda justificación, que no había sido capaz de ver: males provisionales en vistas a un inminente

bienestar social, proporcionalmente más grande.»

Confieso que en más de una ocasión utilicé yo mismo estos argumentos, enriqueciéndolos con el hecho de que el XX Congreso era la mejor prueba de que los males soviéticos podían ser denunciados y rectificados; pero Jruschov y su grupo fueron también víctimas de su denuncia, y el famoso ataque a la ilegalidad revolucionaria y al culto a la personalidad fue considerado por sus detractores como meras pamplinas de orador.

En el Moscú de mediados de los años sesenta, yo no era más que un testigo perplejo ante el mundo que Jruschov revelara. Gide no había mentido, y su

testimonio cobraba una impresionante actualidad. Sin embargo, nadie reconoció, que yo recuerde, el valor documental de aquella denuncia del escritor francés que veinte años después, al tiempo del XX Congreso, seguía siendo la realidad de la vida soviética. Y lo más grave es que la indefensión del ciudadano, el ejercicio de la ilegalidad, la prepotencia del aparato represivo eran —según los teóricos del marxismo-leninismo— la forma que la Historia adoptaba, durante un período inevitable, para alcanzar la *nueva sociedad*; y se buscaban analogías con el pasado: si el capitalismo vivió la etapa de acumulación primitiva —con toda su

brutalidad implícita— la sociedad comunista no podía eludir su «represión consciente».

La última noche de mi estancia en Moscú, mientras Evtushenko, Gala y yo nos dirigíamos a la *dacha* de Pavel Antokolski donde nos reuniríamos con los demás amigos, la ciudad me pareció aún más sombría. Cada vez que el pequeño «Moskovich» de Eugenio se detenía en los semáforos, yo observaba la gente apresurada que entraba en las bocas del Metro, con la ansiedad reflejada en los rostros.

La *dacha* de Antokolski era amplia y hermosa, llena de muebles y objetos prerrevolucionarios. Antokolski era un

joven escritor en la Rusia zarista, y al triunfar la revolución se sumó a ella. En 1964, octogenario, pero fuerte y vivaz, era una figura respetada, no tanto por el valor de su obra como por el hecho de haber vivido en la antigua Rusia y haber aceptado, con una suerte de resignación nihilista, los años terribles que Jruschov denunciara.

Nó olvidaré jamás aquella noche. Antokolski, magro, de baja estatura, con los ojillos inquietos en el rostro bondadoso y sonriente, se desvivía por atendernos. Estaba en mangas de camisa y llevaba puesto un *jeans* que lucía con orgullo. No se desprendió en toda la noche de una camarita fotográfica y, a cada momento, organizaba pequeños

grupos y los fotografiaba desde la escalera central. Aparte de dos o tres poetas georgianos de quienes no recuerdo los nombres, estaban el cuentista Yuri Naguibin y Bella Ajmadulina, recién casados, y Yuri Kazakov, cuyas narraciones sobre el campo ruso eran muy elogiadas en ese momento.

Como es frecuente en cualquier reunión de amigos en Moscú, llegó el momento en que alguien recitó un poema y animó a los demás a hacer lo mismo. En ruso, la aliteración es parte fundamental de la poesía, de modo que toda recitación se llena de un ruido de matraca. El hermoso poema *Goya* de Vosneisenski, que tanta fuerza comunica

en las traducciones, está compuesto de múltiples aliteraciones guturales que se apoyan en el nombre de Goya.

Se bebía y se comía y se decían poemas, uno tras otro, a la manera enfática de Maiacovski. Yo había escrito *El pájaro de Fuego*, un poema en tercetos rimados, como un ejercicio retórico que me parecía muy ruso; pero Evtushenko prefería otro que titulé *La barrendera*. Lo sabía de memoria y lo declamó teatralmente. Perdí el poema que, por lo demás, era anecdótico y melodramático, pero el tema impresionó al auditorio. La barrendera de mi poema se llamaba Masha y era una anciana de las tantas que barrían la nieve de las calles a cambio de un mísero jornal,

pero sobre todo a cambio de la autorización para vivir en Moscú. El Estado soviético prohíbe a sus ciudadanos mudarse de su lugar de nacimiento. Lo único que altera esa prohibición es aceptar el trabajo de barrendero. Es impresionante, especialmente en invierno, ver a las viejas, cubiertas de una estameña negra de pies a cabeza, barriendo con un burdo escobillón los montones de nieve que se acumulan en las aceras de la enorme ciudad.

Antokolski dejó de sonreír cuando acabó el poema. A todos les sorprendió que yo hubiese elegido para mi poesía «esa tragedia», fue el término que Antokolski empleó. El anciano puso la

camarita a un lado y me dijo: «Joven, faltará mucho tiempo para que a esas mujeres las liberen de ese rigor; pero alguien tiene que limpiar las calles. Mientras tanto, nosotros nos beneficiamos de lo que nos dan. ¿Qué otra cosa podemos hacer? El año 17 está ahí mismo y lo primero que toda revolución hace es generar miseria. Le quiero hacer una pregunta: ¿El pueblo cubano es más rico ahora? ¿Es menos pobre? ¿Sabe usted lo que pasará muy pronto, si ya no está pasando? Que la sociedad empezará a dividirse en segmentos, y los más pobres serán siempre los mismos. Usted, como nosotros, no tendrá dificultades. Usted pertenece a la inteligencia, como

decimos los rusos; usted, aunque no se lo proponga, aunque le repugne, tendrá sus privilegios. Lo único que podrá salvarlo de la desesperación o del cinismo es aprender a sufrir resignadamente; de lo contrario, joven, sucumbirá y desde ahora lo prevengo. Esa barrendera es una tragedia que todos vemos y sufrimos, pero no le podemos dar cabida en nuestra poesía. ¿Sabe una cosa? La nuestra es la peor condena, porque estamos condenados a la esperanza. Esta noche, cuando regresen a la ciudad, verá usted amanecer por el camino y ahí encontrará mujeres y hombres que van de un lado a otro con cestas en la cabeza; pero yo no puedo cargar esas cestas y tengo que

confiar en que un día nuestros campos serán mecanizados y vivirán en ellos ciudadanos felices».

Recuerdo perfectamente el gran silencio con que fue escuchado el anciano. Hablaba con el vigor característico del temperamento ruso, miraba fijamente a cada uno de los presentes, y cuando se detuvo clavó en mí sus ojos azules. Dijo que quería brindar por la isla de la libertad, por su brillante porvenir, pero en su tono no hubo el mismo ardor de antes. El brindis no dio resultado. Lo que pesaba en el ánimo de todos fueron las palabras dichas antes, la confesión del viejo octogenario que continuaba condenado a la esperanza. Me abrazó y besó al

despedirme y me dijo que me enviaría a Cuba las mejores fotos de la noche. Nunca las recibí.

Moscú fue una experiencia decisiva. Mis otros viajes por los países socialistas sólo sirvieron para acentuar el aprendizaje de un mundo totalmente opuesto al mío, en donde las *libertades aparentes* eran más importantes que las *reales*. En definitiva, hoy puedo definir la libertad de cualquier país en términos modestos: libre es el Estado que no cierra las fronteras de los que quieren vivir de otro modo. Ninguna concepción de la sociedad puede bloquear la libertad de la persona humana, incluso el hambre es un derecho. El Saint-Just de *El espíritu de la Revolución* no

puede ser más preciso al escribir: «Cuando un Estado es lo bastante desdichado para necesitar recurrir a la violencia, necesita marcar a ésta con el signo de la infamia, como si fuera un timbre de honor.»

En estos treinta años en que he vivido en tantos sitios, los únicos seres que han logrado impresionarme son el montón de manipulados y condenados a una esperanza que aplaza sistemáticamente sus valores. Creo con Hans Magnus Enzensberger lo que ha entendido cualquier transeúnte hace ya mucho tiempo: «Que no existe ningún espíritu universal, que también la lucha de clases es un proceso sometido a las leyes naturales, que ninguna vanguardia puede

planificar y dirigir conscientemente; que tanto la evolución social como la natural no conocen sujeto alguno y que, por lo tanto, son imprevisibles; que cuando actuamos políticamente no alcanzamos nunca lo que nos habíamos propuesto, sino algo completamente distinto que ni siquiera podíamos haberlo imaginado; y que la crisis de todas las utopías políticas se explica precisamente por lo anterior. Los proyectos del siglo XIX han sido falsificados en su conjunto por la historia del siglo XX».

Estas eran mis conclusiones de todo lo vivido hasta ese instante; pero a mi regreso a La Habana, mientras hacía el viaje del aeropuerto a mi casa, mi amigo

Alberto Mora, que seguía en la cartera de Comercio Exterior, me reprochó cordialmente mi estado de ánimo aduciendo que todo era producto de la exagerada revisión de la Historia que los soviéticos habían iniciado desde el XX Congreso, y en su opinión yo no podía ser impermeable al morbo con que toda Europa estudiaba la denuncia de Jruschov. La izquierda radical asistía al desplome de cuanto había apoyado e incluso defendido: «Pero nosotros no somos parte de aquella historia —me dijo—; aquí hay problemas graves, pero aún podemos luchar».

Cenamos esa noche en mi casa, con toda la familia, y en la sobremesa comenzó él a preguntarme sobre la vida

en la Unión Soviética. Fue una larga conversación que se extendió a todo el campo socialista. A él le preocupaba la total centralización de la actividad económica y los peligros de una burocracia ineficiente. La burocracia misma no le inquietaba, pensaba que toda sociedad estaba organizada burocráticamente y sólo el nivel de eficacia distinguía a un sistema de otro. Alberto era partidario del cálculo mercantil en la organización económica, de acuerdo con las ideas del economista francés Charles Bethelhein, y en aquel momento estaba enfrascado en una polémica con el Che Guevara sobre su tesis que un país debía implantar el sistema presupuestario concebido por el

economista belga Ernest Mandel. La polémica era más bien un intercambio cordial de opiniones, pero a ella se sumaron funcionarios que defendían una y otra posición.

Al despedirse me invitó a las reuniones que se celebraban los jueves por la noche en el Ministerio de Comercio Exterior y a las que asistía puntualmente el Che. Aquellas reuniones eran también «círculos de estudio», y en los últimos meses estaban dedicados a la lectura y discusión de *El Capital* de Carlos Marx.

Alberto tenía gran interés en que le diera al Che mis impresiones sobre la URSS y los demás países socialistas de Europa Oriental; pero aquel jueves no

llegó a celebrarse la reunión. El Che estaba bajo los efectos de un ataque de asma en su oficina del Ministerio de Industria. No obstante, nos pidió que fuésemos a verlo al día siguiente, a medianoche.

Cuando su jefe de despacho nos hizo pasar nos encontramos con un hombre demacrado, sin camisa, tumbado en el suelo junto a su escritorio, esforzándose por recobrar el ritmo natural de la respiración.

—Ya me contó Alberto que has llegado bastante deprimido del mundo de nuestros hermanos —me dijo, con la mirada vuelta hacia el cielo raso—, y te confieso que no tengo necesidad de oírte. Porquería sé que es todo aquello,

lo pude ver por mí mismo. Stalin exageró, pero éstos no se han quedado atrás. Lo que pasa es que son dos tipos de exageraciones, de hecho han descuidado la educación comunista, ¿tú que crees?

Se levantó y comenzó a ponerse la camisa del uniforme. Sin dejarme hablar, me preguntó si era cierto que toda la poesía de Maiacovski era rimada.

Le respondí que todo el país seguía obsesionado por el informe de Jruschov y que no había hora en que no se corrieran nuevos rumores sobre la responsabilidad de altas figuras del Partido en la etapa represiva de Stalin, toda la supuesta probidad de su mandato

continuaba siendo descalificada por nuevas revelaciones de crueldad. «Sí — agregué—, toda la poesía de Maiacovski está rimada a su manera.»

—Y poesía, ¿estás escribiendo? — indagó.

—Sí.

—¿Tienes ya material para un libro?

—Tengo un libro completo.

—¿Cómo se titula?

—*Fuera de juego.*

—¿Por qué?

—Porque el asunto predominante es la Historia.

—¿La historia pro o la historia contra?

—me preguntó en tono de chanza. Y de pronto—: ¿No te sabes ninguno de esos poemas de memoria? Dime uno

cualquiera.

Le recité el primer poema de *Fuera del juego*, el que se titula «En tiempos difíciles». Escuchó con atención, siempre mirando al cielo raso.

—Exactamente la idea que me hago de la Historia —dijo—.

Mucha gente me critica porque dicen que pongo demasiado énfasis en el sacrificio; pero el sacrificio es importante en la educación comunista. Los chinos sí que lo han entendido, mucho más que los soviéticos. Y eso se explica: son dos tradiciones muy distintas. Los rusos jamás podrán entender el ascetismo asiático. La Unión Soviética tenía que defraudarte; pero cuando vayas a China descubrirás el

verdadero esfuerzo hacia el comunismo. Es el modelo más digno de estudiar.

Alberto y yo escuchamos sin hacer el más mínimo comentario. Entonces el Che se volvió hacia Alberto.

—Los tiempos no son buenos para hacer periodismo. ¿Por qué no lo llevas contigo a Comercio Exterior?

Yo reaccioné sorprendido; pero Alberto dijo que la consideraba una excelente idea.

—¿Pero qué sé yo de Comercio Exterior? —exclamé.

—Lo mismo que sé yo del mundo industrial, y aquí me tienes de ministro de Industria.

—Pero es que yo no sé absolutamente nada de protocolos e intercambios

comerciales —repetí.

—Eso lo aprendes en tres semanas —
intervino Alberto.

En ese momento entró un empleado y colocó una *cantina* sobre el escritorio.

—Es mi comida. No hay quien convenza a mi mujer de que no la mande al Ministerio; pero en fin...

Alberto se levantó del butacón; pero el Che hizo un ademán de que se sentara. Dijo que lo mejor para mí sería dejar el periodismo por el momento, y Comercio Exterior me resultaría un excelente aprendizaje.

—No te preocupes por nada. Lo que se necesita en estos casos es nivel satisfactorio de discusión, y ése tú lo tienes. El resto lo hará un grupo de feos,

pero capacitados, que te lo irán apuntando como en el teatro.

Así me convertí en Director Gerente de «CUBARTIMPEX», la empresa de Comercio Exterior a cargo de la exportación e importación de artículos de arte y cultura, y casi de inmediato en miembro del Consejo de Dirección del Ministerio. Debo reconocer que mi trabajo en Comer— CÍO Exterior me acercó a los problemas básicos del país. En cada reunión se ponía de manifiesto el descontrol y las contradicciones de tres organismos que debían trabajar en perfecto acuerdo: la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN), que establecía las asignaciones de marcos de divisas a los organismos de la

economía interna; Comercio Exterior, que procesaba las necesidades de industrias y Ministerios de los llamados modelos 184 —donde se recogía la versión definitiva de los productos relacionados que después las oficinas comerciales cubanas debían adquirir en el extranjero de acuerdo con la distribución geográfica elaborada por la JUCEPLAN— y el Banco Nacional, que efectuaba los pagos... Pero en la práctica nada de esto ocurría. Fidel Castro trastornaba el circuito operativo de los tres organismos con sus famosas *misiones especiales* que recorrían el mundo comprando todo lo que se le ocurriese al dictador y pagando en moneda convertible que afectaban las

asignaciones de la JUCEPLAN. De hecho existían dos Ministerios de Comercio Exterior, aunque el más poderoso y arbitrario era el de Castro. Hubo un momento en que el Banco Nacional no tenía reservas para cubrir los gastos ocasionados por las famosas *misiones especiales*.

Cuando estalló la crisis, Fidel encontró una rápida solución. Alberto Mora fue remplazado por Marcelo Fernández, presidente del Banco Nacional, y Regino Boti, que presidía la Junta Central de Planificación, fue sustituido por el entonces Presidente Osvaldo Dorticós. Una vez más se hacía recaer sobre otros la responsabilidad del máximo líder.

Alberto Mora no pudo recuperarse jamás políticamente. Durante un tiempo trabajó de asesor del Che en el Ministerio de Industria, y más tarde en el Ministerio del Azúcar. Como se consideraba subutilizado y puesto al margen pidió que le dieran una beca para estudiar economía política en Francia con Charles Bethelhein, y le fue concebida. Por mi parte, pedí que me permitieran viajar como representante de Comercio Exterior, que también me concedieron con el pomposo título de Gerente de Ultramar, cargo creado *ad hoc* para equiparar mi rango al de los gerentes generales de empresas con quienes debería tratar en el exterior, y me asignaron a los países socialistas y

escandinavos, con sede en Praga.

Días antes de que ambos saliéramos del país, Alberto y yo fuimos a despedirnos del Che. Nos recibió en otro despacho, a pocos metros del suyo.

—Nos estamos quedando cesantes —dijo con ironía—. Pero a ustedes les gusta ver mundo, ¿no es cierto?

Alberto no podía ocultar su estado de ánimo. Una creciente turbación lo fue invadiendo durante los meses de marginación en que vivía. El Che lo notó.

—¿Ya ti qué te pasa? No olvides que aún me queda algo de médico.

Alberto le insinuó su situación emocional y el Che lo escuchó sin interrumpirlo. Luego dijo:

—¿Y cuándo se produce esa depresión?

—Cuando amanece —dijo Alberto.

—Cuando amanece sientes la depresión —repitió el Che.

—Sí, al amanecer.

El Che fue acercándose lentamente le puso las manos en los hombros y lo sacudió dos veces mirándolo directamente a los ojos.

—Yo vivo desgarrado las veinticuatro horas del día totalmente desgarrado y no tengo a nadie a quien decírselo. Ni me creerían.

Esa fue la última vez que vi al Che; pero la escena sigue intacta en mi memoria.

El mismo día de mi salida para Praga recibí una llamada de la Unión de Escritores para decirme que alguien me estaba buscando. Una extranjera que hablaba español. Había dejado su nombre, pero la otra telefonista que había recibido el mensaje tomó nota de alguien cuyo nombre no podía descifrar con claridad: Francis, o Florince o Florence. «Florence —le dije— trata de leer ese nombre». No, no era Francis; ahora le parecía claro que el nombre era Florence. Estaba buscándome desde hacía seis meses y siempre le informaban que estaba de viaje. Siempre decía que volvería a llamar y nunca dejaba sus señas.

Dije que, por favor, le dieran mi

teléfono en La Habana y mi dirección en Praga; pero a ninguno de los dos sitios llegaron noticias de Florence. Me convencí de que yo había forzado a leer Florence en aquel mensaje donde estaba escrito confusamente otro nombre cualquiera. Además, ¿qué sentido habría tenido el viaje a un país desconocido para ella? Yo era su único vínculo con Cuba y ese vínculo quedó disuelto fríamente en Nueva York.

Mi estancia en Praga fue un breve interregno desde donde me desplazaba de una ciudad a otra según el plan elaborado en mi Ministerio. Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Rumania, Alemania y Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca. Con los países socialistas

se quería equilibrar el intercambio comercial que les era sistemáticamente favorable. El nuevo viceministro a cargo del grupo de empresas entre las que estaba «CUBARTIMPEX», era hombre de soluciones prácticas. Me entregó una lista por cada país dividida en tres columnas que se ordenaban bajo estos tres epígrafes: *intercambio actual*, *intercambio deseado*, *intercambio posible*. Si yo lograba obtener por lo menos un treinta por ciento de aumento sobre el intercambio existente, sería considerado un éxito.

Volví a Europa dispuesto a triunfar en el proyecto, y en Praga encontré la misma burocracia autoritaria, el mismo acecho político, la misma censura, el

mismo miedo, el mismo nihilismo resignado. Novotni continuaba instalado en la presidencia vitalicia de un país que aún recordaba las purgas dictadas por Stalin contra los viejos bolcheviques. El asesinato de Slanski y los juicios contra sus colaboradores más cercanos, muy pocos años antes, seguían gravitando sobre el país. Sexo y alcohol eran los únicos paraísos alcanzables en tanto aumentaba el trasiego del *tusex*, una moneda que circulaba únicamente entre dirigentes y extranjeros porque tenía asegurada la convertibilidad a cualquier moneda del mundo. Con *tusex* podía adquirirse cualquier producto, desde alimentos hasta equipos electrodomésticos y automóviles. Toda

Praga giraba en torno al tusex. Había numerosos establecimientos especiales donde sólo era aceptado el pago en esa moneda. El tusex era el factor determinante en la prostitución juvenil checoslovaca. Para la juventud, era la llave que daba acceso a un mundo de opciones, competitivo y, para ellos, deslumbrante. A mí me parecía desmedido ese deslumbramiento, porque daba falsas nociones de la auténtica realidad que yo tenía el privilegio de conocer. Veía que mientras los jóvenes suecos vestían uniformes viejos del Ejército norteamericano y calzaban zapatos descosido por puro placer de la libertad, la juventud checoslovaca anhelaba desprenderse de aquella ropa

desteñida y mal confeccionada que producían sus fábricas. Amaban los modelos elegantes que destacaban las revistas occidentales.

Praga seguía siendo el mismo sitio donde Mozart había estrenado sus obras. Estaba detenida. La vida sólo entraba allí por referencias. Gris es el adjetivo con que podía definirse aquel presente en que yo entraba y salía por el aeropuerto vigilado con el rigor de los tiempos de guerra.

Tuve la oportunidad de hablar con escritores, artistas plásticos y músicos. Estos últimos eran los que se movían con mayor libertad y sus obras eran realmente atractivas y novedosas; pero Vladimir Holan, el más grande poeta del

país, no salía a la calle, vivía en un confinamiento voluntario, inaccesible a cualquiera que no perteneciera al grupo exiguo de sus amigos íntimos; sin embargo, era un poeta leído y admirado, y su largo poema *Una noche con Hamlet* es considerado un momento cimero en la literatura checa. Milan Kundera acababa de publicar *La broma*, la primera novela que le dio resonancia internacional. El Partido Comunista francés —a través de Louis Aragon— apoyó el libro, pero la jerarquía del partido checo comenzó a fomentar su destrucción.

Yo me mantenía informado del mundo cultural del país, leía en traducciones poemas y relatos y trozos de novelas

gracias a la generosidad de mi amiga Mariella Kutserova, que hablaba perfectamente el español y estaba casada con el diseñador cubano Tony Évora. Ella nos condujo por los vericuetos de Praga, nos mostró la verdadera ciudad, aunque sin ninguna amargura. Quería que nada del país que amaba nos fuera ajeno; pero lo que rezumaba el contacto con «lo real» era un vapor de frustración y angustia colectivas. Parecía que Praga seguía siendo un país ocupado... Al regresar a Cuba, al cabo de un año, llegué convencido de que si la Unión Soviética había surgido de una de las tantas utopías delirantes del siglo XIX, con las monstruosas deformaciones que Stalin

convirtió en catecismo, Checoslovaquia era un espeluznante parodia.

La Habana que encontré en 1967 estaba dominada por la reserva y por el miedo. Allí estaba también Alberto Mora, pues el Gobierno había cancelado todas las becas otorgadas para países capitalistas por creer que ejercían una nefasta influencia en nuestros ciudadanos. Oficialmente se decía que Europa los incitaba a vivir *la dolce vita*, que los hacía objetivos del enemigo, y se mencionaba el caso; de Rolando Cubela, que había planeado la muerte de Castro desde Madrid, donde había sido reclutado por «la CIA». Cubela fue juzgado por un tribunal revolucionario

que pidió para él la pena de muerte, que luego el propio Castro conmutó por una condena de veinte años; pero desde entonces la vigilancia en el seno de las distintas organizaciones revolucionarias hizo reinar sobre el país una moral de la sospecha.

En la Unión de Escritores se había hecho más ostensible la presencia de la Seguridad del Estado. Para asegurar que la *dolce vita* fuera erradicada por completo, se había llegado a la conclusión de que era necesario sanear la institución de homosexuales, los cuales iban a dar a los campos de concentración que, desde 1965, funcionaban en Camagüey con el nombre de Unidades Militares de Ayuda a la

Producción (UMAP) y adonde enviaban también, valiéndose del mismo expediente del Servicio Militar Obligatorio, a desafectos al sistema por sus creencias religiosas, especialmente testigos de Jehová. Estas unidades se crearon a instancias de Raúl Castro, que descubrió en Bulgaria los nuevos métodos puestos en práctica para tratar de curar a los homosexuales. El procedimiento era casi rudimentario, se trataba de alternar el placer y la repugnancia frente a los estímulos eróticos utilizando el principio del reflejo condicionado de Pavlov. Se mostraba a un homosexual la relación entre dos hombres y cuando, según las pulsaciones del paciente, éste había

logrado la mayor excitación, se aplicaba la descarga. La operación se repetía frecuentemente hasta lograr un reflejo condicionado de rechazo.

El método sólo sirvió para aumentar la nómina de locos, pero lo cierto es que la UMAP fue una de las instituciones más crueles que inventó la imaginación del sistema. A pesar de las opiniones críticas de algunos dirigentes sensatos, la Seguridad del Estado aún seguía enviando jóvenes a la UMAP en 1967, sobre todo estudiantes y artistas que no habían cometido ningún delito por el cual pudiera juzgárseles.

En una ocasión me encontré con Juan Marinello que salía del Hospital Nacional. Me saludó con efusión, pero

con visibles muestras de nerviosismo. Me preguntó sobre mi viaje y elogió «la hermosísima ciudad de Nezval». Me pareció fatigado y viejo. Sus compañeros del Partido Comunista prerrevolucionario estaban siendo vigilados. Para nadie era un secreto las críticas que muchos militantes hacían a la dirección política y económica de Castro, pero nadie ignoraba tampoco que Castro estaba al tanto de cada movimiento del viejo partido.

En la cultura no era menos tensa la situación. Reacio a crear un Ministerio que se ocupara de los asuntos culturales, Castro utilizaba cualquier pretexto para insistir en el mantenimiento de un simple Consejo Nacional de Cultura que

terminó por poner en las manos de José Llanusa. Sin embargo, al margen de la autoridad de Llanusa, aceptó la idea propuesta por Carlos Franqui de trasladar a La Habana al prestigioso Salón de Mayo de París y el propio Franqui llevó a cabo el proyecto.

Fueron años cruciales: Salón de Mayo, Congreso Cultural de La Habana, el escándalo de la llamada microfracción que sirvió para liquidar la más mínima sombra de disención entre los revolucionarios militantes. La época de «donde sea, lo que sea y para lo que sea, comandante en jefe, ordene», quedó inaugurada en ese instante. Si en algo difería la sociedad cubana de sus semejantes en la Unión Soviética y

Checoslovaquia era por el tono chabacano que lo presidía todo.

Una noche me llamaron del semanario *El caimán barbudo*. Estaban preparando un número dedicado a una novelita insignificante de Lisandro Otero, a quien Llanusa había nombrado asesor en el Consejo Nacional de Cultura. Querían publicar mi opinión en una página junto con otras dos y bajo el título de *Tres generaciones opinan*. Y bien, di mi opinión, que no vale la pena reproducir aquí. Me limité a criticar la novela de Otero y a defender *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, que se leía en ese momento en Cuba de forma clandestina. Guillermo había sido separado de su cargo de Consejero

Cultural de la Embajada de Cuba en Bruselas por las intrigas de la Policía política que no toleraba su independencia de opinión ni su carácter comunicativo y punzante.

Cuando se publicó mi artículo, Alberto Mora apareció en mi casa consternado. Era lo único que esperaba la Seguridad del Estado para dictar mi fin. A partir de ese instante, mi vida entró en la marginación más absoluta. Me quedé sin trabajo, y cuando Llanuza y Haydée Santamaría quisieron ayudarme, el primero dándome el cargo de Director Internacional del Consejo de Cultura, y la segunda en el Instituto de Literatura de la Casa de las Américas, recibieron la orden directa de Raúl

Castro de vetarme.

Sólo me quedaba una opción literaria y política para que mi ostracismo tuviese una verdadera razón de ser. Di por terminado *Fuera del juego* — algunos de cuyos poemas fueron publicados en la revista CASA y en el Consejo Nacional de Cultura— y a las doce de la noche del día en que se cerraba el concurso nacional de literatura de la Unión de Escritores, cuando ya la Seguridad del Estado daba por seguro que todos los libros del concurso estaban bajo control, Belkis Cuza lo entregó personalmente a un empleado de la *Unión*, amigo nuestro, que le dio entrada en el mismo minuto del cierre. Cuando lo descubrieron, ya

el texto había sido enviado a los miembros del jurado.

De nada valieron las presiones de la *Unión* y de la Policía. Ni Lezama, ni J. M. Cohen, ni José Z. Tallet, ni Manuel Díaz Martínez cedieron ante la coacción para que mi libro fuese descalificado. Obtuvo el premio por unanimidad; pero jamás me fue otorgado oficialmente. Consistía en un viaje a la Unión Soviética y mil pesos en efectivo.

Entre ese premio y mi encarcelamiento bajo la acusación de realizar actividades contra la Seguridad del Estado se extendieron tres años de aislamiento.

La presencia en Cuba del primer diplomático chileno acreditado en Cuba

después del triunfo de Salvador Allende contribuyó a que mi situación se hiciera aún más difícil, pues se trataba de Jorge Edwards, el novelista con quien yo mantenía una vieja amistad. Hombre de izquierda desde su juventud, Jorge había apoyado la revolución cubana en sus momentos más críticos, y siendo diplomático de carrera no vaciló en expresar públicamente su solidaridad con el Gobierno de Cuba en tiempos en que nuestros países no tenían relaciones diplomáticas. Era lógico que un hombre con esa trayectoria fuese escogido para representar a Chile en mi patria. Todo el mundo pensó que Allende había acertado; todos, menos Fidel Castro. La historia de su corta estancia en la misión

chilena, no más de tres meses, ha sido contada por Edwards en las 478 páginas de su libro *Persona non grata*. Cada vez que nos hemos encontrado después, en Nueva York, Barcelona o Madrid, nos entregamos a la recordación de aquella etapa. La versión que más me gusta es la suya, la mejor contada, o fraguada, qué sé yo; pero cuando quiero aprender del ser desesperado y autodestructivo que fui entonces, leo alguno de esos capítulos por donde me deslizo como terco polichinela de quien el autor no puede separarse.

A su manera, también Jorge Edwards sufrió mi caso, así como mis amigos más cercanos, que parecían destinados al ostracismo, acabaron por beneficiarse

del lamentable incidente.

Por La Habana de 1969 a 1971 pasaron políticos, profesores, editores, novelistas, poetas. Pasaron, es decir, rozaron apenas nuestra realidad y con ninguno, salvo Mauricio Wacquez, Enrique Linh, Mario Vargas Llosa y Ángel Rama, pude hablar en profundidad de nuestros problemas. Los demás estaban demasiado embebidos en el delirio de una revolución que «les cantaba las cuarenta» al imperialismo norteamericano. Para ellos el cubano por sí solo era anécdota y, además, muy inferior al comandante Castro, el único capaz de hablar cara a cara con la Historia.

En esa época quise expresar de algún

modo el contexto sobre el que se proyectaba la realidad cubana y me salió la novela *En mi jardín pastan los héroes*. No es una denuncia, ni un alegato, ni siquiera un testimonio que aspirase a la verosimilitud; es un texto por donde pasan, como sombras, ciertos conflictos, ciertos seres. Como no tenía por qué ocultar lo que hacía, puse mi novela a disposición del rector de la Universidad de La Habana, a cuyas órdenes trabajaba por orden de Castro; pero el rector no quiso leerla. «El no ejercía —me dijo— el oficio de censor». Sin embargo, la Seguridad del Estado convenció a Castro de que Jorge Edwards, que no había leído ni una sola línea de este libro, era el intermediario

que yo había elegido para hacer llegar la novela a «Seix Barral» y promover un escándalo político.

La noche antes de la partida de Jorge Edwards tuve la certeza de que éste sería el pretexto para mi detención. Y hasta le dije a Belkis que telefonara al hotel «Habana Riviera» donde estaba hospedado Jorge para que estuviera informado de mis pasos. Regresé a mi apartamento a medianoche, y a las siete de la mañana del día siguiente la Seguridad abrió la puerta de un empujón y fui conducido en automóvil, entre dos policías, hasta la antigua residencia de los «Hermanos Maristas», casi en las afueras de La Habana. Por fuera es el lugar más plácido y agradable que pueda

contemplarse; por dentro es un laberinto de pasillos y escaleras, con celdas consecutivas como un remedo de las prisiones medievales.

Al llegar, uno de los policías me pidió todo lo que llevaba encima. Contó el dinero, escribió la cifra en un papel y lo colocó dentro de un sobre que selló de inmediato. Después pasé a un cuarto donde me hicieron las fotos de frente y de perfil con un número en el pecho. En otra habitación fuertemente iluminada, donde había grandes butacones verdes, un escritorio y dos sillas, me pidieron que me desnudara. Revisaron mi ropa interior, mis zapatos y calcetines, y cuando estaba nuevamente vestido apareció un oficial pequeño, de tez casi

negra, que me mostró un documento donde aparecía una acusación contra mí «por atentar contra los poderes del Estado». Debajo aparecía el nombre del subteniente Alvarez, que suscribía la acusación. El oficial señaló el lugar de mi nombre. Le pregunté si él era Álvarez. Me respondió que el *teniente* vendría después. Le dije que esperaría la llegada del teniente.

—Pero aquí se contempla la posibilidad de que usted niegue los cargos. Niéguelos y firme. Eso es todo.

Poco rato después fui conducido a través de múltiples pasillos y puertas vigiladas por policías portando armas largas que admitían nuestro paso después que mi guardián daba la

contraseña oficial. En una pequeña habitación había montones de uniformes entre los que fue seleccionado uno para mí. Finalmente me condujeron a una oficina amueblada casi igual a la otra, pero en ella había varios equipos semejantes a los que se encuentran en la cabina de una emisora de radio. En el escritorio central, con un reluciente uniforme de gala y moviendo el documento acusatorio entre las manos, estaba sentado otro policía de tez más clara que trataba de intimidarme con su gesto de enfado y apremio.

—¿Nunca llegastes a pensar que te detendríamos, no?

—No.

—¿Te creías intocable, el artista

rebelde e intocable que se pasa el tiempo acusándonos de fascistas? ¿Que te íbamos a perdonar todas tus travesuras contrarrevolucionarias? ¿Qué podías atentar contra la seguridad del Estado sin ser puesto a disposición del tribunal militar número uno de La Cabaña?

Firma este documento como te dé la gana que no será el único documento que tendrás que firmar. Con el veneno que riegas contra nosotros, todos nosotros, podrías tener tu pequeña historia de infamia.

—Es un error.

—Así que también te permites juzgar las medidas legales de la Revolución.

—Es un error acusarme de algo que

todo el mundo sabe que no es cierto.

—Por lo que habrá una gigantesca reacción internacional —dijo con ironía.

—Yo no he atentado contra los poderes del Estado.

—Pues escribe que no y firma.

Entonces firmé.

—Una reacción internacional.

—Eso lo ha dicho usted, teniente.

—Eso lo esperas tú. Los intelectuales son intocables. En eso confiabas tú. Tus amigos comenzarán a movilizarse; si hicieran lo mismo con el trabajo voluntario habría aquí más bienes de consumo que en todo el mundo.

—Mis amigos fuera de Cuba se preocuparán y todos ellos son nuestros amigos, nos apoyan —dije.

—¿A quién?

—Nos apoyan. Apoyan a Cuba.

—¿Que apoyan a Cuba tus amigos...?

—dijo el teniente con vehemencia y agregó—: Estos amigos tuyos apoyan a Cuba? ¿Estos, por ejemplo?

La habitación se llenó de ruidos como de fiesta, voces de acentos latinoamericanos se mezclaban a un tiempo, sin oírse. Las risas ahogaban las palabras de los que hablaban. Oí que alguien decía un cuento en un inglés impecable, los típicos cuentos obscenos que suelen hacerse en América con la pronunciación exagerada de un lord. Finalmente todos hicieron silencio cuando una voz femenina anunció la llegada de Jorge Edwards. El anfitrión

tenía acento mexicano, lo llamaban Carlos, y casi todos los demás hablaban como él. De pronto cesó el sonido.

—¿Los conoces?

Dije que me parecía reconocer las voces, pero no podía asegurar de quiénes se trataba y mucho menos qué se pretendía con hacerme escuchar aquello.

—Porque quería que recordaras las voces de nuestros amigos, como tú les llamas.

No supe qué decir. La situación se convertía en una pieza del absurdo. No comprendía cuál era el propósito de hacerme oír aquel fragmento de grabación cuyo escenario ignoraba.

—Tus amigos —dijo el teniente con ironía—, los que nos apoyan.

—Cuenta, Jorge, cuenta —dijo la voz del mexicano en la misma grabación que el teniente reanudó de pronto.

—Oye a los amigos Jorge Edwards y Carlos Fuentes. Óyelos bien —gritó el teniente.

La voz mexicana insistía con gravedad en que la voz chilena le contara más, aún más. La voz chilena —sonaba un poco ebria— decía que había venido a México para poder enviar a Chile el informe sobre la verdadera situación cubana sin peligro de que fuese abierta en Cuba la valija diplomática. Estaba convencido de que las relaciones verdaderas entre los dos países se estaban llevando a través de los organismos de inteligencia, que Fidel

Castro había llenado el país de vino «Baltazar» por puro capricho, sin dar oportunidad a otros comerciantes chilenos, que Cuba se estaba metiendo en Chile por todas partes, que la Embajada de Cuba en Santiago era enorme y que la guardia personal de Allende era cubana, que cuando salió de una comida con Allende, cuando atravesó la vereda para ir hasta su coche, lo despidieron voces de indudable acento cubano que le dijeron desde los lugares donde estaban apostados: «Adiós, compañero». La voz chilena siguió diciendo que una de las hijas de Allende se había casado con un oficial de la Inteligencia cubana, que Fidel Castro sabía más de Chile que el

propio Allende. La situación allá es muy seria, Carlos, yo estoy verdaderamente preocupado. *El Mercurio* es la única voz sensata, sus editoriales son espléndidos, tienen la razón. Menos mal que Pablo no puede soportar a Fidel Castro desde que lo atacaron los escritores cubanos, que son todos *his master voice* (aquí se oyó la risa del otro). Yo siempre le dije a Pablo que Eduardo Frei fue el mejor Presidente de Chile y ahora con este Gobierno de Allende me doy más cuenta que nunca que este hombre es un idiota.

La voz mexicana reaccionaba con inquietud, pero el que estaba aterrado con lo que oía era yo. Alguien había llevado una grabadora a aquella reunión.

Hace poco tiempo, comentándolo con Edwards en Nueva York, me aseguró que sabía quién había hecho la grabación esa noche, pero no me lo dijo. Lo cierto es que aquélla era su voz, y Jorge recordaba la conversación. Efectivamente, habían bebido todos, como siempre. Sí, él se había explayado. Y ahora se echa a reír cuando recuerda el final que fue para mí como un bombazo. Era la voz mexicana la que decía:

—Yo he vivido en Chile y no comprendo cómo los chilenos han podido aceptar que Fidel Castro influya en su política.

—Es Allende que es un tonto. Allí nadie puede ver a Castro.

—La gente seria, como los chilenos — insistía la voz mexicana—, que se hayan dejado seducir por ese bongosero de la historia.

La voz chilena se ahogaba de risa. Repetía la expresión una y otra vez y todo el mundo se echó a reír. «Bongosero de la historia.» No se podía olvidar la expresión. La voz chilena empezó a tararear: «Bongosero, bongosero de la historia, caballero.» «¿No les parece Nicolás Guillén, no les parece la voz del negro que dice Pablo?»

En ese punto cesó la grabación. El teniente me miró sin hablar, con visible desdén. Al rato dijo:

—Nosotros no queremos que nos

defiendan esos compañeros.

Miró el reloj y se puso de pie.

—Con todo lo que has criticado tendrías unas obras completas más grandes que las del camarada Pablo Neruda. Ahora ve a tu celda.

Llamó al guardián y se alejó diciéndome:

—Tenemos mucho tiempo para seguir hablando.

Al cuarto día continuaba yo en la estrechísima celda² del Departamento de la Seguridad del Estado, acostado en uno de esos tablones sujetos a la pared por dos gruesas cadenas, típicos de los calabozos medievales, cuando sentí que crujía y se abría la gran puerta de acero al tiempo que un policía me ordenaba que me pusiera de pie. Debió ser muy de madrugada, pues de los barrios vecinos no llegaba la menor señal de vida. Me sorprendió una vez más que el hombre estuviese armado en aquella fortaleza llena de innumerables pasillos, donde

para atravesar cualquier puerta era imprescindible recibir la autorización de sus respectivos guardianes. Volví a caminar el largo tramo que me separaba de la pequeña y excesivamente iluminada oficina del teniente Alvarez. Yo era *su caso*. Cada detenido es interrogado siempre por el mismo oficial. Esto constituye el más singular aporte del mundo socialista a la jurisprudencia: policía, investigador y juez de instrucción son la misma persona. Tal vez lo hagan para aligerar el trabajo de los tribunales cuya única función consiste en oír los cargos acusatorios y dictar la sentencia, sin poner jamás en duda la probidad del proceso investigativo y sus

conclusiones. El abogado de la defensa se limita a pedir clemencia en nombre de la generosidad de la revolución.

Antes de entrar en la oficina, repetí la ceremonia de degradación, simple y breve, a que son sometidos todos los presos políticos. El policía te agarra por los hombros desnudos —pues la vestimenta es una suerte de mono sin mangas, color caca infantil, elegido al azar, así que en una semana puede bailarte en el cuerpo y a la siguiente ceñirte como una camisa de fuerza—, te coloca con la nariz apretada a la pared y se cuadra frente a la puerta cerrada. Entonces, engolando la voz con un tono que supone marcial, pero que sus dificultades fonéticas hacen

incomprensible, exclama:

—Ten'te edetenío soisitao pouté hauntante tacatrás.

El párrafo memorizado es muy pomposo para el temperamento nacional; el policía hace una pausa relámpago y termina casi ahogado.

—Pío permiso pasedlo pasá.

Claro que si uno es cubano y lo ha oído más de una vez, puede llegar a descifrarlo del siguiente modo:

—Teniente, el detenido solicitado por usted hace un instante está aquí atrás. Pido permiso para hacerlo pasar.

Desde dentro se oye un remedo de la voz de Fidel Castro, pues lograr, al menos, una inflexión que se le parezca constituye el objetivo estético y

emocional de todo policía cubano.

—Concedido el permiso, compañero. Puede hacerlo pasar.

La primera vez que me llevaron a su oficina, Álvarez tenía puesto el uniforme de gala y actuaba con la ceremonia que se adopta para recibir a un general cautivo después de una larga batalla; pero hoy vestía el uniforme de descanso del Ejército norteamericano, con la chaqueta ajustada al talle por un cinturón verde, del que colgaba una pistola que me pareció enorme. Temía que algo estuviese ocurriendo en el país, pues daba la impresión de estar preparado para entrar en combate; su silencio y semblante turbado aumentaron mi inquietud. Además, esta vez no me

ordenó que me sentara. Estaba de pie, nervioso, frente al escritorio situado entre las sillas que habitualmente ocupábamos. A sus espaldas, por primera vez entreabierta, vi la puerta que me inquietó desde el principio y a través de la cual se escuchaba el incesante teclear de varias máquinas de escribir, que sin duda copiaban los interrogatorios grabados para someterlos después al análisis de los expertos.

—Aquí tenemos desde hace un mes a Mesié Pier Golendorff, connotado agente del enemigo. Sabemos lo que dijiste sobre su detención «para demostrarme que Pier es culpable tienen que presentarme las pruebas de su

culpabilidad». ¿Y quién eres tú para tener que darte demostración alguna? Tenemos en nuestro poder todas las libretas — ticas donde él hacía sus apuntes «literarios» que no son otra cosa que informes al enemigo. ¿Lo dudas?

—Dije que Golendorff era miembro del Partido Comunista francés y un amigo de Cuba.

—Como tú, ¿no?

Gritó entonces y extrajo del cajón del escritorio el manuscrito de mi novela *En mi jardín pastan los héroes*. Lo reconocí en seguida por las dos gruesas tapas plásticas que las empresas exportadoras soviéticas emplean en sus catálogos y que yo utilicé como cubiertas. Eran inconfundibles.

—Y aparecieron todas las copias. Hiciste más ejemplares que el periódico *Granma*, sólo que *Granma* difunde las ideas de la Revolución, y tú, el veneno de la CIA.

Acarició las tapas relucientes y sonrió mientras miraba hacia la puerta.

—Y tu mujer debía estar aquí también contigo. Los dos están cortados por la misma tijera. Dice que padece de claustrofobia, ya el médico la ha calificado: es una histérica.

Dije que ella no tenía nada que ver con lo que yo hablaba, hacía o escribía, no tenía por qué sufrir mi misma suerte y mucho menos ser detenida sin razón alguna.

—¿Nos retas?

Le respondí que no, pero sabía que hacerlo era inútil, seguramente la habrían detenido momentos después que a mí. Y así fue. No pude evitar que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza cuando oí su voz surgiendo de una cinta magnetofónica, impugnando, tensa y angustiada, las acusaciones que este mismo oficial lanzaba contra ella. ¿Qué relación tenía ella con mis poemas, mi novela o mis opiniones? ¿Por qué se la encerraba injustamente en una de aquellas celdas? En realidad, nunca pude imaginar que recurriesen a tales procedimientos dictados únicamente por el odio; pero si mi encarcelamiento por «conspirar contra los poderes del Estado» era una patraña,

el hecho de encarcelarla a ella, cuyos padecimientos nerviosos conocían bien, sólo era concebible como resultado de una *política*, ése es el término genérico que se utiliza para tomar decisiones de alto nivel que, aunque injustas, son consideradas *necesarias*. De hecho era la venganza, más de dos años después, por no haber logrado impedir que se me premiara por *Fuera del juego*. De mi novela se decía que sólo buscaba un nuevo escándalo internacional. Les indignaba el título *En mi jardín pastan los héroes*, porque pastar sólo pueden las bestias, por ejemplo el caballo, que es uno de los nombres con que también se llama a Fidel Castro. Para dar una idea de la suspicacia con que la

Seguridad del Estado lee las obras de autores cubanos, basta el caso de Virgilio Piñera a quien le censuraron su poema *Paseo del caballo* en la edición de sus poesías completas que se publicaron con el título de *La vida entera*, pese a que este poema no podía haberse referido a Castro ya que había aparecido en la revista *Espuela de plata* en 1941. Fue inútil que Virgilio mostrase el viejo ejemplar, la Policía suprimió el poema a última hora; pero como una ironía más de la Historia, en la nota introductora de *La vida entera* aparece «Paseo del caballo». La eficiencia policial no llegó hasta allí.

El título de mi novela lo tomé de un brevísimo poema de Roque Dalton que

empieza y termina con el mismo verso:
«En mi jardín pastan los héroes.»

Roque era un viejo amigo, miembro del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador, asesinado por sus camaradas de la izquierda radical que dijeron haberlo ajusticiado. Roque tenía gran sentido del humor y de la sátira; le entusiasmó la idea de que usara su verso como título, pero cada vez que la novela era mencionada en los cenáculos oficiales, el ingenioso verso era como un insulto.

Bien, no tenía dudas ahora de que la venganza y el odio podían convertirse en *política*, aunque no veía la *necesidad* de extenderlo a mi familia. Se me hizo un nudo en la garganta y se me aguaron los

ojos. Alvarez me observó con condescendencia.

—Si quieres, llora, es de hombre; pero antes de declararnos la guerra debiste preguntarte si le tenías miedo a las balas. Eres inteligente, no tenemos reparo en reconocerlo; pero había que ponerle fin a esta situación de los intelectuales en Cuba, si no queremos terminar como en Checoslovaquia, donde los escritores son abanderados del fascismo, como ese amiguito tuyo, ese Evtushenko, que es un anticomunista y un antisoviético.

Evtushenko me había enviado un cable desde Moscú felicitándome por el premio otorgado a *Fuera del juego*. «Es un libro amargo —decía—, pero las

verdades amargas son también verdades.»

Entonces respondí, convencido de que no me serviría de nada, que yo estaba dispuesto a asumir mi responsabilidad histórica. Álvarez gritó: «Los contrarrevolucionarios no tienen historia». Insistí en que nadie podría nunca probar que mi mujer o yo éramos agentes de nadie, que la novela que tanto irritaba la había entregado al rector de la Universidad de La Habana para que la leyera, que no tuve más propósito al escribirla que reflejar algunos caracteres y conflictos típicos de un proceso revolucionario, y que incluso nuestra propia detención, por una obra literaria inédita, ilustraba mejor que

nada mis palabras. «Usted sabe — agregué— que yo conozco casi todos los países socialistas, en dos de los cuales he trabajado, y en todos pude verificar que el aparato policial termina por convertirse en una fuerza de autoridad indiscutible, que aísla de la base popular, indefectiblemente, a la dirección política. En vez de estar aquí encerrado en una celda con mi mujer, como si fuésemos criminales, debería estar discutiendo mi libro en la Unión de Escritores, con mis compañeros y los dirigentes políticos de mi sector, pero no con la Policía.»

—Sí, claro, y con una taza de café al lado y un buen tabaco, para que después te conviertas en presidente de la Unión.

—Es que usted tiene muy mala opinión de los escritores, teniente.

—Porque todos son iguales.

—¿Todos?

—Todos —gritó—, sin excepciones. ¿Las hizo el Che cuando dijo que todos los escritores tienen el pecado original?

Era el mismo razonamiento de Raúl Castro. Años antes, en Praga, hablando con todos los que integrábamos la misión diplomática y comercial de Cuba, al referirse a la polémica suscitada en la URSS en torno a Solzhenitsin, había dicho: «En Cuba, por suerte, hay pocos intelectuales, y los que hay están siempre buscando la quinta pata al gato.» Era el espíritu y la letra de los editoriales publicados recientemente

por la revista *Verde Olivo*, órgano oficial de las Fuerzas Armadas de Cuba, el verdadero móvil del artículo «Las provocaciones de Heberto Padilla» que apareció en sus páginas. Raúl Castro lograba, al fin, su viejo sueño de *depurar* ideológicamente el sector cultural con métodos semejantes a los que utilizó para intentar rehacer la moral del país cuando la creación de las UMAP unos años antes. No olvidaré nunca el retrato que me hiciera de él Waldo Frank en La Habana de 1960 y en presencia del novelista cubano César Leante que me miró aterrado: «Alguna profunda anomalía gobierna a ese hombre. Es frío y cruel y puede llegar al crimen.» César y yo comentamos con

inquietud aquel juicio tajante; pero entonces lo creimos subjetivo, Frank estaba ya viejo y solía medir a los hombres y los acontecimientos de acuerdo con una peculiar ética religiosa.

—Ese momento llegará —dijo Álvarez sin inmutarse—. Cuando cada ciudadano sea miembro del Ministerio del Interior, como quiere Fidel. Entonces no habrá que detener a nadie. Pero hoy el Partido nos ha asignado esta tarea y la cumplimos.

Tomó la novela de encima del escritorio y comenzó a darle golpecitos con una mano.

—¿Sabes cuál es el verdadero título de tu novela? ¿No lo adivinas?

Se acercó a pocos pasos de mí.

—La novela inconclusa, chico, donde no ocurre nada, donde no puede ocurrir nada, unos cuantos papeles leídos en circuito cerrado y que irán a parar a donde se merecen, al basurero, porque ¿para qué sirve lo fragmentario, lo inacabado, lo inconcluso? Esta mierda venenosa no le gusta a Fidel, no gusta a los dirigentes, ni al Partido, ni a nadie...

Y agarró el manuscrito con una furia hasta entonces desconocida; pero no vi, ni oí nada más. Cuando abrí los ojos, no sé qué tiempo después, no estaba ya en su oficina. Un peso enorme me oprimía la cabeza. Junto al tablón donde yacía, el médico me tomaba el pulso y me auscultaba: salió después sin decir nada. Durante unos segundos traté de

reconstruir dolorosamente la escena anterior, pero sentía que mi cabeza triplicaba su tamaño y que toda mi sangre acudía a ella; me zumbaban los oídos, y respiraba con dificultad, como si hubiera tenido una piedra gigantesca en el pecho. Entonces logré incorporarme, me fui hasta el grifo, empotrado en un rincón del minúsculo retrete, que no era sino un simple agujero en el suelo. Me eché agua fría en la cara, en toda la cabeza, y oriné un líquido sanguinolento y mi nariz comenzó a sangrar. Un frío inexplicable en el mes de marzo se filtraba por las tres rendijas abiertas en lo alto de una pared para que pudiera penetrar el aire exterior; la celda estaba ahora nimbada

por una especie de gasa incandescente que revelaba los muros garabateados a punta de cuchara: inscripciones patéticas, despedidas del mundo, retazos de oraciones, que me resistí a continuar leyendo. Había una bombilla, colocada en el umbral de la puerta, protegida por una gruesa malla de acero. Sentí voces que se acercaban por el pasillo a través del cual llevaban y traían a los detenidos políticos. Nunca nos veíamos; para evitar la posibilidad de que ocurriera, los policías utilizaban silbatos para anunciarse cuando conducían a algún detenido. En una ocasión en que estuve a punto de encontrarme con otro de los presos, sonaron dos pitazos al unísono y me

empujaron de nariz contra la pared hasta que lograron ocultar al otro y yo pude continuar mi camino.

Sentía una gran debilidad, un gran cansancio, y regresé al tablón; pero cuando intenté subirme a él me faltaron las fuerzas y caí al piso de la celda. Debí haber golpeado la puerta con los pies, el ruido debió escucharse, no sé; la luz de una linterna penetraba por la mirilla de la celda, iluminándome. Entonces la puerta se abrió rápidamente.

Me encontraba en el Hospital Militar de Marianao. El sitio era amplio, ventilado, y se podían ver los árboles a través de una alta ventana. La enfermera había terminado de hacerme un

electrocardiograma y me ofrecía una toalla para que me limpiara los residuos de unguento. Una voz tonante, de hombre, llenaba todo el ámbito: «Yo soy amigo de Ramirito Valdés y de Sergio del Valle», y seguía añadiendo nombres de dirigentes políticos a un inventario que nadie atendía, pues los policías, los médicos y enfermeras pasaban de un lado a otro sin inmutarse. Al poco rato se abrió la reja de mi cuarto y entró una enfermera, relativamente joven, fea, pero de semblante risueño, que me puso el termómetro. Aproveché la ocasión para indagar sobre el hombre. Se limitó a decirme que estaba siendo atendido por psiquiatras.

—¿Pero si está loco, qué es lo que

hace aquí?

—Está siendo atendido; pero su caso, por supuesto, es distinto al de usted. He leído sus libros, los hemos discutido en la Juventud, su influencia puede ser nociva para los jóvenes; pero tenemos instrucciones de atenderlo en este hospital lo mejor que podamos. Usted mismo escogerá su almuerzo y su comida. Es una orden.

Tomó el termómetro y lo miró con precaución, y yo se lo arrebaté.

Ahora el hombre mezclaba indiscriminadamente las figuras políticas, tanto del Gobierno como del exilio. Era amigo de Raúl Castro y de Raúl Chibás, de Ramiro Valdés y de Hubert Matos. Era enloquecedor.

—Está loco —dije a la enfermera y ella se volvió un instante antes de salir.

—Pero tenía su propia fábrica de explosivos.

Regresó para darme dos aspirinas y a la media hora la fiebre empezó a ceder, pero aquella lasitud, que aumentaba a medida que bajaba la fiebre, me traía la imagen de mi mujer encerrada en una celda de la Seguridad del Estado, la de mis hijos —que no habrían ido a la escuela para evitar preguntas y comentarios de profesores y alumnos—, la de mis amigos a quienes de algún modo afectaría mi detención, porque éste era el comienzo de una política de *mano dura* que tanto había preconizado Raúl Castro.

Vitali Voroski, el corresponsal de *Pravda*, y quien solía visitar a Raúl, me dijo un día paseando por la Avenida del Puerto: «Ten mucho cuidado de lo que hablas, ten mucho cuidado». Lo decía con ansiedad. Vitali era de una naturaleza intensa, de inteligencia aguda, hombre culto, miembro además del Partido Comunista de la URSS y veterano de la Segunda Guerra Mundial. Ahora no tengo dudas de que era un importante agente de los servicios de inteligencia soviéticos.

—Oigan esto y tráguenselo. El enemigo número uno de todos ustedes es Raúl y una de sus fobias mayores es la cultura en general. Dice que para él lo único que existe es el vals.

Esta política de mano dura no conocía escrúpulos. Las primeras señales las ofreció la revista *Verde Olivo*: difamar, insultar. ¿Por qué la toleraba, o auspiciaba, Fidel Castro? Los escritores cubanos no ignorábamos la reacción hostil de los intelectuales extranjeros — defensores, en su mayoría, de la revolución cubana— por la actitud del Gobierno de apoyar la invasión soviética a Checoslovaquia, después de que la Prensa cubana difundió durante tres días la más amplia y objetiva versión de los hechos, que hacía presumir con seguridad la condena de Cuba a la invasión. El propio Castro comenzó su discurso, en que admitió la «amarga necesidad» de aprobar la

invasión, reconociendo que sus palabras defraudarían a muchas personas. Si esto era así, ¿por qué irritarse de tal modo ante el repudio internacional a su conducta, hasta el extremo de devolver el golpe a los escritores cubanos, que ni siquiera pudimos permitirnos el lujo de Evtushenko, que condenó la invasión desde el extranjero, donde se encontraba realizando una de sus tantas giras literarias, y que no sufrió represalia alguna al regresar a Moscú? ¿Era éste un acto simbólico, y al romperme la cabeza a mí, y al meterme en una celda, al mismo tiempo que a mi mujer, se hacía la morbosa ilusión de que era a Jean-Paul Sartre y a Simone de Beauvoir a quienes estaba sometiendo a un duro

castigo? No me sorprende, porque Fidel Castro ha vivido siempre fascinado por abolir esas desproporciones.

Enfrentarse a esta maniobra perfectamente orquestada, sin escrúpulos, era totalmente inútil. No hay valentía más estéril y anónima que la de un cubano que pretenda gritar su verdad frente a un equipo policial armado hasta los dientes. No dejarse provocar es el primer consejo que te dan los amigos, pues saben con todo lo que cuenta el provocador y todo lo que pierde su víctima. No hay más arma contra el matón que las de la inteligencia o la astucia. Frente a ellos, no es cuestión de cojones. Los del Jefe del Estado están blindados por su aparato represivo, pero

los de un escritor encarcelado son muy vulnerables a la patada y la tortura. «Los españoles vociferan: *esto es así por mis cojones*. Bueno, más grandes los tiene un toro y se los cortan», decía Galán, un viejo asturiano que adoraba la corona británica, símbolo para él de toda la sabiduría del mundo, y que gritaba «¡Viva Inglaterra!» en aquella asfixiante cervecería cubana en que la orina competía con el chorro amarillento de una cerveza horrible, servirla al precio de un dólar en cualquier recipiente, porque jarras no había. El viejo sacaba de quicio a mis amigos Hubert Martínez Llerena y a Alberto Martínez Herrera, que solían acompañarme al sitio, pero los tres sentíamos la amenazante

cuchilla en el mismo sitio donde la sufre el toro.

Fue estando allí, en el hospital, que Fidel Castro vino a verme. Recuerdo el estruendo de rejas que se abrían a su paso y el movimiento espectacular de la escolta abriéndole paso en un sitio en que hasta los objetos se habrían arrodillado para hacerlo pasar; los gritos que lanzó a los policías: «Salgan todos y esperen en el pasillo» en tanto sus guardianes se esfumaban y él agitaba un *file*, y recorría el espacio a grandes zancadas evitando el mirarme de frente. «Aquí los únicos que tenemos que estar somos nosotros dos». Se volvió teatralmente: «Porque hoy tengo bastante tiempo para hablar contigo y creo que tú

también; y, además, tenemos bastante de qué hablar.»

Sí, tuvimos tiempo sin duda para hablar, o para que él hablara y se explayara a su gusto, y se *cagara* en toda la literatura del mundo «porque echar a pelear revolucionarios no es lo mismo que echar a pelear literatos, que en este país no han hecho nunca nada por el pueblo, ni en el siglo pasado, ni en éste; que están siempre trepados al carro de la Historia...». El imponente jefe que se alzaba soberbio frente al no menos imponente adversario vestido con un uniforme descolorido, con una cicatriz sangrante aún en la frente, con todo el cuerpo magullado por las inmortales patadas de la Historia.

Luego de varios días en el hospital, y cuando comenzaba a recuperarme física y emocionalmente, al extremo de llegar a tomarle cierto gusto al sitio donde me atendían con eficiencia y me servían con puntualidad un menú que yo mismo escogía, me llevaron de vuelta a Villa Marista para reanudar los interrogatorios que casi siempre se producían de madrugada. Alvarez trataba de mantenerme en vilo con sorpresas y amenazas veladas. Nombres y circunstancias que, por insignificantes, yo había olvidado eran sacados de súbito por él en aquellas entrevistas con

la evidente intención de amedrentarme, de convencerme de que estaba librado al arbitrio de la Policía y de que ésta podía llegar aún mucho más lejos; sin embargo, su táctica de asedio se estrellaba una y otra vez contra el último parapeto que amparaba mi fatigada razón: la certeza de que mi «expediente criminal» se agotaba en las críticas hechas al sistema entre amigos o en algunos escritos, y que nada tenía que ver con el espionaje internacional ni con la célebre Agencia Central de Inteligencia que, a juzgar por la opinión de la Policía cubana, era una institución omnipresente.

Acaso porque estuvieran para cerrar el caso, o porque se propusieran

debilitar aún más mi razón, o, por ambas cosas, fui dejado en la celda durante cinco días, sin que nadie viniera para llevarme al cubículo de los interrogatorios. Al sexto día de no hablar con nadie comencé a delirar. Puesto que ningún interlocutor había para oírme, improvisé conversaciones en voz alta. Hablaba con mi amigo Gunter Mashke, un revolucionario alemán de la nueva izquierda, que había desertado del servicio militar obligatorio y se había exiliado en Austria; buscó la ayuda de la Embajada de Cuba en Viena e inmediatamente le dieron refugio, lo enviaron a Cuba y lo albergaron en el «Hotel Nacional». Gunter me visitaba diariamente,

alrededor del mediodía, y me llevaba los últimos libros de Marcuse, de Adorno, de Bloch y de toda la escuela de Frankfurt. Era un sociólogo de 24 años de edad que esperaba de Cuba una confirmación concreta de sus esperanzas, desde luego marxistas; pero la realidad cubana deshizo tales esperanzas y Gunter comenzó a expresar con cautela todas las críticas que consideraba necesarias.

Un día me llamó por teléfono desde su habitación para decirme, con una voz quebrada: «Aquí tengo a la Seguridad del Estado. Sólo me han dado unos segundos para despedirme, me expulsan del país.»

En mi delirio yo le decía: «A ti te

expulsaron, pero mira a mí dónde me tienen.»

La puerta de la celda se abrió de repente.

—Donde tienes que estar, chico — gritó la voz de Álvarez.

Y ese alemancito con ínfulas de filósofo también debería estar aquí. Los intelectualoides nacieron para contrarrevolucionarios. Levántate. ¿Qué coño es eso que estás hablando solo? ¿Hablas siempre en sueños? Porque aquí los compañeros dicen que roncas y hablas toda la noche.

Cuando salí al pasillo apenas podía sostenerme. Seis días en la oscuridad encima de aquella litera estrechísima, me habían dejado sin fuerzas, me sentía

mareado, encandilado, tratando de mantenerme en pie. Un policía me agarró por un brazo.

—Mejor lo llevas a la enfermería —ordenó Alvarez.

No sé cómo pude llegar al lugar. La enfermería era una oficina más, con butacones verdes de vinil, como los que podían verse en casi todos los salones de Villa Marista. Me senté y al poco rato apareció un médico gordo y rubicundo que se acercó a mí sonriente.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó mientras me tomaba el pulso.

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿Por qué te han traído aquí?

Le volví a repetir que lo ignoraba, y

me observó lentamente, con curiosidad.

—Oye, ¿tú no eres el caso de Fischer?

—¿De quién?

—Del oficial, chico, Fischer. ¿Tú no eres el Padilla de que están hablando las emisoras en el extranjero?

—Yo soy Padilla; pero no sé quién es Fischer —le respondí.

—Tu oficial, el que te interroga. ¿Cuántos días hace que no vas a su oficina?

—Creo que más de seis.

El médico movió la cabeza.

—Ah —exclamó—. Eso pasa siempre.

Me pidió que lo siguiera. A partir de ese momento todo cambió, aquello era un pequeño hospital de emergencia provisto de todos los recursos

necesarios para ofrecer los primeros auxilios. En la sala donde me condujo no había nadie. Me hizo acostar en una mesa de reconocimiento y comenzó a auscultarme.

—A ti lo que te pasa es que estás nervioso y un poco agotado. Voy a inyectarte un estimulante y en seguida estarás mejor.

Mientras preparaba la inyección continuaba hablando de «tu caso», siempre muy cordialmente.

—Las decisiones son rápidas en cuestiones ideológicas. Alégrate de que estés aquí. Esto no es más que una prisión preventiva; pero, claro, es un paso entre la cárcel y la calle. Por lo que he oído lo tuyo es desviacionismo

ideológico.

Me puso la inyección instantáneamente
Y sonrió. Mis ojos continuaban
alterados por el efecto de la luz.

—Es que has estado muchos días en la
oscuridad. Sonrió de nuevo y apagó la
lámpara más cercana.

—Así estarás mejor.

Pero no me sentí mejor. El creciente
efecto se iba convirtiendo en una mezcla
contradictoria de lasitud y de ebriedad.
La luz comenzó a girar vertiginosamente
Y no sabía exactamente dónde estaba.
Me movía en distintos planos de
realidad. Estaba en mi casa, en el
extranjero, pero en lugares imprecisos.
De pronto me parecía estar en el hotel
«Habana Riviera» donde no hacía

mucho Belkis y yo nos habíamos alojado durante dos semanas. Veía el vestíbulo amplio del hotel y oía que alguien me llamaba. Reconocí a Davidson, mi primer profesor de alemán, siempre con los ojos cerrados por una enfermedad que terminó por dejarlo ciego. Llevaba el mismo uniforme que usaba el *bell-boy* del «Waldorf» de Londres con quien nos fotografiamos el novelista Enrique Labrador Ruiz y yo junto a la puerta de entrada de ese hotel en 1960. Usaba la misma gorra circular, el mismo uniforme crema muy ajustado, con los grandes botones de idéntico color. Davidson me llamó en voz baja y me pidió que me sentara.

—Aquí todo el mundo dice que estás

preso. Dime, ¿es por el asunto de tu novela? Tu amigo Gunter se llevó copias también, ¿no es cierto?

La gorrita infantil en la cabeza de Davidson lucía sin duda inapropiada, vagamente ridícula. Pero aquella parodia de botones británico estaba hablándome muy en serio.

—Y mandaste otra con el chileno Jorge Edwards, y seguramente tienes otras escondidas, ¿no es cierto? No olvides que soy tu profesor de alemán y también soy tu amigo. Nos conocemos desde que estuve en la Embajada de Cuba en Colonia. ¿O es que lo has olvidado?

La parodia flaca, uniformada y cegata continuaba operando una ceremonia

inexplicable de seducción.

—La verdad es que ninguno de los dos creemos en el comunismo. Lo mejor es aliarnos. Yo puedo hacer que Rika, mi mujer, te la envíe a Alemania. Dime, ¿dónde tienes las demás copias? ¿Dime dónde? Yo soy muy discreto; tú me conoces. Puedes confiar en mí. Atiéndeme bien —dijo en un tono sibilino, el mismo que empleaba para explicar ciertos sonidos alemanes hechos de consonantes y que él exageraba por el efecto de la cafeína que ingería antes de las clases a fin, según decía, de actuar con mayor dinamismo—. Atiéndeme, yo soy el único que puede llevarle tu último informe a Jorge Edwards sobre la lucha

interna en el Partido. ¿Dónde tienes el informe?

Ebrio, pero turbado por aquel interrogatorio irracional, pude gritar al fin:

—No sé de qué coño hablas, Davidson, no sé.

Cayeron sobre mí varios bofetones, mucha agua fría en la cara y en el pecho.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir delirando? —oí que me gritaban; pero no era el profesor de alemán vestido de botones británico, sino Alvarez y el médico que me observaban atentamente en aquella habitación cada vez más helada donde todo adquiría otras dimensiones y yo giraba en un vértigo interminable dentro del cual el chico de

Londres, el profesor de alemán, el oficial de la Seguridad y el médico grueso y rubicundo formaban una sola entidad cuyas partes se multiplicaban como en un cruel espejismo.

No puedo recordar de qué modo regresé a la celda; pero al poco tiempo entreabrí los ojos a la oscuridad y observé la opaca bujía cubierta de la malla protectora en lo alto de la puerta de acero. Debían ser las siete de la tarde, la hora del llamado «pico eléctrico», cuando todas las casas de un gran número de barrios habaneros quedaban a oscuras, y en la prisión echaban a andar la planta eléctrica de emergencia.

Hacía un frío inexplicable en abril; pero a pesar de ello me duché para recobrar-me. Me sequé de prisa y volví a meterme en el uniforme de presidiario que me parecía extraordinariamente cálido. Me tumbé en la litera y traté de reconstruir la experiencia de horas antes; pero mi esfuerzo se llenaba de imprecisiones, las imágenes se enturbiaban y, lo peor de todo, se hacían inconexas. Eran como una suerte de rompecabezas cuyas partes no lograban unirse.

Al poco rato se abrió la puerta. Era un policía con unas galletas en la mano.

—Toma estas galletas, porque cuando repartieron la comida tú estabas dormido.

Me dio un montón de galletas que guardé bajo la almohada para cuando sintiera hambre de verdad. Aproximadamente a las dos horas se volvió a abrir la puerta y otro policía me dijo que Álvarez quería interrogarme nuevamente. En su oficina, apenas me hube sentado:

—La jefatura me ha bajado la orientación de que escribas una carta reconociendo los errores que has cometido, los errores que tú mejor que nadie conoces. El compañero te llevará a una oficina, escribe allí la carta, me la envías.

En la nueva oficina estaba mi máquina de escribir, que la reconocí de inmediato, un montón de hojas

numeradas con un cuño, cuyo orden no podía alterar, según me explicaron, y una cesta de galletas; después apareció un policía con un gran vaso de gaseosa.

Pensé que bastaría escribir una declaración donde admitiera que en mis conversaciones con los miembros de la Seguridad del Estado había llegado a la conclusión de que mis amigos y yo habíamos sido irresponsables en nuestras relaciones con extranjeros. Maticé el texto del modo que siempre la Policía prefiere; es decir, que nuestras ambiciones literarias estaban por encima de nuestras responsabilidades políticas y que este hecho exigía encuentros regulares entre el Partido y la Unión de Escritores y Artistas para

fijarnos normas de conducta e intercambios regulares que evitasen nuevos errores.

Cuando me comí la última galleta y me tomé la gaseosa estaba convencido de que veinticuatro horas después estaría libre. En ningún momento de mis interrogatorios me fue mostrada ninguna prueba de delito y yo concentré mi esfuerzo en impedir que ellos optaran por inventarlo. Quería que la acusación se redujese a los llamados delitos de opinión, que sólo tienen importancia para las tiranías.

Al día siguiente por la tarde fui llamado otra vez por el oficial. Vi que encima de su mesa estaban todas las cuartillas escritas por mí. Las tomó

lentamente y me dijo con frialdad:

—Esto no ha sido aceptado. ¿Sabes lo que piensan? Pues piensan, chico, que eres un cínico que quiere burlarse de nosotros hasta el final.

—¿Por qué?

Estrujó con una mano las cuartillas y se puso de pie.

—Así que en tus conversaciones con nosotros llegaste a la conclusión de que ustedes son unos irresponsables —gritó—. Así que no lo sabías antes. Que nosotros te lo hicimos ver. Tú eres un descarado. Y estas páginas terminan así, mira. —Y las hizo pedazos y las echó al cesto de la basura. Se sentó y me habló muy despacio—: No, lo tuyo tiene que ser una confesión de muchas páginas

donde vayas enumerando punto por punto todas tus actividades con el enemigo. Y todo ello en tu máquina, tu propia máquina, donde has difamado a Fidel y a la Revolución. Tiempo nos sobra. Así que piensa, piensa todo el veneno que has regado contra nosotros, diciendo que somos fascistas y sólo nos hace falta el casco de acero.

Llamó al policía y le ordenó que me llevara a la misma oficina del día antes y que me dieran más galletas y gaseosa.

—Cuando hayas terminado me avisas. Tómate tu tiempo.

De sus palabras sólo me habían inquietado realmente las que aludían a mis actividades con el enemigo. Era el comienzo de lo que podía ser la

creación de falsos delitos. Todas las acusaciones anteriores se apoyaban en mis opiniones críticas al Gobierno revolucionario y a Castro; al insinuarme actividades con el enemigo que no había llevado a cabo me alertaban que estaban dispuestos a destruirme si lo creían conveniente.

—Si sigues soñando con el escándalo internacional te advierto que la Revolución tiene muchos recursos para liquidar ese escándalo. Vete, piensa y escribe.

Me fui y, por supuesto, pensé largo rato, y comencé a escribir. Persistía en la idea de mantenerme fiel al «delito de opinión» del mundo comunista, y destacar con vehemencia mi falta de

agradecimiento a Fidel y a la Revolución, y afirmar el arrepentimiento que pudiera complacerlos. Mi encarcelamiento debía ser visto como una sanción justa, y mis amigos no deberían sufrir las consecuencias de errores que yo, sobre todo, estimulé. En menos de tres horas quedó terminada aquella «confesión» de más de treinta folios.

Alvarez no se inmutó al mirarla. Dijo que no tenía empacho en reconocer la rapidez con que había reaccionado, y hasta elogió que no hubiese necesitado yo alterar el orden de los folios. Me mandó de regreso a la celda hasta nuevo aviso.

Llegué casi en el momento en que el

carrito que repartía la comida se detuvo frente a mi puerta. En el *blue plate* de aluminio había arroz blanco, frijoles blancos y un huevo duro. Encerrado en la celda, aproveché la cuchara de plomo para marcar en la pared del baño un día más. El sabor de la comida me pareció excelente.

Amanecía por las rendijas de la pared cuando crujió de nuevo la puerta y me dieron la orden de ponerme de pie. Como siempre, el policía indicaba el rumbo. En esta ocasión sólo reconocí el trayecto hasta la mitad del pasillo donde había una oficina con paredes de vidrio en la que se veía un viejo policía y dos o tres agentes vestidos de paisano, algunos de ellos con cámaras

fotográficas, que siempre cuchicheaban a mi paso. A partir de ese punto bajé y subí escaleras varias veces hasta que me detuve ante una puerta doble tras la cual se oía la respiración agitada de varias personas que parecían practicar boxeo o karate.

El policía que me acompañaba anunció mi presencia con la fórmula acostumbrada.

Por encima del jadeo del grupo, oí la voz de Álvarez:

—Hágalo pasar.

Estaba en medio del grupo de atletas, sin uniforme. Su última exhibición fue pronta y ágil. Su contrincante dio un salto gigantesco y fue a caer de espalda en el suelo del tabloncillo del gimnasio.

En una esquina, un guardia uniformado barría con esmero. Secándose el sudor, Álvarez sonrió hacia el barrendero.

—Alejandro —gritó—, ¿por qué la jefatura te ha puesto este castigo de barrendero todo el día de hoy?

El guardia se detuvo y en pose de actor dijo en voz muy alta que hizo reír a todos los presentes:

—Porque para barrer «nada hay mejor que un par de buenas manos».

Jadeante, Álvarez exclamó:

—¿Ves cómo hasta la policía se sabe tus versos de memoria? Ahora vuelvo, espérame.

Mientras se alejaba gritó hacia el grupo:

—Oigan, ¿saben quién es éste? Es el

poeta Padilla.

Todos clavaron la vista en mí. El primero en hablar fue el barrendero.

—¿Padilla? ¿Y con esos espejuelos?

Fue acercándose a mí. Los demás lo imitaron.

—Un cojonudo con espejuelos.

Estiró la mano y me quitó los espejuelos gritando:

—«Porque en tiempos difíciles nada hay mejor que un par de ojos».

La carcajada fue unánime. Entonces se lanzaron a una especie de rito macabro: repetían líneas de mis poemas y me levantaban y me tiraban de uno a otro lado. Los golpetazos eran cada vez más continuos contra aquel suelo de madera. La cabeza, la frente, las piernas, mi

cuerpo todo se hizo un amasijo de dolor. Lo último que recordé fue un topetazo en la nariz y en las sienes. Trataba de abrir los ojos en una tina de agua helada en donde el médico gordo y rubicundo me obligaba a sumergir la cabeza hasta llevarme al borde de la asfixia.

—Es una cura de caballos, chico, pero en veinte minutos estarás muy presentable.

Exhausto, dejé que me guiaran hasta la mesa de la sala de emergencia. Supe que me habían inyectado porque a esta nueva lasitud se añadía la misma ebriedad de la vez anterior; pero ahora flotaba sobre el dolor y aunque la lámpara giraba eran los viejos escenarios de mi infancia los que veía, las calles nevadas de Nueva

York, los aeropuertos por los que había pasado tantas veces, Y no oí voz alguna, ni vi el rostro del profesor de alemán vestido a la manera del *bell boy* londinense provocándome confesiones de espía. Ahora me hundía en una placidez que disipaba todas las golpizas inesperadas y brutales. Cuando desperté en la litera mi conciencia se avivó como nunca y comprendí que yo también había sido víctima del antiguo ritual de crueldad de que no está exento ningún organismo policial.

Lloré de vergüenza. Pasados los años sé que en definitiva yo fui un privilegiado del horror como hasta cierto punto un cómplice. Consciente o no de cuanto ocurría, no indagué para

comprobar que en Cuba se torturaba por las razones más insignificantes. He pensado después en Hubert Matos, Gutiérrez Menoyo, Sorí Marín, en Pedro Luis Boitel, en todos los que acompañaron a Fidel Castro en la lucha insurreccional y que fueron pateados, torturados y hasta ejecutados con un sadismo mucho más refinado y monstruoso que el de cualquier vulgar tiranía.

—«Oh Dios, a mí nada me ha ocurrido. Todo ha sido efecto de un delirio, de una trasgresión de lo real. El verdadero sufrimiento es de quienes lucharon por una libertad que ha sido traicionada».

Por la mirilla de la puerta entró la luz

de una linterna. Desde afuera gritaron: «Duerme, y déjate de hablar en voz alta, cualquiera diría que estás en capilla».

Me mantuve callado hasta que desapareció la luz de la linterna. Traté de dormir; pero me resultaba imposible. Supe que caía sumido en un plácido duermevela en que me veía aún en mis veinte años conjuntamente con una muchacha de Santiago de Cuba, recibiendo un premio literario de la Casa de las Américas. Tenía diecinueve años. Era delgada, mediterránea, con unos ojos negros y hermosos. No pensé nunca que la poesía hubiera podido aliarse de modo tan preciso al atractivo personal, pero en Belkis Cuza Malé se producía la sorprendente alianza. Con

ella empezó y culminó el capítulo decisivo de mi juventud.

Alrededor de las cinco de la mañana sentía que la puerta volvía a abrirse. Álvarez y un oficial para mí desconocido estaban en el pasillo fuertemente iluminado.

—Vamos a recoger tu ropa, que el médico nos está esperando en el hospital.

Me quité el uniforme en el mismo sitio donde me lo habían entregado y un policía me trajo la ropa. Acompañado por los dos oficiales crucé nuevamente el pasillo hasta que llegamos a la oficina en que aquella mañana del 20 de marzo me pidieron que entregara todo cuanto llevaba encima. El policía me dio un

sobre sellado y me pidió que lo abriera. Allí estaban las llaves de mi casa, algunas monedas sueltas. No faltaba nada. Luego me dijo que firmara un recibo como constancia de la devolución y salí a la calle con los dos oficiales. Entramos en el mismo automóvil que me condujo por primera vez al hospital. Íbamos en dirección a Mariano, a la primera luz del día, todo cuanto me rodeaba se hacía tan extraño que tuve la certeza de que nos desplazábamos por otra ciudad, desconocida. La gente parecía actuar de modo tan espontáneo al detenerse en los semáforos, al subir a los autobuses atestados; de algunas casas se oían voces de mujeres que intentaban

levantar a los niños, el típico amanecer cubano al que tantas veces había despertado. Nunca he sentido peor depresión de la que me produjo aquel amanecer.

Al entrar en el Hospital Militar recorrimos todo el pasillo de la planta baja, donde se encontraba la sección destinada a los presos, hasta llegar a una cocina donde un joven soldado preparaba algo en el fogón. Álvarez le pidió que hiciera café y salimos al patiecito tapiado donde había unos pocos arbustos ralos y unos bancos de piedra.

—La jefatura ha decidido —me dijo— que el tratamiento que necesitas no se puede dar aquí. Los médicos opinan que

tú tienes viejos problemas emocionales y que padeces de alucinaciones, y eso el que mejor lo sabes eres tú.

Álvarez se puso de pie y comenzó a pasearse entre los bancos.

—Mira, se ha llegado a la conclusión de que tú eres un comemierda con ínfulas de grandeza. Toda tu prepotencia verbal es flojera. Te gusta la guerra, pero le tienes miedo a las balas.

Desde la cocina el soldado dijo que el café estaba listo. Álvarez le pidió que lo trajera y me sirvió una taza. Todos bebimos; pero el sabor fuerte y amargo me produjo náuseas.

—Esta mañana te verá un equipo de médicos. Háblales con franqueza —añadió Álvarez—. Que mañana vendrán

a visitarte también un grupo de compañeros, y te hablarán con muchísima franqueza.

Me llevaron al mismo cuarto donde había estado antes y donde ahora había, además de las camas, varios butacones de vinil con una mesa al centro y un pequeño escritorio con su silla. Los médicos me hicieron un reconocimiento general que terminó con un electrocardiograma.

—Estoy casi seguro de que tu caso no es de nuestra competencia. De todos modos hay que esperar el resultado de los análisis.

El que me hablaba vestía de blanco como en un sanatorio y era bastante joven para su barbita llena de canas. Los

demás no dijeron nada.

Al otro día llegaron los oficiales que Álvarez me había anunciado. Eran cuatro. Ocuparon los cuatro butacones, yo me senté en la silla. Colocaron un gran portafolios encima de la mesa, y uno de los presentes empezó a desplegar varios montajes fotográficos donde lo único que reconocí fue mi cara, mi apartamento, mis amigos.

El oficial continuó buscando.

—De eso hablaremos después —dijo. Puso sobre la mesa una cantidad impresionante de cuentas emitidas por el hotel «Havana Riviera» a nombre de la misión diplomática de Chile en Cuba, en las que aparecía la inconfundible firma de Jorge Edwards.

El oficial me miró fijamente.

—No pienses que la Revolución ha robado estas cuentas. Al contrario, todas han sido pagadas por la Revolución. El señor Edwards no ha invertido ni un solo centavo ni tampoco sus jefes de la CIA; pero tú tienes acceso a ellas. Hemos sustraído del total los gastos de consumo de *scotch* que es la mitad de la cuenta del señor Edwards. El gran borrachín se toma el *scotch* que tenía que pagar el pueblo chileno.

Ví que los gastos de *scotch* rivalizaban con los de la carne comprada en los supermercados y con cifras astronómicas de kilos de café; pero no dije una sola palabra.

—¿Por qué no hablas? —dijo otro

oficial.

—¿Crees que ese Edwards, de las familias más reaccionarias de Chile, vendría a Cuba a solidarizarse con los trabajadores? No, vino a reclutarlos a todos ustedes, los intelectuales resentidos, como espías; tú el primero.

—Aquí están las fotos de Edwards en sus francachelas —dijo el que habló primero— y aquí están todos ustedes rindiéndole pleitesía. Está también el grupito de putas que siempre busca a los extranjeros, pero que tenemos controladas. Tú sabes que una nueva sociedad no se inventa en un día. Por ahora hasta los elementos antisociales son útiles, y esas putas lo son, porque informan de todo.

Hubo un largo silencio, y el personaje de apariencia más insignificante, muy delgado, rubio, frágil, casi transparente, dijo:

—Marxista-leninista no creemos que seas, Padilla; pero tu profundo resentimiento social puede llegar a coincidir con el nuestro. ¿Cuál es tu opinión de todos esos gastos del señor Edwards?

Dije que no debía esperar que juzgara los gastos de ninguna Embajada; pero yo sabía que esos gastos enormes sólo respondían a la generosidad de nuestro amigo Jorge. Los supuestos excesos eran resultado de la miseria general de sus amigos, quienes, gracias a él, pudimos comer y beber durante los tres meses de

su estancia en Cuba. Para él esto no representaba el esfuerzo de ninguna Embajada; pero yo sí sabía que cuando había insistido en pagar esas cuentas, le habían dicho que no se preocupara, que eran una cortesía del Estado cubano.

Otros de los oficiales intervino:

—Tú sabes que Edwards es un agente del enemigo, jefe de todos ustedes; pero ya el compañero Allende tiene en sus manos el expediente de su diplomático. Un expediente contundente. Esta vez no lo podrá seguir protegiendo su compinche Pablo Neruda. Edwards será expulsado del servicio diplomático deshonorosamente, y ya Fidel decidirá su suerte y la de tus amigos y cómplices. Te voy a leer lo que dijo en la Universidad

y que todas las agencias de noticias han difundido.

Leyó el texto del cable tratando de imitar el tono de Fidel:

—«Dentro de pocos días haremos revelaciones que indignarán a la opinión pública. No se trata únicamente de Padilla, hay otros muchos más implicados en este caso.»

Me di cuenta de que Castro buscaba la oportunidad de liquidar a los primeros disidentes intelectuales de su régimen, como había pasado tres años antes con el grupo de viejos militantes comunistas a quienes encarceló por constituir una «microfracción». A esto se llama *labor de saneamiento* que es práctica frecuente cuando aparecen rasgos de

crítica o descontento en una sociedad comunista. Pero de esto yo sólo tenía referencias intelectuales. No pude imaginar jamás que alguna vez podría observar cómo se armaba una farsa para destruir a un grupo de personas, y mucho menos que yo encabezaría la lista de las víctimas.

Ahora todos dependíamos de la reacción del Gobierno de Allende. Si Jorge Edwards era expulsado del cuerpo diplomático chileno por el expediente elaborado por la Inteligencia cubana, era obvio que Castro era capaz de imponer a Salvador Allende sus mismos procedimientos criminales.

Jorge Edwards nos cuenta en su libro *Persona non grata* que dos funcionarios

chilenos se opusieron radicalmente a la infamia: Clodomiro Almeida —que ocupaba el cargo de ministro de Relaciones Exteriores— y Orlando Letelier.

La televisión había comenzado a transmitir las sesiones del Congreso de Educación y Cultura. En la cocina y en la enfermería todos los guardias y enfermeros estaban viendo atentos. En ese momento se anunció la comparecencia de un veterano del Partido Comunista chileno por quien Castro sentía gran respeto: Volodia Teitelbaum, que era, además, una figura influyente en la unidad popular. Seguramente los oficiales que estaban a mi lado pensaron lo mismo que yo: que

el dirigente chileno aprovecharía ese instante para exponer al Congreso la posición de su Gobierno sobre el escándalo que se había desatado en torno a mi persona; pero cuando terminó el discurso, sereno, referido únicamente a las fraternales relaciones entre Chile y Cuba, yo comprendí de inmediato que su viaje tenía como objetivo explicarle a Castro que el Gobierno de la Unidad Popular no podía aceptar su consejo, que Jorge Edwards no sería expulsado del cuerpo diplomático como agente de la CIA, puesto que no existían pruebas para ello. La maniobra quedaba invalidada por completo y Castro no tenía más remedio que actuar exclusivamente en su país.

Por encima de los aplausos que venían de la televisión comenzó a sonar el teléfono. Se acercó una enfermera y le hizo una señal a uno de los oficiales, que al poco rato regresó y dijo a los demás que llamaban desde la villa:

—Para acá vienen Alvarez y Gutiérrez —dijo—. Nosotros volveremos después.

A solas, pensando en el discurso de Teitelbaum, experimenté un gran alivio; pero más tarde me invadieron el resentimiento y el desprecio por Fidel Castro, un hombre sin escrúpulos que intentaba vender ante el mundo la imagen de incorruptible que también Robespierre intentó mantener por un tiempo.

De nuevo se me hacía evidente mi complicidad con un régimen autoritario que mis más profundas convicciones rechazaban. Arthur Koestler, en advertencias que nadie quería atender, nos había dicho que «no hay ninguna excusa que nos disculpe, porque nuestro deber es saber lo que ocurre y sentirse perseguido por ese conocimiento como una obsesión. Mientras contra la razón, e independientemente de la razón, no se sienta usted avergonzado de vivir en tanto que otros son obligados a morir, mientras no se sienta culpable, angustiado y humillado por el hecho de que usted no comparte el destino de millones de seres humanos, continuará siendo lo que es, un cómplice por

descuido».

Casi al mediodía aparecieron el oficial Álvarez acompañado de otro de apellido Gutiérrez. Dieron orden a la enfermera de que me entregaran la ropa con que me habían detenido y me dijeron que me vistiera.

—Vamos hasta la playa: tú necesitas un poco de aire. Salimos y entramos en un auto cuya única singularidad era la planta de control remoto mediante la cual iban anunciando a la jefatura los sitios por donde pasaban. Atravesamos casi toda la ciudad, desde el extremo de Marianao donde se encuentra el Hospital Militar hasta el túnel de la bahía y tomamos luego la Vía

Monumental que va bordeando las hermosas playas del este de La Habana. Al final de Guanabo, en un apretado bosque que daba acceso a una playa solitaria, nos detuvimos.

—¿No te sientes mejor? —me preguntó Gutiérrez.

Álvarez se sentó en un pedrusco. Me invitó a que me sentara; pero yo rehusé, aduciendo que prefería estar de pie.

—Pues si quieres mantenerte de pie debes pensar muy seriamente lo que haces. Nosotros podemos destruirte aunque tú sepas que legalmente no tenemos razón alguna. No has hecho nada, no has puesto ninguna bomba ni has cometido ningún sabotaje, no has hecho contrabando de divisas; pero todo

esto lo reconocerá la Revolución en su momento y no tendremos reparo en rehabilitarte; pero hoy representas una tendencia peligrosísima en el país y hay que destruirla. De modo que sólo tienes una salida: ponerte de acuerdo con nosotros.

El regreso a la celda del hospital lo hicimos en silencio. Recuerdo que se despidieron sin añadir una palabra más.

Los treinta y siete días que estuve entre Villa Marista y el Hospital Militar sostuve interrogatorios de rutina. Se había comprobado que Jorge Edwards ni siquiera conocía el manuscrito de mi novela. La conjetura de los oficiales de la Seguridad, o tal vez el informe de

cualquier colaborador malintencionado carecían de fundamento. Era obvio que el Gobierno trataba de dar una salida a la situación en momentos en que mi caso se convirtió en un escándalo internacional.

Entonces apareció la fórmula para atenuarlo: Debía memorizar la autocrítica que había escrito en la Seguridad del Estado reconociendo mis errores y los de mis amigos —y de la cual las autoridades extrajeron el texto de una carta de arrepentimiento que justificara la clemencia oficial— de modo que pudiera repetirla textualmente en una reunión privada de los miembros más importantes de las distintas secciones de la Unión de Escritores y

Artistas. El acto estaría limitado a un pequeño número de asistentes.

José Lezama Lima y Virgilio Piñera no serían invitados. No era necesario; pero se les visitaría antes de la reunión.

Fui puesto en libertad a las doce de la noche y al amanecer del día siguiente tomé un autobús para ir a la casa de José Lezama Lima. Me abrió la puerta aterrado; pero en seguida me hizo pasar a la sala, y un momento después apareció su esposa, María Luisa, que se mostraba asustada y perpleja. Le expliqué a Lezama la situación y el interés del oficial de la Seguridad de visitarlo ese mismo día.

—Ellos no tienen que pedir permiso para meterse en nuestras casas —replicó

—. Están siempre dentro. Tú lo sabes.

Es una lástima que en la correspondencia de José Lezama Lima publicada por su hermana Eloísa en España, apenas se aluda a los acontecimientos que todos vivimos desde el año 1971. Sin duda, aquellas experiencias lo tocaron muy vivamente; pero él no pudo escribirlo en las cartas dirigidas a su hermana.

Recuerdo perfectamente aquella mañana en que un grupo de amigos nos reunimos en su casa, acompañados por un oficial de la Seguridad del Estado. El propósito era elaborar las formas en que se llevaría a cabo la reunión de la

UNEAC en la cual me tocaba protagonizar una autocrítica que escandalizaría al mundo. Durante más de media hora, el diálogo con Lezama no avanzaba satisfactoriamente. El oficial se movía incómodo en el asiento. Era obvio que estaba perdiendo la paciencia. Lezama había asegurado que aceptaba, como el resto de nosotros, el espectáculo de la autocrítica, pero le hurtaba el cuerpo a las preguntas del oficial, se envolvía en metáforas, en alusiones que iban desde los ángeles negros de William Blake hasta la casa filosófica (era la expresión que usaba) de George Simmer; siempre encontraba el modo de convertir la entrevista en una forma de anularla. El policía hablaba

desde el poder —en ese momento le parecía omnímodo— y buscaba el medio de amedrentar, de estimular la cobardía de los indefensos.

Tal vez por su asma, por su corporación de casi trescientas libras, o por la especificidad de su mundo poético, tan distante de la historia concreta, o por todo ello junto, el que más vulnerable aparecía a sus ojos era Lezama. Sin embargo, ese poeta los irritaba como ninguno. Acaso se debiera a la influencia que ejercía su figura en las nuevas generaciones. Doce años de revolución no habían menguado su atractivo, por el contrario, los jóvenes habían aumentado su relación con el poeta.

En mi caso, y pese a mi impugnación, a veces furiosa, de la poesía de Lezama y de casi todos los poetas de *Orígenes*, me preocupé de separar al Lezama de carne y hueso de sus posiciones estéticas que, por parecerme de un provincianismo desmesurado, no podía compartir. Sin embargo, los poetas españoles y latinoamericanos, de antes y después, lo admiraban y reaccionaban con auténtico asombro ante su obra.

Vicente Aleixandre llamó a la poesía de Lezama «entrañada, ahondadora... que cava en el alma... ¡hermosa y trascendida poesía!», y Luis Cernuda le escribe: «hablé de su poesía con Octavio Paz... y los dos sentimos muy vivo interés por sus escritos», y hasta

Wallace Stevens le dice que no sabe suficiente español para comprenderlo, pero que sus libros son de esa clase que le hace lamentar su falta de dominio del español: *all your pages tantalize me*. Lo cierto es que en su obra están, en mi opinión, los peores vicios de la literatura en lengua española, si bien su *barroquismo* no es de ese estilo «que linda con su propia caricatura» de que habló Jorge Luis Borges. El rebasa estas clasificaciones con una impresionante desmesura; era, para decirlo a su modo, un tenaz pregonero de lo inaudito, de lo deslumbrante. Cada vez que me acerqué a su sistema poético, a sus «doctrinales de la anémona», me sentí remitido con violencia al ámbito puramente verbal

que era su verdadero reino. Amaba a Valéry, no es difícil encontrarlo disuelto en muchos de sus planteamientos teóricos, pero así como Valéry proclamaba que la poesía es un lenguaje dentro del lenguaje, sin que sus poemas se nieguen a la comunicación inmediata; el lenguaje dentro del lenguaje era para Lezama una especie de metalenguaje. Al igual que Valéry, alababa los libros que *se resisten*; la claridad le parecía una facilidad y en más de una ocasión se refirió con entusiasmo a la frase de Huizinga en que éste dice: «lo demasiado claro pasa en los *skaldas* como fatiga técnica. Una vieja exigencia, que también ha regido entre los griegos alguna vez, es que la palabra

poética debe ser oscura. Entre los trovadores, cuyo arte delata, como ningún otro, su función de juego de sociedad, tenemos el *trobar clus*, que literalmente significa «poetizar hermético», poetizar con sentido oculto como un mérito especial».

Lejos de considerarlo como *función de juego de sociedad*, Lezama ve «la presencia de ese juglar hermético, que sigue las usanzas de Delfos, ni dice, ni oculta, sino hace señales». De hecho su sistema poético, su obra toda, es un universo de señales y, semejante a Góngora, *esa raíz juglaresca hermética tiene vastísima tradición soterrada, sólo que a veces el rayo lanzado como una cometa por el juglar se devora en*

su propia parábola, sin alcanzar este oscuro cuerpo oracular, pues, las señales del señor de Delfos surgen en un pizarrón nocturno que tiende afanosamente a borrar.

En los años cincuenta, cuando leyó su conferencia sobre Mallarmé, los críticos de la izquierda y otros se mofaban de él con un juego de palabras: «oí a Lezama hablar de Mallarmé y me alarmé». A Nicolás Guillén le gustaba repetir esta chanza, porque justamente su poesía era la que el sistema poético de Lezama condenaba con mayor vigor. En el *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, aparece su negación de una poesía que toma a la raza, a la sangre, como punto de partida. Para Lezama lo cubano era

una *categoría del espíritu*. Creó el grupo Orígenes, compuesto por poetas en su mayoría parecidos a él, herméticos y católicos. Siempre fue superior a los diez poetas que reunió en *Orígenes*. Aunque se le consideraba católico, los ortodoxos de la Iglesia (algunos de su propio grupo) criticaron duramente su novela *Paradiso* y muchos prohibieron a sus esposas que la leyeran, porque en ella se expresaba con absoluta claridad el mundo homosexual al que no temió nunca Lezama.

En los últimos años de su vida, vivió muy preocupado por la situación política de Cuba. Me decía que el cubano era un hombre solar, que no sabía vivir el mundo subterráneo al que

obligaba la represión política y en el cual podían moverse los esclavos con gran desenvoltura.

Por respeto a su prestigio literario, por temor a la influencia que ejercía en los escritores más jóvenes, fue tolerado y vigilado; pero tan pronto se publicó *Paradiso* comenzaron los ataques solapados hasta de sus antiguos acólitos. Lo que más les irritaba en él eran sus opiniones, que tenían generalmente una acentuación irónica y hasta sarcástica. A su casa de la calle Trocadero empezaron a llegar los informantes, los que querían hacerlo desaparecer de la escena literaria y de los cargos que ocupaba en la Unión de Escritores. Formaba parte, como yo, de la Sección de Literatura y

del Consejo de Dirección de la revista de la Unión, y nunca dejó de asistir a las reuniones, ni dejó de leer el material que se publicaba en cada número. En medio del consejo editorial, sus opiniones tenían gran peso en la selección, y mucho realismo socialista y mucho texto oportunista cayó despedazado por sus aplastantes argumentaciones. Intrínsecamente polémico, defendía sus posiciones con seguridad; pero era de gran amplitud estética. Cuando mi libro *Fuera del juego* obtuvo el premio nacional de poesía de la Unión de Escritores, Lezama, que era miembro del jurado junto con Cohén, Tallet, Díaz Martínez y César Calvo, fue uno de sus principales

defensores. No cedió a las múltiples presiones que se ejercieron sobre él para que variase su criterio. Sin embargo, después de haber sometido mi libro al concurso, al enterarme de que él sería uno de los integrantes del jurado, temí que su juicio poético me fuera hostil. Jamás pensé que pudieran interesarle aquellos poemas, gobernados por una voluntaria economía de medios, que utilizaba la imagen o metáfora como meros incidentes. Pero no sólo aprobó mi poemario con su voto, sino que, como uno de los vicepresidentes de la UNEAC, se opuso a la decisión del ejecutivo de condenar el libro, y redactó con los demás miembros del jurado la defensa del premio que aparece al

comienzo de la edición cubana de *Fuera del juego*. Así era ese hombre.

Merecía ser respetado, pero los practicantes del realismo socialista no le perdonaban la vida. Y no era una impugnación estética, que poco les importaba, sino la negación de su figura, que los escritores extranjeros empezaban a mirar con reverencia y de quienes siempre recibió admiración y simpatía. A los realistas socialistas no los buscaba nadie.

Durante la estancia en Cuba de Hans Magnus Enzensberger, nos encontramos con Lezama en varias oportunidades. En una ocasión Magnus lo invitó a que almorzáramos juntos en el «Hotel Nacional». Lezama había leído mis

traducciones de los poemas de Magnus y le gustaba especialmente su *Lachesis lapónica*. Fue una comida espléndida. Lezama habló y fumó largamente. Magnus lo observaba, atento a cada una de sus palabras. Lezama hablaba de literatura alemana, se remontaba a sus orígenes, mencionaba nombres y fechas como si se tratara de sus contemporáneos. Fue el año del Congreso Cultural de La Habana. En el «Hotel Nacional» se reunía parte de los escritores y artistas de todo el mundo. Creo que por los inconvenientes del clima, varios visitantes norteamericanos llegaron a La Habana días después. El editor de *The New York Review of Books*, Robert B. Silvers, asistió

acompañado de Emma Roschild y de Susan Sontag que traía a su hijo, David Reiff, entonces de poco más de quince años. En uno de los salones preparados para los visitantes, Magnus y yo nos encontramos con el grupo, después se nos sumaron Cortázar y varios escritores más. Por el mundo editorial norteamericano se había extendido el nombre de Lezama, y Robert Silvers me dijo que tenía interés en conocerlo. Dos días después fuimos a visitarlo a su casa de Trocadero. A Bob Silvers le cautivó la personalidad de Lezama. Una vez más mostraba su pasión por la literatura, su conocimiento de los escritores norteamericanos. Bob le hizo preguntas sobre poesía y ciencia, en qué medida

diferían o coincidían. Lezama habló de la energía que estaba en el centro de toda creación y veía coincidir ambos mundos en la hipótesis, en la conjetura. La proposición científica es *poesía* y la escritura poética y la demostración científica son, de algún modo, el delirio del hombre.

A medida que Bob Silvers ahondaba el tema con nuevas preguntas, Lezama se iba transfigurando en el pequeño salón de su casa, en medio del calor que no parecía atenuarse pese a que, según el calendario, estábamos en invierno. Fumaba, respiraba a intervalos de asmático; pero las preguntas sobre literatura, sobre Cuba, parecían estimularle una oculta energía, su

lenguaje se iba trenzando en las más sorprendentes alusiones. Es una lástima que sólo el Departamento de Seguridad del Estado disponga del admirable despliegue de su expresión oral. Recuerdo que habló con gran entusiasmo de la poesía de Emerson, y recitó las versiones en prosa de Juan Clemente Zenea. En un momento de la charla, Bob le preguntó su opinión sobre la figura de José Martí, y Lezama lo miró con entusiasmo, como si le hubiese preguntado de un familiar cercano. «De Martí podemos decir lo que él dijo de Quevedo —le respondió—, los que venimos detrás, con su lengua hablamos.»

Entonces Bob le espetó a quemarropa:

«¿Y usted piensa que Martí se sentiría feliz con el cambio político que ha habido aquí en Cuba, con la situación cubana actual?» Lezama apretó el cigarro, se lo llevó a la boca, lo chupó tres o cuatro veces, a su modo peculiar, y aspiró el humo durante unos breves instantes sin dejar de mirar a los ojos de su visitante. «Bueno, bueno», exclamó a breves intervalos, sin responder, sin agregar una palabra más, como si fabricase una intención en lo que fue su única reticencia de la tarde; porque estábamos en la atmósfera de la invasión a Checoslovaquia, en el ámbito tenso de la polémica en torno a *Fuera del juego*, en los meses del ascenso triunfal de la mediocridad en la vida cultural cubana,

el período de la sumisión abyecta a la política de la URSS; es decir, los meses de las decisiones cruciales.

Fue aquélla una larga conversación de la que Bob Silvers salió repitiendo fragmentos de las sorprendentes aseveraciones de Lezama, aseveraciones que no quería olvidar y que, casi veinte años después, sigue recordando. Cuando comenzaba a anochecer, en el momento en que el cielo se torna encendido, apareció Julio Cortázar, acompañado del fotógrafo Chino Lope. Llevaba un regalo ostensible en las manos que Lezama advirtió de inmediato con gran alegría: una caja de habanos.

—Amigo mío —le dijo a Cortázar— usted contribuye a que mis sueños de

esta noche sean distintos. El humo es un aliado de mi felicidad y de mi muerte. Me asfixia y me cierra los pulmones; pero me hace vivir. Y seguidamente comentó con ironía: «La gente de la Casa de las Américas me regala una de esas cajas cada dos o tres meses, como si fuesen una provisión interminable. Yo me fumo cinco de esos tabacos en menos de un día».

Y era cierto. Y aquella ansiedad por fumar que aumentaba en la medida en que esperaba la autorización de salir de Cuba para recibir premios en España e Italia —autorización que nunca le llegó y que él comentaba con tristeza, como podemos comprobar en sus cartas a Eloísa— precipitó su muerte.

Había que ver cómo se agitaba la Policía política tratando de convertir su funeral en una recepción cortesana. A todas las casas llamaron por teléfono los burócratas de la cultura para que asistiéramos a sus exequias. Aquel deseo de juntar a todos los escritores en el enorme salón de la funeraria, era una de las famosas *imágenes oblicuas* de que hablaba Lezama: un modo de festejar su muerte.

Pero aquella tarde, mientras Bob Silvers y yo nos despedíamos, mostraba el ánimo de siempre. Aprovechando que se encontraba presente el fotógrafo Chino Lope, le pidió que nos hiciéramos una foto con él, que aún conservo y en la que aparecemos, de derecha a izquierda,

Cortázar, Chino Lope, Lezama, Bob Silvers y yo. Un misterioso designio hizo que alguien, tal vez para ocultarla, la doblase en el punto mismo en que aparece la figura de Lezama. «Impresionante que la línea lo atravesase sólo a él» me comentó hace un tiempo Bob Silvers.

Meses antes de su muerte, aún parecía con fuerzas para resistir. Un día me llamó por teléfono para decirme que había recibido una carta de España, firmada por Félix de Azúa, pidiéndole que me comunicase el interés de su casa editorial en publicar la versión que hiciera hacía ya tanto de la *Anábasis* de Saint-John Perse; y poco después de eso me envió su hermosísimo poema al

pintor Víctor Manuel con esta dedicatoria: «Para Heberto Padilla que un día me regaló el cielo de Cuba en un poema y para Belkis que tiene los milagros de la alianza.»

Durante la estancia de Jorge Edwards en Cuba, nos reunimos con mucha frecuencia. A veces Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar, de paso por La Habana, se sumaban al grupo. Una noche Jorge y César López se pusieron de acuerdo para celebrar los sesenta años de Lezama. César y Micheline hicieron una cena espléndida. Como Jorge era diplomático, pudo obtener todo lo necesario que, aparte de la carne, podían ser cosas tan simples como aceite, sal o vinagre. Comimos y

fumamos por obra y gracia de Edwards, y a la medianoche sentimos unos golpes a la puerta. Todos nos miramos con inquietud. Sabíamos que cada momento de fraternidad compartida se la arrancábamos a nuestros enemigos; por eso no nos sorprendió ver aparecer en la puerta al ser que encarnaba lo maligno: lánguida criatura en la delación cabellera negra y larga, piel suave y morena, grandes ojos —porque también el mal puede ser hermoso— que venía a pedir, de favor, un poco de aceite para cocinar. El burdo pretexto no logró engañarnos; pero cuando se fue. Lezama comentó con voz lenta y grave: «He ahí cómo quien vive para saciarse con la espada fálica, puede ser también una

espada sobre nuestras cabezas.» Reímos todos, pero los más sabíamos que aquellas palabras estaban cargadas de premonición.

Cuando fui detenido por la Seguridad del Estado, muchos de sus visitantes le dijeron que no se trataba de una política general, sino exclusivamente del *Caso Padilla*; pero él, viejo abogado (como me dijo en la ocasión en que se negó a autorizar a Ugné Karvelis que Julio Cortázar supervisara la traducción francesa de *Paradiso* publicada por la editorial «Du Seuil» «porque eso va dirigido únicamente contra Severo Sarduy»), movía la cabeza y afirmaba: «No, eso va contra todos».

No se sorprendió cuando fue

convocado para discutir la farsa, los pormenores de la *autocrítica* que yo habría de escenificar en la UNEAC poco después. Fui a su casa acompañado de dos amigos y, luego de escuchar la perorata política del oficial de la Seguridad del Estado, Lezama le dio una larga chupada al cigarro que éste le había obsequiado minutos antes. Si aquella reunión de la sección de Literatura de la Unión servía para atenuar el escándalo internacional, desatado con motivo de mi detención, no se negaba a que se celebrase. El oficial le dijo que no tenía que asistir a ella, que incluso Nicolás Guillén, presidente de la Unión, rehusaba estar presente y que José Antonio Portuondo se ocuparía

del asunto. Lezama lo oyó muy atentamente y después de una pausa, dijo: «Lo que no me explico es el valor que puede tener una reunión entre nosotros para frenar el escándalo.» El oficial le interrumpió: «Es una decisión de alto nivel.»

—Pero esta campaña se frenaría en dos minutos si enviaran a Padilla de consejero cultural aunque sea a Bulgaria —respondió Lezama—, y a Pablo Armando otra vez a Londres, y a César López al Ministerio de Relaciones Exteriores de donde fue separado por intrigas.

El oficial respondió con violencia: «¿Usted insinúa que la separación de ese compañero es producto de la

intriga? ¿De la intriga de quién?»

—La intriga, amigo mío, es como la calumnia de la ópera: va creciendo, va creciendo, se introduce sin cesar.

El oficial se puso de pie:

—Yo a usted no lo entiendo.

—Ni yo a usted, oficial. No creo que tenga más de treinta años, y ya disfruta del poder suficiente para ponernos en la picota. Usted es el poder del Estado, oficial.

El oficial lo interrumpió nervioso:

—Tenemos pruebas y podríamos llegar más lejos, señor.

—Amigo mío, no sé hasta dónde se extiende su distancia; pero no le temo a ninguna.

—Lezama, yo he venido a buscar su

colaboración.

—Que tendrá.

—Pero usted ha empezado por atacar decisiones del Gobierno revolucionario.

—Es su modo de ver las cosas, oficial; yo no lo creo así.

—No soy ningún estúpido.

Lezama no lo contradijo; lo dejó continuar.

—Usted ha difamado a la Revolución más de una vez. No debería obligarme a que se lo pruebe.

Entonces Lezama, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, se puso de pie oprimiendo el cigarro a medio consumir.

—Alférez —comenzó a decir con agitación.

—Subteniente —exclamó el oficial.

—Subteniente, toda vida está amenazada por chismes y malas interpretaciones. No debo ser una excepción: pero usted no puede probar nada que yo no sepa, a menos que mis sueños o pesadillas me traicionen, lo cual no excluyo. El hombre es un ser imprevisible.

El oficial lo observó sin pronunciar una sola palabra. Tomó la cartera que había puesto sobre una silla desde el comienzo, la abrió y sacó una pequeña grabadora «Sony» que puso en marcha con violencia. Una voz de inflexiones confusas, pero harto conocida iba surgiendo del aparato; a pesar de sus dificultades respiratorias, aquélla era la

voz de un hombre que se expresaba con extraordinaria elocuencia.

—Es doloroso que todos los gobiernos de este país hayan encontrado en los escritores sus enemigos. Son como los sucios tribunales de la colonia, que siempre le estarán gritando a Zenea, al Zenea de turno, tú eres cubano, tú eres delicado, como nosotros somos groseros, tenemos para ti el manotazo de plomo. Si eres traidor, te rodeamos con nuestras carcajadas, y si eres puro, si sientes vaharadas germinativas de tu tierra, te rodeamos con nuestras carcajadas. Y como van las cosas, uno de estos días no quedará nadie en la Isla, sólo yo, para entregarle las llaves de la ciudad al señor Masferrer.

El oficial detuvo la cinta y miró fijamente a Lezama.

—¿Qué le parece?

Pero Lezama no lo miró a la cara.

Se limitó a decir:

—Un día las conversaciones de sobremesa, y hasta los espasmos de los amantes, se convertirán en figura de delito político. Usted, señor alférez.

—Subteniente —volvió a corregirle el oficial con visible irritación.

—Usted, en fin, me tiene en sus manos.

El oficial reaccionó con nerviosismo:

—Estoy autorizado —dijo— para comunicarle que la intención oficial no es destruir a nadie. Lamento darle el disgusto de esta demostración.

Pero Lezama lo interrumpió de súbito.

—De ningún modo, teniente, ése es mi discurso, ésas han sido algún día mis palabras. No creo que sea ésta la primera ni la última vez que un hombre se enfrente a su discurso.

Creo que todos los presentes, salvo la figurilla que se agitaba con la fuerza del mando, teníamos un nudo en la garganta.

—Ahora me voy —dijo el oficial.

Lezama se limitó a responderle.

—¡Que Dios le proteja!

Y el oficial lo miró como si oyera una mala palabra.

La noche de mi retractación terminó como había sido prevista en el guión ensayado horas antes. Una estampida se lanzó rumbo a la casa de Lezama. El primero en llegar fue Luna. Le contó

temblando lo ocurrido, ignorante de que Lezama estaba al corriente de todo.

—Pero usted amigo mío, que es un apasionado de Darrida, a usted ¿puede sorprenderle que un hombre se haga polvo frente a su propio discurso?

El día de su entierro hubo hasta ascensos en el departamento de la Policía Política que vigila a los escritores. Pensaron que después de su muerte se expandiría la cizaña, que las intrigas para dividir a los escritores y artistas que aún quedaban en Cuba no tendrían obstáculo alguno. Y recuerdo el entierro en que todos, cabizbajos, no dejábamos de advertir, de reojo, las activas brigadas del Departamento de la Seguridad del Estado que se

desplegaban en torno como si realizaran maniobras de rutina.

Ahora bien, los cultos estrategas de la política cubana no pudieron prever el desafío histórico que culminó en el éxodo del Mariel. No importa que hayan querido neutralizar su efecto aduciendo que se trataba de la *escoria* social del país. Esos estrategas si saben la verdad, y hasta tal punto que, a última hora, han tenido que recurrir a escritores marginados y odiados por ellos y por sus figurones realistas socialistas. El triunfo ha sido, pues, de la poesía.

Y ésta es la lección inolvidable de José Lezama Lima: él sabía que el mundo de la poesía estaba obligado a rechazar las fáciles tentaciones de la

función que quieren asignarle los que la odian, los que nos odian. Por eso en la heráldica de la poesía cubana, en que él colocó a Zenea como príncipe de la sangre, habrá que colocarlo a él como príncipe de la resistencia y del honor.

Antes de empezar el acto me reuní con José Antonio Portuondo, que presidiría la reunión, ya que Nicolás Guillén se había negado rotundamente a participar «en la farsa», según dijo.

Y en verdad fue una farsa. La reunión se apartó del propósito que señalaron los oficiales días antes. Fidel Castro estaba enfurecido porque la condena de los escritores americanos y europeos por mi encarcelamiento no cesaba. Entonces decidió apelar, al último recurso: grabar la sesión y difundirla a través de *Prensa Latina* como evidencia de que el Gobierno revolucionario había

sido generoso con un grupo de contrarrevolucionarios confesos; pero el método era demasiado burdo y tenía antecedentes en todos los países comunistas cuando quería destruirse una reputación. Lejos de convencer a sus críticos internacionales, la farsa hacía más clara las intenciones de Castro. Quedaba demostrado que una fatal jurisprudencia normaba el abuso de poder en cualquier sitio.

De la inolvidable noche de la autocrítica, en mayo de 1971, poco puedo agregar que no haya sido ampliamente divulgado por la Prensa internacional; pero algunos hechos fueron omitidos. Mi intervención no fue exactamente la que *Prensa Latina*

difundió. Hay partes que, a última hora, creyeron oportuno censurar; por ejemplo, mi alusión a Ortega y Gasset cuando dije: «De cuyo nombre Mario Parajón no quiere acordarse», el Gobierno decidió omitirla; pero está recogida en la filmación que hizo el ICAIC esa noche y que un día, cuando los tiempos cambien, serán reveladas. Tienen cierto interés, al menos para mí y para mis colegas.

Tampoco se difundió la intervención del poeta haitiano René Depestre que, creyendo que aquella reunión era espontánea, dio lectura a una carta suya a Fidel sobre la situación de los escritores cubanos donde calificaba de ejemplar el tratamiento que los

dirigentes vietnamitas daban a los problemas surgidos en el seno de las organizaciones culturales. La carta proponía ese ejemplo para Cuba. A su lectura, Depestre agregó un comentario sobre la reunión, dijo que, por primera vez, asistía a un encuentro de crítica y autocrítica entre escritores donde la Seguridad del Estado podía exhibir limpia la frente por su conducta ejemplar, y que yo había reconocido mis errores con la misma sinceridad con que habían admitido los suyos el resto de mis compañeros, que no habían vacilado en auto— criticarse y en haber hecho promesa de enmienda.

Depestre está vivo, pero en Francia. Dos días después de su intervención fue

separado de su cargo en la emisora «Radio Habana Cuba» y nunca más pudo leer sus comentarios en creole dirigidos a Haití. No tuvo otra alternativa que pedir la salida del país con su mujer e hijos, que tampoco obtuvo con facilidad.

El que quiera verificar el aspecto literal de la farsa, no tiene más que leer la carta que supuestamente escribí al Gobierno revolucionario desde la prisión el 5 de mayo. Aunque más breve, es, básicamente, el mismo texto que debí memorizar y que, casi al pie de la letra, recité en la Unión de Escritores según las instrucciones de la Policía. La revista madrileña *Índice* publicó esa carta íntegra, conjuntamente con la llamada autocrítica.

La farsa pareció complacer a Fidel Castro, sobre todo por la destreza con que repetí ante mis compañeros los párrafos aprendidos de memoria donde el recuento de mi ingratitud hacia él cobraba la vehemencia deseada. Al terminar mi intervención, secundado por mis amigos que repitieron con la misma convicción el cúmulo de errores que la Seguridad del Estado nos atribuía, todos los presentes nos rodearon y nos abrazaron. Ni siquiera Norberto Fuentes, que escenificó con brillantez el papel de discrepante que la Policía le había asignado, pudo escapar a la efusión de los presentes. Fue una orgía de abrazos revolucionarios. Mi discurso, por demás, terminó con el

«Patria o Muerte, Venceremos» que era un gesto litúrgico de emocionado acatamiento.

Al vaciarse la sala, quedamos únicamente los intérpretes del melodrama. Los últimos abrazos de la noche vinieron del grupo de policías que celebraban con nosotros un acto donde la represión triunfaba, donde la efusiva sumisión a las órdenes nos había transformado en dóciles marionetas para la satisfacción del Comandante.

El jefe de la operación nos colmó de elogios. Y antes de retirarse nos dijo con mucha gravedad: «Informen al doctor Portuondo de cualquier sinvergüenza que mañana les niegue el saludo. Para nosotros es muy importante

saber quiénes continuarán siendo sus amigos y quiénes no.»

Mis amigos involucrados en el caso estaban eufóricos. «Con tal respaldo a nada debemos temer»; pero yo no les oculté mi opinión: «A partir de mañana hay que decirle a Portuondo que nadie ha dejado de saludarnos, ni siquiera nuestros peores enemigos.»

Esa noche no dormimos ni Belkis ni yo. Con el fondo de un disco de Vivaldi, continuamos un diálogo de mudos.

Habíamos decidido no decirnos una palabra sobre el caso por temor a los micrófonos. Todo cuanto pensábamos lo escribíamos en montones de páginas que íbamos incinerando puntualmente. Me describía ella todo el desarrollo de la

situación que yo ignoraba, y mientras más escribía, más claro se perfilaba que aquella reunión, lejos de haber cancelado el escándalo internacional de nuestro caso, abría una brecha, establecía una ruptura insalvable entre la política represiva del Gobierno cubano y la actitud de escritores y artistas del mundo entero que hasta ese momento se habían resistido a creer que Castro reproduciría los métodos de Stalin en un país tan remoto y distinto.

Quedaba demostrado que si el intento de convertir a Jorge Edwards en un burdo reclutador de espías en los medios literarios cubanos fue un rotundo fracaso, no lo fue menos la burda mascarada de autocrítica que no engañó

a nadie; pero la morbosa satisfacción que siente un tirano al lograr la humillación de un adversario aunque sea mediante el miedo y la tortura, está por encima de cualquier análisis frío y objetivo. Pero a Castro le interesaba demostrar que Padilla y sus amigos aceptaban la ceremonia de autodegradación como cobardes, a la manera en que lo había hecho el comunista Aníbal Escalante. Su autocrítica, hecha en los términos clásicos de los países comunistas, fue publicada en *Granma* y en todos los periódicos como prueba de su cobardía.

Casi de inmediato Octavio Paz analizaba así la situación en la revista siempre: «...supongamos que Padilla

dice la verdad y difamó al régimen cubano en sus charlas con escritores y periodistas extranjeros. ¿La suerte de la revolución cubana se juega en los cafés de Saint-Germain des Prés y en las salas de redacción de las revistas literarias de Londres y Milán...? El régimen cubano para limpiar la reputación de su equipo dirigente, dizque manchada por unos cuantos libros y artículos que ponen en duda su eficacia, obliga a uno de sus críticos a declararse cómplice de abyectos y, al final de cuentas, insignificantes enredos político-literarios.

«Todo esto sería únicamente grotesco, si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso

que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César.»

Berta, mi ex mujer, y mis hijos, Gissele, María y Carlos ya habían escuchado por la radio las primeras reacciones que mi caso había suscitado en el exterior. La que mejor resumía el punto de vista general, era la atribuida a Gabriel García Márquez: «Yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la Revolución como se dice; pero su autocrítica sí se lo está haciendo, y mucho».

El Gobierno había cometido el error de hacer circular, a través de la agencia *Prensa Latina*, mi supuesta carta pidiendo clemencia. Y esto, sin duda,

había suscitado la desconfianza general.

Según los oficiales de la Seguridad del Estado, Fidel había visto la filmación de la ceremonia de la autocrítica hecha exclusivamente para él, y había quedado satisfecho.

Pocos días después, por la noche, Alberto Mora apareció en mi apartamento sumamente nervioso, y me dijo que la campaña internacional contra Fidel se había intensificado, le hizo una seña a Belkis de que se quedara y me tomó por un brazo. Cuando íbamos por el pasillo me dijo en voz baja: «Supongo que ustedes no hablarán nada en este apartamento.»

Le respondí que lo peligroso lo poníamos por escrito. Mientras nos

dirigíamos hacia su automóvil me propuso que habláramos de cosas generales durante el trayecto. Pensé que nos dirigiríamos a su apartamento; pero al rato estábamos frente a la casa donde había vivido su madre. Entramos por una puerta independiente en una habitación pequeña separada del resto.

Alberto me confesó que la situación estaba complicándose peligrosamente. Me contó lo que ya Belkis me había dicho: días después de mi detención le había escrito una carta a Fidel expresándole su inquietud por el hecho, y se la entregó a Carlos Rafael Rodríguez para que la hiciera llegar personalmente.

Tan pronto Fidel la leyó ordenó la

detención de Alberto. Sólo estuvo cuarenta y ocho horas en la Seguridad del Estado, gracias a la intervención de su íntima colaboradora Celia Sánchez, quien le había prometido a la madre de Alberto, en su lecho de muerte, que ella protegería a su hijo de un peligro que la buena mujer intuía.

Alberto me dio a leer la carta. Era extensa, pero recuerdo casi literalmente el comienzo: «Fidel, tú sabes que yo no me hice un revolucionario por ti.»

Ese tuteo que Castro había eliminado casi por completo en su relación con sus antiguos compañeros, y el permitirse enjuiciar su actitud conmigo, fue suficiente para que Castro no sólo ordenara su arresto, sino además fuera

hasta su celda para insultarlo a gritos por haber respaldado a un enemigo y haber puesto en duda la justicia revolucionaria. Al final le pidió que fuera a ver al jefe de la Seguridad del Estado. Abrantes lo recibió efusivo diciéndole que Fidel le encomendaba la tarea de visitar algunos planes especiales. Quería que Alberto estudiase sobre el terreno el funcionamiento de ellos y que le hiciera un informe detallado, y le entregó las llaves de un «Chevrolet Belair».

—El lunes salgo para Las Villas. Estaré de regreso el jueves; trata de ser prudente porque las cosas pueden complicarse para todos.

A las cuarenta y ocho horas que

siguieron a la reunión de la UNEAC, se produjeron las primeras reacciones internacionales. Eran de condena a los métodos represivos de Castro. Me llegaron varios cablegramas. Uno de Julio Cortázar: «Me siento más que nunca tu hermano», otro de Evtushenko: «Te apoya y abraza tu hermano ruso: Eugenio», otro, sin firmar, con las señas de «María Auxiliadora N.º 2», procedente de Roma. Todos eran mensajes de adhesión; pero hubo uno que jamás pude esperar. Cuando oí por teléfono aquella voz, la voz inconfundible de Blas de Otero, quedé estupefacto. Su tono era resuelto y efusivo, si bien lacónico: «Heberto, te hablo desde Madrid. Quiero que sepas

que estoy de tu parte y te abrazo. Y no firmaré nada contra ti. Que nadie te confunda. Nunca, óyelo bien, firmaré nada contra ti. Dale un abrazo a Belkis y a los demás. Sé que pronto nos veremos.»

No me dejó hablar. Su propósito estaba circunscrito al mensaje, a su testimonio de solidaridad; sólo alcancé a decirle; «Gracias, te quiero, Blas», pero su imagen adquirió de repente una impresionante cercanía. Pensé en Blas de Otero como si estuviese a un palmo de distancia, como en los días de su estancia habanera.

Nos habíamos conocido en París en 1962. Toda su vida estaba entregada al trabajo político, y su obra poética —una

de las pocas realmente originales en castellano en los años cincuenta— era acogida y apreciada en todas partes. Por aquellos días supe que su nombre estaba propuesto como candidato al Premio Nobel de Literatura. El, mientras tanto, trabajaba en sus mejores libros y su obra era traducida a numerosas lenguas. Blas de Otero era el nuevo poeta que el Partido esperaba, de manera que no tardaron las invitaciones de la Unión Soviética, China y de todos los países de la Europa del Este.

Lo animaba la idea de ir a Cuba. Soñaba con escribir todo un libro dedicado a la Isla; pero sobre todo conocer un país de nuestro idioma en medio de una revolución.

Caminando por el Barrio Latino por la mañana o por la tarde, deteniéndonos en las librerías de viejo, tomando café negro y fumando como desesperados, Blas era la estampa del entusiasmo y la vitalidad, por lo menos conmigo. Otros me aseguraban que era un ser reconcentrado y arisco, casi inaccesible. Yo nunca lo vi así. Todas las ocasiones en que nos encontramos nos íbamos a recorrer sitios que él conocía y a discutir sobre los poetas que nos interesaban y sobre la poesía que era necesario escribir. Y con los años, siempre encontramos la ocasión de hablar. Entonces, para mí era un ser vital y fraterno, hasta que logré conocerlo y supe realmente su verdadera

enfermedad. Su llamada telefónica, en aquellas circunstancias fue para mí la más conmovedora manifestación de lealtad.

De Juan Goytisolo, de Julio Cortázar, recibí llamadas telefónicas inmediatamente después que la revista *Verde Olivo* comenzó sus ataques contra mí y contra los que consideraba escritores liberales; pero ni Juan, ni Julio, profesaban la militancia comunista de Blas de Otero. Es cierto que al enviarme su libro *Mientras*, en 1970, en medio de la ofensiva cada vez más creciente que me había tomado de blanco, rompía Blas el marco de rígida disciplina que adoptaron los comunistas españoles de la época de Franco, pero

en mayo de 1971 yo era el hombre que salía de la cárcel, rodeado de la confusión que el Gobierno cubano se encargó de propalar a través de las distorsionadas informaciones de *Prensa Latina*. Yo quedaba abruptamente condenado como enemigo de la Revolución. Esa era la postura oficial, y ya se sabe que ningún militante puede apartarse de ella.

Pensé en nuestras conversaciones en París, al comienzo de los años sesenta, cuando me habló preocupado, pero sin vacilaciones, de la expulsión de Jorge Semprún y Fernando Claudín del Partido Comunista español. No me ocultó sus simpatías por ambos hombres, pero estaba firmemente convencido que la

decisión del Partido no era gratuita y él consideraba que un verdadero militante estaba obligado a acatarla. En mi caso actuaba por su cuenta y riesgo. Entonces comprendí que, más allá de cualquier ideología, lo más importante es haber compartido experiencias comunes. Un proceso revolucionario había dedicado tres años de su vida a Cuba, y desde la noche sólo pueden juzgarlo auténticamente quienes lo viven. Y Blas había dedicado tres años de su vida a Cuba, y desde la noche en que hice su presentación pública en el recital con que inauguró su estancia en nuestro país, empezamos a descubrir nuestras sorprendentes afinidades literarias y artísticas. Blas se metió en la

Revolución de cuerpo entero, y juntos recorrimos ciudades, pueblos, planes agrícolas, y juntos advertimos disparates e injusticias y, lo que más le irritaba, la autosuficiencia de los burócratas que, en su opinión, hacían del marxismo una caricatura, aunque ya entonces para mí esa caricatura iba siendo su verdadero rostro.

¿Descubría a su regreso a España males idénticos en su propio Partido o, por el contrario, había sido el Partido el que llegó a sus mismas conclusiones? No lo sé. Aquella reacción espontánea de apoyo en aquellos momentos pasaban de mi teléfono a la cinta magnetofónica de la Policía, y Blas no lo ignoraba. Había decidido, pues, que el Partido

Comunista cubano lo supiese, que su «más alto nivel», tan atento a las reacciones de solidaridad conmigo, lo supiese también. «Nadie me hará firmar nada contra ti», y nada firmó. Su nombre no aparece junto al grupito de comunistas profesionales que se dieron prisa en correr a la Embajada de Cuba en Madrid para recibir órdenes de La Habana. Blas no acudió a buscarlas, ni nadie se atrevió a sugerírselo. El único poeta español que había vivido tres años en Cuba, que escribió poemas de elogio de las tareas revolucionarias, el único que hizo trabajo voluntario, mano a mano con nuestros campesinos, y que publicó en nuestras prensas la primera edición sin censura de su hermoso libro

Que trata de España, no aceptó cohenestar la decisión de devolver actualidad al grito ibérico de «Muera la inteligencia». La historia lo hacía coincidir con Unamuno y, como él, tampoco supo renunciar a sus principios.

Como dicen que ocurre con la muerte, la voz de Blas desencadenó en mi mente todo el cúmulo de instantes compartidos a través de los años, en París, en Praga, en La Habana: aquellos tiempos del gran entusiasmo, del gran desconcierto y del gran pánico.

Una tarde del verano de 1968, Blas de Otero me rogó por teléfono que fuera al «Hotel Habana Libre» porque «tengo que decirte algo importante». Mi primera reacción fue casi de pavor. Sentí en su voz el agolpamiento de consonantes que eran la primera señal de sus crisis nerviosas; inmediatamente después sobrevendrían la falta de aire y el llanto. En los últimos meses no sólo había sido testigo de muchas de estas crisis sino que fui el único intermediario en el que Blas había confiado durante los tres años que vivió en Cuba, más adelante explicaré por qué. Antes de ir

al hotel telefoneé a Enrique Oltuski para exponerle mis temores. Aunque Oltuski ya no era ministro, conservaba aún alguna influencia en el Gobierno y fue la única persona a quien pude apelar cuando Blas sufrió la primera de aquellas crisis en La Habana, en mi propia casa, y a mí no se me ocurría qué hacer. En aquella primera crisis no encontré un solo automóvil por los alrededores y el médico más cercano sólo podría ser localizado en el Hospital Militar. Como temí que se tratara del comienzo de un infarto cardíaco, me limité a pedirle a Oltuski que viniera en seguida. A los quince minutos estaba en mi casa, pero en ese intervalo comenzó a hacer efecto la

pastilla de «Atarax» que Blas se tomara cuando le sobrevino la crisis. Jadeante, con los ojos húmedos, nos pidió perdón por lo ocurrido y nos habló de su enfermedad que ningún médico en ningún país (y mencionó Francia, la URSS y China) había logrado curar. Se le manifestaba una súbita depresión con ataques de llanto y alucinaciones nocturnas en medio de las cuales vagaba él por Bilbao y toda su familia lo observaba como un réprobo; pero él escapaba en barcos lentos y al final del sueño (o de la pesadilla) veía con angustia cómo salían gusanos de una inmensa nariz.

No encontraba la causa de su enfermedad, como tampoco la

encontraban los especialistas que lo habían atendido. Entonces Oltuski propuso que fuésemos al Hospital Naval, del que era administrador un cuñado suyo y que contaba con el mejor equipo de especialistas del país. El Departamento de Psiquiatría lo dirigía el doctor Fleitas, un psiquiatra joven que se había especializado en Estados Unidos y en la Unión Soviética y quien, de la manera más diligente, convocó en seguida a cuanto psiquiatra hubiera disponible en el hospital. Eran médicos y oficiales jóvenes que habían leído a Blas y lo trataban con una simpatía que de momento contribuyó a que éste se sintiera protegido por todos. Blas no se opuso a quedarse en el hospital. Esa

noche le administrarían un tranquilizante para que pudiera dormir y al día siguiente el doctor Fleitas lo atendería y el grupo de especialistas estudiaría su caso.

Nos despidió efusivamente, besó a su mujer pidiéndole que «lo perdonara una vez más» y entró en su habitación.

A la salida le pregunté a Yolanda qué significaba aquello de que lo perdonara «una vez más», y ella se echó a llorar. Aunque no respondió nada en ese momento, esa noche, cuando la llevaba de regreso a la casa que le habían dado en el barrio de Santos Suárez, me contó que las crisis de Blas eran periódicas y cada vez con mayor frecuencia. Me describió el mismo cuadro que yo

conocía. «Se siente avergonzado cada vez que se recupera y me pide perdón. ¿No le pidió perdón a ustedes también?»

En efecto, así había sido. Le pregunté entonces si sus compañeros del Partido estaban al tanto de la situación.

—Bueno, él plantea las cosas como si fuera fatiga mental, pero el único que sabe la verdad es el general Modesto. Es como un padre para Blas.

Me sorprendió que Blas no me citara a su casa de Santos Suárez, pero no llamé a Yolanda.

Ahora, aquella cita en el hotel no dejó de alarmarme, de ahí que llamara a Oltuski antes de salir. Blas me esperaba a la puerta del hotel. Vestía la misma ropa de cuando lo llevamos al hospital.

Era obvio que ni siquiera se había afeitado, aunque la sonrisa con que me saludó al verme me devolvió el sosiego.

—¿Dónde dejaste el coche? —me preguntó con serenidad.

—Ahí mismo, en la esquina.

—Entonces, lo mejor es que demos una vuelta por La Habana Vieja.

Mientras bajábamos la cuesta de la Calle 23 en dirección al Malecón, observó a uno y otro lado y me habló sin dejar de mirar hacia afuera.

—¿Le tienes absoluta confianza a Oltuski?

—Absoluta —respondí con alguna vehemencia.

—Cálmate —dijo— también a mí me inspira una gran confianza. Y hasta

pienso que su cuñado puede ser inocente.

—¿Qué ocurre, Blas?

Se echó a reír.

—No es para tanto —repuso—. A fin de cuentas he logrado escapar.

Trato de reproducir el diálogo tal y como se produjo. En aquel instante me sentí tan cerca de la locura como él.

Según me dijo, estaba a punto de ser víctima del secuestro mejor organizado que el Partido hubiera podido urdir. Añadió que ciertas desobediencias a la disciplina de la organización merecían un correctivo drástico, y que ya durante el Congreso Cultural de La Habana se le había sugerido, «por no emplear otra palabra», que un militante español no

debió casarse nunca con una extranjera.

—Pero esa extranjera lo es relativamente —argüí—. Habla tu idioma y pertenece a un país socialista.

Sonrió con amargura.

—Eso pensaba yo. Aduje incluso que era la directora de la Biblioteca de la UNEAC y que es una escritora joven y de origen humilde. ¿Qué más podía decir?

La *sugerencia*, empero, estaba en pie y él pensaba que el doctor Fleitas era el encargado de ejecutar la orden del secuestro. Algunas pastillas que le recetó eran rusas y mostraba gran interés en que las tomara puntualmente, cosa que, por supuesto, él se cuidó de no hacer.

—Los chinos habrían sido más sutiles —exclamó. Claro, Fleitas no advertiría su ausencia. Regresaría al pabellón por la noche.

—Tienes que hablar con Oltuski. Tienes que advertirle. Este puede ser únicamente un plan de mi partido. Hay que avisar a los cubanos. Tengo que entrevistarme con alguien importante. ¿Me entiendes?

Logré convencerle de que me esperase en mi biblioteca, que tenía la ventaja de estar separada del resto de la casa y se podía entrar en ella por un pasillo aislado. Cuando puse el aire acondicionado y todo el interior comenzó a inundarse de frescura, Blas se dejó caer en un butacón y preguntó:

—¿Crees que se atrevan a venir a buscarme aquí?

—Haríamos un gran escándalo —le dije—; pero despreocúpate. Iré a ver a Oltuski ahora mismo.

Le ofrecí entonces agua, o alguna otra cosa de beber.

—Si tienes una cerveza y una gaseosa te lo agradecería. Estoy extenuado.

Debíamos convencer a Blas de que regresara a su casa de Santos Suárez dándole toda clase de seguridades; pero cuando Blas vio llegar a Oltuski lo abrazó con afecto y él mismo sugirió que lo acompañáramos a su casa, convencido de que estaba en nuestras manos. Alguien había tomado medidas para que Yolanda no se mostrase

sorprendida, de manera que Blas entró en la casa muy sereno, la abrazó sin darle explicaciones y se acostó.

El doctor Fleitas y el administrador del Hospital Naval nos recibieron con inquietud. Advertidos del hecho, Fleitas en particular consideraba que la reacción de Blas era más significativa de lo que él pensaba. Buscando temas comunes para ganarse su confianza, mencionó la Unión Soviética; pero esto aparecía como agravante para el poeta. Era evidente que se sentía atemorizado por el país del cual consideraba a Fleitas un agente. Estas asociaciones eran características de ciertas patologías, pero ¿cómo suponer que un militante comunista de la importancia de

Blas pudiera establecerlas? El psiquiatra no estaba en condiciones de hacer un diagnóstico definitivo; pero todo indicaba que el poeta era un esquizofrénico cuyas crisis ciclotímicas irían en aumento de acuerdo con situaciones de mucha tensión. ¿Sabíamos si algo lo perturbaba fundamentalmente? Yo mantuve en secreto lo que sabía.

El psiquiatra insistió en que ésta era una crisis situacional y que una vez resuelta Blas podría recuperarse; pero al psiquiatra le interesaba lo que veía como involución ideológica del poeta hacia sus primeras asustadas creencias. El viejo fondo religioso de su formación pugnaba, según él, con las nuevas militancias. De ahí pama la crisis a

menos que hubiese otras causas somáticas. El joven médico, alto, rubio, de ojos azules e inteligentes no ocultaba sin embargo su frustración: «Me hubiese gustado ayudarlo, pero ha hecho una transferencia en la que yo ocupó el lugar de su enemigo.»

Insistió en que averiguásemos, tal vez su mujer pudiera ayudarnos; era, sin duda, la persona más indicada.

Mientras hablaba, el rostro de Fleitas revelaba una preocupación genuina, y el cuñado de Oltuski no dejaba de repetir con insistencia que «habían sido creadas las condiciones para que Blas se sintiera como en su casa». Insistió en que las puertas del hospital continuaban abiertas y que, además, ésa era la orden del

Partido.

Esa noche comprobamos que el Partido se estaba preocupando del problema, aunque no siempre con los mejores resultados. Nos fuimos hasta la casa de Santos Suárez para saber cuál era la situación. A través de la ventana enrejada vimos a Blas, sudoroso y con la misma camisa blanca y ajada, que miraba hacia fuera con ojos enrojecidos y la expresión de loco. Se echó a reír sin abrimos la puerta.

—Vino un ruso —exclamó— un tal Vladimir, y hasta me mostró su carné de identidad. Vladimir Rodríguez. Los chinos serían más sutiles.

Seguía riendo y repitiendo lo mismo: «Serían más sutiles... mucho más sutiles.

Vladimir Rodríguez. Ese nombre y ese apellido no casan. Sólo a un insensato pudo ocurrírsele tal ardid.»

En ese momento apareció Yolanda detrás de Blas. Me pareció más indefensa y delgada que nunca. Fue ella quien dijo: «Abreles, Blas» y él la obedeció en seguida. El rostro enloquecido se transformó de súbito. Asumió de nuevo un desamparo casi infantil, volvió a ponerse en nuestras manos. Nos contó de manera precisa y elocuente la inesperada visita del tal Vladimir Rodríguez «que pretendía engañarme haciéndose pasar por un funcionario cubano, por un miembro de la Seguridad del Estado. Por supuesto, no le abrí la puerta».

—¿Hice bien, no es cierto?

Le respondimos al unísono que había hecho mal.

Se le aguaron los ojos y nos habló con la voz estrangulada por los sollozos.

—Entonces, ¿también vosotros? ¿También tú, Heberto, y tú, Enrique, estáis contra Yolanda?

—Estamos contra la idea de que quieren hacerte daño —le dije—. Tienes muchas razones para saber que no apoyaría ninguna acción dirigida en tu contra.

Se me quedó mirando por largo rato.

—Tienes razón, pero la disciplina debe ser inflexible.

—Yo no soy miembro del Partido, Blas. No me debo a ninguna disciplina.

Enrique tampoco. Y sabemos muy bien que nadie quiere hacerte daño. Debemos creernos y hablarnos con sinceridad.

Entonces se dejó caer en uno de los butacones, exhausto, sollozando en voz baja.

Yolanda se me acercó y dijo en voz apenas audible: «No ha comido desde ayer.» Le pregunté por qué. «No hay nada que comer en casa, ni dónde comprarlo.»

Sin consultar con nadie exclamé: «Vamos a comer, yo invito.» Le pedí a Yolanda que se cambiara. Blas estaba bien así y ya era tarde. Lo mejor era salir cuanto antes. Yolanda asintió y se fue al dormitorio, pero Blas permaneció en silencio. Enrique y yo nos

mantuvimos callados durante algunos minutos, incapaces de tomar alguna iniciativa. Desde su asiento, sin mirarnos, Blas comenzó a murmurar: «Están ahí y no dicen nada. No me hablan, no me dicen nada.»

Se puso de pie y se paseó entre los muebles. Hablaba de nosotros, pero como si no existiéramos para él. En ese momento apareció Yolanda.

—Blas, ya estoy lista, y todos tenemos hambre.

Alelado aún, las palabras de su mujer lo devolvían sin embargo a cierta normalidad. Demacrada y tensa, Yolanda hablaba desde la juventud. Siempre, desde su adolescencia, casi una niña, cuando la conocí, emanaba de

ella una seguridad que tal vez dependiera de su vida de luchas. Escritora, amaba sobre todo el teatro, y sus temas y diálogos eran inmediatos, vitales. Aquella criatura frágil era resuelta también, y poseía una intensidad femenina tan singular que un hombre de cincuenta años y soltero empedernido como Blas no pudo sustraerse a su atracción ni a su inteligencia.

Salimos aquella noche y mi pomposa invitación tuvo que reducirse al pobre menú de la estación de ómnibus de La Habana, en cuyo restaurante trabajaba Moisés Sierra. Yo lo conocía desde la infancia, y él convirtió aquella tardía aparición nuestra —eran más de las diez de la noche— en un convite casi

familiar del que participaron todos los empleados. Blas se sentía feliz entre ellos. Le gustaba relacionarse con la gente, conocer las expresiones locales habaneras.

El aislamiento de su casa de Santo Suárez era lo menos indicado para él. Además, la libreta o cartilla de racionamiento, insuficiente para cualquiera, lo era mucho más para suplir una dieta como la que le había recomendado el médico, rica en proteínas y vegetales que eran completamente inaccesibles.

No recuerdo el nombre del funcionario que estaba a cargo de su caso en el Comité Central, pero recuerdo perfectamente su piel, de una blancura

llamativa, las cejas depiladas y una calvicie incipiente e irreparable. De mediana estatura, de ademanes sobrios, estaba, sin embargo, al tanto de toda la existencia de Blas y, al parecer, preocupado como los demás.

Nos dijo que se había tomado la decisión de proponerle a Blas que se mudara a una habitación del «Hotel Habana Libre».

—No tendrá problemas de alimentación y estará rodeado de empleados eficientes y revolucionarios.

La etapa de Blas en el «Habana Libre» fue la más serena de su estancia de tres años en Cuba. Logró mantener un diálogo abierto con su esposa en el que le expuso su verdadera situación.

Convencido de que su divorcio o separación podría causarle a ella un daño imprevisible en Cuba, Blas decidió que Yolanda y su hijo Andrés adoptasen la ciudadanía española, y le prometió que no mencionaría la separación hasta que estuvieran en España, a salvo de cualquier represión. Yolanda embarcó hacia España con Andresito casi al mismo tiempo que Blas.

El día que lo despedí tuve la impresión de que abrazaba a un hombre muy enfermo. Jamás lo vi tan indefenso ni tan triste.

A la salida del aeropuerto me encontré con el funcionario del Comité Central. Tenía las cejas tan pobladas que me

costó trabajo reconocerlo.

—Bueno, ya hemos descansado del poeta —me dijo sonriendo. A unos pasos de él se encontraba otro hombre, también de mediana estatura, de piel rojiza y pelo cano y abundante, que se nos acercó. Era Vladimir Rodríguez. El funcionario nos presentó y Rodríguez me contó en seguida, con todos los pormenores, el incidente del día de su visita a la casa de Blas.

—Cuando le mostré mi credencial de la Seguridad del Estado fue como si le mostrase la de la CIA. Lo único que me dijo fue: «A ver, habla otra vez» y yo le dije que me enviaba el Comité Central para ayudarlo en lo que fuese necesario, y el hombre me respondió que derribara

la puerta si quería entrar. Dicen que está muy desequilibrado, ¡claro, la lucha que habrá tenido que librar en su país!

Para mí el regreso de Blas a España fue la culminación de una etapa. Había terminado mi libro *Fuera del juego*, que él conocía muy bien, y cuyos poemas discutimos mucho, no en el aspecto ideológico, sino literario. El me aconsejaba que considerase ciertos verbos o expresiones cubanas, siguiendo el método de Juan Ramón en el empleo de locuciones andaluzas. Le gustaba el uso cubano del verbo *extrañar* por *echar de menos*, o *pegar brincos* en lugar de *saltar*, de modo que ambos y otros muchos están incorporados en mi libro.

Semanas después de su partida recibí una tarjeta desde Bilbao con la misma despedida de todas sus cartas y dedicatorias: «El abrazo de Blas.» A fines de ese año recibí el premio Julián del Casal de la UNEAC por *Fuera del juego* y se desató el escándalo más estúpido de la vida literaria cubana auspiciado por la Seguridad del Estado. En muchas ocasiones, Blas —que sentía gran respeto por la disciplina en el seno de su partido— se mostraba inquieto por la excesiva participación de la Policía en todos los organismos del país. En el caso de los extranjeros, hasta la atención más elemental provenía de oficiales de la Seguridad del Estado. Las relaciones de partido eran *atendidas* por ellos, que

también fiscalizaban los «problemas ideológicos». A Blas le inquietaba la falta de protección de la Policía en todos los organismos del país. En el caso licial que además manejaba la información a todos los niveles y podía convertir a cualquier ciudadano en enemigo peligroso de la revolución.

No sé por qué medios, tal vez a través de dirigentes comunistas españoles, Blas estaba informado de algunas flagrantes injusticias a las que aludía en forma general en sus conversaciones conmigo. En medio de la refriega que suscitó el premio a mi libro recibí una breve nota de Blas: «Prudencia y calma.» Un año después, en enero de 1971, dos meses antes de mi detención,

recibí el libro *Mientras*, editado el 22 de diciembre de 1970 por Javalambre, de Zaragoza. Conservo el hermoso ejemplar con una dedicatoria en tinta amarilla que dice: «Para Heberto, el abrazo de Blas.»

Estuve más de cinco años sin saber de él. Me llegaron noticias de que estaba enfermo. Luego supe que lo habían operado de un tumor canceroso; pero en 1978, cuando Fidel Castro intentaba inaugurar una política de presunta distensión con el exilio cubano mediante el llamado *diálogo*, casi al mismo tiempo de la visita a Cuba del presidente Adolfo Suárez, uno de los periodistas españoles me hizo llegar por medio de uno de los cubanos del

«diálogo» dos libros de Blas, *Todos mis sonetos* y *Poesía con nombres*, y entre los libros dos poemas mecanografiados, al parecer inéditos, donde habla de Cuba: *Imberbe Imago* y *Me complace más que el mar*, título que tomaba de un verso de José Martí. Ambos son poemas dirigidos casi exclusivamente a los cubanos. El primero tiene por ambiente «el reparto Santo Suárez» y se limita a describir uno de los sueños recurrentes durante sus crisis, y es ahora París la ciudad en, la que aparece «con un sombrero de Primavera/de grandes alas pajizas/y ojos de ceniza y labios apostillados y el hueso de la nariz ostensiblemente transitado por minúsculos gusanos».

El segundo es una especie de autorretrato donde se vea sí mismo «sencillamente en medio de la Revolución, abriendo los ojos hasta las cejas para aprender todo lo bueno y lo tal vez evitable».

Aprender, pues, no solamente *todo lo bueno* sino también *lo tal vez evitable*. Por esa fecha recibí yo las primeras señales de que me autorizarían a salir de Cuba. Y como las gestiones más importantes procedían de España, me animaba la idea de encontrarme con Blas; pero días antes de mi partida me informaron oficialmente que no podía viajar a Miami ni a Madrid; viajaría hasta Nueva York con escala en Montreal. Por entonces me llegó la

noticia de la muerte de Blas.

De modo que no pudimos hablar, como tantas otras veces, desde que nos conocimos en París en 1962, de *lo tal vez evitable*. Años en que nos preguntábamos angustiosamente si eran inevitables los campos de concentración estalinianos, la carencia total de debate político en el seno de los partidos comunistas; si eran inevitables la ausencia de libertades y el predominio de la policía ideológica en esa «sociedad sin clases» en que él ingenuamente creía. A lo que él siempre respondía: «Tal vez, tal vez pueda evitarse.»

Las discusiones se extendían hasta el amanecer, andando de un sitio a otro en

la asfixiante noche cubana, donde no había un solo café abierto. Blas me decía: «Digo *tal vez* porque hay procedimientos casi bárbaros en cualquier intento de transformar la sociedad. Lo terrible es que los tribunales comunistas se parezcan tanto a los de la Inquisición Española.»

En 1964 fue invitado por primera vez a visitar Cuba. Se hospedó en el «Hotel Riviera». Era la época en que yo estaba de director gerente de «CUBARTIMPEX». Blas traía la edición completa, sin censurar, de su libro *Que trata de España*. Tuve la oportunidad de leerlo inmediatamente y le propuse a Alejo Carpentier, director

entonces de la «Editorial Nacional», que hiciéramos una edición amplia del libro. Mi empresa pagaría a Blas en divisas extranjeras sólo mil quinientos dólares, una cifra ridícula que serviría, no obstante, para ayudarlo. Alejo estuvo de acuerdo y yo le di a Blas el dinero como anticipo. Lo situamos en su cuenta bancaria en España. El libro fue impreso en seguida, sólo que, según la «Editorial Nacional», a Blas le correspondían tan sólo 750 dólares y no 1.500 como había calculado mi empresa. La gran batalla contra el pago provenía de la secretaria de Alejo, cuyo odio a los viejos comunistas no tenía límites. Para ella el Partido comenzaba con Fidel. Blas no llegó a enterarse del

asunto, la cuenta fue referida a mi cargo de gerente y no creo que fuese pagada nunca.

El 64 y el 65 fueron dichosos para Blas. Ambos fuimos invitados a integrar el jurado de poesía de la Casa de las Américas, conjuntamente con el argentino Juan Gelman y el norteamericano Marc Schleiffer. Esto nos dio la oportunidad de leer y comentar los numerosos libros recibidos y descubrir muchas afinidades que fueron transformándose en la base de nuestra amistad.

Y muchas amistades que hizo en Cuba, sobre todo entre los jóvenes. Le gustaba la poesía coloquial que se estaba escribiendo en Cuba en ese momento.

También él quería librarse de las formas cerradas de la poesía castellana. Sin duda lo logró. En los poemas que escribió a su regreso a España abandonó esos metros. En todos ellos hay gran soltura, movimientos de ritmos imprevisibles, y la constante voluntad de desplazar los moldes que aprendió a dominar como un experto. No creo que exista recurso técnico en lengua castellana que Blas no dominase. Su poeta preferido era Juan Ramón Jiménez, a quien leía todos los años. El escritor que menos le interesaba era Unamuno, decía que era una «carraca»; sin embargo, conocía muy bien la obra de Albert Camus; «hay dos libros suyos que me sacaron el miedo eclesiástico:

Bodas y El verano».

Leyó mucho a Camus en su juventud; sin embargo, su militancia partidista le impedía identificarse con la visión más amplia y permanentemente humana del argelino. Blas se quejaba de que el sentimiento de solidaridad que está en *La peste* no llevara a Camus a descubrir la verdadera solidaridad que para él estaba en la ideología de la «clase obrera».

¡Inolvidable Blas! Otro día me llamó para «decirme algo». Fui a verlo. Esta vez al «Hotel Riviera». Se mostraba feliz. Iba en sandalias, con un pantalón gris y una camisa blanca arremangada. En esa ocasión me reveló que había encontrado el amor en Cuba y que se

casaba, y me invitó a ser testigo de su boda. Bebimos unas copas por la ocasión, estaba radiante.

Blas decidió visitar con Yolanda a su familia de Bilbao. Desde allí escribió esta carta en la que nada parece ensombrecer sus relaciones matrimoniales ni familiares:

Querido Heberto:

Después de nuestros largos viajes y estancias, ahora ya un poco reposados, te ponemos estas líneas para saber de vosotros y enviaros, ante todo, nuestros afectuosos abrazos. Paramos

algún tiempo en Praga y, más, en París, donde tenía algunos asuntos editoriales. Por aquí hemos andado también en Madrid, y preguntamos varias veces por ti, a Sabá, Aja e Iglesias. Por esto tardamos también en escribirte, pues esperábamos verte por aquí. Y por lo demás estamos aún aquí en Bilbao, donde puse ya al día los papeles —que sabes en los viajes no quiero ni verlos, pues hay cosas más interesantes—. Por las condiciones de la educación, y aun sintiéndolo mucho

como imaginarás, decidimos que Andresito volviese a su tierra, donde puede mejor seguir sus estudios y formación. Nosotros tenemos pensado ir ahí en cuanto realice todos los asuntos y viajes de por aquí. Ahora iremos a Madrid a ver si allí puedo desenvolverme y obtener nuevos ingresos...

(...) Pues resulta que una de estas tardes lluviosas, alcancé al azar un libro de poemas. Lo leí como de primera vez y tengo que decirte que me han parecido muy buenos (y yo apenas

llego a buenos tratándose de valorar poesía). Era El justo tiempo humano. Hay un clima difuso, de claro misterio poético, que has unido a lo real y vivido. Con un tipo de verso y ritmo de verdad libre, pero muy ajustado al significado. Y dime si escribiste más, si publicaste...

Me alegrará recibir tus noticias. ¿Pasaste mucho CALORAZO? Pero que no se duerma tu pluma, un gran abrazo para ti de

Blas.

Bilbao 5-XI-64

Alameda de Reclade 70

En 1965, estando yo en Europa, como representante de Comercio Exterior, volvimos a encontrarnos en Praga. Me llamó desde el hotel donde se hospedaba con Yolanda. Regresaba otra vez a Cuba por un tiempo. El Partido Comunista español había organizado el viaje y ya tenía dispuesta él su casa de Santos Suárez. Supe que allí terminó su libro *Poesía e historia*, que me dedicó. Tal vez sea éste su peor libro, el más reiterativo y de entusiasmo político más mecánico y superficial, aunque en él

aparecen sus objeciones a la manera sutil con que solía hacerlas. De China decía que era hermosa «pero hay que abandonarla por el momento». Hacia la Cuba que vivió sentía una genuina simpatía, pero el chauvinismo revolucionario lo sacaba de quicio. Como siempre, sus mejores poemas estaban dirigidos «a la inmensa mayoría», a esa entidad genérica que, al igual que España, formaba parte de un fervor previo.

Blas iba de crisis en crisis, tratando de reconciliar el mundo soterrado y en quiebra de su fe religiosa: «¡Oh compleción del mundo; oh Dios hermoso, / oh carne de mi carne y de mi alma / que, sin Ti, se diluye como

niebla!»»

Creo que en sus últimos poemas se hace más explícita que nunca la sed de Dios. Creo que su vuelta a España y su larga estancia en Madrid organizaron un misterioso azar para su vida. No sé dónde descansan sus restos, pero su obra pertenece enteramente a la lengua castellana, sin folclorismos ni regionalismos, como un clásico de nuestro siglo.

Entre 1971 y 1978, se extendieron ocho años de control policial en que mi vida se redujo al ámbito familiar: visitas a mi antigua casa en la que seguían viviendo Berta, Giselle, María y Carlos. Tuve la fortuna de aquella casa, que ni antes ni después se cerró para mí.

La mayor parte de mis amigos huyeron y también se refugiaron en sus casas, porque la Seguridad del Estado continuaba persiguiendo a los que consideraba desafectos.

Un grupo de jóvenes que solían reunirse frente a la funeraria «Rivero», a comentar sobre libros y acontecimientos

políticos, eran vigilados por informantes que se fingían escritores y artistas y terminaban denunciando a los más rebeldes.

El Partido estaba dispuesto a imponer medidas drásticas que tuvieran resonancias en el resto de los artistas y escritores. En la UNEAC se renovaron los carnés y el que no recibiera el nuevo quedaba automáticamente fuera de la organización. El grupo de miembros se redujo a un número insignificante. La Seguridad del Estado organizó también los concursos literarios, y las obras premiadas eran típicos remedos de la literatura de la Unión Soviética, y de la peor de la Europa Central. En las revistas literarias creció el número de

colaboradores del campo socialista; siempre oficiales; pero escritores como Evstuchenko, Ehrenburg, Vosneisensky eran hombres prohibidos.

La literatura debía servir al Partido y sus temas tenían que ser cuidadosamente seleccionados en los círculos de estudio. La típica línea soviética de la época de Stalin.

Mis amigos se reducían al grupo de los que habíamos participado en la reunión de autocrítica, además de Alberto Martínez Herrera, que siempre recalaba los fines de semana en mi apartamento, y Albero Mora que, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse optimista, nunca logró recuperarse en el plano político.

Recuerdo aquel 13 de septiembre de 1972, a las tres de la tarde, cuando pasó por mi apartamento a traerle a Belkis la novela de Hemingway *Islas en el golfo* que le produjo una profunda impresión. La leyó varias veces, y sólo por el hecho de que era propiedad de la biblioteca de la Unión de Escritores, decidió devolverla. En realidad había una lista numerosa de personas inscritas que esperaban turno para leerla.

Lo noté pálido y tenso, y sólo estuvo unos minutos conmigo. Siguió hacia el edificio de la UNEAC para llevarle el libro, a Belkis, y esa noche, antes de la comida, entró en su dormitorio y se pegó un tiro en la sien. Yo sabía que a su depresión por el curso que tomaba la

política cubana se sumaba ahora un súbito desgarramiento en su vida familiar: había puesta demasiadas esperanzas en su nuevo matrimonio y éste acababa de sumarse a su lista de fracasos.

Carlos Verdecia, que también había trabajado con él en el Ministerio de Comercio Exterior, me saludó consternado en la funeraria. También él lo sabía todo y esto aumentaba su pesar.

En aquellos días yo veía con frecuencia a Verdecia. Estaba cesante y vigilado por la Seguridad porque había renunciado a su cargo de viceministro con el propósito de abandonar el país. Durante años compartió conmigo un trabajo clandestino de mecanógrafo de

las versiones al español de libros soviéticos que se agenciaba una rusa, amiga mía desde mi época en Moscú. Yo hacía la corrección de estilo de aquellos parlamentos fantasmales, casi ininteligibles, que Carlos mecanografiaba con pulcritud; por lo que nos pagaban tres pesos por página que nos los repartíamos entre los tres.

Tomábamos precauciones para no despertar sospechas en el vecindario que oía aquel constante teclear a todas horas. A veces llegaba Alberto Martínez y nos contaba que había sido seguido por una típica brigada de la Seguridad; pero como él era un experto en detectarlos, se echaba a reír a carcajadas.

Para la Seguridad del Estado, no obstante, los peligros de verdad eran los extranjeros que intentaban visitarme. El comité de defensa estaba encargado de vigilarlos, y de informar en seguida a su enlace. Los extranjeros siempre llamaban por teléfono, y en esos casos yo debía decirles que repitieran la llamada al día siguiente; pero tan pronto colgaban sonaba el teléfono otra vez y una voz de la Seguridad del Estado me ordenaba «plánchalo», es decir, recházalo, o «del Consejo de Cultura te llamarán para decirte lo que tienes que hacer».

De todos modos el Gobierno consideró que lo más conveniente para evitar el asedio de los periodistas era

que Belkis y yo nos trasladásemos a uno de los planes agrícolas más apreciados por Fidel. Eran grandes plantaciones de cítricos de Cumanayagua en la zona del Escambray. Nos alojaron en una casa especial para nosotros, recién pintada, con una cocina eléctrica y un frigorífico de fabricación nacional que nos convertía en privilegiados ante los campesinos que nos recibieron como dirigentes de alto nivel que estudiaríamos algún plan al que pronto Fidel le daría el visto bueno. En ese momento estaba él empeñado en transformar la zona que había dado albergue a la insurgencia contrarrevolucionaria. Decidió que todas las familias que la habían apoyado

fueran trasladadas a otras zonas distantes de modo que no quedara ningún recuerdo de la contrarrevolución. Otros fueron concentrados en la Yaya, una urbanización que respondía a su terco deseo de convertir a los campesinos en obreros agrícolas.

Belkis y yo fuimos invitados al pueblo que Fidel inauguraría dos meses después. Las viviendas poseían la tosca modernidad de las construcciones prefabricadas soviéticas. La Yaya estaba situada en lo alto de una colina desde donde podíamos contemplar la llanura boscosa, la tupida vegetación donde habían operado durante años las guerrillas.

Nuestro guía era el jefe del Partido de

la zona, a quien todos llamaban por su apellido, Chao, un joven desenvuelto, cordial, atento a cada una de nuestras preocupaciones. Al final del recorrido se detuvo en la última casa y dando un golpe firme con una de sus botas exclamó: «La cantidad de piedra que tuvimos que subir hasta aquí para hacer este pueblo».

Le pregunté por qué.

—Al loco se le ocurrió construir La Yaya en el único lugar donde los ingenieros dijeron que no era posible. No había fundamento sólido, hubo que poner piedra tras piedra para crearlo.

Se echó a reír. Reía siempre, sin causa, cuando nos mostraba las siembras de naranjas y de plátanos y nos regalaba

tabaco de primerísima calidad; reía cuando daba la orden de que nos llevaran el mejor queso y la mejor leche, y cuando gritaba: «Llévenle también varias cajas de «carne de Milián»», un picadillo enlatado que el jefe del partido provincial, Milián, tenía dispuesto para las súbitas apariciones de Fidel.

En nuestra cocina se amontonaban las cajas de esa carne en conserva que venían a pedirnos los responsables del plan, quienes no acababan de entender nuestras funciones en el lugar y la razón por la que Chao nos visitaba disciplinadamente riendo siempre. A Belkis y a mí nos preocupaba el modo en que serían contabilizados estos

excesos.

Íbamos en un jeep rumbo a Trinidad cuando le hice a Chao un comentario al respecto. No dijo nada. Se detuvo en el puente sobre el río Guaurabo en el que Hernán Cortés carenó sus naves. Una bandada de patos se deslizaba plácida por el agua. Chao sacó la pistola, apuntó y disparó al más visible de los patos que se hundió y reapareció un instante después. Chao reía a carcajadas.

—Hay que aprender de ese pático, Padilla. Fíjate que es insumergible, aunque le dispares.

Nuestra situación continuaba siendo equívoca en el lugar. De nuestras provisiones se beneficiaba todo el campamento. Chao era pródigo en

inundarme de tabaco, de esos puros que fabrican los torcedores para su propio consumo y a los cuales dedican un especial esmero.

Yo sabía por Alberto Mora el interés de Fidel en que me acercara a los planes ejemplares de la Revolución, pensando, erróneamente, que mi descontento era producto de mi ignorancia de la obra de su Gobierno. Cada mañana ensillaban un caballo para mí y salía a hacer mi recorrido matinal acompañado del jefe del «plan» y de su ayudante, un viejo que siempre iba pertrechado con sus propios tabacos que, a chupadas, él se esforzaba en mantener encendidos, mientras yo disfrutaba de los míos que ardían sin ninguna dificultad. Un día le

pregunté la causa de que se empeñara en fumar esos puros tan malos en una de las zonas donde se producía el mejor tabaco del país. Me contestó sin énfasis:

—Son los únicos que yo tengo, compañero. Dichoso usted que los recibe directamente del Partido.

Chao me había asegurado que en toda Cumanayagua se fumaba el mejor tabaco, y se lo dije.

El viejo sonrió.

—Es que los compramos en lugares distintos, compañero.

Pregúntele dónde los compra él para ir a comprarlos allí.

Pronto descubrí que todas las afirmaciones de Chao eran como aquélla, y que el queso, que solían

elaborar los campesinos de la zona, la leche, la carne, la mantequilla; todo ello provenía de una misteriosa reserva sólo destinada a nuestra casa. Si ésta era la realidad que yo debía conocer, era sin duda un privilegio que acrecentaba mi depresión y mi descontento.

Una mañana, cuando Chao vino a visitarme, le dije:

—Nos vamos, aquí no seguimos ni un día más; pero me voy ahora, me voy ahora mismo —insistí.

Fue el primer momento grave que le conocí.

—Órdenes de impedírtelo no tengo —me dijo—. Si quieres te mando un coche del Partido para que los lleve a La Habana. Yo he hecho lo que he podido,

pero a ti, francamente, no hay quien te cambie.

Fueron las mismas palabras que me dijo Alberto Mora al llegar.

—Dicen que todas tus opiniones continúan siendo tan críticas y arrogantes como antes, y eso es lo que piensa Fidel. Había que tragarse el queso si te lo daban; fumarte los tabacos, si te los daban; y comerte la carne si te la daban.

Alberto iba esa mañana a Pinar del Río donde comenzaría a dirigir uno de los «planes» que Fidel le había asignado después de su viaje a Las Villas. Me pidió que lo acompañara, así tendríamos más tiempo de conversar por el camino. Al regreso, casi al anochecer, le pedí

que pasáramos por Puerta de Golpe donde estaban las fincas de mis abuelos. Quería ver sobre todo El Colmenar, el sitio donde había transcurrido mi infancia, la casa en que aún seguían viviendo mis tíos; pero quería verla al atardecer, en medio de aquellos crepúsculos que exaltaban mi fantasía infantil. Aquí estaba la vivienda de mi abuelo materno, nacido en La Palma de Canarias. De niño yo lo asediaba con preguntas sobre el paisaje y el clima de su tierra: «Apenas difieren», insistía él.

Debo admitir que yo fui educado en el amor a España, como tal vez no han sido educados muchos españoles. No sufría a causa de ningún regionalismo, ni fui obligado a expresarme en otra lengua

que no fuera la que aprendí de niño. Los pueblos de provincia y la capital cubana están llenos de *centros* gallegos, vascos, asturianos, etc., y toda esta diversidad constituía para mí la España única. Estaba convencido de que hasta el clima de las diferentes regiones españolas era también idéntico al de Cuba, una extensión de aquel archipiélago africano que mi abuelo no echaba de menos en el Caribe.

Muchos años después, en 1981, visitaría por primera vez aquella tierra que «apenas difería» de la mía. Volaba de Barcelona a Las Palmas con Rafael Soriano, y J.J. Armas Marcelo, ejecutivos entonces de la editorial «Argos Vergara», para el lanzamiento de

mi novela *En mi jardín pastan los héroes*. Poco antes del aterrizaje buscaba ansioso cualquier asomo de naturaleza insular. De pronto Armas Marcelo exclamó: «¡Ahí las tienes, míralas... agazapadas como fieras!»

Todos miramos hacia abajo. Eran enormes promontorios de piedra y ceniza con múltiples ciudades erigidas sobre el sedimento de la lava volcánica; pero hermosas y multicolores.

Nos hospedamos en el «Hotel Iberia» que está situado frente al malecón. Apenas dormí esa noche; abrí la ventana que daba al mar. A lo lejos distinguí un barco herrumbroso y pequeñas embarcaciones con luces parpadeantes como en todas las ciudades marinas. Era

Cuba otra vez, pero sin la abundante vegetación del trópico, afectada por largas sequías. Cuando la recorrí al día siguiente con mis amigos canarios, efusivos y alegres como mis compatriotas, fui descubriendo una ciudad como La Habana, con su mismo clima, con amplias zonas coloniales y comprendí al fin por qué mi abuelo nunca volvió a su isla que fue para él, y para tantos otros, las puertas de América. En ultramar había él encontrado la réplica verde, pródiga y gigante de las Islas Canarias. Habría considerado un don divino el haber podido adquirir con gran esfuerzo las dos fincas tabacaleras en una de las cuales vivió por el resto de su vida y

donde nació yo.

Lo recuerdo en los meses de invierno contemplando la cosecha en pleno vigor. La casa había sido construida de acuerdo con su gusto. Mis hermanos y yo nos adentrábamos y jugábamos en la plantación.

Este fue el único período de mi infancia que recuerdo con auténtica alegría. Fue un tiempo sólido donde todas las cosas estaban instaladas en su lugar preciso. El orden familiar se mantenía inalterable: abuelos, padres, tíos, hermanos, primos. Hasta los diez años viví en un ámbito armonioso que giraba con el ciclo de nuestras dos estaciones. En verano, los campesinos se dedicaban a rastrillar los campos de

labranza, pardos y desolados, y a los niños nos encantaba caminar detrás del rastrillo que iba acumulando los troncos de tabaco cortado y la yerba reseca que después se agrupa en montones en las cuatro esquinas del terreno donde sembrarían la próxima cosecha.

Mis abuelos eran cosecheros y almacenistas de tabaco. Mis viajes de Pinar del Río a La Habana estuvieron siempre vinculados a la empacadura del tabaco. En la calle Monte se alineaban todos los almacenes de mayoristas, y allí estaba el de mis abuelos que era espacioso, limpio, y con un fuerte olor a picadura.

Cuando empecé el bachillerato, comenzaron a llegarme rumores de

ciertos problemas financieros en la familia. Aunque mi padre se dedicaba por entero a su profesión de abogado, yo lo oía comentando a medianoche, con inquietud, el destino de las tierras que habían sido hipotecadas en un vano intento de mantener un negocio que declinaba con celeridad. Viejo, sin fuerzas ni entusiasmo para seguir luchando, mi abuelo paterno perdió sus propiedades y una noche, tenía casi noventa años, intentó suicidarse. La rama materna, mucho más prudente y organizada, mantuvo hasta el fin sus propiedades; pero ya a partir de los doce años nuestras visitas al campo se fueron espaciando y nunca más pasamos las largas temporadas de tres meses de

vacaciones. Y el refuerzo económico que sin duda también venía de aquellos almacenes de tabaco quedó suspendido, y la situación de mis padres se hizo más precaria en la época en que comenzábamos mi hermana Marta y yo los estudios de segunda enseñanza.

Pasamos por la finca al atardecer, nos detuvimos unos instantes; pero yo no quise salir del automóvil. Allí estaba en la colina la vieja casa de mi niñez, ahora rodeada de pinos nuevos que habían crecido con vigor; pero estaba vacía y abandonada. Al contemplar aquel sitio tan familiar sentí un extraño horror, y le pedí a Alberto que continuara. Sé que no se debe volver a los sitios donde creimos ser felices,

porque ellos pertenecen únicamente a la memoria y no toleran nostalgias, veneración ni homenaje. Yo anulé de repente su realidad. Ahora no tenía ya casa, ni siquiera en el recuerdo.

Cuando entré otra vez en mi apartamento, que Belkis había arreglado con buen gusto, la encontré dormida y traté de no despertarla. Mejor que la nostalgia que me ligaba a una infancia perdida era el impulso que esta simple mujer insuflaba a mis años.

En diciembre de 1972 nació mi hijo Ernesto. Quisimos tenerlo cuando aún éramos jóvenes para no tener que lamentar después no haber tenido ese hijo en el momento oportuno. De todos

modos, con su presencia nuestra vida se llenó de un trajín diferente; pero fueron años idénticos, monótonos, en que Ernesto crecía y, al mismo tiempo, se morían amigos muy cercanos. Primero fue Alberto Mora, después José Lezama Lima. En 1975 Saint-Jhon Perse muere en Francia, a la que nunca había pensado regresar cuando nos conocimos en sus años de Washington.

A nuestras reuniones familiares se había sumado también un pintor murciano, José Cid, que era, además, vecino. Belkis había comenzado a escribir su novela *Juan y Juana* y cada sábado Cid y Alberto Martínez se reunían con nosotros para oír la lectura de nuevos capítulos. Fue la etapa en que

Belkis pintó con más vehemencia y entusiasmo; pero estábamos convencidos de que nuestra vida intelectual carecía de porvenir en Cuba. No se nos publicaba y cuando, en una ocasión, Nicolás Guillén envió a la revista *Unión*, que él dirigía, cinco poemas de William Blake traducidos por mí, la Seguridad del Estado impidió su publicación.

Estábamos confinados: Belkis a su trabajo de correctora de pruebas de la *Nueva Gaceta de Cuba* en la Unión de Escritores, y yo como traductor en la editorial «Arte y Literatura». A partir de nuestro regreso a La Habana, luego de la breve estancia en Cumanayagua, la actitud del régimen hacia nosotros fue de

franca hostilidad.

En 1978, la monotonía de estos años se altera súbitamente con una política de apertura hacia el exilio cubano que Fidel Castro dice inaugurar. Fue entonces que se produjo el llamado «diálogo» con algunos exiliados, la visita al país de decenas de miles de cubanos residentes en el exterior, y la salida de ex presos políticos y de personas con familiares en el exilio. Estas circunstancias permitieron la salida de Berta y mis hijos para España, a quienes hasta ese momento se les había denegado la autorización. En España ellos comenzaron de inmediato a hacer gestiones para que el presidente Adolfo Suárez intercediera con el

Gobierno de Cuba en mi favor. Yo tampoco perdía oportunidad de acercarme a cualquier personaje que, en mi opinión, pudiera ayudarme a emigrar, es decir, a optar de nuevo por la vida. Con ese objeto me acerqué a García Márquez en uno de sus viajes a La Habana..

Sabía que el «Hotel Riviera» estaba lleno de agentes de la Seguridad, pero alrededor de las nueve de la noche decidí acercarme por la entrada lateral que da al malecón y conduce al plano inferior donde está situada la cafetería. Junto a la puerta de los lavabos de hombres había varios teléfonos. Evitando utilizar los de conserjería que están directamente interceptados por la

Policía del hotel, llamé desde uno de los teléfonos públicos.

Desde la habitación de García Márquez me contestó una voz masculina con acento cubano. Le dije mi nombre y oí que lo repetía en voz alta. García Márquez se puso al teléfono. Me saludó cordialmente y yo le dije que quería verlo lo antes posible. En ese momento no podía me dijo; estaba con algunos amigos; pero «mañana a las nueve de la mañana te espero aquí mismo en el hotel».

Temí que en las próximas horas la Seguridad tratara de impedir mi visita; le anticipé a García Márquez que quería hablarle sobre mis deseos de abandonar el país, que ése era el único motivo de

mi llamada.

—¿Y tú crees que puedo ayudarte?

Le dije que lo creía porque en ese momento él dirigía *Habeos Corpus*, una organización de derechos humanos.

—Ven mañana a las nueve que yo estaré esperándote.

—Si no vengo es porque me lo impiden —dije.

Me levanté al amanecer y acordé con Belkis que si al mediodía no la había llamado, lo hiciera ella a la habitación de García Márquez. A esa hora de la mañana era casi imposible encontrar un taxi, pero yo me situé en un grupo de arbustos próximo al semáforo más cercano a nuestro edificio. Allí podía ver pasar los automóviles sin que nadie

me viera. A las siete y media se acercó un taxi destartado que empezó a detenerse en la luz roja. Iba vacío y yo abrí una puerta y entré. El chofer, viejo y delgado, me miró con asombro. Le dije que tenía un asunto urgente y que pagaría cualquier precio si me llevaba. Le señalé los puntos de mi recorrido: Belascoaín donde debía recoger mi sueldo a las ocho de la mañana y el «Hotel Riviera», donde tenía una cita a las nueve. Me pidió 20 pesos y yo le di veinticinco. El trayecto se cumplió a la perfección. A las nueve entré en el mismo lavabo de los hombres y llamé a García Márquez. Me dijo que bajaría en ese mismo instante para pedir una autorización de modo que pudiéramos

hablar en su cuarto, ya que en los hoteles cubanos están prohibidas las visitas a las habitaciones. Calculé el tiempo que le tomaría el recorrido para llegar a los ascensores y me situé junto a la escalera de acceso al vestíbulo. Desde allí podía dominar los ascensores y la recepción. Al rato vi salir a García Márquez mirando a uno y otro lado. Subí la escalera de prisa y anduve hasta él que me estrechó la mano con efusión. De pronto fuimos rodeados a corta distancia por dos agentes de la Seguridad mientras veía avanzar, respirando con agitación, a Gustavo, el jefe encargado de vigilarme, que pronto estuvo a nuestro lado. Le dije que se acercara y le tendí la mano. García Márquez no

parecía comprender la situación.

—Gabriel, éste es un oficial de la Seguridad y esos que están ahí son dos agentes que quieren impedir nuestra conversación.

Gustavo respondió con gran calma que eran exageraciones mías, que no me hiciera caso, y los tres se fueron. Mientras subíamos en el ascensor, García Márquez me comentó:

—A tu amigo no le gustó mucho que lo presentaras de esa forma.

—Es su trabajo.

Nos sentamos en el largo sofá de la *suite*. Gabriel comenzó a hablar:

—Rolando Rodríguez, el director del Instituto del Libro, me aseguró que estabas trabajando con él sin

dificultades, y que evitas a los extranjeros que quieren insistir en tu caso; pero veo que no te sientes bien.

Le expliqué mi interés en ir a España donde estaban mis tres hijos mayores. Para que no se sintiera alarmado insistí en que mis razones para emigrar no eran políticas sino «humanitarias».

—Pero has elegido un mal momento. Tu caso no ha perdido actualidad, y si vas ahora a España habrá contrarrevolucionarios cubanos esperándote para convertirte en bandera.

Le aclaré que no tenía vínculos políticos con ningún grupo de exiliados; pero él insistía con preocupación en que también habría periodistas esperándome en el aeropuerto, y muchos. El «caso

Padilla» resurgiría en el momento menos oportuno. «Te pido que reflexiones.» Entonces dijo que el «caso Padilla» lo había separado de sus mejores amigos y toda la comunidad intelectual latinoamericana había sido afectada por el incidente.

—He querido borrarle tu caso de la cabeza.

Hizo un ademán con la mano que subrayaba físicamente sus palabras. Ahora descubría que el viceministro a cargo del Instituto del Libro no le había dicho la verdad, internamente el problema no estaba resuelto. Añadí que mis hijos y otros familiares en España habían aprovechado el viaje de la delegación del Presidente del Gobierno

español, Adolfo Suárez, para que planteara mi caso en términos amistosos. Yo quería salir, pero el Gobierno me había negado que la delegación española hubiera planteado nada oficialmente. Me preguntó quién me lo había dicho.

—Ese oficial que trató de impedir que te viera.

—¿Y por qué piensas que es falso lo que te dijo?

—Tengo varias cartas de mi familia donde me cuentan que Cuba aceptó que después del viaje del grupo de repatriados españoles, que ya se habían ido en los aviones que España había mandado, saldría yo inmediatamente. José Luis Cueto, de la seguridad

personal de Suárez, y Aza, su jefe de despacho, se lo habían dicho a mis hijas.

Pablo Armando Fernández me había contado que José Luis Cueto lo visitó una mañana para mostrarle una foto en que aparecía con mi familia, y para que me dijera que el Gobierno de Cuba había accedido a mi viaje a Madrid. García Márquez me pidió que le detallara las gestiones de la delegación de Suárez; pero yo le respondí que no quería insistir en esa gestión; prefería que él, García Márquez, expusiera mi caso.

—Te repito que quiero aprovechar la oportunidad que se está dando a todos los ex presos, o personas que se sientan marginadas en Cuba. Se ha dicho

oficialmente que todas esas personas pueden abandonar el país. Y lo digo en esta habitación porque sé que todo lo que estamos hablando aquí está siendo grabado.

García Márquez lanzó una carcajada.

—Tú sobreestimas demasiado a los organismos de Seguridad de este país.

—¿Por qué? Me parece explicable que un Gobierno se quiera informar de lo que hablas aquí con tus visitantes. Tú eres una figura. Si yo fuera un Jefe de Estado te colgaría un micrófono invisible en la camisa.

—Te advierto que yo soy el primer crítico de esta revolución.

—Pero no te han invitado por tus críticas. A todos nos gustaría poder

hacerlas. A ti te han invitado porque te acercaste a la revolución cuando la mayoría de los escritores extranjeros dejaron de apoyarla.

García Márquez movía sin cesar una de sus piernas. Vi sus botas marrones, de piel muy curtida. Eran de las que estaban de moda en ese momento en España.

—Tienes razón en pensar que puedo ayudarte —dijo con lentitud—, pero no lo haré. Creo que debes pensarlo otra vez. En estos momentos tu salida le haría daño a la Revolución.

La *suite* del hotel era idéntica a la que había ocupado Jorge Edwards; los mismos muebles distribuidos de la misma forma; lo único distinto era el

frigorífico de fabricación cubana y la mesa donde había botellas de agua mineral y un litro de «Johnny Walker», etiqueta negra. El descorrió las cortinas y por el gran ventanal que daba al mar entró la claridad del trópico.

—¿Quieres beber algo?

Le respondí:

—Dice un personaje de Graham Greene que en ciertos momentos es casi inevitable.

—Al viejo le deben un Nobel. Se lo digo cada vez que lo veo. Tú también trabajaste en *Prensa Latina*, ¿no es cierto? —me preguntó.

—En la misma época que tú.

—No te recuerdo. ¿En qué departamento trabajabas?

—Con Rodolfo Walsh en Servicios Especiales. Nos vimos algunas veces en las reuniones que hacía él, con su mujer Poupé en su piso del Foxa.

—A Poupé la he visto en Buenos Aires. Me aseguró que alguien, por una cárcel de provincia, creo que en Santa Fe, había visto a Walsh; pero lo más probable es que sea uno de los desaparecidos.

—No puedo imaginarme a Rodolfo Walsh en una guerrilla urbana —dije.

—¿Y puedes imaginarte a Mazetti al frente de un comando guerrillero en las selvas del norte de Argentina?

Exclamó pensativo:

—¡Nuestra generación se ha ido llenando de cadáveres!

A las once y media de la mañana me puse de pie para despedirme, y le agradecí que me hubiera recibido y oído. El me tendió la mano con efusión.

—Te he dado mi mejor consejo. Reflexiona y terminarás por darme la razón.

Desde luego, no presté ninguna atención a su consejo, ni tampoco al Gobierno le interesaba que lo hiciera.

Alejo Carpentier era de la misma opinión de García Márquez en cuanto a que, pese a los errores de la revolución, había que mantenerse fiel a su causa y no enemistarse con la izquierda internacional.

En uno de sus viajes a La Habana, ya mortalmente enfermo, lo encontré en la

librería de la Calle 27 y L, muy cerca del antiguo «Hotel Hilton», y estuve a punto de evitarlo; el escándalo internacional de mi caso había contribuido a que su vida se hiciera más difícil en París y yo lo sabía; pero él me descubrió y avanzó hacia mí con decisión, con una sonrisa fatigada, fatigado todo él, sudando, él que apenas sudaba en el trópico. Me pidió que lo siguiera y entramos en uno de los bares abiertos del hotel, nos sentamos y dijo: «Lo que quiero es una cerveza, porque me estoy ahogando. ¿Tú qué vas a tomar?» Pedimos dos cervezas.

—Todo lo que ha ocurrido pudo ser peor —me dijo—. Por lo menos estás vivo y libre. ¿Qué piensas?

¿Qué importancia tenía lo que pensara? En última instancia, su rapto afable en plena calle sólo servía para agravar su situación. En tales circunstancias, lo mejor era callar.

—¿Vienes para quedarte? —le pregunté.

—Mira, chico, yo ni siquiera sé cómo he podido llegar. En estos casos uno no sabe nada del futuro. En París me tratan los mejores especialistas. Esto da siempre una vaga esperanza. Tengo que regresar, no me queda más remedio.

En estas expresiones se prolongaba como un lamento:

—No me queda más remedio que estar a la izquierda. No me queda más remedio que admitir que la literatura

revolucionaria cubana aún no ha surgido. No me queda más remedio que volver. Tú tienes la culpa de todo lo que ha pasado. Te lo dije más de una vez, pero, claro, los jóvenes se cagan en todas las advertencias de los mayores. Mira, no podemos pelearnos con la izquierda.

No hice ningún comentario y él se apresuró a continuar:

—No podemos pelearnos con la izquierda aunque sea coja, tuerta y fea. ¿Dónde está la derecha? ¿Qué nos ofrece? A mí, por lo menos, no me dio nunca nada. Eran los que decían que el pobre es pobre porque Dios así lo quiso. ¿A ti qué te ha dado? A ver, ¿a ti qué te ha dado?

Lo preguntó con tal vehemencia que le respondí que no me habían dado absolutamente nada y que nada esperaba de ella. Entonces vi en su cara el único raptó de energía de aquella conversación.

—Bueno, pues te han dado el peor prestigio que puede tener un escritor de nuestro tiempo. El prestigio que esa gente confiere lo único que hace es cagarnos.

—Yo no tengo ningún prestigio, Alejo —le grité.

Se echó a reír; dijo en voz baja:

—Eres el niño lindo del Opus Dei en España, y de toda la recalcitrante derecha europea.

—¿Por qué? —volví a gritar.

—¡Ah, vaya usted a saber! Tal vez lo sepas tú.

—¿Qué mierda quieres decirme?

Estaba a punto de romperle la botella en la cabeza. Mis nervios estaban destrozados, no podía continuar soportando los reproches típicos de todos los que hubiesen preferido verme en una cárcel, lo cual resultaba preferible a la confusa libertad que disfrutaba.

Por primera vez en mi vida lo vi adoptar el tono del verdadero cómplice, experto en el análisis y en la maña.

—¿No te das cuenta de que no han podido meterte de cabeza en la cárcel como han hecho con muchos otros, a quienes no les han dejado opción alguna,

simplemente porque no les respetan, porque no les temen?

Me tuve que reír. Para mí un presidiario político era un adversario que había demostrado serlo con la acción.

—No —dijo él—. En política, a los adversarios se les elige. Un agente de la CIA no es un adversario, ni tampoco lo es un terrorista, un activista elemental de cualquier organización contrarrevolucionaria con sede en Miami. A éstos se les agarra y se les mete en la cárcel (están condenados por la Historia); pero un joven surgido en el proceso revolucionario, que se ha manifestado partidario de sus propósitos, que, como tú, ha estado

presente en situaciones críticas, no es lo mismo. Te han dejado libre porque no era necesario meterte en prisión. Tienes que detenerte en la deferencia y estudiarla.

Por un instante, mientras hablaba con nerviosismo y bebía la cerveza, pensé en la deferencia, pero no sentí ánimos de estudiarla. Para mí se trataba de una autodegradación provocada, típica del mundo comunista, que Alejo, por ser un hombre de mucha más edad, conocía mucho mejor que yo.

¿Por qué me hablaba de ese modo? Y, además, convencido de que toda conversación era espiada, de que este encuentro a la luz del día sería conocido inmediatamente por la Policía? Pienso

ahora que fue uno de sus últimos actos de independencia.

Había sido nombrado miembro de la Asamblea Nacional, mediante el simple expediente de colocar su nombre en la boleta oficial y única. Había actuado con la férrea disciplina de un miembro del Partido cuando fue necesario romper con los antiguos izquierdistas, no comunistas, con motivo de las cartas de protesta por mi detención. Y, sobre todo, estaba enfermo, que en el mundo comunista es el único salvoconducto de valor.

Al fin Belkis logró salir en 1979, con Ernesto. Viajaba con un permiso temporal de tres meses para visitar a su

madre enferma en Estados Unidos a quien no veía desde hacía catorce años; pero todos, incluso las autoridades, sabíamos que no iba a regresar. Durante el año que estuvimos separados todo su esfuerzo lo dedicó a procurar la obtención de mi salida.

Ese año, en que Belkis y Ernesto vivieron solos en Estados Unidos, estuve en permanente tensión. Sus cartas y las de otros amigos, más que darme ánimo, alentaban en mí una angustiosa expectativa.

Por la mañana me dedicaba a hacer las traducciones para la editorial de «Arte y Literatura», y por la tarde, cuando la ansiedad se hacía intolerable, me iba a la playa de 16 y primera en Miramar, y

allí nadaba hasta el cansancio.

Una tarde me llamó por teléfono el poeta Manuel Díaz Martínez para anunciarme la muerte de Virgilio Piñera a causa de un infarto masivo. Aunque era uno de nuestros más grandes dramaturgos, su muerte no tuvo resonancia en el mundo de la cultura oficial; pero por tratarse de un amigo de muchos años y de un compañero de trabajo, su desaparición, que se producía en el momento de mayor incertidumbre, venía a acrecentar mi soledad.

La imagen de un Virgilio Piñera pederasta, corriendo en medio de una revolución que lo persigue como el gendarme de las películas del cine mudo, ha sido plasmada con tal fuerza por Guillermo Cabrera Infante que me será difícil enriquecerla con la que yo conozco: la del escritor tenaz, consciente, ingenioso y fraterno; porque el Virgilio que conocí en 1954, cuando acababa de regresar de la Argentina, no es fácil reducirlo a las peripecias festivas del simple homosexual.

Tenía casi veinte años más que todos los de mi generación y ya con una vida y

una obra tras él. Ahora sabemos por experiencia que lo único que un escritor maduro entrega a los jóvenes son sus múltiples, sus incesantes máscaras. Aunque reacio a sentar cátedra de ningún tipo, se vio rodeado de un grupo de jóvenes que lo miraban con estimación literaria y humana, pero de quienes lo separaban los años áridos de su juventud, el hecho de haber vivido en un país donde cultura y nada eran la misma cosa. Si en algo tiene razón Guillermo es que uno a veces tenía la impresión de que escapaba, de que se tornaba invisible por momentos.

¿Cuál fue el Virgilio Piñera que conoció Guillermo Cabrera Infante? Sin duda el que describe. ¿Cuál fue el

Virgilio que conocí yo? Al principio, el que se sentaba a mi lado; los domingos por la mañana en la redacción de *Revolución*, a escribir su columna que firmaba como *El Escriba*, en tanto yo hacía el resumen político internacional de la semana. Llegábamos puntualmente a las nueve y salíamos alrededor de la una de la tarde. Como yo tenía *máquina*, lo llevaba a su apartamento del Vedado, puerta con puerta con el de José (Pepe) Rodríguez Feo, el que fuera auspiciador y colaborador de la revista *Orígenes*. A veces subíamos y nos reuníamos con Pepe y hablábamos hasta que éste terminaba el almuerzo, y a veces almorzaba con ellos. Eran los tiempos en que Pepe bebía enormes cantidades

de cerveza. Virgilio lo único que bebía era café. Había pertenecido al grupo de *Orígenes*, pero a él y a Justo Rodríguez Santos sólo los vinculaba a la revista su amistad con Lezama y, en el caso de Virgilio, también con Pepe.

Lezama, uno de los hombres de mayor curiosidad y diversidad estética que he conocido, admiraba en Rodríguez Santos el dominio de formas académicas que él por naturaleza rechazaba, y he llegado a pensar que sus famosos sonetos infieles son menos el resultado de un propósito estético que de su incapacidad para lograrlo. Adoraba la décima, Y escribió muchas de ellas dedicadas a la amistad que distan mucho de esa forma popular, tal como distan sus sonetos de los

catorce versos clásicos, que a veces acertaba con estrofas impresionantes: *«La oscura lucha con el pez concluye; / su boca finge de la noche orilla. / Las escamas enciende, sólo brilla / aquella plata que de pronto huye»*.

Pero por cada una de esas estrofas regulares, Justo Rodríguez Santos era capaz de escribir cientos. Recuerdo la admiración con que me habló Lezama del libro *La frontera*, del poeta uruguayo Roberto Ibáñez, premio *Casa de las Américas* de 1960, de cuyo jurado formó parte Lezama. Ibáñez y Rodríguez Santos son casi el mismo poeta. Virgilio, en cambio, provocaba otro ángulo de la admiración de Lezama: el que sentía por su irreverencia

expresiva, por su don de claridad sin esfuerzo, por su dicacidad constante, y por sus invenciones teatrales, y sus cuentos, y también por algunos de sus sonetos: «*Viene por ti la oscura, la intratable / una risa te ciñe a su dibujo / comenzando en la máscara*» que, a diferencia de Lezama, Virgilio no llamaba «infieles», sino sonetos oscuros.

Virgilio tenía dos años menos que Lezama, que a su vez era dos años menor que Emilio Ballagas, figura por excelencia de la vanguardia cubana, el niño prodigio de la *Revista de Avance*. La aparición de Lezama con su *Enemigo rumor* llevó a decir que los poetas de *Orígenes* eran continuación de la

vanguardia; pero de hecho no resultó así. Aunque Juan Ramón Jiménez los prohió a todos con igual simpatía, a tal punto que no recuerdo ningún espaldarazo en la poesía hispanoamericana como el que dio Juan Ramón a Florit y a Lezama —para citar a los más destacados— no sé qué relaciones pudo encontrar Juan Ramón con poetas tan opuestos.

Del mismo modo me he preguntado, ¿qué afinidades estableció Lezama con poetas tan distintos de su manera como Virgilio Piñera y Rodríguez Santos? Tal vez algo incompleta, la sed de algo inalcanzable que está presente en todos los estilos literarios. La literatura es muy misteriosa. Dice Borges que se

rindió ante la Poesía laforguiana de Martínez Estrada y consideraba insuperable un poema como el dedicado a Walt Whitman, que es un texto mecánico e irrelevante. Blas de Otero me dijo cierta vez, en un restaurante del puerto habanero, que leía todos los meses a Juan Ramón Jiménez, en respuesta a mi aseveración de que su poesía estaba más cerca de la de Unamuno, a quien el execraba.

En *Orígenes*, Virgilio fue un marginal, así como Vitier y Eliseo Diego son perfectamente orgánicos, a ratos paródicos de Lezama, siempre epigonales. Virgilio no. Sabemos que fue miembro del grupo por su inclusión en la antología poética que organizó y

prologó Vítier en 1948. Entonces la mayoría de los escritores de mi generación apenas habíamos rebasado los quince años de edad. De una edición impecable, no hubo poeta que no atesorara aquella antología. Yo la he conservado como un objeto a un tiempo atractivo y desolador. No podía identificarme con aquel hermetismo, con aquellas estructuras crípticas y ampulosas. La vida no pasaba por ellas. El sitio de la mujer era «la zona de las esposas», el del hombre «el sitio del esposo». El homosexualismo de algunos, incluido Lezama, quedaba reducido al hermosísimo «*Deseoso es el que huye de su madre*». No sé por qué la antología comenzaba con un exergo de

Paul Valéry, pues el único contacto del grupo con el poeta francés era la voluntad de razonar la poesía y el tema de Narciso.

El poema de Virgilio *Vida de Flora* inserto en la antología fue como un estallido en un conjunto de aventuras metafísicas y místicas. Sus versos afirmaban la voz definitiva de Virgilio: «*Tú tenías grandes pies y un tacón jorobado, Flora.*» Su compasión ácida, incisiva, hacia un ser de carne y hueso, una pobre coja habanera, por encima de los misterios de la Eucaristía y de los jardines invisibles de las aristocráticas calzadas, era lo mejor del Virgilio Piñera que encontró en el teatro, el cuento y la novela sus formas naturales

de expresión.

Virgilio podría caracterizar a ese artista que Petersen estimaba «el oprimido», es decir, que no logra insertarse plenamente en una generación porque su obra contiene los elementos que habrán de estallar en la generación siguiente. Y en realidad, entre nosotros, Virgilio, se sintió a sus anchas; ejercíamos la libertad que Franqui nos daba como director del periódico oficial del 26 de julio, y *Lunes* difundía una literatura de múltiples alternativas, o tal vez viera cumplirse de algún modo el proyecto de *Ciclón*, revista que creara Rodríguez Feo luego de su ruptura con *Orígenes* y que en realidad dirigía Virgilio. El logotipo de *Ciclón* era una

boca de carrillos hinchados por el esfuerzo de soplar con furia. Si es cierto que *Lunes* sopló a veces con demasiada fuerza, no por eso pudo soplar sostenidamente, como habríamos querido. Varios números tuvieron que ceder a la política oficial por esa ingenua ilusión de supervivencia que anima a la gente en situaciones críticas. En el número dedicado a la URSS y a sus manifestaciones culturales actuamos con «disciplina», y hubo que rehacer la edición para adaptarla a las necesidades del momento; es decir, a la mentira. Lo mismo ocurrió con los números dedicados a Corea y a China, hechos entre las risotadas de Ithiel León que traía todo el material de sus viajes por

aquellos países de donde regresaba horrorizado.

En *Lunes* Virgilio tuvo una participación constante. Allí se publicaron trabajos suyos de mucho valor y ensayos sobre su obra. La redacción de *Lunes* estaba siempre abierta: un salón enorme situado detrás del cuarto de los teletipos, que nos separaba de la redacción general, donde los periodistas nos miraban de reojo, como a bichos raros; pero el ruido constante de los teletipos servía de cortina sonora a nuestras discusiones literarias. Desde un minúsculo escritorio, Guillermo Cabrera Infante, siempre de saco y corbata, presidía las sesiones. Me parece estar viendo el

escritorio, que hacía juego con su «Nash» blanco, convertible, con que se deslizaba de un lado a otro de La Habana.

Guillermo se dedicaba a «provocar» al grupo, compuesto casi siempre, por Virgilio, Pablo Armando Fernández, Antón Arrufat, Fausto Canel, Humberto Arenal, Luis Agüero, Álvarez Baragaño, Severo Sarduy, Jaime Saruski, Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes.

Después de las doce empezaba el más torturante juego que se haya podido inventar para pasar la noche. Se hacía un riguroso escrutinio de quienes entre nosotros sobreviviría en la literatura cubana. Virgilio era el encargado de hacer el dictamen, pero un dictamen

gestual a la pregunta formulada por Guillermo.

«Maestro, ¿ganará *el Pocho* (es decir, Ambrosio Fornet) la posteridad? A lo cual el gesto dubitativo de Virgilio era traducido al instante. El grupo estallaba en carcajadas, Ambrosio palidecía. «¿Y la vaca?» (es decir Saruski). Un alzamiento de cejas, un atisbo imperceptible de sonrisa. Las manos de Saruski chorreaban sudor. ¿Y Desnoes? Una mueca leve. ¿Y Pablo Armando? Una mirada a lo alto. ¿Y Padilla, Baragaño, Arrufat? Un rostro imperturbable que se iba iluminando lentamente. ¿Y Lisandro Otero? Una risa estentórea.

El actor nato. Si en Cuba hubiese

existido un teatro poderoso, no marginal, que hubiera permitido a los dramaturgos reescribir en la escena, corregir entre bambalinas, y no como se escribió siempre, haciendo todos los señalamientos en el texto a secas, el teatro de Virgilio, y Virgilio como actor, habrían alcanzado una dimensión aún mayor. Hasta tal punto estaban obligados nuestros autores a apuntar todo cuanto imaginaban y escribían, que cuando *La noche de los asesinos* de José Triana fue premiada en el concurso *Casa* con la oposición maligna de los jurados, y la puesta en escena obtuvo el *Gallo de la Habana*, los malintencionados comenzaron a decir que ello se debía al montaje y a la «extraordinaria»

dirección de Vicente Revuelta. Sin embargo, la obra editada por la *Casa de las Américas*, era un guión sin variantes de todo cuanto ocurría en escena.

Virgilio leía sus obras e interpretaba todos los personajes como un transformista. Afortunadamente, pudimos verle actuar cuando *Teatro Estudio* le permitió decir sus poemas en público. Fue un recital inolvidable. El suelo del escenario estaba cubierto con una tela lanuda, sobre un pequeño alzamiento perpendicular. Sólo una luz venía de lo alto siguiendo a Virgilio, delgado, menudo, vestido con un simple pantalón de dril y una camisa azul clara, sin zapatos. Comenzó a recitar de memoria, como si fuesen monólogos

algunos de sus poemas más hermosos. El público aplaudía sin cesar. Virgilio entraba, salía, se inclinaba, sus movimientos eran el oleaje de sus múltiples y soñadas apariciones y desapariciones. ¡Y cómo llenaba el sitio aquella criatura menuda, Virgilio, el invisible! La luz directa sobre el rostro le acentuaba sus ojos grises, la cuenca alterada por el color malva daba a su mirada un brillo como de lágrimas. Aunque nunca lo confesara a todo el mundo, era de una sensibilidad hiperestésica, tejida por sus años de sufrimiento: homosexual en un país machista, escritor en un medio cultural cuya única revista literaria fue *Orígenes*. Lo vi llorar dos veces, en la

súbita muerte de Baragaño, a quien admiraba como poeta y *enfant terrible*, y en la de Lezama. Me abrazó en un sollozo al tiempo que me decía: «El gordo se nos fue.»

Recuerdo sus lecturas de poemas, quién sabe dónde están esos poemas juveniles de una infinita melancolía. Podía estar más de una hora recitando en francés la *Fedra* de Racine. Dice Guillermo que me tenía simpatía, pero las razones que aduce no son exactas. Confieso que nos unía una fobia común contra el barroco. Pasábamos horas enteras discutiendo las causas de por qué la literatura escrita en castellano extrajo de un período tan fértil para las ciencias una práctica tan caótica, tan

rimbombante y caricaturesca del arte. Nuestra irritación por las teorías de Alejo Carpentier no tenía límites.

A Virgilio le gustaba mucho la anécdota que nos contó José Bianco durante su estancia en Cuba en relación con un encuentro con Borges en Viña del Mar. Ciego ya, Borges reconoció inmediatamente a Bianco por la voz. «¡Pepe! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?» A lo cual respondió Bianco con un verso de Borges: «*Ser en la vana noche / el que cuenta las sílabas.*» Borges, complacido tal vez, no dejó de agregar: «¿No te parece demasiado barroco?»

De Borges había aprendido Virgilio a desconfiar de las literaturas que «usan el

español» como sinónimo de enmascaramiento o pompa. Los defensores de esas argucias —aunque no las practicasen, como Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña— le reprochaban a Borges que prefiriese cualquier escritor inglés de segunda categoría a ciertos eminentes autores españoles. Eran, por supuesto, injustos, pues nadie dijo de Quevedo y Cervantes nada mejor ni más exacto que lo que dijo Borges, pero Virgilio, sabía que el argentino pretendía con sus manifestaciones extremistas, con sus excesos, dinamitar la guardia de aquellos «abogados de lo barroco» de que habló Antonio Machado.

Virgilio y Borges no tienen en común

la «voluntad de estilo», pero sí el modo de calar la imaginación. *El baile* de Virgilio hubiera podido escribirlo Borges, sólo que este cuento fue publicado mucho antes.

Es curioso que en aquella época Severo Sarduy, muy borgiano nos daba la razón, y años después encontró que «ser barroco hoy significa amenazar, juzgar y parodiar la economía burguesa, basada en la administración tacaña de los bienes, en su centro y fundamento mismo: el espacio de los signos, el lenguaje, soporte simbólico de la sociedad, garantía de su funcionamiento, de su comunicación...». Sólo que Severo no habla del barroco hispano, sino de un neobarroco de Hispanoamérica, del

«desequilibrio» que es «el reflejo estructural de un deseo que no puede alcanzar su objeto».

Para Virgilio ese «el reflejo estructural» no se expresaba al nivel de una superfetación de la lengua, sino en la articulación de planos imaginativos que debían hacerse claros para la inteligencia. Nunca se interesó por los juegos de palabras, por el discurso paródico, sino por la representación oblicua o alusiva del pensamiento que las palabras debían acentuar tan vivamente que terminaron por desaparecer de la página. Es temprano para decidir si lo logró. Ni antes ni después tuvo la fortuna de encontrar una corriente fácil en la cual nadar. No

sublimó nada. Sus metáforas fueron su realidad, su carne, como el título de uno de sus cuentos y el de una de sus novelas, simple carne, aunque uno supiera que eran formas de su ser y de sus hambres.

Políticamente también encontramos afinidades. El mundo contemporáneo lo ponía sobre ascuas, pero jamás perdió la lucidez ni el sentido del humor para analizarlo. Durante mis ausencias de Cuba nos escribimos mucho, sobre todo cuando estuve de corresponsal en Moscú, cartas en que me disimulaba sus grandes temores con minuciosos detalles de aparente frivolidad, como esta que me envió pocos meses después de mi partida:

*La Habana, noviembre 30
de 1962*

*Mi querido Padilla, ahora,
por una trivial asociación de
ideas —el «frío»
condicionado del periódico y
el frío moscovita— te he
recordado. Uno no puede
sustraerse a esa pregunta —
también trivial—: ¿qué hará
Padilla en estos momentos?
Y en seguida nos ponemos a
efectuar cálculos con el
tiempo: si en Moscú,
pongamos por caso, son las*

tres de la madrugada, lo más probable será que Padilla esté durmiendo, pero podría ocurrir que no, que estuviera trasnochando, o si no trasnochando, presa de un dolor de muelas que lo tiene desvelada, y debido al cual ha recurrido a la relectura de los Cuartetos (Eliot). Apartando el «jueguito» mental, me parece que lo convincente del caso es el fondo de ternura que él aporta. Preocuparse es enter necerse y despreocuparse es abominar el ser humano. Todo esto

para decirte que estoy preocupado (y enternecido) por vuestra estancia en Moscú, y no porque imagine osos grises por las calles dispuestos a abrazarnos en estrechón mortal, sino por las incidencias mismas de la vida. Saber qué hace Padilla en Moscú es una noble curiosidad originada en la ternura. A ramalazos he sabido de ti —por una traducción de un poema de Evstuchenko aparecida en el periódico)—t porque Arcocha «notició» hacia acá que dicho poeta te habría

presentado al público en Moscú en una audición poética, porque Martínez me dio vagas noticias tuyas. Ahora quiero que me escribas convirtiendo el ramalazo en copiosa información. A mi vez, te informo. Esa gente del siglo XVIII cada vez más dieciochesca, han llegado a versallismos incalculables. Por ejemplo, Fornet se sacó la barba porque ello le podía acercar al Renacimiento (época que ellos odian cordialmente); Lisandro, orondo, porque Goytisoló le

dijo que todo París hablaba de él (sic). ¿Y en base a qué?, le dije yo. Aquí el grupo entero se dio un pase de rapé. Están, como se dice, acabando. Al fin salió la Guerra y los Basiliscos. Su autor tuvo la amabilidad de dedicármelo. No quedé sorprendido por lo de «Maestro de esta generación»; en cambio, no sé qué pensar de la segunda parte de la dedicatoria: «A Virgilio Piñera, baluarte del simbolismo.» Yo creía estar obligado con muchas cosas, pero con el simbolismo... Por

lo poco leído de la G. y los B., sospecho que Llópez es un infatigable cultivador de Borges. Todos esperamos que ese arranque con Borges termine en una recta final nombrada Llópez.

Prosiguiendo con el «estilo informativo» (en una ciudad como la nuestra bastante distanciada del pensamiento no queda otro remedio que llenar las cartas con este estilo) de su poema: La Ciudad Muerta de Korad. 58 cuartillas, numerosos epígrafes en latín, español, etc., referencias y citas de

otros poemas (entre los cuales te cuentas, y yo también; no así Arrufat). Poema subdividido en cuatro partes: «La Princesa de Marte» (alusión a la obra de Bourroughs). «El Fantasma de la Ópera» (trasposición de la novela de Leroux), historia de su padre, el rapto de la princesa. Es un excelente poema, y más que eso, un gran esfuerzo. Contiene pasajes con verdaderos hallazgos, y es, sobre todo, un furioso poema, romántico, que me recuerda en sus líneas

generales el celeberrimo poema de Hugo: Noces et Festín. Saldrá en «Ediciones R.» para febrero. Te supongo enterado del inminente, amenazador, viaje de Pablo Armando hacia Londres, a donde con su inglés bégayant será el tormento de los lores de ambas Cámaras. A estas horas se ha llegado a un acuerdo con Her Gracious Majesty en lo que se refiere al protocolo. Pablo llegará ante Su Majestad, y sin abrir la boca hará las reverencias de tumor. Entonces su voz grabada en disco, que

primero ha sido corregida por Eliot, pronunciará las palabras de salutación.

El día 8 de diciembre estreno por fin Aire Frío. Hay expectación. Veremos. Aquí la gente quiere entertainment (¿se escribe así?) y yo voy a darles quejidos desgarradores y mucho negro humo... Pepe Triana prepara un extenso ensayo (¿es posible?, ¿podrá hilar el pensamiento hasta el punto de treinta páginas?) sobre tu libro, el de Pablo y el de Arrufat.

Aparecerá en Unión. El

grupo Parajón se prepara para el año casaliano. Todo un equipo recorre la ciudad buscando borgianamente «sin fatiga pero con angustia» huellas de Casal, rastros, topografía, suspiros dejados en una esquina, detalles vestimentarios, perfumes «con música de alas» (J. A. Silva), en fin toda una selva selvaggia de ese poeta que pasados cien años se parece tanto a otros poetas nuestros con sus «cabellos empapados de melancolía». Ahora el grupo «El Puente» (del que te diré

que tienen en la sede de la UNEAC una oficina para sus propias ediciones y consagraciones) lanzará su magazine titulado CATAPULTA, una verdadera, pues en el primer número aparece la condenación de Guillén y el elogio de Lezama. El gordo ha rehecho la divisa de su escudo. Ahora dice «Tarde», pero seguro: un puente, un gran puente que ahora se ve...

Y eso es todo, mi querido Heberto. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo tu familia? Dime si logras y logran entrañarse

con Moscú. Otra cosa: no te olvides del prólogo a la antología. Arrufat y yo podríamos seguir tus instrucciones para la selección. Dime algo al respecto. Dime igualmente si escribes en estos momentos, cómo es tu trabajo, etc. Un gran abrazo.

Virgilio

La gente del siglo XVIII era el mote con que aludíamos al binomio Ambrosio Forner-Edmundo Desnoes. La antología a que se refiere fue el primer proyecto

de trabajo colectivo de las «Ediciones R» de las que Virgilio era ya director. La antología, como mi novela *Busca vidas*, quedaron atrapadas por la destrucción del periódico y, por supuesto, por la destitución de Virgilio. Sabía yo que Virgilio me estaba reclamando el compromiso de que le contara, y, desde luego, le conté; y aunque hace veinticinco años no teníamos las cautelas que hoy tiene todo el pueblo de Cuba, traté de que mi carta sólo fuese leída por él y por Calvert Casey. Después supe que había desaparecido, para verla reaparecer más tarde en mi expediente de enemigo del socialismo. A Virgilio se lo habían incautado todo, incluida mi carta.

Nuestra ingenuidad, o torpeza, de entonces no tenía límites. Casey no pudo contenerse, luego de mi respuesta a Virgilio, y también me escribió una carta que conservo como muchas otras de ambos:

La Habana, febrero 5

Amado moscovita:

Por las señales y por lo que me dice Arcocha, mi carta a ti dirigida s/o Arcocha no llegó nunca, pues no has dado señales de vida, aunque leí tu archi-interesantísima carta a

Virgilio.

Te escribí motu proprio sabiendo las tristezas de los primeros tiempos en cualquier lugar. Ya ves cómo mis mejores intenciones se perdieron en el correo. Tantas otras cosas se pierden así, te enviaba un capítulo de novela mío que salió en Unión, y que ya habrás recibido; recortes, etc.

El Jurado de la Casa de las Américas, en el cual me han metido, me tiene loco. Pero son simpáticos, los Cortázar («Bestiario»), de París, Emmanuel Caraballo, de

México, González Tuñón, de B.As. y otros. Todos aman tu poesía, tu libro y el de Arrufat les parecen lo mejor. Vieron Aire Fresco que es muy buena. Te envío crítica.

Te envío poemas de Miguel Barnet, a quien tuve que soportar una noche que recitara poemas tuyos de memoria en 12 y 23; no pude contenerme, arrojé un vaso al suelo lleno de ira y vine para casa. Cómo te admiran los poetas jóvenes.

Echo de menos tu corrosivo labio, tu constante irritar, tu voz insoportable, tus

insultos.

Allá tienes al Pablo en Londres y al Guillermo en Bruselas. ¿Te carteas con ellos?

Bien, no tengo tiempo para más nada; moléstame en lo que quieras; te he hecho enviar la revista de la Casa, ¿te llega la Gaceta?

Recibe un fuerte abrazo.

CALVERT

*Oficios 359, Apto. 306
La Habana*

Cuéntame detalladamente

tus éxitos, ovaciones, etc.

Virgilio se levantaba a las seis de la mañana, traducía, leía, escribía, obra tras obra; hacía cola en los restaurantes en las peores épocas de Cuba; de modo que ese *anus* al cual quieren elegir un monumento no sólo le sirvió para satisfacer su eros, sino para sostener una cabeza que supo aliar con fuerza inigualable en nuestras letras el eros con la imaginación. Pero nunca usó drogas, no bebió una sola gota de alcohol, no hizo escándalo alguno; fue el ser más pulcro, sobrio y generoso que he visto en mi vida. Léase *Aire Frío* y sabremos cuál fue su vida, porque esa obra es el

breviario crudo de una familia cubana ejemplar en más de un sentido. Lo rodeó el hambre, pero jamás la presentó literalmente en sus obras, sino que la convirtió en metáfora, como en *La carne*. En Arte y Literatura, su centro de trabajo en el departamento de traducciones, lo amaban; iba a media mañana y en la cocina improvisada de la covacha de la calle Belascoain, donde nos hacinábamos los traductores, lo mismo hacía un huevo frito que una paila de té. Iba también a los trabajos voluntarios; pero fue odiado y condenado por el régimen y sus servidores.

¿Sus maestros? Gombrowicz, la literatura de la Europa central: Kafka,

Capek, Bruno Schults. Tal vez debido a su amistad de juventud con Gombrowicz en Buenos Aires, Virgilio presidió la junta de traductores de su novela *Ferdidurke*. Tampoco es posible pasar por alto la influencia que ejercieron en su obra la lectura de los relatos fantásticos que incluyeron Borges y Bioy Casares en sus memorables antologías de los años cuarenta, cuando Virgilio apenas tenía veinticinco años. Fue sin duda en la Argentina, en compañía de Borges, Silvina Ocampo, José Bianco y Witold Gombrowicz donde Virgilio encontró sus verdaderos maestros literarios.

La única evocación que recuerdo sobre Virgilio fue la que hizo Guillermo

Cabrera Infante para la revista *Vuelta* hace varios años. Tal vez haya otras de los muchos amigos extranjeros que lo trataron, pero ningún cubano de su generación, ni de ninguna otra, escribió sobre Virgilio con motivo de su muerte, que se produjo súbitamente la noche del 18 de octubre de 1979 durante uno de sus habituales juegos de canasta en el Vedado. De él quedan algunas fotografías que apenas lo reflejan: siempre puso cara de circunstancias frente a las cámaras, y de actor grave y circunspecto en ocasiones; pero yo lo recuerdo como lo vi tantas veces durante más de dos décadas, un ser que los años no lograron transformar físicamente: jamás se le vio subido de peso, jamás

cambió su peinado ni su forma de vestir, jamás alteró su modo franco y afectuoso de acercarse a la gente.

Murió rodeado del más absoluto silencio, confinado a simple traductor. En la Unión de Escritores, cada vez que fallece alguno de sus miembros, se coloca la noticia a la entrada del edificio y se da el lugar y la hora del entierro. Esto se hace desde el instante mismo en que el fallecimiento se conoce. El anuncio de la muerte de Virgilio, de modo casi inadvertido, apareció horas antes de que lo acompañáramos al cementerio de Colón. Lo único que preocupó a la dirección de la UNEAC fue evitar que la familia escogiera a «algún conflictivo» para

despedir el duelo. Como siempre, la Unión sugirió a ese fantasma tartamudo de todas las ocasiones que es Ángel Augier; pero desde la muerte de Lezama aprendimos a defendernos de esas iniciativas. También en aquella ocasión propusieron a Augier (Ujier, como decía un empleado de la UNEAC) para hacer el panegírico de Lezama; pero su viuda se opuso violentamente y encargó a Cintio Vitier que lo hiciera. En la muerte de Virgilio, los amigos más íntimos nos reunimos con su hermana Luisa, y Pablo Armando Fernández fue encargado de leer las palabras de despedida.

Virgilio murió al anochecer, de modo que la noticia circuló desde las más tempranas horas de la mañana siguiente.

Yo me enteré por una llamada del poeta Manuel Díaz Martínez, que me dio la noticia sin preámbulos, a la cual sólo atiné a decir «bueno ¿y Pepe?», refiriéndome a Rodríguez Feo, que era su vecino más inmediato. «No, a él no le ha pasada nada. Espero que ya lo sepa». De inmediato me llegaron las tres únicas llamadas que podía esperar en mi aislamiento de más de ocho años: de César López, de Pablo Armando Fernández y de José Rodríguez Feo. Fuimos precisamente nosotros los que compartimos diariamente los últimos años de Virgilio. Nos reuníamos siempre para comer, para comentar las noticias del mundo exterior, que magnificábamos como seguramente

seguirá magnificándose ahora.

Pablo Armando y yo nos fuimos a la casa de César, a una manzana de la funeraria Rivero donde fue expuesto el cadáver de Virgilio. Había mucho viento esa mañana, el aire frío del primer *norte* del teórico invierno cubano. La casa de César es enorme, situada frente al malecón, batida constantemente por las olas. ¡Inolvidable casa en que el dolor y también alguna fugaz alegría nos reunieron más de una vez cuando aún vivían tantos de los que han muerto!

Entramos y nos fuimos directamente a la cocina, como conspiradores. Después de un trago de aquel café oscuro que la familia de César le enviaba desde Palma Soriano, nos sentamos en su biblioteca

mirándonos sin hablar. Hacía poco había muerto Micheline, la esposa de César; había muerto Lezama. Ahora, el que creíamos que no moriría nunca: Virgilio.

En la funeraria nos encontramos con Antón Arrufat y Luis Agüero. Luisa, llorosa junto al féretro, apretaba las manos del cordial «guagüero» a quien Virgilio inmortalizó en *Aire Frío*. Ya alguien había pensado en algo importante. Uno de nosotros —provisto de la llave— fue al apartamento de Virgilio para recoger sus manuscritos, que él se jactaba de tener en orden, impolutos, recién mecanografiados, sobre su cama. Virgilio había elegido como albaceas a su sobrino Juan y a Antón Arrufat; pero el que llegó al

apartamento se encontró la puerta con el sello oficial que hace inviolable hasta un retrete público. Comprendimos que la obra de Virgilio estaba ya en manos de la Policía.

Todos sabíamos del incidente ocurrido meses antes entre Virgilio y la Seguridad del Estado. Agentes de este cuerpo entraron en su apartamento violentamente. La Policía llegó muy de mañana, hora en que Virgilio hacía sus traducciones; lo vejaron, le gritaron viejo contrarrevolucionario y maricón, y le confiscaron copias de sus obras. Virgilio nos contó que posteriormente volvieron y lo amonestaron, advirtiéndole que «podía costarle caro» si recibía a extranjeros o continuaba

asistiendo a reuniones literarias en ciertas casas. A pocos amigos contó el incidente, pero pronto todo el mundo cultural habanero supo del vejamen. Desde entonces la vida de Virgilio se hizo aún más recoleta; pero nos instruyó en el modo de anunciarnos si queríamos hacerle la visita: una llamada telefónica de un solo timbrazo significaba que lo llamábamos de la esquina. En una de las últimas ocasiones en que lo visité me acompañó mi amigo Carlos Verdecia — ex viceministro de Comercio Exterior y a la sazón en desgracia y fungiendo de secretario del obispo metodista— que estaba interesado en hacerle algunas preguntas de índole literaria a petición de un hijo suyo residente en Estados

Unidos que preparaba una tesis de grado sobre la obra de Virgilio. No hubo contento en sus ojos, sino una gran inquietud. Varios escritores y teatristas franceses lo habían visitado con propósitos parecidos y él se había negado a hablar. «De todos modos — nos dijo en voz muy baja—, mi obra está hecha; mírenla, limpiecita, mecanografiada, para entregársela a mi sobrino y a Arrufat, porque ya tengo sesenta y ocho años y uno nunca sabe cuándo estira la pata.»

Sobre la cama de la desnuda habitación sin libros que Cabrera Infante ha descrito tan bien, estaban los textos de sus obras, muchísimas. El miedo no lograba vencer su vocación de perdurar.

Redujo al máximo sus salidas a la calle; iba a las nueve de la mañana a entregar sus cuartillas al departamento de traducciones, centro de «conflictivos» en desgracia, separado de la editorial y colocado en el lugar más inhóspito que pueda imaginarse. Yo también entregaba el mismo número de cuartillas de los novelones que se debían traducir, y allí nos encontrábamos. Casi siempre salíamos juntos, hacíamos el camino de regreso andando, la forma más segura y demorada de poder comentar la vida nacional. A veces me era imposible ir un día, y al siguiente lo sentía inquieto por mi ausencia. Una semana antes de su muerte dejé de ir tres días a la editorial, enviaba mis traducciones con un amigo.

Al cuarto día, evidentemente sin poder contenerse, hizo una breve nota a mano que me la envió. Decía textualmente: «Padilla, aprovecho que P. irá a verte para enviarte este “papelito”. No sé, me levanté melancólico y he recordado la frase de Rimbaud: *Par delicatesse j'ai perdu ma vie...* Bueno, casi estoy llorando. Tuyo, Virgilio». No llegué a verle más. Cuatro días después se produjo el infarto masivo que lo fulminó.

En Cuba, como en la mayoría de los países hispanoamericanos, los cadáveres se exponen en un ataúd cubierto con un cristal en la tapa, a través del cual sólo es posible ver el rostro y parte del torso del difunto. Hay

todo un arte, una tradición, en maquillar rostros de suicidas, de accidentados, de los que padecieron una de esas largas enfermedades que transforman una fisonomía. Los artistas de la casa de los muertos se valen de maquillajes de todo tipo, se inspiran en retratos del difunto, restauran la apariencia aproximada que había tenido la persona en vida. Virgilio conservaba la serenidad de la semana anterior, su rostro de líneas tan precisas estaba nimbado por una luz indirecta, irreal, casi de teatro, que llegaba de los cirios.

Allí aparecía visible, resuelto, el invisible que tantos creyeron descifrar. Su forma era su fondo.

Con palabras menos pomposas sus

amigos comentamos esta última impresión. Y finalmente Pablo, César y yo regresamos al caserón donde Pablo debía escribir —en la máquina de César— las palabras del elogio fúnebre que trataba de encontrar inútilmente. Convinimos en que tal dificultad se debía a un Virgilio que aún muerto nos colocaba obstáculos que impidieran darle solemnidad a su muerte, de modo que la admitiéramos como habíamos admitido y admirado su obra; y nos dijimos que aquél sería un panegírico a tres manos. Pablo frente a la máquina de escribir, César, junto a él, para ayudarle a sostener el discurso, y yo a la expectativa de cada palabra. Aboliríamos la gravedad que él odiaba,

la pompa que él execraba o los clisés de ocasión que él hubiese preferido. Pero nos quedábamos a medio camino en el intento, el texto no avanzaba. Entonces Pablo, como un Raimundo Lulio experto en diálogos del cielo y el infierno, se levantó exclamando que no podía escribir, que el obligado a hacerlo era yo, y volvió a plantarse frente a la máquina. Y fue tal su silencio que las palabras del duelo de Virgilio me fueron saliendo de la boca como si él me las fuese dictando, y Pablo Armando no pudo apartarse de la máquina hasta que me senté exhausto en el butacón de la biblioteca, y así las pronunció, y así nos prometimos que un día alguien diría cómo fue aquel ritual, aquel espectáculo

de turbación, amor y eficacia de tres amigos ligados a su memoria. No importa las diferencias políticas que hoy nos separan, más importante es el momento crucial que entonces nos reunió junto a una tumba. Y si los expertos de la Seguridad del Estado de Cuba someten el texto a sus típicas verificaciones, tendrán que admitir que Virgilio me obligó a dictar y nos obligó a decir.

*Solapada
compartiendo el recuerdo
de las cosas y los ratos
amables,
se hace pasar por buena
y hasta puede llegar a
consolamos;
pero la mala memoria
nunca nos abandona.*

VICENTE ECHERRI

Una noche de principios de marzo de 1980 sonó el teléfono de mi apartamento y mi hijastra María Josefina contestó. Yo estaba en el último cuarto que Belkis había convertido en biblioteca. El que llamaba era Chomi Millar, jefe de despacho de Fidel Castro; pero María Josefina había confundido su voz con la de Ramoncito Ante, un muchacho del barrio que solía hacerle bromas de vez en cuando. Al darse cuenta de su error, vino corriendo hacia mí: «Dice que es de la oficina de Fidel.»

Chomi me preguntó cuándo podría ir a la oficina del comandante en el Palacio de la Revolución. Le dije que en menos de una hora. Él decidió que fuese al día siguiente a las diez de la mañana. Estaba

convencido de que los esfuerzos de Belkis, de mis hijos, de mi hermana, del grupo de amigos norteamericanos encabezado por el dinámico Bob Silvers, a través del «PEN American Center» que entonces presidía Bernard Malamud, habían culminado con éxito. Yo sabía que Gabriel García Márquez también estaba tratando de romper el cerco del grupo de los «duros» de la Seguridad. Me había enviado mensajes en varias ocasiones, a través de Pablo Armando Fernández, con quien solía encontrarse en los pasillos y comedores de los hoteles; sin embargo, nunca me lo hizo saber personalmente.

Me levanté temprano y llegué a Palacio a la hora exacta. Me presenté en

la puerta principal, me identifiqué, y un soldado me condujo a la oficina de un funcionario que tenía instrucciones de llevarme al despacho de Fidel: un sitio parecido a cualquier oficina norteamericana, pero con cuadros de Mariano y Portocarrero en las paredes. Chomi estaba vestido con una camisa y un pantalón verde oliva; él mismo era de piel olivácea y maneras untuosas. Había sido mi jefe cuando era rector de la Universidad de La Habana. Ahora me recibía como el sustituto de Celia Sánchez Manduley que había muerto de cáncer poco antes.

Casi al instante, por la puerta contigua, apareció Fidel, mitad realidad, mitad ficción, como el Duque de Alba en el

Camino de Santiago. Hice un tremendo esfuerzo para levantarme del asiento, poniéndome de pie como correspondía a un obediente, pero el comandante fue a sentarse al otro lado de nosotros, sobre una especie de taburete de esparto donde había varios frascos de barro que ni cayeron ni se rompieron aunque un olor a ginebra se esparciera por todo el cuarto como un sahumero de sinagoga.

Le dijo a Chomi que había dejado en su escritorio varios informes de los compañeros del Partido de Camagüey y en seguida quedamos a solas.

—¿Qué tiempo hace que no hablamos?

—No mucho —le dije.

—No, que hablamos, quiero decir.

—Casi veinte años —le respondí.

—Pero si he estado viendo tu cara casi constantemente.

—Pero no hemos hablado —le dije.

—Sí, hemos estado en grupos; de hecho hablábamos.

Me miró unos segundos y al cabo dijo:

—Tú estás más gordo, pero yo estoy más viejo. Han sido muchos años de lucha.

Se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—Tu salida está aprobada como aprobamos la de tu mujer el año pasado. No te niego que me habría gustado que hubieras tenido experiencias directas del trabajo que se está haciendo en todo el país porque, y esto no lo tomes a mal, los intelectuales por lo general no se

interesan por la obra social de las revoluciones; sólo se preocupan por sus libertades. No sé a qué libertades se refieren; pero siempre terminan enfrenándose a la Revolución; se pasan el tiempo dando opiniones sobre nuestros problemas como si fueran expertos.

Se detuvo y me dijo con énfasis.

—Le he dicho a los compañeros que mi opinión es que acabes de irte. Y no por ninguna presión; aunque tu mujer le ha escrito incluso al Papa. Puedes irte al país que quieras.

Era falso, la misión cubana en Washington le pidió a Belkis que se mudara a Nueva York. Se negaban a que viajara directamente a Miami, y las

posibilidades de viajar a España habían sido definitivamente canceladas.

—Nadie tocará tus cosas ni tus libros y todo seguirá en el mismo sitio. ¿Cuánto tiempo pediste de permiso, dos o tres años?

Le respondí que tres.

—Estate todo el tiempo que quieras, y cuando desees volver, llámame. Si eres un revolucionario verdadero querrás volver... No pienses que te está esperando la felicidad en el extranjero, con ese exilio tú nada tienes que ver. Acuérdate lo que le pasó a Nicolás Berdiaev cuando salió de la URSS.

—Salvando todas las distancias — dije casi en un susurro.

—No hablo del rango intelectual.

Estoy hablando de actitudes. Lenin entendió más a su adversario Berdiaev que los exiliados rusos que lo esperaban cuando el Gobierno soviético le pidió que se fuera a París. Era un temperamental que no entendió la historia... como tú.

No hice ningún comentario. Después dijo:

—Lo que más se refleja en tu conducta de estos años es tu odio ciego por la Seguridad del Estado. ¿Puedes decirme qué gobierno prescinde de ella? En una revolución es inevitable. En una revolución puede haber enemigos equivocados, sinceros, pero son siempre peligrosos. Para implantar una nueva sociedad se exige un frente de unidad

nacional. Marx y Lenin fueron dos prototipos de revolucionarios y fueron implacables con sus enemigos.

Para Fidel, el enemigo surgía de la más mínima discrepancia con sus ideas. El capitán Borrego, que estaba al frente del Ministerio del Azúcar, le advirtió al comienzo del año setenta que no podían producirse diez millones de toneladas de azúcar. Fidel reaccionó enfurecido con el ministro: «Los diez millones van —gritó— tienen que ir». La producción de ese año fue superior a los ocho millones de toneladas; pero él había «empeñado su palabra» en que se producirían diez millones de toneladas, y por lo tanto el esfuerzo colectivo aparecía como fracaso. Llegué a pensar

que esos desplantes eran una forma desesperada de su optimismo; pero la práctica demostraba constantemente que todo ello no era sino contumacia y autosuficiencia.

Por fortuna, dos años antes había podido leer el *Diario de la revolución cubana* de Carlos Franqui, un libro que iba de mano en mano por todo el país como un documento clandestino. Yo conocía la primera parte del libro desde la época en que Franqui y Valerio Rivas, director de la editorial italiana Feltrinelli, estaban organizando un material que pretendían convertir en una obra firmada por el propio Fidel. En su ensayo *Sobre la disensión cultural en Cubay* Valerio contó los pormenores de

las sesiones de trabajo que tenía lugar en el castillo de los Feltrinelli en Piamonte donde yo mismo estuve varios días que fueron divertidos y aleccionadores. Valerio destaca en su hermosa recordación mi empeño por ordenar los textos de Fidel de modo que su prédica democrática prevaleciera sobre el conjunto de vagas ideas autoritarias, haciéndolo cómplice de sus mejores opiniones; pero cuando tuve acceso al *Diario* y leí las cartas que Fidel escribió a su esposa y a su amiga Nati Revuelta desde la cárcel, comprendí que el marxismo era el método idóneo para implantar el régimen autoritario en el cual sería él el jefe acatado y temido.

Napoleón Bonaparte era uno de sus modelos.

«Las proclamas y arengas de Napoleón son verdaderas obras de arte —escribe—. ¡Qué bien conocía a los franceses!

En cada frase va tocándoles una por una las fibras más sensibles; juega con ellas... ¡qué grande era Napoleón con sus enemigos! Yo he leído bastante sobre él y nunca me canso. Es muy cierto... que era «Alejandro sin sus desórdenes, César sin sus vergonzosos vicios personales, Carlomagno sin sus matanzas de pueblos, y Federico II con buenas entrañas y corazón sensible a la amistad». Yo siempre lo consideré superior. Debe considerarse que

Alejandro recibió de su padre Filipo el trono poderoso de Macedonia, Aníbal recibió su ejército aguerrido de manos de su padre Amílcar Barca, famoso general cartaginés. César debía también mucho a su estirpe patricia. Napoleón en cambio se lo debió todo a sí mismo, a su genio y a su voluntad».

En otra carta dice: «Robespierre fue idealista y honrado hasta su muerte. La revolución en peligro, las fronteras rodeadas de enemigos por todas partes, los traidores con el puñal levantado a la espalda, los vacilantes obstruyendo la marcha, era necesario ser duro, inflexible, severo; pecar por exceso, jamás por defecto cuando en él pueda estar la perdición. Eran necesarios unos

meses de terror para acabar con un terror que había durado siglos. En Cuba hacen falta muchos Robespierre.»

Por más de veinte años ésta había sido la política de Castro. A mí poco tenía que decirme este hombre que había consumido su juventud en el poder. Estaba en el lugar con que siempre soñó. De las guerras de sus lecturas juveniles conservaba ese uniforme impecable, el cinturón, la gran pistola, las ramas de laurel junto a la estrella de Comandante en Jefe y la barba entrecana que ninguno de sus héroes legendarios podía ostentar. ¡Qué distinto me parecía al Fidel que había conocido en mi adolescencia, al de aquel remoto viaje a la playa de Varadero cuando arengaba

con el tono que era mezcla de Eduardo Chibás y Pardo Liada desde una tribuna o encima de un camión cualquiera, en mangas de camisa, sudoroso, vestido sin esmero.

¿Por qué en mi caso no había sido «duro, inflexible, severo»? A Pedro Luis Boitel lo dejó morir en prisión durante una huelga de hambre. A Paco Chávarri, que había sido viceministro de Relaciones Exteriores y militante del «26 de Julio» lo mandó a la cárcel por la furia que le producían sus comentarios críticos. A la doctora Martha Frayde la mantuvo tres años en una cárcel común por criticar el curso autoritario de su régimen. Jorge Valls fue condenado a veinte años de prisión

por testificar a favor de Marcos Rodríguez en un juicio donde se intentó amedrentar a los militantes del viejo Partido Comunista. Yo en cambio había expuesto mis ideas en mis libros *Fuera del juego* y *En mi jardín pastan los héroes*; pero sólo había estado treinta y siete días entre la Seguridad del Estado y el Hospital Militar. Las celdas de Boitel, Martha Frayde, Jorge Valls y Chávarri fueron de las peores que hayan existido alguna vez en Cuba. Fidel describe la suya, en marzo de 1954:

«¿Has logrado imaginarte la soledad de esta celda? Como soy cocinero de vez en cuando me entretengo preparando algún pisto. Hace poca me mandó mi hermana desde Oriente un pequeño

jamón y preparé un bistec con jalea de guayaba. Pero eso no es nada: hoy me mandaron los muchachos un potecito con ruedas de piña en almíbar. ¡Te digo que traigo las cosas con el pensamiento! Y mañana comeré jamón con piña. ¿Que te parece? También preparo *spaghettis* de vez en cuando, de distintas formas, inventadas todas por mí; o bien tortilla de queso. ¡Ah! ¡Qué bien me quedan! Par supuesto que el repertorio no se queda ahí. Cuelo también café que me queda muy sabroso. En cuanto a fumar, en estos días pasados he estado rico: una caja de tabacos «H. Upmann» del doctor Miró Cardona, dos cajas muy buenas de mi hermano Ramón, un mazo de un amigo y, por último, una cajita

muy bonita y muy apreciada que vino con los libros, de las cuales, dicho mejor de la cual, tengo uno encendido en estos instantes...».

Esta fue la celda que el general Fulgencio Batista reservó para su principal adversario después del asalto al Cuartel Moncada.

Fidel me preguntó de improviso:

—¿Cómo son tus relaciones con Gabriel García Márquez?

—Lo vi hace un año.

—Pero yo sé que Belkis ha estado en contacto con él.

Cierto, ella lo había llamado varias veces a su casa de México para que persistiera en sus gestiones en pro de mi salida. En todas las cartas que me envió

en el año que estuvimos separados aludía a sus conversaciones con García Márquez; a instancias de él frenó una moción del Senado de Venezuela sobre mi caso. García Márquez le aseguró que si lograba impedirla él obtendría inmediatamente mi salida.

Antes de proseguir, Fidel le dijo a Chomi que pidiera café y agua para los tres.

—Se ha preocupado mucho por tu caso García Márquez. Además, es un hombre que no tiene pelos en la lengua. En cuanto a ti, aquí mismo se le ha dicho a tu mujer que nos dijera cómo podíamos mejorar tus condiciones de vida, que pidieras lo que quisieras; pero ella nos dijo que tu único deseo era

abandonar el país. Contigo se han cometido algunos desmanes; pero no creo que ésa sea la verdadera causa de que quieras irte. Mi opinión es que tú sigues pensando como antes. Tu amigo Alberto Mora terminó pegándose un tiro, pero tú prefieres huir.

Entonces, movido por la fuerza de una pregunta que lo acuciaba, exclamó:

—Y a ti, ¿no hay nada en la obra cultural de la Revolución que te parezca admirable?

Esperó con impaciencia mi respuesta.

—Todas las editoriales que han sido creadas son admirables —le dije.

—¿Nada más?

—La industria cinematográfica también. Cuba tiene su propio cine, y ha

hecha algunas películas excelentes.

Ese fue el momento en que reaccionó con entusiasmo. Él creía lo mismo; pensaba que el éxito del ICAIC era resultado del trabajo de equipo. Una película no era obra de una sola persona. En ella intervenían artistas, escritores, técnicos, obreros manuales y una dirección política efectiva. La filmación de *Los hermanos Karamazov* fue un trabajo alegre para los artistas soviéticos; pero la novela costó a Dostoievski mucho sufrimiento, porque tenía que escribir en un sistema de explotación. Dijo que para un dirigente el mundo cultural era extremadamente delicado en términos políticos. Los conflictos surgían de las mismas

rivalidades del sector. Hizo una pausa, pero yo no dije nada.

—Ahí tienes a Edwards —prosiguió—. Elogiaba tu personalidad difícil y hasta caprichosa y te consideraba un revolucionario. Después escribió un libro que le dio toda la razón a la Seguridad del Estado que, en definitiva, fue más generosa contigo y con los demás que él. Eso es un fenómeno característico de los escritores. Ninguno de los periodistas y profesores que me han entrevistado han reproducido hasta ahora literalmente lo que he dicho. Lo inventan todo, lo tergiversan todo, hasta cuando quieren mejorar mi imagen. Me acuerdo de la respuesta que Jean-Paul Sartre me atribuye a una pregunta que no

me hizo jamás. «Y si el pueblo le pidiera la Luna, ¿qué haría usted? Pues se la daría, porque estoy seguro de que la necesitaría». No está mal; pero si todas las frases célebres tienen la misma autenticidad, siempre habrá que buscar al tercero que la inventó. Pasa igual con los historiadores. Los libros de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española y sobre Cuba están plagados de disparates.

Movió la cabeza y se inclinó como si fuera a confiarme un secreto:

—Desde hace tiempo yo grabo todas mis conversaciones con periodistas, con diplomáticos. Cuando escriba mis memorias haré un capítulo aparte que titularé «Versiones». Creo que será una

buena contribución para los estudiosos de la Historia.

Había pasado una hora pero él no daba muestras de cansancio. Se volvió hacia Chomi:

—¿Y qué ha pasado con el café?

En seguida se abrió la puerta donde un joven vestido de blanco permanecía como un soldado junto a un carrito donde estaban el café y el agua. No se había atrevido a llamar a la puerta, así que fue un café casi frío el que finalmente logramos tomar. Fidel se puso de pie.

—Si algún día cuentas esta conversación, recuerda que la tengo archivada. Y lo que no he hecho con Edwards, fíjate, lo haré contigo. Haré

competir tu versión con la mía.

Antes de alejarse me dijo:

—El chileno se fue convencido de que los días de la Revolución cubana habían terminado. El que terminó fue el pobre Allende, que murió con el coraje que no tiene ninguno de sus enemigos; pero cuando te pregunten en el extranjero sobre esta revolución diles que seguirá adelante, y que otras revoluciones estallarán en toda América Latina, porque allí están la explotación y el hambre. Aunque nunca llegues a admitirlo públicamente, yo sé que esta Revolución se agrandará en tu memoria, y descubrirás que los mejores años de tu vida fueron cuando la apoyaste, antes de que te enfermaras y te amargaras. Me

dio la espalda y desapareció hacia la oficina contigua.

En la calle, al sol del mediodía, anduve alelado como si hubiera salido de un capítulo de novela. El fresco aire de marzo aumentaba mi exaltación porque no sentía alegría sino una animación nerviosa que me recorría el cuerpo. Fui directamente a casa de Alberto Martínez en quien sí era visible la alegría.

A medianoche Belkis me llamó para decirme que Jan Kalinski, consejero de política exterior del senador Edward Kenedy, la había llamado para decirle que la Oficina de Intereses de Cuba en Washington había comunicado al

senador que mi salida de Cuba era inminente. García Márquez también la había llamado horas después diciéndole que viajaría a Cuba en las próximas horas para entrevistarse conmigo antes de mi partida.

A la mañana siguiente me llamó García Márquez y me citó en la cafetería del «Havana Riviera». Estaba alegre, me dijo, de que se cumplieran mis deseos, aunque él no era partidario de que ningún cubano abandonara el país. Quería hacerme una pregunta «porque no puedo ocultarte que para mí es embarazoso tener que andar siempre con una lista de nombres intercediendo ante Fidel. Un día se cansa; pero mi pregunta es ésta, Heberto: ¿a qué atribuyes tú que

en un país como Cuba se repitan los mismos problemas que tiene la Unión Soviética con los escritores?»

Me sorprendió la pregunta que yo encontraba respondida hacía tiempo en su inteligente reportaje sobre la Unión Soviética y los países del Este. El notó mi sorpresa:

—Te advierto que cualquiera que sea tu respuesta no saldrá de mí, yo soy muy discreto —dijo.

—Pero, Gabriel, esas palabras tuyas son ya parte de la respuesta.

Sin dejar de sonreír me dijo:

—Parece que por un tiempo este dilema no encuentra solución en ningún país socialista. La Unión Soviética no lo ha resuelto en más de sesenta años.

Cruzó las piernas y comprobé que llevaba las mismas botas marrones de un año antes. Añadió que siempre tendríamos la oportunidad de hablar de esto en otro sitio cuando yo estuviera menos tenso.

Nos despedimos en el vestíbulo del «Riviera». Esta vez no vi ningún policía ni me importaba que nos espieran. Tomé un taxi en dirección al edificio de la antigua Embajada norteamericana donde me esperaba Pablo Armando Fernández, que me presentó a su amigo Wayne Smith, jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana. En ese instante sonó el teléfono y Smith se apresuró a contestarlo. Era Kalinski, de la oficina de Kennedy, para informarle

que el Departamento de Estado había aprobado mi viaje a Estados Unidos.

—Ya todo está resuelto —dijo Smith—. Kalinski te sugiere que vayas por Canadá. El irá a esperarte al aeropuerto con un abrigo y mil dólares que te envía Bob Silvers para que tengas algún dinero al llegar.

Terminadas las gestiones en Inmigración, en el Banco Nacional, en la compañía aérea, todo ello resuelto en menos de tres días, quedé exhausto; pero la tarde anterior a mi partida fui al mar como una obligada ceremonia y nadé hacia el horizonte, floté y me zambullí y volví, a flotar contemplando aquel cielo de incendio con el gran sol que se ponía. Toda la tensión acumulada se fue

disipando misteriosamente a medida que nadaba. Caminé luego hacia el viejo «Club de Ferreteros» donde solía ir con Belkis, con Ernesto y Carlos, mis hijos. Era la hora en que abría el bar. Pedí una cerveza y me senté por última vez en la terraza como tantas veces lo había hecho.

Volví a oír las palabras de Fidel Castro «aunque nunca llegues a admitirlo públicamente, yo sé que esta Revolución se agrandará en tu memoria...». Efectivamente, al mes de mi partida comprobé que la revolución se agrandaba en mi memoria, pero con horror. Aprovechando la primera oportunidad, más de diez mil personas buscaron asilo en la Embajada del Perú

y poco después ciento veinticinco mil cubanos lograron escapar de la isla. Las calles se llenaron de policías armados de cabillas de acero con la orden de golpear y matar a todo el que «obstruyese la marcha». El fervoroso discípulo de Robespierre recibía otra vez su lección: «Era necesario ser duro, inflexible, severo, pecar por exceso, jamás por defecto.»

Actualmente, viejo, encanecido, con grandes ojeras y un par de ojos extraviados y en constante movimiento, Fidel Castro se ha convertido en el abuelo de aquel joven que escribiera desde presidio lo que bien podría ser su propio epitafio:

«Hay una edad de la que el hombre no

debiera pasar, y es aquella en que comienza a declinar la vida, cuando se apaga la llama que encendió el momento más luminoso de cada existir, cuando decaen las fuerzas que alentaron sus pasos en la etapa digna, entonces se les ve penetrar cabizbajos y arrepentidos, cual viles renegados, en el más profundo pantano de la abyección».

Fin

Sobre el autor y la obra

En 1958 triunfaba la revolución cubana, Fulgencio Batista se exiliaba de la isla antillana y Fidel Castro ejercía un poder omnímodo en Cuba. Heberto Padilla fue uno de los jóvenes que acudieron desde el exterior del país para prestar su apoyo y colaboración al nuevo régimen, soñando con un Estado humano, democrático y con un brillante futuro, por costoso que resultase conseguirlo. A partir de ese momento, Padilla, poeta, intelectual “comprometido”, conocería las

vicisitudes propias de todo hombre de pensamiento en un proceso en que la acción y la “razón de Estado” delimitan la frontera de las libertades. En Cuba, en plena “dictadura del proletariado”, y con las mismas características en cuanto a métodos e intransigencias que las de la URSS durante el estalinismo, Padilla fue el primero que pasó por el calvario de acusaciones, torturas y marginación con que el régimen castrista castiga a los desafectos. Este libro es, en definitiva, un vivo reflejo de la historia de ese apasionante país que es Cuba, así como una profunda reflexión acerca del desarrollo de una revolución de permanentes resonancias, sobre todo en América latina.

Heberto Padilla, uno de los poetas más importantes en lengua castellana, nació en Pinar del Río, Cuba, en 1932 y murió en Nueva York, Estados Unidos de América, en 2000. En el proceso de la revolución cubana ocupó cargos directivos de importancia. En 1967 se convirtió en el centro de una polémica ideológica. No obstante al año siguiente obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con su libro Fuera del Juego. En 1971 fue encarcelado junto con su esposa, la poetisa y escritora Belkis Cuza Male, acusados por el Departamento de la Seguridad del Estado de “actividades subversivas”.

Merced a la presión de intelectuales tales como Sartre, Simone de Beauvoir, Alberto Moravia, Mario Vargas Llosa, etc., fue liberado y, en 1980, fue autorizado a abandonar su país. Ese mismo año concluyó su novela EN MI JARDÍN PASTAN LOS HÉROES, traducida a siete idiomas.

notes

Notas a pie de página

1 Miembro de alguno de los cultos sincretistas de origen africano que constituyen la religión más popular y extendida en Cuba.

2 Parte de este capítulo se publicó en el prólogo de mi novela *En mi jardín pastan los héroes*.